TIEMPO de HISTORIA

AÑO II • NUM. 18 • 60 PESETAS

Marx y Engels, en los talleres de la «Neue Rheinische Zeitung» (1948).

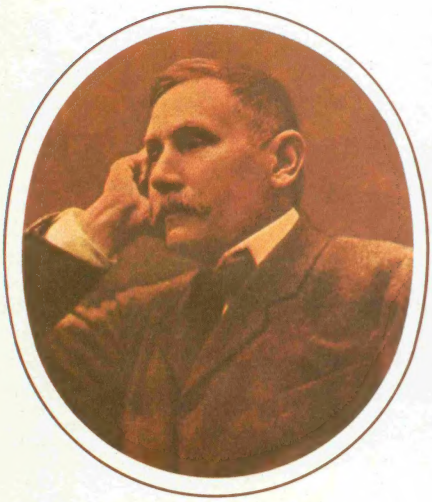
LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Manuel Tuñón de Lara

1917-1920

UNA CRISIS INSTITUCIONAL

VEA LO QUE PUEDEN APORTAR A SU BIBLIOTECA UNOS EPISODIOS NACIONALES EN FASCICULOS.



Primero, autenticidad.

Los Episodios Nacionales realizados por Urbión, son un fiel reflejo de la obra de Galdós.
El texto íntegro de la última edición revisada personalmente por el autor.
165 fascículos coleccionables que narran, con tremenda fuerza evocadora, la historia viva de nuestro siglo XIX.

Y además, el color.

Nunca tuvo mejor expresión el estilo colorista y popular de Galdós. Por eso, ahora, los Episodios Nacionales tienen mucho color.
Todo el color de las ilustraciones de la época y un completo coleccionable de la obra de Goya.

Y, sobre todo, rigor histórico.

Cuando se trata de historia, hay que respetar la historia.
Esa ha sido la primera meta de Urbión al realizar los Episodios Nacionales en fascículos.
Y para conseguirlo, la editorial ha confiado en dos especialistas absolutamente rigurosos.
D. Juan Ignacio Ferreras, Profesor de la Universidad de la Sorbona, encargado de la dirección literaria.
Y el Profesor Lafuente Ferrari, de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, bajo cuya supervisión artística e histórica se publican los fascículos.

EPISODIOS NACIONALES. EL GRITO DE ESPAÑA.

Contrapunto

Coedición de Ediciones URBION, S.A. y Editorial Hernando, S.A., realizada por EDICIONES URBION.

SUMARIO

AÑO II • NUM. 18 • MAYO 1976 • 60 PESETAS

GRAFICO DE PORTADA: Marx y Engels, en los talleres de la «Nueva Gaceta Renana»

CONTRAPORTADA: Cartel soviético de 1920. conmemorando el Primero de Mayo.

COPYRIGHT BY TIEMPO DE HISTORIA 1974. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos, ni aun citando su procedencia. TIEMPO DE HISTORIA no devolverá los originales que no solicite previamente, y tampoco mantendrá correspondencia sobre los mismos.

Págs.

EL PRIMERO DE MAYO DE 1890. LOS ORIGENES DE UNA CELEBRACION, por Manuel Pérez Ledesma ... 4-17

1917-1920: UNA CRISIS INSTITUCIONAL, por Manuel Tuñón de Lara 18-35

«MUJERES LIBRES», UN MOVIMIENTO FEMINISTA EN PLENA GUERRA CIVIL, por Marina Pino 36-42

UNA GRAN CONCIENCIA FEMINISTA. Entrevista con MARY NASH, realizada por M. P. 43-47

RECORDATORIO DE UNA INFAMIA: LA MATANZA DE MY LAI, por Félix Grande 48-57

MAYO DEL 68: LA REVOLUCION PERDIDA, por Teófilo Ruiz Fernández 58-72

MARX, ENGELS Y LA DICTADURA DEL PROLETARIADO, por Mauricio Pérez 73-89

EL COTO NACIONAL DE GREDOS. HISTORIA DE UNA INCAUTACION, por Pedro Vaquero Sánchez 90-99

ESPAÑA 1946. Selección de textos y gráficos por Diego Galán y Fernando Lara 100-115

ULTIMAS INVESTIGACIONES SOBRE EL FENOMENO RELIGIOSO, por Enrique Miret Magdalena 116-120

LIBROS: Hispania, bajo la dominación de Roma; Los conflictos de la Castilla medieval; La «Política Hidráulica» de Costa; La reflexión como vía revolucionaria. 121-124

CINE: «Hindenburg»: Una incógnita sin despejar, por Josefina Pascual 125-126

DEBATE: Claudín, protagonista de «las crisis del comunismo»; Un triste «homenaje» a Ricardo Mella .. 127-130

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN.** SECRETARIO DE REDACCION: **FERNANDO LARA.** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00*. MADRID-15. Cables: Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Avenida Generalísimo, 87. Teléfono 279 77 15. MADRID-16, y Paseo de Gracia, 101. Teléfono 227 28 71. BARCELONA-11. **IMPRIME:** *Editorial Gráficas Torroba.* Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M. 20.624-1975.

Cartel soviético dedicado al Primero de Mayo (S. Ivanov, 1920).

«Obreros todos: LA JORNADA DE LAS OCHO HORAS no es un ideal de un partido ni de una escuela; es la necesidad imperiosa de todos los esclavos del egoísmo humano. A todos los que ganan el pan con el sudor de su rostro, a todos los asalariados, interesa el triunfo de nuestra bandera. El que sea obrero, pues, que ocupe su puesto, si no quiere verse más pisoteado y humillado por la burguesía» (1).

(1) Hoja repartida en Barcelona y su comarca, y reproducida en **El productor**, *25-IV-1890.*

El Primero de Mayo de 1890

Los orígenes de una celebración

Manuel Pérez Ledesma

Los días 1 y 4 de mayo de 1890, jueves y domingo de una semana de indudable transcendencia histórica, la clase obrera europea reclamaba por primera vez de forma coordinada y pública una de sus más importantes reivindicaciones: la jornada legal máxima de ocho horas. En esos días comenzaba, ante el temor de los sectores sociales más conservadores, una nueva etapa de la historia obrera contemporánea.

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX, *el proletariado hace visible* su fuerza y su decisión de intervenir en la vida política para la conquista de sus objetivos de clase. En Estados Unidos (vemos en la foto a un grupo de mineros de Nevada), Inglaterra, Francia y España, la lucha se plantea con especial relevancia.

Desde los momentos, ya lejanos, de la Comuna de París, nunca se había hecho tan visible en el viejo continente la fuerza del proletariado y su decisión de intervenir en la vida política para la conquista de sus objetivos de clase. En Londres, capital del país más industrializado de la época, cientos de miles de individuos —más de 300.000, según algunos cálculos de la Prensa— se manifestaron el domingo día 4 en Hyde Park, en la «más vasta demostración democrática que Londres presenció jamás» (según afirmaba al día siguiente el corresponsal de *Le Temps*, de París). Eran obreros de todas las categorías y condiciones, «portuarios en sus toscos vestidos de trabajo, elegantes tipógrafos con guantes de cabritilla y sombreros de copa, obreras del East End que habían sacado sus mejores galas» (2), quienes en dos inmensas procesiones, una organizada por las *Trade Unions* y la otra por la *Social Democratic Federation*, atravesaron Londres hasta llegar al Parque para hacer patente su apoyo a la reivindicación de las ocho horas. El aspecto de la marcha, según un testigo presencial, era el de «una gran fiesta»:

«Como una marejada multicolora de banderas, un torrente de masas negras y profundas, salpicadas por los puntos brillantes de las escarapelas, de los lazos y flores (...). Por lo demás, en la marcha ningún trastorno, ni la más leve vacilación: la disciplina era completa. Sólo que el paso era difícil a medida que se avanzaba, porque la multitud de espectadores, ya considerable en los muelles, llegó en cierto punto a ser prodigiosa» (3).

Las dos manifestaciones culminaron en sendos mítines en Hyde Park, que pusieron de manifiesto la similitud de objetivos de ambos sectores. Los manifestantes socialistas, menos numerosos, pero más radicales, pedían *enérgicamente* la reducción de la jornada a ocho horas, y se definían en favor de la propiedad colectiva de los medios de producción como «única forma de emancipar por completo al pueblo de la esclavitud industrial de nuestros días». Por su parte, la más moderada manifestación de las *Trade Unions* aprobó por unanimidad el siguiente acuerdo:

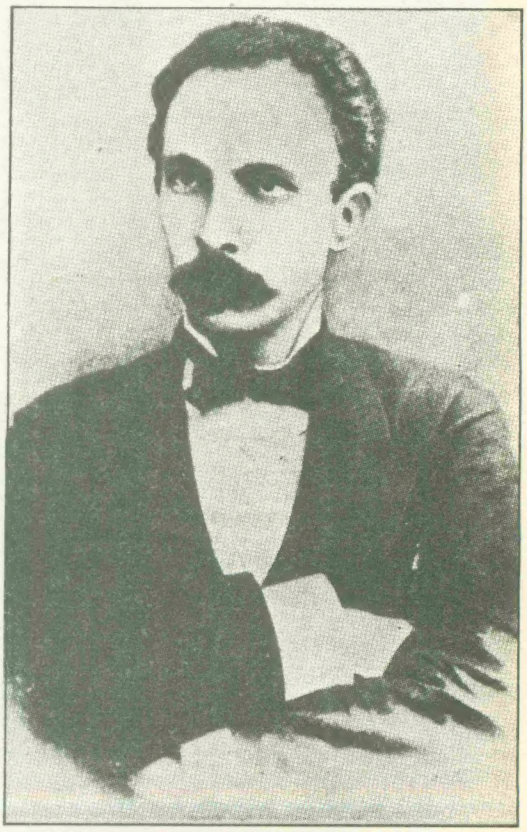
«Este vasto meeting *de trabajadores de Londres, sabiendo que la excesiva duración de los días de trabajo causa una irregularidad en los empleos, de la que resulta mucha miseria y desmoralización social, cree que el mejor medio de mitigar estos males es reducir las horas de trabajo a un máximum de* cuarenta y ocho *por semana; felicita cordialmente a nuestros compañeros de trabajo de los demás países por haber pedido estas reducciones de horas de trabajo; exhorta a nuestros compatriotas a que sean infatigables en sus esfuerzos por establecer con éxito este límite por todos los medios legítimos que estén en su poder, y como primer paso, apela al Gobierno de este país y a los organismos locales para fijar inmediatamente esas horas en todos los departamentos que se hallen bajo su intervención...» (4).*

El éxito de la manifestación de Londres se debía, en parte, a la elección de un día festivo, el domingo 4, en lugar del día 1 que, por corresponder a una jornada laboral, no habría

(2) **The Star**, *5-V-1890; citado en Morton - Tate:* **Historia del movimiento obrero inglés** *(Ed. Fundamentos, Madrid, 1971), pág. 280.*

(3) *«Carta de Inglaterra»*, **El Socialista**, *23-V-1890.*

(4) **Ibidem.**

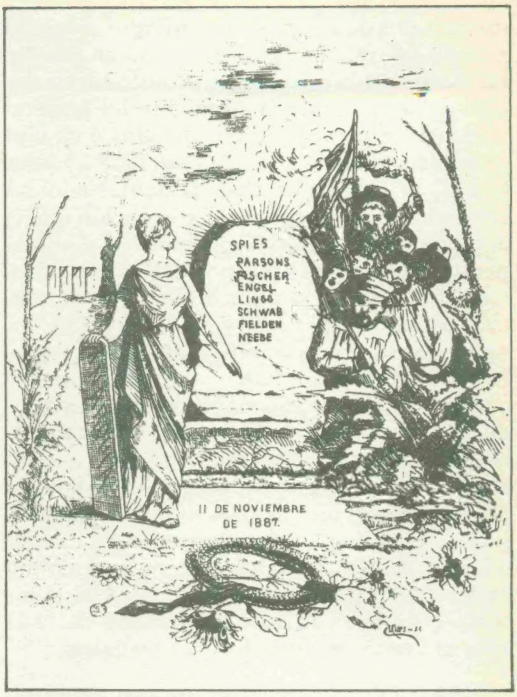


José Martí —en la imagen— fue testigo privilegiado de la huelga del 1 de mayo de 1886 en Chicago. Sus crónicas para «La Nación», dan testimonio de la brutal represión sufrida por los obreros.

permitido la presencia de muchos proletarios. Pero también en otros países, en los que por fidelidad al acuerdo de la Segunda Internacional se había mantenido la fecha del Primero de Mayo, la presencia de la clase obrera en las calles fue masiva, aunque no alcanzara tan elevadas proporciones. En Francia, que ya en febrero de 1889 había contemplado algunas concentraciones organizadas por los sindicatos en favor de la reducción de la jornada y el aumento de salarios, el 1 de mayo fue celebrado con huelgas o manifestaciones en París y en 138 ciudades y localidades importantes (5). En previsión de posibles intentos revolucionarios, el ministro del Interior, Constant, había pedido a los prefectos que dispersaran por la fuerza toda reunión callejera y tomaran las medidas necesarias, de acuerdo con las autoridades militares y judiciales, para impedir toda algarada. Pese a ello, en las calles de París se reunieron unos cien mil obreros, y una «comisión obrera socialista» integrada por algunos de los más conocidos dirigentes socialistas del momento leyó al secretario de la Presidencia de la República un documento que recogía las peticiones del Congreso de París de 1889. En la mayor parte del país, la celebración fue pacífica, y los obreros volvieron con normalidad al trabajo al día siguiente; y sólo en Vienne (Isère) el movimiento, dirigido por los anarquistas, desembocó en una huelga general, con enfrentamientos con las autoridades y los patronos, y numerosas detenciones.

En los demás países industrializados o en vías de industralización de Europa, las reuniones o manifestaciones obreras se produjeron legal o ilegalmente, con enfrentamientos con la policía en diversas ciudades del Imperio austro-húngaro, Italia o Polonia, y asistencia masivas en las principales ciudades del continente (Viena, Praga, Budapest, Varsovia, Estocolmo, Copenhague, Bruselas, Milán, Turín). Pese a su importancia en la historia de la Segunda Internacional y del movimiento obrero europeo, la socialdemocracia alemana resultó la organización más moderada en el planteamiento reivindicativo: sus líderes, temerosos de la puesta de nuevo en vigor de las leyes anti-socialistas, multiplicaron los llamamientos a la moderación y se limitaron a celebrar asambleas públicas en las principales ciudades el domingo día 4.

(5) *M. Dommanget:* **Histoire du Premier Mai** *(Ed. de la Tête de Feuilles, Paris, 1972), pág. 132-38. (Acaba de aparecer una traducción castellana, en Ediciones de Bolsillo, de esta obra clásica sobre el tema que nos ocupa).*



Tras un juicio amañado, siete trabajadores se vieron condenados a la horca como responsables del lanzamiento de una bomba durante la huelga en Chicago. Años después, el periódico español «La Anarquía» les dedicaba este homenaje.

Aunque el éxito del movimiento en Europa no estuvo acompañado por una actividad equivalente en el resto del mundo, y pese a que continentes enteros quedaron al margen de la celebración, la coordinación internacional del proletariado representaba un triunfo de primera magnitud para la Segunda Internacional, promotora de las manifestaciones. Sin grandes violencias, con escasos enfrentamientos con las fuerzas del orden, los obreros europeos habían demostrado —como comentaba días después el semanario francés *L'Illustration*— «con cuánta disciplina... sabían obedecer una consigna internacional», y habían lanzado «una advertencia que parece hecha para despertar la atención de los estadistas» (6).

LOS MARTIRES DE CHICAGO

Mientras la prensa conservadora atribuía esta larga serie de manifestaciones obreras a

(6) *Citado en Dommanget:* **op. cit.**, *pág. 142.*

los manejos de algunos «agitadores» ajenos al mundo del trabajo, los obreros podían presentar sus reivindicaciones como un resultado lógico e inevitable de la situación del proletariado en los países industrializados o en vías de industrialización. No estaban muy lejos las fechas, ni habían cambiado demasiado las condiciones con respecto a la situación que el doctor Guépin definió con una frase sumamente expresiva: «Vivir para el obrero es no morir» (1848). La jornada laboral era, en muchas ocasiones, de 12, 14 y hasta 16 horas; los reducidos salarios permitían malvivir en épocas de trabajo abundante, y emigrar o morir cuando el paro se adueñaba de una rama industrial o una región; las mujeres y los niños, ayudados por las nuevas máquinas, podían sustituir a los varones con salarios más bajos... Los numerosos testimonios sobre la situación social de la época presentan cuadros escalofriantes; baste con citar, por poner un ejemplo español, el resumen del informe de Luis Aner sobre el trabajo infantil, presentado en 1883 ante la Comisión de Reformas Sociales:

«La edad de seis años para empezar a trabajar es la general, no sólo en Cataluña, sino en los demás centros fabriles de España, como Alcoy, Granada, Antequera, Valencia y Valladolid. En estas regiones (...) trabajan de doce a trece horas, ganan muy poco y se les trata muy mal. Ultimas pinceladas de este cuadro sombrío de miseria y explotación es el detalle que se nos suministra por persona fidedigna, de que las infelices criaturas de seis años, que para llegar al trabajo necesitan recorrer largas distancias, se duermen a cada momento en las fábricas de la alta montaña de Cataluña, instaladas a orillas de los ríos y en las cuales se trabaja de día y de noche, alternando por grupos» (7).

¿Cómo no pensar, tras leer docenas de testimonios como éste, en la necesidad de una reducción de la jornada laboral, impuesta por la ley, dado el escaso interés de la mayoría de los empresarios por reducir un sistema de explotación que permitía una rápida acumulación de capital? Durante el siglo XIX, la clase obrera había defendido ya en numerosas ocasiones tal necesidad antes del Primero de Mayo de 1890; pero sus esfuerzos, aislados o poco coordinados, no atrajeron la atención pública hasta que los acontecimientos de la década de 1880, con su culminación en la citada fecha, pasaron a primer plano dicha reivindicación.

La iniciativa en esta ocasión partió de los obreros americanos. Desde 1881, fecha de la fundación de la *Federación de Sindicatos* americana que con el tiempo se convertiría en la famosa *American Federation of Labour*, esta organización orientó su propaganda a la conquista de la jornada de ocho horas. En su Congreso de 1884, las peticiones en este sentido se concretaron en una resolución dirigida a implantarla a partir del Primero de Mayo de 1886, por medio de la «acción directa», es decir de la negativa obrera a trabajar más de ocho horas diarias. La elección de la fecha parece deberse, como explicó años después G. Deville (8), a que el primer día de mayo era en diversos Estados de la Unión el momento en que se fijaban o renovaban los contratos laborales de numerosos oficios. Por ello, los dirigentes sindicales esperaban que al anunciar con un plazo de año y medio la reivindicación obrera, los patronos tendrían tiempo suficiente para preparar sus planes de trabajo de acuerdo con ella.

La campaña sindical alcanzaría un considerable éxito: el 1 de mayo de 1886 se registraron en toda la Unión más de 5.000 huelgas, con un total aproximado de 350.000 parados, muchos de los cuales consiguieron, el mismo día o en días sucesivos, el triunfo de sus reclamaciones. Pero en algunas ciudades la resistencia patronal fue más firme. Y en una de ellas, en Chicago, la oposición de los empresarios a las peticiones obreras, y la dureza de la actuación policial, darían lugar a un conjunto de sucesos de enorme trascendencia en la historia del proletariado mundial.

Como ya se ha descrito en otra ocasión en estas mismas páginas (9), la situación obrera en el Chicago de la segunda mitad del siglo pasado era extremadamente difícil: la actitud represiva de la policía contra la organización proletaria iba acompañada por la pervivencia de jornadas de trabajo de 14 a 16 horas, la falta de viviendas, los bajos salarios y las malas condiciones laborales. En los primeros meses de 1886, las tensiones se habían agravado como consecuencia del *lock-out* decretado por Cyrus McCormick contra los 1.400 trabajadores de su fábrica de segadoras, en respuesta a la petición de readmisión de algunos obreros

(7) *Recogido en A. Elorza - M. C. Iglesias:* **Burgueses y proletarios** *(Ed. Laia, Barcelona, 1973), pág. 118.*

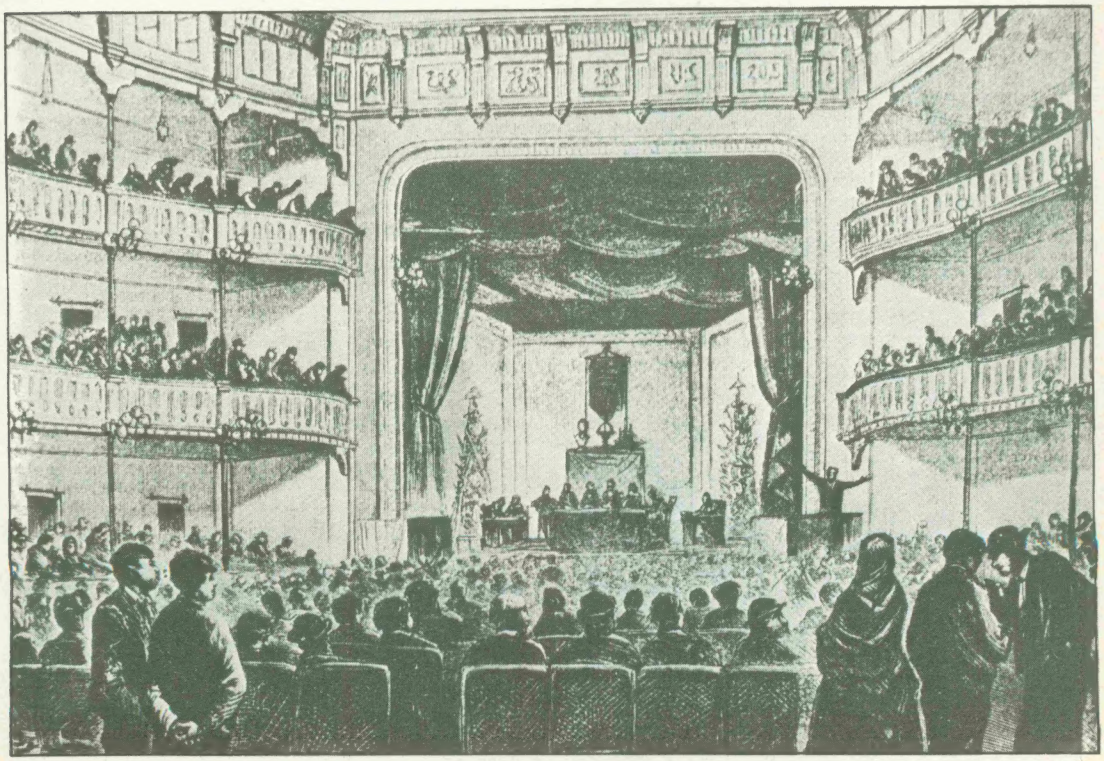
(8) *G. Deville: «Historia del Primero de Mayo», trabajo recogido en* **Principios Socialistas** *(Madrid, 1898), pág. 361-380.*

(9) *Véase el artículo de Eduardo de Guzmán: «La huelga general de 1886 en Chicago»,* **Tiempo de Historia,** *n.º 6, mayo de 1975, pág. 19-32.*

despedidos tras una huelga en la empresa. La actitud de la policía, y de sus colaboradores, los detectives de la Agencia Pinkerton, aparece así descrita en un texto de Bogart y Thompson: «Durante aquellos meses de inquietud obrera, un pasatiempo común de la Policía consistía en que un escuadrón montado o un destacamento en formación cerrada disolviese a porra limpia cualquier grupo de trabajadores. La porra era un instrumento imparcial: golpeaba por igual a hombres, mujeres, niños y mirones». Gracias a ella, se «añadió la poderosa levadura del rencor al enfrentamiento» (10).

Frente a la dureza represiva, la clase obrera organizada en el *Sindicato Obrero Central*, de orientación anarquista y dirigido por Parsons, Spies, Fielden y Schwab, o en la *Asociación de las Ocho Horas*, que agrupaba a sectores más moderados, no dudó en plantear con vigor, como en el resto del país, la lucha por la reducción de la jornada laboral. El domingo anterior al 1 de mayo de 1886, una manifestación de apoyo a las ocho horas contó con la asistencia de unos 25.000 obreros; y el día fijado para el comienzo de la lucha reivindicativa, 40.000 trabajadores se declararon en huelga, mientras otros tantos conseguían la disminución de las horas de trabajo con la sola amenaza de unirse a los huelguistas. Ante esta actitud masiva, los principales empresarios de la ciudad, apoyados por la policía y las bandas de rompehuelgas, y dispuestos a no ceder ante las reclamaciones obreras, respondieron en muchos casos con el *lock-out* y la provocación. «Las fábricas, como quien echa perros sarnosos a la calle, echaron a los obreros que fueron a presentarles su demanda» —escribía meses después José Martí, en una crónica para *La Nación* de Buenos Aires— mientras la Policía, «segura de la resistencia que provocaba con sus alardes, alistado el fusil de motín..., no con la calma de la ley, sino con la prisa del aborre-

(10) Citado en Samuel Yellen; «American Propagandist of the Deed», trabajo incluido en Im L. Horowitz (ed.): **The Anarchist**, *(Dell Publishing Co., Nueva York, 1964), pág. 419-439.*



Aspecto del primer Congreso de Obreros Españoles, celebrado en Barcelona el mes de junio de 1870. De él nacería la Federación de Trabajadores de la Región Española, paso decisivo para la reorganización del proletariado de nuestro país.

El 4 de mayo de 1890, una manifestación compuesta por más de 30.000 trabajadores acudió a la Presidencia del Consejo de Ministros para hacer entrega de un escrito reivindicatorio. Escrito que una delegación presidida por Pablo Iglesias (grabado superior) hizo llegar a Sagasta (abajo) en el marco de una cordial entrevista.

cimiento, convidaba a los obreros a duelo» (11).

La tensión, tras los despidos y el cierre de fábricas, era muy alta: la huelga se extendía, algunas empresas recurrían a contratar esquiroles y la Policía comenzaba a disolver violentamente los mítines y manifestaciones. En la tarde del lunes, día 3, se concentraron en las proximidades de la fábrica McCormick unos 6.000 trabajadores para elegir una comisión que se entrevistara con los propietarios de los almacenes de madera. La salida de los esquiroles de esta empresa y su enfrentamiento con los obreros allí reunidos abrió el camino para la intervención policial contra los huelguistas, que abandonaron el campo dejando tras ellos los cadáveres de seis trabajadores, víctimas de los disparos de la fuerza pública.

Pero los acontecimientos más graves se produjeron en la tarde del día siguiente. La violencia de la represión había provocado la concentración en la plaza de Haymarket de más de 15.000 trabajadores, muchos de ellos con sus mujeres y sus hijos. Allí, después que los oradores anarquistas más conocidos de la ciudad (Parsons, que había sido propuesto en 1879 por algunos amigos para la Presidencia de la República; Spies, director de un semanario obrero en lengua alemana, el *Arbeiter Zeitung;* Fielden, propagandista de la doctrina por toda la comarca...) protestaron contra los atropellos de la víspera, y cuando la multitud comenzaba a dispersarse en perfecto orden ante la amenaza de una tormenta, se presentó un destacamento de 180 policías para disolver lo que quedaba de la reunión. No existía ninguna razón que justificara su intervención, salvo el deseo del inspector John Blonfield, que mandaba el destacamento, de atacar una vez más a los huelguistas. En ese momento, y de forma inesperada dado el carácter pacífico de la concentración, una bomba lanzada desde el centro de los reunidos estalló en medio de las filas policiales. Oigamos de nuevo la descripción de Jos Martí, testigo presencial de los hechos:

«Y entonces se vio descender sobre sus cabezas (de los policías) caracoleando por el aire, un hilo rojo. Tiembla la tierra; húndese el proyectil cuatro pies en su seno; caen rugiendo, uno sobre otro, los soldados de las dos primeras líneas; los gritos de un moribundo desgarran el aire. Re-

---

(11) José Martí: «Un drama terrible», **La Nación,** *1-I-1888, recogido en J. Martí* **Antología** *(Biblioteca General Salvat, Barcelona, 1972), pág. 60-84.*

puesta la policía... salta sobre sus compañeros a bala graneada contra los trabajadores que le resisten: 'Huimos sin disparar un tiro', dicen unos; 'Apenas intentamos resistir', dicen otros; 'Nos recibieron a fuego raso', dice la policía. Y pocos instantes después no había en el recodo funesto más que camillas, pólvora y humo. Por zaguanes y sótanos escondían otra vez los obreros a sus muertos.»

Ocho policías muertos y cincuenta obreros heridos, muchos de ellos mortalmente, fueron el resultado del enfrentamiento. Pero, ¿quién lanzó la bomba? Desde luego no fueron los dirigentes anarquistas, a los que meses después se condenó sin pruebas. Pudo ser una venganza personal por los atropellos policiales (como afirmó años después el gobernador Altgeld, en la revisión de la causa), o incluso una provocación (12). De todas formas, y fuera quien fuera el responsable, la policía aprovechó la ocasión para detener en los días siguientes a más de trecientos obreros, entre ellos a todos los dirigentes conocidos —salvo Albert Parsons, que consiguió esconderse, aunque al conocer el procesamiento de sus amigos, se entregó voluntariamente para compartirla. Y aunque los testigos declararon que la bomba había sido lanzada por un desconocido, Parsons, Spies, Fielden, Engel, Fischer, Lingg y Schwab fueron condenados a muerte en la horca tras un juicio amañado en el que no se presentó ninguna prueba concreta de su cul-

(12) En el texto de Yellen antes citado se examinan las distintas posibilidades y se ofrecen argumentos detallados sobre la inocencia de los dirigentes anarquistas.

A diferencia de los ocurridos en Madrid, los acontecimientos barceloneses del 1 de mayo —aquí celebrado, tiempo después, por «La Campana de Gracia»— se produjeron de forma más conflictiva. La huelga general en defensa de la jornada de ocho horas sería contestada por el Gobierno *con la* declaración del Estado de Guerra.

pabilidad. Confirmada esta sentencia por el Tribunal Supremo el 20 de septiembre de 1887, sólo se salvaron de la muerte Schwab y Fielden, a quienes por su avanzada edad se les conmutó la pena por la de cadena perpetua; mientras Lingg prefirió poner fin a su vida antes de ser entregado al verdugo.

De poco serviría que el gobernador Altgeld decidiera revisar la causa en 1891, para llegar a la conclusión de que los condenados eran inocentes. El 11 de noviembre de 1887 se había ejecutado la sentencia contra ellos. Pero el testimonio de los «mártires de Chicago» no desaparecía con sus vidas: «Llegará un tiempo —dijo Spies ante la horca— en que nuestro silencio será más poderoso que las voces que hoy estranguláis»; y el tiempo acabó demostrando el carácter profético de esta declaración.

EL CONGRESO DE PARIS

En la misma década de 1880, a la vez que los obreros americanos iniciaban sus luchas por las ocho horas, el proletariado europeo comenzaba a recuperarse de la crisis de los años 70, que se había manifestado en el enfrentamiento entre marxistas y anarquistas y en la represión organizada por diversos gobiernos europeos tras la derrota de la Comuna. La vuelta a la tolerancia gubernativa en algunos países permitió la reorganización del movimiento obrero dentro de la legalidad. En España, en 1881 se constituía la *Federación de Trabajadores de la Región Española,* heredera —tras siete años de clandestinidad— de la primitiva Federación Regional Española de la A. I. T.; y en Francia, tras casi diez años de silencio y represión, se iniciaban los trabajos para organizar el Partido Obrero Francés, animado por Jules Guesde y Paul Lafargue. En otras zonas, en cambio, no había sonado todavía la hora de la tolerancia: tal era el caso de Alemania, donde las leyes anti-socialistas de 1878 impedían el desarrollo legal del Partido Social-Demócrata, o del Imperio Ruso, en el que la organización obrera seguía forzada a la clandestinidad.

Los avances organizativos de los años siguientes impulsaron al restablecimiento de los lazos internacionales, rotos tras la crisis de la Primera Internacional. Por ello, después de varios tanteos fallidos, en 1889 se reunían en París dos Congresos Internacionales convocados por dos fracciones opuestas del movimiento obrero francés. Y en uno de ellos, el Congreso *marxista* celebrado en la Sala Pétrelle con asistencia de representantes de 23 países —fundamentalmente, de Francia, Alemania, Inglaterra, Bélgica, Austria, Rusia y España— se acordó organizar la Segunda Internacional, a la vez que se aprobaba como resolución de alcance práctico inmediato la celebración de una manifestación internacional en favor de las ocho horas. Su texto, a partir de una propuesta del francés Raymond Lavigne, decía así:

«Se organizará una gran manifestación internacional, en fecha fija, de manera que en todos los países y en todas las ciudades a la vez, el mismo día, los trabajadores exijan a los poderes públicos la reducción legal de la jornada de trabajo a ocho horas y la aplicación de las demás resoluciones del Congreso Internacional de París» (13).

---

(13) Amaro del Rosal: **Los Congresos Obreros Internacionales del siglo XIX** *(Ed. Grijalbo, Barcelona, 1975), pág. 365-366.*

Bajo la presidencia de Antonio Garcia Quejido (al que vemos), se celebró el mitin del 1 de mayo de 1890 en Barcelona. El gobernador civil alabó entonces —sólo horas antes de que se declarara el Estado de Guerra— la «cordura y sensatez» obreras.

La fecha acordada por los delegados, siguiendo una decisión de la *American Federation of Labour* en su Congreso de diciembre de 1888 en Saint Loius, fue el 1 de mayo de 1890. Con ello la resolución enlazaba simbólicamente con la gesta de los «mártires de Chicago» y con el conjunto de la agitación americana por las ocho horas (aunque a la hora de la verdad, en algunos países como Inglaterra o España se aplazaría la celebración al domingo 4, por su mayor poder de convocatoria). A instancias de los delegados alemanes Bebel y Liebknecht —temerosos de que una actitud radical diera lugar en su país al restablecimiento de las leyes antisocialistas, cuya vigencia concluía en 1890, a menos que el Reischtag decidiera renovarlas— se incluyó en el acuerdo una cláusula restrictiva, por la que en cada nación la manifestación se ajustaría a «las condiciones impuestas por la situación especial» de la misma. Frente a esta actitud moderada, o «filistea» en los términos acusatorios de Lichteim, la posición radical defendida por algunos delegados franceses al Congreso exigía la declaración de una huelga general internacional hasta la conquista de la reducción en la jornada; pero al final triunfó la propuesta alemana, de forma que a los radicales no les quedó más salida que la de organizar por su cuenta, al llegar la fecha prevista, la huelga general en las zonas donde contaban con organización e influencia (por ejemplo, en Cataluña, como vamos a ver).

Pese a estas diferencias, se había dado un paso decisivo en la unificación del movimiento obrero internacional. El Primero de Mayo entraba, gracias a este acuerdo, en el calendario obrero mundial, y las ocho horas se convertían en la reivindicación fundamental que durante veinte años iba a aglutinar a las capas populares de la población, hasta la definitiva conquista de una legislación laboral acorde con esta exigencia.

EL PRIMERO DE MAYO EN ESPAÑA

La resolución del Congreso de París, cuya ejecución dio lugar a las manifestaciones descritas, no pasó desapercibida en España, donde pese a la debilidad de las organizaciones obreras y a las diferencias ideológicas entre ellas, los días 1 y 4 de mayo de 1890 contemplaron una intensa y decidida acción reivindicativa del proletariado.

No era la primera vez que la reclamación de las ocho horas se presentaba en nuestro país. Ya en 1886 había comenzado una campaña, impulsada por la Federación Barcelonesa, en favor de la reducción de la jornada, que culminó en la creación de la «Comisión interina de las ocho horas» en 1887 y en la firma por numerosas sociedades obreras de una declaración favorable a este objetivo. Pero las movilizaciones de masas no se producirían hasta las fechas determinadas en el acuerdo internacional.

Durante el mes de abril de 1890, al comenzar los preparativos para la celebración, empezaron también a manifestarse las diferencias de opinión sobre el carácter y objetivos de la misma. Los socialistas, que según cuenta Morato «veían con temor acercarse la fecha» (14), eran partidarios de reducir la conmemoración a un mitin y una manifestación pacífica, a celebrar el día 4, que culminarían con la presentación ante las autoridades de un texto con las peticiones aprobadas en el Congreso de París. En concreto, el escrito propuesto incluía las siguientes medidas, destinadas a «poner por ahora término a la situación angustiosa que la clase obrera atraviesa»:

«Limitación de la jornada de trabajo a su máximum de ocho horas para los adultos.

Prohibición del trabajo a los niños menores de catorce años y reducción de la jornada laboral a seis horas para los jóvenes de uno y otro sexo de catorce a dieciocho años.

Abolición del trabajo de noche de la mujer y de los obreros menores de dieciocho años.

Descanso no interrumpido de treinta y seis horas, por lo menos, cada semana para los trabajadores.

Prohibición de ciertos géneros de industria y de ciertos sistemas de fabricación perjudiciales a la salud de los trabajadores.

Supresión del trabajo a destajo y por subasta.

Supresión del pago en especies o comestibles y de las Cooperativas patronales.

Supresión de las agencias de colocación.

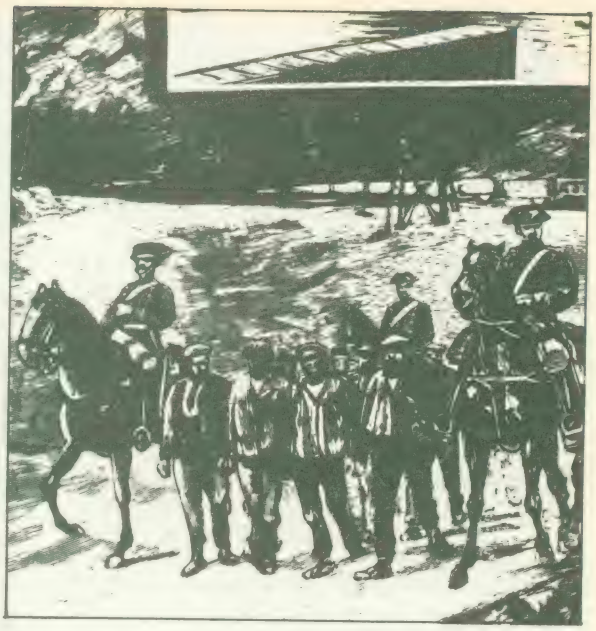
Vigilancia de todos los talleres y establecimientos industriales, incluso la industria doméstica, por medio de inspectores retribuidos por el Estado, y elegidos, cuando menos la mitad, por los mismos obreros» (15).

Eran, todas ellas, reivindicaciones moderadas, destinadas a hacer frente a algunos problemas inmediatos del proletariado, y cuya

---

(14) J. J. Morato: **Pablo Iglesias, educador de muchedumbres** *(Ed. Ariel, Barcelona, 1968), pág. 87.*

15) **El Socialista,** *número extraordinario, 1-V-1890.*



Cataluña, Levante y el País Vasco se mostraron como las zonas más combativas durante mayo de 1890. En Vizcaya, la huelga comenzó en las minas de La Orconera, varios de cuyos trabajadores figuran aquí detenidos por la Guardia Civil. A su izquierda, Facundo Perezagua, quien encabezó a los 14.000 obreros que se manifestaron en Bilbao durante estos días.

obtención se esperaba como resultado de presiones sucesivas de las organizaciones obreras. En cambio, los anarquistas no se conformaban con esta perspectiva: no se contentaban con una simple petición, ni estaban dispuestos a esperar años para conseguir la jornada de ocho horas. Deseaban obtenerla de inmediato por medio de la huelga general «¿Queréis, compañeros, el triunfo? —decía un manifesto de los trabajadores asociados de Barcelona y su comarca—. Pues no necesitamos más que cruzarnos de brazos *el día Primero de Mayo. Declararnos en huelga voluntaria,* no ir al taller ni a la fábrica ese día, y *no querer trabajar más* si no es con la condición de *trabajar SOLO OCHO HORAS*». Y un artículo de *El Productor* remachaba la idea: «(...) no conseguiremos la jornada de ocho horas con pacíficas manifestaciones, y con peticiones inútiles y serviles, sino imponiéndonos, y la imposición está en la huelga» (16).

Las diferencias de planteamiento fueron causa de agrios debates en especial en Barcelona, donde las organizaciones obreras estaban divididas entre las propuestas de ambos sectores. En Madrid, en cambio, el predominio socialista evitó estos enfrentamientos; pero la escasa organización obrera —sólo se contaba, como señaló Morato, con «cuatro Sociedades obreras nada lucidas»— no permitía abrigar grandes esperanzas de éxito, y provocaba el temor de los dirigentes del Partido ante un posible fracaso rotundo. También los sectores conservadores, aunque por razones opuestas, estaban atemorizados: como recuerda García Venero, «el peligro rojo asomó a las columnas de los periódicos, en las conversaciones y en las medidas de seguridad, que alcanzaron incluso al acuartelamiento de tropas» (17).

En la fecha prevista —en Madrid, como dijimos, el día 4— la concentración obrera en la capital, en contra de todos los pronósticos pesimistas, fue muy numerosa; y para tranquilidad de las clases acomodadas, se desarrolló en perfecto orden. Según la crónica que Matías Gómez Latorre escribió para *El Socialista,* «amaneció cubierto el cielo con grandes nubarrones, regocijando a los burgueses con la esperanza de ver aguarse la fiesta; pero a medida que avanzaba el día, se fueron disipando,

(16) **El Productor,** *n.º 196, 25-IV-1890. Sobre la posición anarquista, véase J. Alvarez Junco:* **La ideología política del anarquismo español (1868-1910)** *(Ed. Siglo XXI, Madrid, 1976), pág. 549-553.*

(17) *M. García Venero:* **Historia de las Internacionales en España,** *tomo I (Ediciones del Movimiento, Madrid, 1956), pág. 383.*

y un sol espléndido unió sus alegrías a las que brillaban en los semblantes de los honrados productores». El mitin del Liceo Rius se vio concurrido por unos 2.000 obreros que escucharon pacíficamente los discursos de varios oradores, entre ellos Pablo Iglesias, cuya alocución acabó «excitando a todos los trabajadores a no descansar un instante hasta alcanzar su ansiada emancipación, hoy ya vislumbrada hasta por los más encarnizados enemigos del proletariado» (18).

Tras el mitin, la manifestación se dirigió hacia la Presidencia del Consejo para presentar las conclusiones a Sagasta. Por el camino, fue creciendo el número de manifestantes, hasta alcanzar, según *La Unión Católica*, la cifra de 40.000 (cifra que *El Socialista*, más prudente, redujo a 30.000). Mientras el grueso de la concentración esperaba en la calle Alcalá, una delegación presidida por Iglesias entregó a Sagasta el texto citado. La entrevista, según todos los testimonios disponibles, se desarrolló en un clima cordial. El dirigente socialista explicó al presidente del Gobierno que «teniendo en cuenta, no el carácter legal de los Poderes Públicos, sino lo que realmente son y representan, no nos hacemos la ilusión de que inmediatamente sea atendida (la petición) ni de que se nos conceda de muy buen grado lo consignado en ella; pero tanto nuestros representados como nosotros nos hallamos decididos a persistir una y otra vez en dicha reclamación, hasta lograr que nuestros deseos se satisfagan». En su respuesta, Sagasta no sólo felicitó a los delegados por el orden y la calma de la manifestación, sino que prometió además que el Gobierno examinaría las reclamaciones «no con interés, sino con cariño» (aunque, según Morato, hizo varias observaciones sobre los daños que podrían derivarse del establecimiento de la jornada de ocho horas para la industria nacional).

La prudencia, la «cordura» —si utilizamos un término favorito de los socialistas en estas fechas— se mantuvo hasta el último momento. «Acabamos de realizar un gran acto —dijo Iglesias al salir de Presidencia—. Ahora separémonos ordenadamente, llevando todos la esperanza de que hemos de volver a reunirnos para acometer mayores empresas en pro de la redención de nuestra clase, que significa la redención de la Humanidad». Y con la disolución ordenada acababa un día histórico para la clase obrera madrileña.

(18) **El Socialista**, *9-V-1890 (Esta crónica fue recogida después por M. Gómez Latorre en su libro* **El Socialismo en España. Del tiempo viejo**, *Madrid, 1918, pág. 147-157.*

A diferencia de lo ocurrido en Madrid, en Barcelona los acontecimientos se produjeron de forma más conflictiva. En las reuniones previas al 1 de mayo, los socialistas habían conseguido el apoyo de numerosas Sociedades Obreras para su postura favorable a la manifestación y contraria a la huelga general; sólo tuvieron que ceder en la fecha, abandonando su propuesta inicial del día 4 para ajustarse a la fecha fijada internacionalmente. Pero el sector anarquista no había sido derrotado y mantenía sus intenciones radicales, que acabaron desbordando el muro de contención socialista.

Desde la mañana del día 1, el paro fue prácticamente total: «Ni coches, ni tranvías, ni fábricas, lo mismo en el puerto que en las estaciones férreas, que en el comercio, los negocios, los pequeños y los grandes talleres; todo cesó, invadiendo la vía pública las clases sociales todas, impresionadas vivamente por hallarse frente a frente de lo desconocido, y atentas en observar el desarrollo de los acontecimientos» (19). El mitin, convocado en el

(19) **El Productor**, *n.º 198 (extraordinario dedicado al 1.º de mayo) 4-VII-1890. La descripción más detallada de los acontecimientos de Barcelona y de toda la zona catalana y*

La Voz del Cantero

Loor al 1. de Mayo

Un recuerdo á la Historia

¡Hasta de fiesta!

La fiesta del Trabajo

Portada del periódico madrileño «La Voz del Cantero» que, con motivo del 1 de mayo, dedicaba un recuerdo a aquellos lugares y hechos en que se había significado especialmente la lucha del proletariado. «La fiesta del trabajo —decía este quincenario— sólo podremos celebrarla cuando la humanidad sea libre».

Teatro Tívoli, se celebró bajo la presidencia de Antonio García Quejido, máximo dirigente en aquel momento de la *Unión General de Trabajadores;* al acabar, a las diez y cuarto de la mañana, los manifestantes (en número de 100.000, según *El Socialista,* o de 20.000, según el cálculo de J. Ferrer) se dirigieron en marcha ordenada hacia el Gobierno Civil para entregar las conclusiones ya mencionadas. Al pasar la manifestación por delante de Capitanía General, desde cuyo balcón contemplaba el acto el general Blanco, se produjo el acontecimiento más recordado de este día histórico: algunos obreros aplaudieron en agradecimiento porque el general no había sacado las tropas a la calle, y éste —según los testigos presenciales, que otorgarían después un elevado valor simbólico a su gesto— «vestido de uniforme de campaña y fajín, saludó repetidas veces quitándose el quepis». El gobernador civil, por su parte, aprovechó el momento para alabar la «cordura y sensatez» de los trabajadores barceloneses, prometiendo elevar al Gobierno de Madrid sus peticiones; y como era de suponer, los manifestantes regresaron pacíficamente a sus casas, sin que se produjera incidente alguno. A los ojos de los anarquistas, todo había sido una ceremonia sin sentido: «Presentose el partido obrero en el Gobierno Civil, se hicieron los discursos de ordenanza, se entregó la petición para que el Gobierno y las Cámaras accedieran a ocuparse de las reformas del trabajo *cuando les pareciese oportuno,* se disolvió la manifestación, y *pax vobis*» (20).

Pero la situación tomó un cariz muy distinto por la tarde. Miles de obreros (según la información de *El Productor,* pero sólo unos 200, en opinión de Ferrer) se reunieron en el campo de Las Carolinas y decidieron por aclamación mantenerse en huelga hasta alcanzar la jornada de ocho horas. Comenzaban entonces la lucha directa con los patronos, mucho más temible que la moderada concentración socialista. El día 2 toda Barcelona estaba en huelga; y aunque por la tarde se declaró el estado de guerra, y los socialistas declinaron poco después toda responsabilidad ante el nuevo giro de los acontecimientos, los huelguistas se mantuvieron firmes y obligaron a muchos empresarios a entablar negociaciones con ellos. El día 5, los empleados de tranvías conseguían la reducción de la jornada a 8 ó 9 horas y el establecimiento de dos turnos laborales. Y los carreteros, los trabajadores del puerto, algunos sectores del ramo de tintorería, del calzado, de la construcción o de la panadería alcanzaron también el triunfo total o parcial de sus reivindicaciones. Gracias a estos éxitos, la intensidad de la huelga fue disminuyendo lentamente, hasta que el lunes día 12 se produjo la incorporación al trabajo de los últimos oficios en paro.

En suma, en Barcelona el enfrentamiento entre las dos tácticas contrapuestas de socialistas y anarquistas había concluido con ventaja para la segundas, que pudieron exhibir algunos triunfos en diversas ramas productivas, mientras los líderes del P. S. O. E. y la U. G. T. no podían presentar ningún resultado positivo de sus manifestaciones y peticiones ordenadas y pacíficas. Unido a ello, su inhibición en la huelga general les había enajenado las simpatías de muchos sectores de la clase obrera, cuyo alejamiento de las posiciones socialistas se hizo manifiesto en los años siguientes.

En el resto del país, las manifestaciones y las huelgas no alcanzaron tanta espectacularidad e importancia. Según los datos de los corresponsales de los dos principales periódicos obreros del momento, *El Socialista* y *El Productor,* las zonas de mayor combatividad fueron Cataluña, Levante y el País Vasco (21), mientras en el resto del país sólo se habían celebrado manifestaciones o reuniones en locales cerrados en algunas capitales de provincia o en pueblos de relativo desarrollo industrial. Aproximadamente la mitad de las provincias españolas no conocieron alteración alguna, y sólo en algunas localidades catalanas o levantinas (como Reus, Valencia, Manresa o Alcoy) las huelgas impulsadas por los anarquistas acabaron en enfrentamientos con las fuerzas del orden.

En resumen, únicamente una pequeña parte de la población trabajadora del país intervino en las movilizaciones de masas de la Fiesta Internacional del Trabajo. Pero las organizaciones obreras se encontraban satisfechas. Como decía pocos días más tarde una circular del Comité Nacional del Partido Socialista, el

---

levantina, se encuentra en Joaquín Ferrer: **El Primer «1.er de Maig» a Catalunya** *(Ed. Nova Terra, Barcelona, 1972).*

(20) **El Productor,** *4-VIII-1890. En este número de* **El Productor,** *y en los números del mes de mayo de* **El Socialista** *hay abundante información sobre la celebración del Primero de Mayo en todo el país.*

(21) Sobre la situación en el País Vasco, véase el artículo de Eugenio Lasa Ayestarán: «Socialismo en Vizcaya: La huelga general de Mayo de 1890». **Tiempo de Historia,** *n.º 7, junio de 1975, pág. 14-25.*

No cabe duda de que el primer 1 de Mayo **significó el comienzo de una nueva etapa en la historia del movimiento obrero, pese a que las optimistas expectativas que entonces se formulasen no hayan llegado a confirmarse por entero. (Foto: Reciente Primero de Mayo en Berlín.)**

Primero de Mayo de 1890 había permitido «afirmar solemnemente, de un modo que ni a proletarios ni a burgueses deja lugar a dudas, la unión, la solidaridad, entre todos los explotados». Y no sólo esto: en pleno optimismo, los socialistas declaraban que también había servido para «infundir saludable terror en la clase dominante o explotadora y hacerla comprender que ha llegado para ella la hora de preocuparse de las cuestiones obreras y de preparar el camino para que sean una realidad en breve plazo las reivindicaciones formuladas en los primeros días de este mes por el proletariado universal» (22).

La historia posterior no confirmó por entero estas ezpectativas optimistas. A pesar de ello, no cabe duda de que el primer Primero de Mayo era el comienzo de una nueva etapa en la historia del movimiento obrero. ■ **M. P. L.**

---

(22) «El Comité Nacional del Partido Socialista Obrero a sus correligionarios», **El Socialista**, *66-VI-1890.*

1917-1920: Una crisis institucional

Manuel Tuñón de Lara

De 1917 a 1920 se abre la gran crisis organica de la sociedad española: es decir, una ruptura de la relacion organica de representatividad entre los sectores históricos dominantes y las bases sociales. Dicha crisis es, por tanto, de orden social y de orden institucional. En la foto, proclamación del Estado de Guerra en Barcelona durante el mes de agosto de 1917.

PUBLICAMOS en estas páginas el texto de la conferencia que el profesor Tuñón de Lara pronunció en el Colegio Mayor Pío XII, de Madrid, el 24 de febrero de 1975 bajo el título «Crecimiento capitalista 1914-19. Crisis del régimen y cambio en la conciencia de la clase obrera». Dicho texto ha sido revisado por el propio Tuñón de Lara para su inserción en TIEMPO DE HISTORIA, aunque él ha preferido guardar en todo momento el tono, en ocasiones muy coloquial, que la citada conferencia tuvo. El cambio de título ha sido originado tanto por razones de tipo periodístico como porque el primitivo no se ajustaba al contenido de las palabras del profesor español.

MI empeño puede parecer un poco pretencioso, porque intentar un conocimiento de causa total de un período tan complejo como el de los años 1917 a 1920 sería demasiado; para mí es demasiado.

Creo que lo que puedo comunicarles es una aproximación al conocimiento de esa época y, un poco, de cómo llevo mis trabajos.

Es un tema en el que llevo trabajando bastante tiempo, pero, como todos ustedes saben, junto a las tareas de investigación y las tareas de enseñanza, que ocupan mucho tiempo, no se puede desarrollar todo lo que se quiere. Por consiguiente, se trata aquí de indicar sobre qué bases se puede iniciar un trabajo de aproximación a este tema y no formular las conclusiones definitivas, sino, más bien, unas tímidas hipótesis de trabajo.

No estudiamos solamente una coyuntura económica, con ser ésta muy importante por los beneficios exorbitantes que resultan de la neutralidad española en la Primera Guerra Mundial y por la diferencia flagrante entre los beneficios y las rentas fijas, sobre todo las rentas del trabajo.

Se trata de lo que yo prefiero llamar una coyuntura histórica. ¿A qué llamamos una coyuntura histórica? A aquélla en que el conflicto latente, potencial, entre las diferentes fuerzas que actúan en la historia, que existe siempre, que existe a nivel de la estructura histórica, se hace manifiesto, toma cuerpo, llega en ocasiones a un encuentro frontal, si se está en la posibilidad de cambio estructural. Es decir, la coyuntura, en sentido histórico, sería la acentuación de ese conflicto hasta el punto de producir el cambio estructural, o de poder producirlo. Se produce o no, eso depende del decurso de la historia. Y a esta situación se llega, evidentemente —ninguno de ustedes lo ignora—, en el caso de 1917 a 1920. Podemos decir que si la crisis que hay de 1898 a comienzos de siglo produce un cambio en el terreno de las ideas, porque acaba con la hegemonía ideológica del bloque de la Restauración, lo que se produce a partir del año 1917 es una crisis a la vez de orden social, o de capas sociales, y de orden institucional, lo que tampoco ignora nadie: que la gran crisis española del siglo XX se abre a partir de 1917. Pienso que durante estos años se abre la gran *crisis orgánica* de la sociedad española, es decir, ruptura de la relación orgánica de representatividad entre los sectores históricos dominantes y las bases sociales.

Debemos, sin embargo, comenzar por un análisis de la coyuntura económica, porque ese examen total de la coyuntura, si queremos seguir un mínimo de rigor metodológico, no puede prescindir de este examen coyuntural económico.

Por ejemplo, necesitamos saber los precios al por mayor, la producción industrial, la producción agraria, la balanza de comercio, los beneficios, el estado de las cuentas corrientes, la compra de materias primas, la situación de empleo y desempleo, el nivel y las condiciones de vida laboral, de jornada de trabajo..., es decir, de todo lo que forma la coyuntura económica, tanto desde la óptica del mundo del trabajo como desde la óptica patronal, puesto que, evidentemente, son dos fuerzas que se enfrentan, y no podemos tener un conocimiento histórico si no tenemos un conocimiento global de ambas.

Y vean ustedes algunos elementos, algunos elementos, insisto, porque sería tarea vana hablar de todos ellos:

Empecemos por los precios al por mayor (indican en general el tono de los beneficios): 1913 base 100; 1916, 141; 1920, 223.

La producción: Hay una serie de producciones que van a subir, pero, en general, no asistimos a un ascenso fulgurante de la producción, sino a un ascenso fulgurante de los precios. Hay mucho más aumento de precios que aumento de producción, lo cual acarrea una inevitable inflación.

Hay datos de algunas ramas clave de la producción, que son interesantes conocer. Por ejemplo, el caso del carbón, donde se hicieron los negocios más fabulosos. Vean ustedes, producción y precios del carbón: Tomando como base ciento en el año 14, a lo máximo que se llega es a 168 en el año 18, para decrecer ya, en el año 20, a 133. Ya va cuesta abajo. Pero los precios es para leerlos sentados, porque los precios del carbón son: Sobre la base cien, 562 en el año 18, y en el año 20, 446. Se comprende que, tras unas cuantas huelgas fuertes, los mineros también tuvieran aumentos de sueldo muy importantes, por lo que en el año 20 los mineros eran una de las pocas ramas que no habían perdido poder de compra.

Vean ustedes en acero: La producción pasa de 374.781 toneladas el año 14 a 425.816 el año 16, y luego se estabiliza por encima de las 398.000. Pero la subida de precios en el año 18 es de 543 por 100. Cualquiera que se tome la molestia de consultar los precios de los diversos productos siderometalúrgicos, ve hasta qué punto han subido de precio. En este medio, la producción baja en porcentaje, pero el precio sube más del 100 por 100.

En la industria textil, hay un promedio de ascenso hasta el año 15-16, que es importante: El promedio de los años 11 al 15 era de 8.000 toneladas de exportación de tejidos de algodón; y entre el año 16 y el 20 es un promedio anual de 14.000. Pero hay que tener en cuenta que todo se concentra en los años 16-17; en el año 18 empieza a decrecer. Porque con la participación de Estados Unidos en la guerra y el bloqueo alemán, la llegada de materias primas de algodón a España se hizo cada vez más difícil. Es un hecho que negocios fabulosos se hacen en dos o tres años. Y se montan empresas marginales que luego no van a prosperar, pero que, en esos momentos realizan pingües beneficios.

Tenemos en agricultura, por ejemplo, un producto de exportación: El aceite. El aceite pasa de 107 a 245 por quintal métrico, sin variar la producción. La producción, un año peor, otro año mejor, según llueve o no llueve; ya saben ustedes eso del campo...

El trigo tuvo bastantes buenas cosechas: La cosecha del 14, 31,5 millones de quintales métricos. La del 17, 38,8; la del 20, 37,7. Bien, ¿y qué pasa con el kilo de harina? Pues pasa que el 14 era 0,38; el 17, 0,60, y el 20, 0,81. Pero vean, por los ejemplos, que el rasgo fundamental es la subida de los precios a base de su rareza. Porque España, como ustedes saben, sustituía en el mercado internacional a los grandes proveedores, que se encontraban en guerra, e incluso también era proveedora de los países beligerantes. Claro, la renta de los productos era inmensa. Por ejemplo, se ve que las exportaciones de carne entonces eran fabulosas. Y los beneficios... En 1917 se ha más que duplicado el conjunto de beneficios de las empresas sobre 1914. Yo creo que hay un trabajo ejemplar sobre todo esto, que es el de José Luis García Delgado y Santiago Roldán, donde todo esto está clarísimo: La acumulación inmensa del capital en aquellos años, la formación de empresas... Por ejemplo, entre 1917 y 1920 se crean —solamente empresas mineras— 106. De 1916 a 1920 se crean, en general, 3.492 sociedades anónimas, con un capital de 4.589 millones de pesetas. Es también la época del neto predominio de la sociedad anónima. Es decir, hasta entonces hay un cierto equilibrio entre el tipo de sociedad clásica, antigua, la sociedad colectiva, también las sociedades comanditarias, y la sociedad anónima. Ahora, a partir de esta época, el tipo moderno de empresa, cuya forma jurídica es la sociedad anónima, sube en flecha con mucha ventaja sobre las otras.

Es este auge inducido, como dice Jiménez Aráyez, en un interesante trabajo publicado

En los últimos años diez, asistimos a un ascenso fulgurante de los precios, muy por encima del aumento de producción. Ello originó una gravísima inflación, de la que la clase trabajadora sería primera y principal víctima.

Durante la Primera Guerra Mundial, España substituía en el mercado internacional a los grandes proveedores (dedicados a la industria bélica, como esta factoría inglesa que vemos), e incluso también era proveedora de los países beligerantes. La renta de los productos era así inmensa, con beneficios fabulosos en las exportaciones de mercancías.

en la *Revista de Hacienda Pública:* «El auge inducido por la no beligerancia española en la Primera Guerra Mundial marca la fase de coyuntura más alta, más importante, de todo el período que discurre hasta la mitad del siglo.» «El auge —añade— se apoyó más en factores de especulación que en un proceso de expansión de la base productiva.» Es decir, dicho en plata, aprovecharse de la situación del mercado y no producir más...

Hay una cosa curiosa: El sector bancario, que ya va acentuando su dominación sobre toda la economía, es el que obtiene mayor y más prolongado beneficio. Hay, en efecto, 28 nuevos Bancos, con 576 millones de capital, de 1917 a 1920. Entre estos Bancos nuevos hay nada menos que el Banco Central y el Banco Urquijo. Y rasgo muy curioso sobre el que habría que investigar todavía, es cómo el año 21 y 22, en que se produce la crisis general en la industria, los Bancos siguen haciendo beneficios. Yo no tengo el secreto del asunto, digo nada más que habría que investigar...

Vean ustedes algunas empresas importantes que se crean en la época: La Madrileña de Tranvías, la CHADE —hablo de muchos millares—, la de Potasas de Asturias, «Los Guindos» (son de inversión extranjera), la Transmediterránea, con 87 millones; la Minerosiderúrgica de Ponferrada, con 30; la Siderúrgica del Mediterráneo, con 40 millones; la Auxiliar de Ferrocarriles; la Euskalduna; la Babcock and Wilcox, de Bilbao; en fin, una época ya de inversiones que van a seguir luego (en la época de la Dictadura de Primo de Rivera), y de formación de empresas, sobre todo de grandes empresas. Hay un fenómeno, en fin, que ocurre en todas las épocas del mundo en que se crean muchas empresas marginales, que exigen unos costos elevados; luego, cuando se vuelve a la normalidad, esas empresas quiebran. En cambio, se cuenta con grandes instalaciones, con grandes inversiones, que van a seguir un proceso ascensional.

Veamos cómo se presenta ahora en la óptica laboral la coyuntura económica. Echemos una ojeada sobre el coste de vida. (No podemos aquí explicar en detalle la validez mayor o menor que podamos dar a las fuentes del Instituto

EL IMPARCIAL

DIARIO LIBERAL

FUNDADO POR D. EDUARDO GASSET Y ARTIME

Número suelto: 5 céntimos

Calle del Duque de Alba, 4

SE NOS AGONSEJA...

Y decimos nosotros

DEL MOMENTO POLITICO

Bajo el arco en ruina

POR JOSE ORTEGA Y GASSET

«Desde hace veinte años la vida española es tan inerte y estéril que basta a un suceso parecer anormal para que nos prometa ser ventajoso. La mejora de España no se presenta por ninguno de los puntos cardinales con fisonomía concreta e inequívoca», escribía José Ortega y Gasset en esta página de «El Imparcial». La crisis era ya inminente.

de Reformas Sociales, a las hechas especialmente sobre Madrid y Barcelona, a las específicas de Barcelona en cuanto ente municipal, a las hechas por organizaciones especiales...) Hay un verdadero manojo de fuentes que es interesante considerar. Pero, en fin, me remito ahora para cosas básicas al Instituto de Reformas Sociales: 1917, partiendo de la base 100 antes de la guerra, coste de vida, de 136 por 100 en las capitales y de 139 en los pueblos; el año 18, 161 en las capitales, 172 en los pueblos; año 19, 180 en las capitales, 191 en los pueblos; 1920, 202 en las capitales y 220 en los pueblos... ¡Plena espiral inflacionista! Es el momento en que se está produciendo menos, de ahí la inflación que empuja los precios. Con esto, con el aumento de salarios nominales, saben ustedes que en realidad los salarios reales ni han aumentado ni han disminuido, en el mejor de los casos.

Claro, que estos índices que les he leído no están ponderados. El historiador no es el sociólogo ni el economista, tenemos que trabajar con lo que hay, con lo que queda del pasado. Cuando se piensa que todos los historiadores franceses han tenido que reconstruir a puñetazos, hablando familiarmente, la renta nacional del siglo XVII, cosa que nosotros no podemos hacer..., pues claro, hay que reconocer que no será perfecta. Hay que ir, como decía el profesor Labrousse, a aceptar un margen de error que nosotros debemos «consolidar». Es decir, como las emisiones de la Deuda, tener un error consolidado del 6 al 10 por 100. Yo, personalmente, creo que con un error consolidado del 10 por 100 nos podemos dar por muy satisfechos. No estamos en una ciencia exacta, pero sí, en cambio, ante una ciencia de leyes tendenciales, de regularidades.

Volviendo a los salarios. Les voy a dar los salarios nominales: Abriendo el año 14, 98,2; el año 15, 107,4; el año 16, 107,8; el año 17, 116; el año 18, 125,6; el año 19, 146,9, y el año 20, 179,3. (Vean ustedes cómo todo el problema de subida de precios, subida de salarios, etc., continúa después del año 17.) Es decir, que hay una historia del acontecimiento, que se ha hecho un poco mítica, de que el año 17 lo resumía todo: «¡Cuando la huelga!», «¡Cuando la huelga del 17!», «¡Las Juntas de Defensa!», «¡La Asamblea Parlamentaria!»... Era un poco mítico todo eso. No es que no fuera importante. Es la apertura de una crisis. Pero vemos que el año 18 es más importante todavía, y el año 19, más aún. Y no hay más que tomar el índice de huelgas, el índice que tenemos, el del Instituto de Reformas Sociales, y lo vemos subir, subir, subir. Porque, claro, todo esto no es por casualidad: Van subiendo los precios, pero van subiendo los salarios también, como réplica a la subida de los precios y, claro, esta réplica actúa en condiciones favorables porque las empresas tienen margen todavía. Cuando las empresas van a resistir es ya en el año 20, porque los carnets de pedidos se están acabando y entonces, verán ustedes, denota la estadística que las huelgas duran muchos más días, por la sencilla razón de que todos resisten y no ceden.

Pero del año 17 al 18, aunque se dijese que, en fin, había sido vencida la huelga de agosto del 17, seguían otras igual; y, además, como los carnets de pedidos estaban llenos, ¿qué le importaba a la siderúrgica o a las minas de carbón aumentar un poco los salarios? Había que servir, los clientes es-

taban allí. Ahora, cuando los clientes empiezan a faltar, entonces va a empezar otra historia. Por eso, no es casualidad que mientras los mineros asturianos, los siderometalúrgicos de Vizcaya, consiguen ya los últimos años alcanzar un nivel alto de compra, recuperar un poder alto de compra (no consiguen más, pero consiguen eso), en cambio, si van ustedes a la provincia de Ciudad Real, pongo como ejemplo, verán ustedes que estos obreros han sido aplastados por la inflación, el encarecimiento, la falta de subsistencias; fenómeno unido a la baja industrialización. No hay más que tomar un periódico de la época, incluso cuando las organizaciones sindicales eran bastante insensibles a esto, en el año 15 (en fin, ahí hay otro tema a estudiar), están un poco grises y no reaccionan... Pero las mujeres de los pueblos asaltan las tahonas o bien protestan ante el gobernador, haciendo una marcha, no me acuerdo ahora si era por Huesca, pero, en fin, las mujeres con los chiquillos en los brazos por la carretera iban a ver al gobernador, porque no había pan... Claro, no había pan porque se exportaba el trigo y se hacían así negocios fabulosos... Por eso hablaban siempre del problema de las subsistencias, quizá el término nos parece un poco arcaico, subsistencia, subsistir, nos parece incluso dramatizar el asunto. Pero no cabe duda de que, a nivel agrario, había elementos para dramatizar.

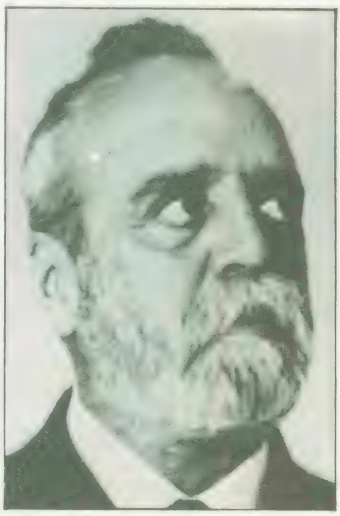
Estas líneas generales de la coyuntura económica creo que nos valen, más o menos. Tenemos, sin embargo, que conocer algunos elementos menos centrales, menos en el cogollo del asunto, pero imprescindibles para hacer una formulación científica. Por ejemplo, el asunto de la jornada de trabajo. Hay que tener en cuenta que sólo el año 19 se consigue la jornada de ocho horas y que aun así, por las inspecciones de trabajo

Cuando llega la huelga de agosto de 1917, es solamente el Comité Nacional nombrado por el Partido Socialista y la UGT el que funciona. Largo Caballero, Besteiro, Saborit y Anguiano —a quienes contemplamos en el penal de Cartagena, en compañía del abogado Luis de Zulueta— fueron condenados en un Consejo de Guerra dramático, acusados de dirigir dicho Comité.

hechas después, parece ser que en muchos sitios tardó bastante en obtenerse. Por consiguiente, hay que tener en cuenta que es diferente si calculamos el salario-hora o calculamos el ingreso salarial por día. Si calculamos el ingreso salarial por día (que es, en realidad, lo que el obrero por día o al final de la semana llevaba a su mujer para que hiciera la compra), ese es su poder, su capacidad de compra. Pero si calculamos por hora, es decir, lo que obtiene del conflicto con el patrono, la parte que obtiene él, entonces ¿qué ocurre? Que sube más, obtiene más ventajas en él, sube el salario calculado por hora, se paga más la fuerza de trabajo. La jornada en unas especialidades, en unas ramas, era de diez horas, en otras de nueve, en otras de ocho y media; luego se ponen todas en ocho horas. Por consiguiente, las pesetas que llevaba el obrero a su mujer el sábado muchas veces eran las mismas, aunque el salario-hora hubiera aumentado.

Luego, otro problema era el del empleo y el desempleo. En esta época puede decirse que, en general, hay pleno empleo. Aunque la producción no subió mucho, hay pleno empleo, salvo en dos o tres sitios: Por un lado, el paro endémico en las regiones agrarias. Que hubiera pleno empleo en la provincia de Jaén no quiere decir que se trabajase todo el año menos los domingos. No. Quiere decir que, para la aceituna, para la poda, para la siega, para todo esto, había trabajo para todo el mundo, pero el número de jornadas laborables al año era reducido, como siempre. Este es un problema que todos ustedes conocen, de crisis agraria endémica. Otro problema específico de la época y que motivó la única emigración importante de entonces —hecha a Francia— es el de la región levantina, porque una de las pocas cosas que quebraron fue la exportación de la naranja. La naranja es un postre, y cuando los países de todo el mundo están en guerra, servir el aperitivo o servir el postre es un poco complicado: Las exportaciones de naranja cayeron verticalmente y hubo crisis en esto. Y la naranja suponía no sólo la recolección y exportación, suponía todo el trabajo de embalado, de papel, de servicios, comercio, etc. Total, que hay una situación de desempleo en Valencia, Castellón, Murcia, etc., que se traduce en una salida importante de españoles hacia Francia, que necesitaba mano de obra, porque estaban todos sus hombres movilizados. Y hay actualmente bastantes familias descendientes de aquéllas que ya son francesas.

En fin, examinemos el último dato, que es de naturaleza demográfica: La natalidad disminuye. ¿Por qué? Se atribuye la baja al quebranto de la situación material. Hay una baja de la natalidad acentuada ya el año 16-17, todavía en el año 18 y el año 19... ¿Es que esta baja es debida a la inseguridad económica, a esta dificultad de subsistencias? Digamos que es una hipótesis posible. ¿Y la nupcialidad? Porque se dice siempre que la gente se casa cuando cree que va a tener un poco de dinero, cuando cree que va a poder subsistir, que en las épocas de grandes crisis la nupcialidad baja... Bueno, pues en la nupcialidad hay un bajón en el año 15, del 85 al 81 por 1.000, pero luego sube el 16 al 87; el 17 sube cada vez más... Si vemos esto como en un laboratorio, tendríamos que concluir que los casos extremos se compensan.

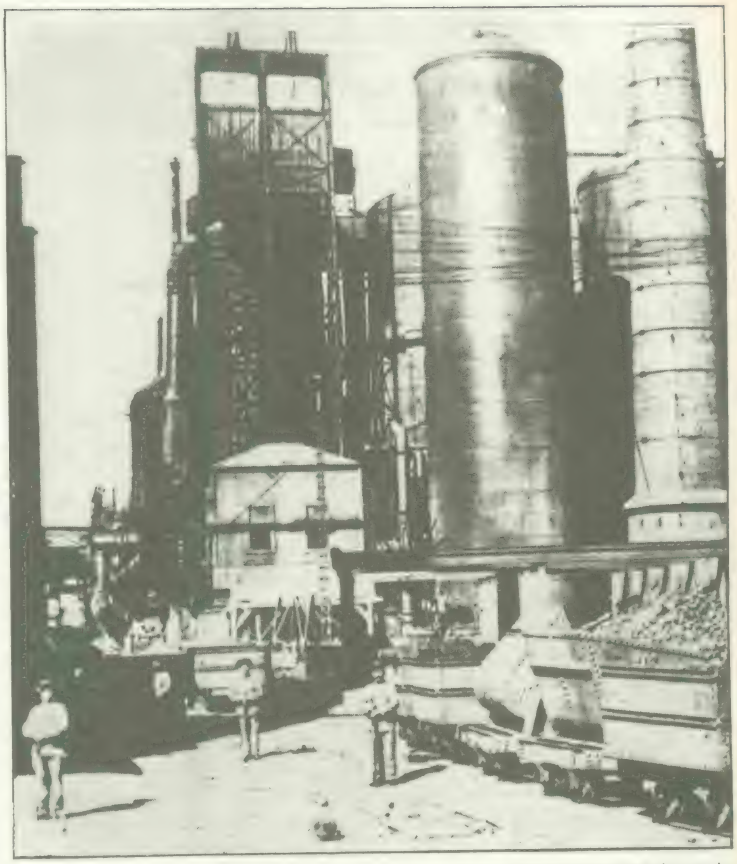


Según una hipótesis todavía no demostrada, al Gobierno le interesó adelantar cuanto antes la huelga general que sobrevendría en agosto del 17. El ministro de la Gobernación, señor Sánchez Guerra —en la foto—, habría sido el impulsor de tal estratagema.

En fin, no les quiero cansar más con este problema de los datos económicos, pero quería mostrarles los elementos que deben servir, ayudarnos, para formular un diagnóstico.

¿Qué otros indicadores hay de la coyuntura, pero ya en el aspecto sociohistórico? Hay que tener en cuenta en esto el aumento de la población industrial: Entre los censos del año 10 y el año 20, es fabuloso el aumento general de población industrial, aunque será mayor el de los años 20 al 30. Y la importancia que toma la minería, la siderometalurgia, incluso la pequeña metalurgia, al lado de los clásicos oficios como la industria textil o la construcción. También la formación de grandes aglomeraciones urbanas: Es cuando Madrid y Barcelona van llegando a los 750.000 habitantes. Es decir, son aglomeraciones urbanas de tipo industrial las que se van formando. Esto, al lado de los cambios de distribución de la población activa. En esta época es cuando verdaderamente, en el caso de Barcelona y su provincia, se va notando una integración masiva pro-

cedente de Levante, en dirección única desde el sur. En fin, todo ello y la natural conflictividad engendrada porque los salarios reales iban bajando, como ustedes han visto, va a llevar a un grado mayor de conflictividad laboral, a un endurecimiento. Hay una réplica sindical..., al principio no; la réplica viene de finales del 16... Es en diciembre del 16 cuando se hace una huelga general de 24 horas en todo el país contra la falta de subsistencias total. Entonces se van ensartando muchas cosas. Porque había una crisis institucional de todo el sistema de partidos de turno, basado en el caciquismo, montado por Cánovas el año 75-76. Todo eso, por razones múltiples: Algunas, que venían ya desde principios de siglo, que venían desde la muerte de Cánovas y de Sagasta, del fraccionamiento de los partidos de turno; y otras, por la situación del momento en que van a entrar en crisis, porque no son sólo los factores económicos, hay los factores de envejecimiento del sistema institucional, que también están operando en aquel momento. Todo va a coincidir hacia el año 17, 18, 19.



Bilbao, julio de 1917: La Guardia Civil custodia los altos hornos y convertidores parados por la huelga. Aunque su preparación fue muy defectuosa, el conflicto se extendió rápidamente por todo el país, señal del grave descontento existente en la clase obrera.

¿Y qué pasa? Unido a este problema de orden sindical, de réplica salarial, etc., hay otro aspecto: Llegan a un entendimiento republicanos y socialistas, incluso los reformistas de Melquiades Alvarez, que eran accidentalistas en las formas de gobierno. Y, por otra parte, actúan unidos UGT y CNT. Ciertamente, una coordinación un poco extraña, porque ustedes saben por la Historia que estuvieron unidos, pero que cuando llega la huelga de agosto del 17 es solamente el Comité Nacional nombrado por el Partido Socialista y la UGT el que funciona, el que marcha. En todo esto hay una serie de cosas extrañas, pero de lo que no cabe duda es de que hay, por un lado, un problema de orden económico, una conflictividad de orden económico, socioeconómico y, por otro lado, se injerta en ello un problema de crisis institucional. Todo ello va a llevar a esa famosa huelga de 1917 que hace mucho efecto en la opinión. Se produce después de las Juntas Militares de Defensa, que fueron también una expresión de la desmembración del Estado; se produce después de que se reúna en Barcelona la Asamblea de Parlamentarios, que tenía importancia relativa, pero que en cierto aspecto sí la tenía, sobre todo porque todo el movimiento catalán de la «Lliga», etc., estaba, muy coyunturalmente si se quiere, pero estaba coordinado con movimientos republicanos, melquiadistas e incluso el socialista, tal vez por unos días, pero son esos momentos cruciales que hay en la Historia.

En estas condiciones se va a crear la situación de la huelga de 1917. Huelga que, al parecer (este es un asunto muy discutido y que se sigue investigando), interesó al Gobierno, interesó al ministro de la Gobernación, Sánchez Guerra, adelantarla, buscar el pretexto para adelantarla, porque, de hecho, sus organizadores no estaban aún preparados para ella. En efecto,

Por diversos motivos, la huelga de 1917 puede históricamente considerarse como un fracaso. Pero un fracaso que no hundió, ni muchísimo menos, a las organizaciones obreras. (La imagen muestra a un grupo de mujeres de trabajadores haciendo cola ante una tahona durante los días de huelga del agosto madrileño de 1917).

aquella huelga quería ser un movimiento político para abrir un período constituyente, pero pensaban que tuviera lugar después. Se partió de una huelga de ferrocarriles en la región de Valencia que, tras la intransigencia de la empresa para readmitir a los despedidos, iba a crear una situación muy dramatizada en la Federación de Ferroviarios, que acuerda, por un voto de diferencia, ir a la huelga. El Comité Nacional de huelga preparado para el gran día, para el día «D», no sabe qué hacer. Fue entonces cuando consultó con Pablo Iglesias. Pablo Iglesias quería que se hiciera una huelga de estricta solidaridad, pero nada más. No se decidieron, se lanzaron a medias sin saber qué hacían... Claro, la huelga fue un fracaso. Fue un fracaso, pero no fue el hundimiento de la organización, ni mucho menos, la prueba está en la robustez de la organización. Se dramatizó el asunto, en fin, algo más, hubo el Consejo de Guerra dramático, y los condenados en el penal de Cartagena...

Pero en el fondo, cuando vemos esto a casi sesenta años de distancia, va tomando otra importancia. Es decir, que la coyuntura es más manifiesta el siguiente año, en que la conflictividad es mayor. En fin, cada historiador tiene que preguntarse por qué es esto. Porque de lo que no cabe duda es de que es muy simple, muy elemental, decir «hombre, ven ustedes, como comían tan mal y como trabajaban tanto, pues hacían huelga»... No. Esto sería demasiado elemental, la Historia nos confirma mil veces que esto no ocurre así. En cambio, hay un proceso de mediación, hay un proceso de toma de conciencia y, claro, no cabe duda de que existe lo que podríamos llamar (la palabra parece un poco rebuscada, pero, en fin, no hemos encontrado otra manera de decirlo) la objetivación del momento subjetivo. Es decir, el momento subjetivo es la toma de conciencia del hombre medio, y esto se cristaliza, se objetiviza, en una organización, una organización que va a actuar. ¿Por qué? Véanlo ustedes (y esto no sucede sólo en las huelgas de esta época, en el primer decenio de siglo también): En la medida en que las organizaciones obreras y sindicales son más numerosas y más fuertes, es cuando esa réplica es más fuerte y más adecuada. Y hay una cosa que es muy humana, naturalmente: En la medida en que se obtienen pequeños éxitos, estos movimientos cobran más fuerza, más brío; y cuando se obtiene un fracaso, hay una tendencia al retroceso.

Como datos menos brillantes, pero sí más seguros, tenemos el de la evolución de la UGT: La UGT, que tenía en 1913 147.000 afiliados y que va bajando y baja al principio de la Guerra Mundial, lo mismo que el PSOE. ¿Por qué? Hay que repasar la Prensa de la época, hay que repasar los debates del Parlamento... ¿No sería porque se preocupaban demasiado de lo que pasaba en otras partes, de la guerra de Europa, etc., pero no habían tomado a fondo el problema este de las subsistencias, este problema corriente y moliente que interesaba a todo el mundo; en fin, el problema del ama de casa cuando iba a la compra? Es sólo a finales del 16 cuando la UGT toma mayor fuerza, y el año 17 vemos que hay una cierta recuperación, todavía no muy grande, en la organización. Aumenta a 99.000 afiliados, entonces hay un momento de 100.000, luego desciende a 89.000 a primeros del 18, a consecuencia de la represión del 17, pero después pasa ya en el 19 a 160.480, y en seguida, el 20, asciende a 211.342. El caso del PSOE es fulgurante, porque en el solo año 1919 dobla sus efectivos.

Es decir, que este era un momento crucial de la Historia. No hay más que seguir, como digo, la propia corriente, la Prensa de todas las tendencias y los debates parlamentarios de aquellos años. Pero muchos factores impiden que se llegue a producir un cambio fundamental.

Quisiera, sin embargo, señalarles algo más: Los resultados electorales. Hay dos cosas curiosas: Por un lado, un creciente abstencionismo. En el año 18 del 34 por 100, en el año 20 se llega al 40 por 100. Este abstencionismo viene, sobre todo, examinando provincia por provincia, de la influencia anarco - sindicalista en ciertas regiones. Pero, al mismo tiempo, la otra corriente obrera, la ugetista - socialista, después del triunfo electoral para sacar a los que estaban en el penal de Cartagena en el año 18, vuelve a tener otro triunfo, con seis diputados ya en las elecciones de 1919. Es decir, que ya todas estas corrientes, PSOE y UGT sobre todo, tienen una función global, tienen una opción nacional, a nivel de la política general del país.

En fin, para no quedarme en las palabras únicamente, quería leerles brevemente lo que son los aumentos de huelgas de estos años.

Huelgas reales de las que tenía noticia el Instituto de Reformas Sociales: 169 el año 15, 237 el 16, 306 el 17, 463 el 18, 895 el 19, 1.060 el 20. Claro, no están en esta estadística las huelgas generales, como la huelga del 17. Pero una cosa curiosa e interesante es que no son huelgas para defenderse, huelgas defensivas, contra una reducción de salarios, por ejemplo, sino para pedir aumentos. Son huelgas de carácter ofensivo, de estrategia ofensiva.

El número de huelguistas está

un poco falseado porque la estadística no da más que los de aquellas huelgas de que se tienen datos concretos, que no llegan ni a la mitad de las totales. Sin embargo, los números nos podrán decir algo, porque de 71.000 huelguistas el año 17, se pasa a 109.000 el 18, a 178.000 el 19 y a 244.000 el 20. El 20, que es el año de mayores jornadas perdidas por huelga: 7.261.000. Claro, que estas mayores jornadas perdidas quiere decir que hay más guerra por ambas partes, que como los patronos resisten más, no ceden, las huelgas duran más.

Y en cuanto a las elecciones, hay dos cosas también interesantes para ver, porque en todas ellas, a pesar de todo, se sigue con el caciquismo clásico propio del sistema. No podemos hacer aquí un trabajo de investigación total, pero quiero enseñarles algunas de las cosas de cómo trabajamos para hacer investigación histórica. Por ejemplo, las elecciones del 18, las elecciones en que se consiguió la salida de los presos de Cartagena, Besteiro, Caballero, Saborit, y que fueron muy reñidas. Presidía el Gobierno —de concentración liberal— García Prieto, marqués de Alhucemas, y era ministro de la Gobernación el conde de Matamala. Pero he aquí la circular, cifrada claro, de 11 de enero de 1918:

«Telegrama oficial del Ministerio de la Gobernación, circular número 10.

Ministro de Gobernación al Director General de Seguridad y Gobernadores Generales de todas las provincias, excepto Madrid.

11 de enero de 1918:

«Publicado hoy un Real Decreto de disolución de las Cortes pasadas y de convocatoria de otras, considero indispensable que Vuecencia y las autoridades y funcionarios todos a sus órdenes dediquen en absoluto su atención al mantenimiento del orden público y a investigar y descubrir los manejos y actuación de quienes pudieren estar interesados en impedir que las elecciones generales tengan lugar con perfecta normalidad o en producir con artificios efectos que redunden en su favor el día designado para la vo-

tación. A fin de evitarlo, es indispensable que con suma discreción y reserva, pero con plena eficacia, sean vigilados los directores de sociedades obreras y representantes de los partidos avanzados en esa provincia, para asegurarse que no tienen comunicaciones o visitas de personas de otros puntos y cuál sea el objeto de las unas y de la presencia de los otros, para no dejarse sorprender en caso alguno y poder contrarrestar en cualquier momento toda labor de censo, siendo esencial que no se pierda ni menosprecie detalle alguno por insignificante que pudiera parecer, dejándose llevar de confianza mal entendida o de precedentes. Es de presumir que el encarecimiento de las subsistencias y la falta y suspensión de trabajo a la que obliga la estación sean explotados para incitar a la revuelta o provocar los efectos indicados, a lo cual precisa hacer frente no sólo haciendo observar rigurosamente los preceptos ya dictados y los que se promulguen sobre tasa y abastecimiento, sino promoviendo por suscripción la ejecución de obras locales y recabando el concurso de la Diputación Provincial y de las entidades y personas pudientes, sin perjuicio de acudir al señor ministro de Fomento para que ordene lo que sea posible llevar a cabo por cuenta del Estado.

(Es decir, dar trabajos públicos, dar trabajo a la gente, ya que no come.) *Encarezco a Vuecencia la absoluta necesidad de ponerse en constante contacto y proceder de acuerdo con las autoridades judiciales y militares, sin olvidar un momento las instrucciones que le tengo comunicadas en circulares número cinco del día 4 y 7 del 5 del corriente, y espero que habrá de darme cuenta de todo lo que interese conocer y señalar todo cuanto pudiera ocurrir.»*

Toda la lección es muy interesante, porque se ve también otra cosa: Cómo estaba arraigado el caciquismo, muchas veces sin que el Gobierno pudiera ya hacer nada, aunque quisiera; como Cánovas le dijo a Sagasta una vez: «Bueno, es que si yo me decido ahora a cargarme a los caciques, ¿qué pasa?»... Ellos habían creado ese problema, era invención suya, ellos eran los jefes, pero ya no podían marchar sin ellos.

Ante los huelguistas, el Gobierno empleó todas las armas represivas que tenía en su mano. La conducción por las calles de Madrid de este grupo de obreros por parte de fuerzas del orden a pie y a caballo, fue una estampa ampliamente repetida en el verano de 1917.

Fijación del bando en que se decretaba el Estado de Guerra por las vías madrileñas. Esta fue la respuesta contundente del Gobierno ante la huelga general desencadenada por el proletariado. Respuesta que, como todas las de este tipo, no solucionó ningún problema de fondo.

Y como estamos en vena de documentos del Archivo Histórico Nacional, como hace un instante yo les decía que cuando la huelga del 17 hay un momento en que al Gobierno le interesa que llegue para acabar con todo esto... Ahora, esto ha sido muy discutido, porque es muy difícil encontrarlo documentalmente, ¿no?; hay ciertas cosas que en cualquier país del mundo no se encuentran nunca en los archivos históricos...

Ya estaban prevenidos en el mes de junio del 17. Hay una circular del ministro de la Gobernación, señor Sánchez Guerra, a los Gobernadores Civiles que dice así:

«Telegrama oficial número 1.137 del 26/6/1917.

Circular número 94 del Ministro de la Gobernación a Gobernadores Civiles:

«Llegan al Gobierno noticias más o menos autorizadas de que en caso de un intento de revuelta entra en el plan de los revolucionarios el aislar a las Autoridades, apoderarse de las dependencias públicas e interrumpir las comunicaciones. Excuso encarecer a V. S. la necesidad de que esté apercibido para prevenir y frustrar la realización de tales propósitos dando por lo que se refiere a V. S. las debidas instrucciones al Secretario de ese Gobierno, con el fin de que le sustituya, si fuere preciso, y ni un momento deje de funcionar su autoridad, estableciendo una eficaz vigilancia en la forma discreta que le recomendé en mi circular telegráfica número 87 y procediendo, si el motín estallase, con la rapidez, decisión y energía que se previene en dicho telegrama.»

Y otra circular a los Gobernadores, el 16 de julio:

«Telegrama oficial número 652, 16/7/1917, 21 h. 45. Cifrado. Circular a Gobernadores número 109:

«Importa redoblar y extremar las precauciones y vigilancias para tener en todo momento asegurado el orden público. Con ocasión del acto que en Barcelona se intenta el día 19, es muy probable que algunos agitadores profesionales intenten en la provincia de su mando producir algunos disturbios. Debe V. S. proceder con toda decisión conforme a las instrucciones de mis anteriores circulares y detener sin vacilación a las personas sospechosas, dándome cuenta de haberlo realizado y esperando mis órdenes para acordar lo que con ellos debe hacerse. En Santiago de Galicia fue detenido Enrique Metaca, secretario de Lerroux, que llevaba algunos papeles que le comprometían y había ido allí con el fin indudable de preparar y acaudillar alguna agitación revolucionaria. De sus mismas manifestaciones se infiere que emisarios parecidos, con análogos propósitos, han sido destacados a varias provincias. Excuso encarecer la necesidad de que V. S. procure la inmediata detención de cualquier persona sospechosa que a la de su mando hubiere llegado dándome noticia de quién sea y los motivos de su detención para acordar yo en su caso lo conveniente. Debe V. S. mantenerse constantemente al habla con la autoridad militar y proceder conforme a las instrucciones que también en lo relativo a este punto tengo comunicadas... Le saludo...»

¿A qué viene todo esto? Nos viene de la idea, que ha sido muy discutida, muy debatida entre nosotros a nivel histórico, de si sabía el gobierno Dato-Sánchez Guerra perfectamente de lo que se trataba; es decir, «que no nos sorprendiese la huelga tal día», «que había una cosa que se estaba preparando» y, por consiguiente, podemos deducir que era de mucho interés hacer que se llegase a tiempo para que abortase este movimiento. Además, hay unas memorias de un ministro del Gobierno conservador, don Manuel Burgos y Mazo, que prácticamente lo vienen a decir. Los dos libros de memorias de Burgos y Mazo, los del año 17 y el año 19, cuando fue ministro de la Gobernación («El verano de 1919 en Gobernación» es el título del segundo) son muy interesantes, son unas fuentes para comprobar cómo aquella era una coyuntura —lo vemos en el libro— en que todo estaba en tela de juicio y no solamente en el año 17, sino también en los siguientes.

Un análisis histórico nos lleva a ver: Primero, que la situación era más importante todavía de lo que parecía. Segundo, que el año 17 es un primer paso, nada más.

En todo esto entra una problemática muy vasta que no se puede desarrollar plenamente, porque tenemos que tener en cuenta, por un lado, los factores de orden cuantitativo que ya he examinado, o sea, todos los factores económicos, todos los condicionantes; por otro, factores políticos o sociopolíticos, de orden cuantitativo también: Todo lo que son huelgas, número de huelguistas, todo lo que son elecciones, todo lo que son votaciones (son diferentes tipos de conflictividad, una es pacífica, otra es más dura, alguna

La extensión del movimiento reivindicativo hacia sectores no sensibilizados anteriormente se produjo, entre otros cauces, por medio de las Juntas de Funcionarios. Tras grandes huelgas de correos y telégrafos, éstos fueron militarizados —como muestra la foto— ya entrado 1918.

puede llegar a ser violenta, pero, en fin, todo esto se puede cuantificar —esto nos interesa mucho—, medir, contar, llegar a establecer coeficientes lo más aproximados posible a la realidad, con un mínimo de error. Sin que esto suponga que basta, porque hay un problema de mentalidades, hay un problema de orden de las ideas, de los comportamientos, que no se puede medir).

Otra cuestión que se arrastraba desde hacía muchos años era la división sindical; la existencia de dos organizaciones sindicales fuertes. Aparte de una tercera organización sindical católica, que era menos fuerte, mucho menos fuerte, pero que no se puede ignorar porque, aunque no jugase papel importante, en esta época llega a tener 60.000 afiliados, ya que todo el mundo se sindicaba.

Hay, desde luego, un afrontamiento de líneas de fuerza, más importante que en el 98, el más importante desde el sexenio de 1868 al 74. Pero esto ocurre en un momento en que Europa se tambalea, en que se replantea la cuestión de la Internacional, en que hay, en el caso de España, una floración de capital importante, y un endurecimiento laboral... porque lo que yo he olvidado decirles es que, al mismo tiempo, hay un endurecimiento de la patronal, sobre todo de la patronal catalana.

Respecto a lo que pasaba en el campo, voy a leerles un trozo de un libro: «*La información sobre el problema agrario en la provincia de Córdoba el año 1919*». En él, el delegado de los patronos de Puente Genil (botón de muestra nada más), ante el problema que se plantea, dice: «*El obrero del campo gana actualmente lo que quiere, pero así y todo no se ve satisfecho. Desarrollada su concupiscencia por las predicaciones anárquicas que recibe, vive en casi constante paro voluntario, esperando la hecatombe, la revolución, etc., que transforme todo esto y le convierta en señor, pues con igual intensidad odia el trabajo y cada propiedad. Desea la ruina de ésta, aspira a ganar el jornal por imposición, como el bandolero pide la limosna pero sin trabajar, pues etc., etc., ...*».

Ven ustedes... Hay algunos patronos que no son así, pero la mayoría sí lo es. En cambio es absolutamente objetivo (lo que les extrañará a ustedes, porque a mí me extrañó mucho cuando llegué a enterarme) que eso de la jornada de sol a sol no era tanto, porque resulta que mientras se hacían los cigarros a media mañana y a media tarde, en invierno no se llegaba a trabajar seis horas. Y entonces el cálculo que yo he podido hacer, tomando el punto medio entre lo que dicen patronos y sindicatos, es que el promedio del año era de una jornada de ocho horas y media. Claro que había entonces, todo hay que decirlo, algunos sitios en que se les contaba desde que salían del pueblo hasta que llegaban al tajo, y en otros no. Y ahí estaba el

asunto. Conocer este dato es muy importante, porque están los tajos a cinco y seis kilómetros, a veces, del pueblo. Fíjense ustedes que es que se están jugando dos horas que se les reconoce como tiempo de trabajo o no. Y ese era uno de los grandes debates entre sindicatos agrarios y propietarios en el año 19.

Bueno, pero basta de detalles porque no acabaríamos nunca. Ven ustedes la situación general. Luego, esto se une a una crisis española institucional, comenzada con las Juntas de Defensa, que sigue con la acentuación del problema de Cataluña y con algo que, en fin, hay que nombrar, que es el problema Marruecos, que había estado en suspenso durante la Guerra Mundial para no crear cuestiones internacionales, en fin, para no enredar las cosas, pero que vuelve a suscitarse el año 19. En los años 19 y 20 se reproduce la acción bélica, otra vez hay muertos allí, en la gente que va a Marruecos, lo que hace aumentar la tensión... Claro, el estallido catastrófico de Annual va a llegar un poco tarde, y va a llegar cuando se ha producido la escisión en el PSOE y cuando hay un momento de crisis industrial, en junio de 1921. Pero la situación de inquietud con el problema de Marruecos, que ya existía desde antes, se acentúa a partir del año 19.

De nuevo hay que señalar la resistencia que hace el caciquismo en las zonas agrarias. Para ello, como les decía antes, basta con leer los telegramas oficiales; aunque los ministros quisieran hacerlo bien, no había ya manera de hacerlo.

Luego, el aumento del abstencionismo electoral, que crea un problema muy serio. No marchan los partidos de turno. Llega en ese momento el Gobierno llamado «nacional» de Maura, en el 18. Ya saben ustedes que Alfonso XIII llama a cada uno de los prohombres políticos como si sólo fuera a consultarle a él, y ninguno sabe que van todos los demás. Entonces se encuentran todos en Palacio. Les dice: «Señores, o ustedes forman gobierno ahora o yo me marcho mañana por la mañana». Entonces de aquí nació el gobierno de concentración nacional de Maura. Claro, en el momento en que se hacen gobiernos de concentración nacional es que el sistema de turno de Cánovas y Sagasta está fracasado definitivamente y, además, los partidos de turno están ya fraccionados. El partido liberal se dividía en «romanonistas», «albistas» y «garcía-prietistas», según el nombre de sus respectivos jefes de sector; por otro lado, estaban los conservadores: Maura, los mauristas, los seguidores de Dato, que eran los conservadores oficiales y hasta otro sector, los «ciervistas». En fin, no cabe duda que se plantea el problema de la alternativa de poder. Ese planteamiento parece que ha tenido ya lugar cuando la huelga del verano

En marzo de 1918, nace el Gobierno de concentración nacional presidido por don Antonio Maura, mediante una estratagema de Alfonso XIII que amenazó con abandonar inmediatamente el país si los políticos a los que había ido llamando individualmente no se ponían de acuerdo. Junto al retrato de los miembros de dicho Gabinete, vemos —en pintura de Mañanós— su juramento el 22 de marzo.

La grave cuestión de Marruecos, que había estado en suspenso durante la Primera Guerra Mundial, se presenta de nuevo en toda su acritud en 1919. Durante este año y el siguiente, se reproducen embarques de tropas como éste para participar en una acción bélica que iba a culminar con el desastre de Annual de junio de 1921.

de 1917. Sin embargo, se saca la impresión de que la coalición de 1917 (partido reformista-republicanos diversos - partido socialista - CNT) está hecha más sobre el papel que sobre la realidad. Y, desde luego, a partir de entonces un sector de la burguesía industrial (que podríamos simbolizar en Melquiades Alvarez y los suyos) siente cada vez más temor de comprometerse en una coalición de ese tipo en el que las fuerzas determinantes son ya emanadas de la clase obrera.

Sin embargo, por parte del movimiento obrero, no puede decirse que se ofrezca tampoco una clara alternativa de poder: Cuando Besteiro quiere explicar en el Parlamento, en 1918, lo que había sido el movimiento huelguístico del año precedente, todos sus argumentos consisten en que fueron a un movimiento de ese género porque habían creido que había un órgano de la burguesía capaz de sustituir ventajosammente al Poder existente... porque habían creido que el ejército no reprimiría el movimiento... todo consiste en tener o no confianza en los demás y no en las propias organizaciones y en los trabajadores que habían otorgado su confianza al profesor Besteiro. Porque éste creía en una revolución burguesa como las de aquel tiempo en que la clase obrera no tenía suficiente peso político ni numérico. Cualquier análisis actual nos muestra que el protagonismo esencial correspondía a los trabajadores asalariados en general, a la clase obrera en particular, sin los cuales no era coherente ninguna alternativa de poder.

Al año siguiente —1918— han visto ustedes que se dan las huelgas, que la situación en el campo se agrava, que se produce el ascenso de la CNT, que tiene lugar el nuevo triunfo electoral del partido socialista... Y yo pienso que ese año es aquel en que el poder institucionalizado tiene valor más bajo, tiene mayor dificultad. Claro, si nosotros consideramos el poder, la influencia, la manera cómo se actúa sobre la población, el consenso de este poder lo estimamos como la necesidad de contar con una base mínima de sustento de la población; cuando esta base parece que se va a romper, cuando está ganado el 50% al menos, es en 1919 (Esto sólo es una hipótesis que avanzo; puede ser meses antes, unos meses después, pero la manera de llegar a saberlo es intentar examinar esta coyuntura y dar un coeficiente a la influencia que tiene el poder institucional antes de 1917 y a la influencia de la alternativa al poder o contrapoder, o como queramos llamarlo, y ver en qué momento hay un coeficiente mayor que otro). Bueno, pues yo creo que el momento en que hay mayor equilibrio, en que por lo tanto se está a punto de que salte todo, es 1919: Es la pleamar, el momento en que el PSOE triplica sus efectivos, la UGT también, la CNT también, y en que Maura tiene que dimitir, luego se forman otros Gobiernos, se echa mano a los Gobiernos conservadores; además se echa encima la guerra de Marruecos, se redacta un proyecto de estatuto de Cataluña, se concede la jornada de ocho horas porque se está concediendo en toda Europa... El mundo se acaba, como se dice al Comendador en «Fuenteovejuna»...

¿Qué consecuencias podemos sacar de esto? Primera, que en 1917 es probablemente el comienzo o apertura de la crisis. Es decir, que esta crisis dura todo el año 1917; al tratar del campo empieza sólo en 1918. Esto a su vez entraña una serie de problemas e investigaciones a hacer: Que en 1918 y 19 es el ascenso de la CNT, que el ascenso PSOE-UGT data igualmente del 18, aunque se va a mantener después y también la extensión de este movimiento general (por ejemplo, las Juntas de Funcionarios); es la primera vez que hay grandes huelgas de correos y telégrafos, hay una notable inquietud en los intelectuales, universitarios (no hay

más que leer, por ejemplo, la revista *«España»*, cómo va evolucionando. Por ejemplo, hasta que termina la Guerra Mundial tiene la obsesión de los aliados, etc., pero desde que termina la Guerra Mundial hay que centrarse más sobre la situación española, planteando de manera más rotunda la necesidad de salir de esta crisis); la quiebra evidente de los partidos de turno y la influencia de todos los elementos exteriores, desde las revoluciones lejanas, rusa, alemana, hasta el problema de Marruecos... Entonces, es evidente que las huelgas van en progresión creciente, que progresa el ascenso electoral de grupos de oposición y de izquierda o las ascensiones de origen anarquista, pero en cambio todas las corrientes del movimiento obrero están desunidas orgánicamente y además sin base teórica, junto al problema de todas las Internacionales a cuestas. No voy a explicar esto con detalle porque sería un poco marginal, pero es el momento en que los republicanos no ganan en diputados, no ganan en votos, parece que no participan en esto con la suficiente fuerza; y los reformistas, que hasta el año 17 habían estado entre unos y otros, acaban integrándose en la oligarquía al final de todo esto. Y mientras, el terrorismo de tipo anarquista no tiene nada que hacer. Por otra parte, el frente catalán que había, se deshace. Cambó acaba siendo ministro; es decir, la Lliga se hizo gubernamental.

Pero todo esto va a ser el final. En la revista *«España»* (número del 12 de junio de 1919), se decía: «Por primera vez en la Historia de España, un gobierno homogéneo no ha podido volver de unas elecciones con una mayoría homogénea». Es decir, que por primera vez (en la Historia de España es un poco exagerado decirlo), pero por primera vez en el siglo XX la corriente iniciada con la Restauración de la monarquía en Sagunto no era homogénea; por primera vez todos los elementos del poder estaban en crisis, estaban en tela de juicio y era francamente posible un cambio estructural, que tal vez hubiera sido un cambio fundamental, tal vez si se hubiera producido aquel cambio, la función española en Europa hubiera sido muy importante. Claro, no se puede escribir la Historia diciendo «si hubiera ocurrido así»..., pero en cambio sí es verdaderamente interesante estudiar una época en que tantas fuerzas, tan diferentes, tan complejas, intervinieron; es una época en que lo que Gramsci ha llamado «crisis orgánica» aparece con toda evidencia en España.

Por eso, he intentado trabajar en este tema y, como les decía, sigo trabajando en él, una tarea que parece difícil, pero que vale la pena. Muchas gracias por haberme escuchado.

■ **M. T. de L.**

Si 1917 significa el comienzo de la crisis social e institucional, los años 19 y 20 van a contemplar su culminación. Entre los hechos más indicativos de que una alternativa de poder se estaba produciendo, hay que citar sin duda el progresivo ascenso electoral de los partidos de izquierda. (En la imagen, Pablo Iglesias tras depositar su voto en un colegio electoral).

"Mujeres Libres", un movimiento feminista en plena Guerra civil

Marina Pino

MARY Nash, ayudante de la cátedra de Historia en la Universidad de Barcelona, presentó recientemente en el Ateneu Barcelonés una comunicación sobre un grupo de feministas anarquistas llamado «Mujeres Libres» que funcionó en España de 1936 a 1939, año en que tuvieron forzosamente que seguir en el exilio a tantos perdedores de nuestra guerra, tratando de recomponer en el extranjero la obra iniciada en España. El estudio de Nash es importante porque representa la recuperación de un eslabón perdido en nuestra desconocida saga feminista nacional y porque pretende paliar el desconocimiento que la Historia tiene de la lucha de las mujeres.

«HASTA ahora —dijo Nash en su introducción a la conferencia— los historiadores apenas se han fijado en la historia de la mujer y, en concreto, en la historia de la mujer dentro del movimiento obrero en España. Todavía ignoramos en buena medida cómo se desenvolvía la vida de las obreras, tanto en casa como en la fábrica; sus condiciones de vida, sus relaciones con los sindicatos y los partidos políticos. Y todavía conocemos menos la opinión de las propias mujeres sobre sus propios problemas.»

En efecto, de la bibliografía consultada sobre este período, muy poco o nada se dice de la participación de las mujeres en la guerra y en la vida política, y menos aún, trasciende que existiera un grupo tan coherente como el de «Mujeres Libres» (1).

NACIDAS DE LA CONTRADICCION

¿Por qué una organización feminista autónoma dentro del movimiento anarquista? Este hecho, aparentemente contradictorio, se explica a través del conocimiento de la problemática de la mujer y de su papel en el anarquismo español de los años 30.

El anarquismo como doctrina proclama la igualdad entre todos los seres humanos, y por tanto la igualdad entre los sexos.

El anarquismo ha estado siempre preocupado por el problema de la mujer, pero este interés no ha pasado en la mayoría de los casos de la proclamación de unos principios teóricos generales. El planteamiento anarquista del tema, tanto en España como en los demás países, ha girado en torno a dos enfoques opuestos representados por Proudhon y Bakunin. Para Proudhon, la mujer es un ser inferior sin más alternativa en la vida que ser ama de casa o cortesana. Alejada de la vida política y económica, sometida al hombre, dependiente de él en todos los aspectos de la vida, el papel femenino había de ser por fuerza el de «gestatriz o nodriza».

Bakunin, el apasionado profeta antimarxista, tenía una concepción totalmente opuesta basada en la igualdad de los sexos. Reivindicaba para la mujer una igualdad real en derechos y deberes respecto al hombre, así como su participación en la vida política en igualdad de condiciones.

Las dos concepciones coexistían en el movimiento libertario español, aunque finalmente parecería dominar la bakuninista, al menos a nivel doctrinal, pues como veremos la estructura mental del hombre anarquista siguió siendo en la mayoría de los casos ancestralmente fiel a Proudhon.

En el primer Congreso Obrero celebrado en Barcelona en 1870, el criterio proudhoniano era dominante y se manifestaba en la afirmación de que la mujer no debía incorporarse a la producción. Tres años después, sin embargo, en el órgano ideológico de la Federación se reconocía el principio de la igualdad de derechos y deberes entre los sexos.

Interesa destacar la clara posición igualitaria de Anselmo Lorenzo, quien ya a finales de siglo defendía el papel activo de la mujer en la lucha social. Para Lorenzo —y esto es importante— las diferencias existentes entre los dos sexos no tenían causas naturales, sino que eran única y exclusivamente resultado de las condiciones del medio en que uno y otro se hallaban colocados.

En torno a un grupo de militantes anarquistas, surge en el abril madrileño de 1936 una organización específicamente femenina llamada «Mujeres Libres», que empezó a publicar una revista bajo el mismo nombre, de la que reproducimos una de sus portadas.

(1) *Con edición y estudio previo de Mary Nash, Tusquets Editor publicó el pasado año el volumen* «Mujeres Libres»: España, 1936-1939», *dentro de la colección «Acracia». De dicho libro publicamos una reseña en TIEMPO DE HISTORIA, número 14, págs. 123-124.*

El planteamiento anarquista del tema femenino ha girado en torno a dos enfoques opuestos: mientras que para Proudhon —grabado de la izquierda— la mujer es un ser inferior sin más alternativa que ser ama de casa o cortesana, Bakunin —derecha— reivindica, incluso a nivel político, la total igualdad entre ambos sexos.

Hasta comienzos del siglo XX no se decidieron los anarquistas a llevar a cabo una campaña de proselitismo entre las mujeres, convencidos del papel conservador de aquéllas en el ámbito familiar al que, por falta de educación, transmitían los valores tradicionales de la sociedad. Un ejemplo representativo del tono de esta campaña fue la conferencia de José Prat en el Centro Obrero de Barcelona en 1903 haciendo un llamamiento a las mujeres, no para que participasen en la lucha social, sino para pedirles que adoptasen «una actitud más comprensiva en la lucha que llevaban adelante los hombres», pues entendía el papel femenino como estímulo y refugio del hombre en el hogar sin ninguna proyección personal fuera de este ámbito.

Hasta Teresa Claramunt, obrera textil de Sabadell, no aparece una reivindicación clara de los derechos de la mujer. Formuló por primera vez en los medios anarquistas españoles la propuesta de que la misma mujer era quien debía asumir su propia emancipación, pues los hombres nunca abandonarían la posición de superioridad que detentaban en la sociedad patriarcal.

En sus escritos, la prensa libertaria denunciaba la forma en que era todavía vista la mujer en la sociedad republicana como «subalterna del hombre, carne para su placer, descanso para su trabajo y obediencia para su tiranía». La idea de la inferioridad de la mujer estaba muy arraigada entre los hombres y el autoritarismo era la norma de conducta en la relación entre los sexos incluso entre los mismos anarquistas. Durante la Segunda República empezaron a surgir las primeras críticas contra los anarquistas que consideraban la libertad un monopolio del hombre, así como contra aquellos que no tenían ningún interés en estimular la independencia moral de su compañera. Comenzó a ponerse al descubierto que el hombre no ayudaba a la mujer y que, si generalmente el militante estaba de acuerdo a nivel teórico con el concepto de igualdad, lo cierto es que en la práctica era muy reacio a que la mujer lo asumiese de forma efectiva. En 1932, la revista «Estudios» insistía: «Ya va siendo hora de que los camaradas se percaten de la importancia que tiene para todo el movimiento emancipador el incorporar a las mujeres con absoluta libertad a las luchas y reivindicaciones. Porque si en realidad queremos construir una sociedad nueva, debemos pensar que no nos será posible sin la ayuda total y completa de esta mitad del género humano que hasta ahora se ha considerado como inferior y ha sido relegada a segundo término creyendo, lamentablemente equivocados, que la redención humana podía ser obra exclusivamente del hombre». El militante Morales Guzmán denunciaba: «No comprendemos cómo un obrero tratado inicuamente se convierte en su hogar en un tirano y en jefe de unos principios autoritarios que están en contradicción con la libertad de su pensamiento. ¿Con qué conducta y con qué personalidad moral protestan estos camaradas? ¿No es su hogar un pequeño estado violento y autorita-

rio? ¿No es el ladrón que explota a su mujer y le arrebata sus libertades, no es el carcelero que convierte su hogar en una cárcel?»...

LA CUESTION SEXUAL

Durante los años 30 también la cuestión sexual fue objeto de muchas discusiones en los medios anarquistas. En términos generales, se consideraba que las relaciones sexuales entre hombre y mujer debían basarse en una completa igualdad, y que la igualdad sexual de la mujer era una justa reivindicación a la cual debía dársele una rápida solución. El rechazo de la moral tradicional creaba un marco nuevo para la lucha contra el mecanismo de dominación de la mujer bajo el matrimonio. En este punto se repetía de nuevo la contradicción entre teoría y realidad, puesta en evidencia por las quejas y críticas de las propias mujeres cuando denunciaban el papel de subordinación al hombre que seguían teniendo las compañeras de los anarquistas.

Se publicaron numerosos artículos para la educación sexual de las mujeres y el conocimiento de los mecanismos de control de la natalidad. La idea de «maternidad consciente» se repite con frecuencia en estos años en los diferentes periódicos libertarios y, en particular, en la revista «Estudios». Es interesante señalar que estaba muy arraigada la idea de que la maternidad era la misión más importante de la mujer, lo cual determinaba fatalmente una división del trabajo en función de los atributos biológicos del sexo, quedando por tanto la mujer encargada de la procreación y la educación de los hijos. Una minoría de mujeres anarquistas no compartían este punto de vista y consideraban que la maternidad se convertía en muchos casos en un obstáculo para la emancipación de la mujer.

PAN Y TRABAJO

Si el problema sexual era tratado extensamente en la prensa libertaria, no sucedía lo mismo con el problema de la mujer en la vida social y económica. La mayoría de los militantes anarquistas consideraban a la mujer un elemento dominado por los prejuicios reaccionarios y un sentido burgués de la vida, lo que la hacía pasiva y políticamente conservadora, pero no por ello sentían ninguna preocupación por elevar la conciencia política y social de las mujeres. En el trabajo, las mujeres eran vistas con desconfianza y hostilidad. Constituían mano de obra barata dispuesta a trabajar por un salario inferior al del hombre y eran un obstáculo en el momento de las reivindicaciones por culpa de su educación conservadora. El paro masculino aumentaba, los puestos de trabajo ocupados por mujeres quedaban desvalorizados. Por todos estos motivos, los miembros de la CNT opinaban que el trabajo era privilegio del hombre; de la mujer era el hogar, la procreación y la educación de los hijos.

No obstante, muchos anarquistas veían el problema desde una óptica más global. En tanto que obreros explotados, hombres y mujeres debían formar un frente común ante la patronal. Era necesario que las mujeres obreras ingresaran en la CNT para que este sindicato defendiera conjuntamente las reivindicaciones de todos los trabajadores y, en particular, el derecho a un salario justo e igual para los trabajadores que realizasen el mismo trabajo. El Congreso Extraordinario de la CNT en Madrid, en junio de 1931, decidió que el salario mínimo debía ser igual para los obreros de ambos sexos. Pese a todo, la situación no cambió demasiado.

Anselmo Lorenzo (cuyo retrato vemos) defendió el papel activo de la mujer en la lucha social. Para él, las diferencias existentes entre hombre y mujer nacían sólo de las condiciones del medio.

«EL HOMBRE AL FRENTE Y LA MUJER AL TRABAJO»

Los acontecimientos de julio de 1936 representaron un factor decisivo en la aceleración del proceso de incorporación de la mujer al trabajo y a la lucha social, así como de su lento proceso de emancipación. Ahora bien, aunque es innegable que la revolución había aumentado la participación de la mujer en la lucha social, no había significado un cambio real en su condición de inferioridad en el trabajo y en la misma lucha social. La aportación femenina a las tareas de la guerra se quedó, una vez más, en un nivel secundario: asistencia social, costura, etc., marginación que no sólo se debía a la falta de preparación sino también al recelo de los hombres en admitir a las mujeres en los lugares de trabajo y dirección reservados a los militantes masculinos.

La «cuestión femenina» no había sido mejor resuelta por los partidos de tendencia socialista o marxista. Las secciones femeninas de tales partidos no tenían clara conciencia del problema y se limitaban a ser meros apéndices de los partidos, a apoyar las acciones masculinas y a concentrar todos sus esfuerzos en ganar la guerra.

Hasta comienzos del siglo XX no se decidieron los anarquistas a llevar a cabo una campaña de proselitismo entre las mujeres. Este grabado, que encabezaba un folleto de J. Médico para la Biblioteca «Tiempos Nuevos» en 1910, viene a ser muestra de tal campaña.

«¿Por qué el problema de la condición de la mujer ha quedado relegado al silencio en el socialismo contemporáneo?», se pregunta todavía en la actualidad la feminista Juliet Mitchell. «La liberación de la mujer —añade— sigue siendo un ideal normativo, un apéndice de la teoría socialista, pero no está estructuralmente integrado en la misma». Es ese mismo socialismo el que se encargaría de rechazar y ahogar el feminismo revolucionario de Alexandra Kolontai en Rusia.

Ya antes del 36, la progresiva toma de conciencia de las mujeres anarquistas se reflejó en unos primeros intentos de formación de grupos femeninos. Pero hasta finales de 1936 no se puede afirmar que hubiese un planteamiento sistemático. A partir de esta fecha, con la publicación de una serie de artículos de Lucía Sánchez Saornil en «Solidaridad Obrera» y la aparición de una página dedicada a la mujer en «Tierra y Libertad», se consiguió una cierta coherencia de planteamientos.

En abril del 36 surge en Madrid en torno a un grupo de mujeres anarquistas —concretamente Lucía Sánchez, la doctora Amparo Poch y Gascón y Mercedes Comaposada— una organización específicamente femenina llamada «Mujeres Libres», que empezó a publicar una revista con el mismo nombre.

Esta organización representó, por primera vez en España, el planteamiento colectivo de una actitud que podríamos calificar de feminismo proletario. La guerra actuó de catalizador de este movimiento, que pretendía traducir, siempre en la línea ideológica libertaria, la aspiración de las mujeres obreras.

La organización «Mujeres Libres» se articulaba a partir de tres presupuestos básicos: existencia de un problema específicamente femenino, aceptación del anarquismo como ideal revolucionario que propone la igualdad sin distinción de sexos en el seno de un sistema social basado en el comunismo libertario, y la existencia de una contradicción entre teoría y práctica en los medios anarcosindicalistas españoles.

FEMINISMO PROLETARIO

El objetivo de «Mujeres Libres» era la emancipación de la mujer, principalmente de la mujer obrera, a la vez que propugnaba un cambio en las estructuras políticas, económicas y sociales existentes, lo que distingue la actitud de «Mujeres Libres» del feminismo burgués de comienzos de siglo en España.

Para «Mujeres Libres», la incorporación femenina al trabajo era un factor esencial cara a la liberación de la mujer. La guerra del 36 aceleró este proceso laboral, pero sin que se produjera un cambio real, en profundidad, de la situación femenina, condenada también entonces la mujer a «labores específicas» de tipo secundario.

«Mujeres Libres» representaba un feminismo proletario en la medida en que queda enmarcado en el proceso de la revolución social, proceso ligado al derrocamiento simultáneo de la sociedad patriarcal basada en el autoritarismo masculino.

«Mujeres Libres» quería educar a las mujeres dándoles los instrumentos necesarios para que adquiriesen conciencia de su situación y de su individualidad. La libertad individual sería la base para asumir una libertad colectiva en el seno del comunismo libertario. Su propósito no era en modo alguno servir sólo de instrumento para la captación de prosélitas. Eran por principio enemigas de la coacción y preferían dar instrumentos a las mujeres para que pudiesen adoptar libremente la ideología que considerasen más convincente.

También «Mujeres Libres» combatió la idea de que el trabajo, la política y la lucha social, fueran monopolio de los hombres e intentó que los organismos libertarios comprendieran la necesidad de integrar a la mujer en todos los campos de la vida política y económica. «Mujeres Libres» luchó por ser el portavoz de las mujeres a todos los niveles, tanto en los sindicatos como en el resto de las organizaciones anarquistas.

LA CULTURA ES UNA HERRAMIENTA

La actuación política de «Mujeres Libres» se centró en dos tipos de actividad: la formación cultural y profesional de la mujer, porque pensaban que la falta de preparación de las obreras era uno de los principales obstáculos para su participación activa. «Mujeres Libres» procuró ser una organización de masas de las mujeres obreras y se preocupó fundamentalmente de suministrarles una educación elemental y una preparación suficiente para incorporarlas a la producción. En los institutos de «Mujeres Libres» y en el Casal de Barcelona se daban clases de cultura general y cursos de alfabetización. La cultura era una herramienta para participar en la revolución y ayudar a ganar la guerra, a la vez que contribuía a superar la condición subordinada de la mujer sumida en la ignorancia. La independencia económica era la otra base fundamental de la emancipación. Como trabajadora, la mujer dejaba de ser un parásito, una carga para el hombre y la sociedad. La incorporación al trabajo no fue considerada por «Mujeres Libres» como un hecho excepcional, sino como el primer paso para la integración femenina a la producción de un modo permanente.

La formación cultural de la mujer —y, como primer paso ineludible, la lucha contra el analfabetismo— figuró entre los objetivos fundamentales de «Mujeres Libres», que veían cómo la falta de preparación de las obreras obstaculizaba su participación activa.

«Mujeres Libres» no sólo se preocupó de este aspecto a través de los cursos de formación profesional, sino también creando guarderías y comedores populares que liberasen a la mujer al máximo posible de los trabajos domésticos. Su tarea de propaganda en las organizaciones anarquistas fue intensa. En el Pleno Nacional de la CNT, en octubre de 1938, «Mujeres Libres» propuso un acuerdo sobre la capacitación profesional de las mujeres y su incorporación al trabajo. Este acuerdo no llegó a tener efectividad real, lo que da una idea de las trabas con que se encontraba la acción feminista en los medios libertarios.

Otras actividades de «Mujeres Libres» eran la educación y la pedagogía a las que dedicó diversas publicaciones; y la lucha contra la prostitución mediante los liberatorios de prostitución, que debían realizar un programa de reeducación, rehabilitación y capacitación de las prostitutas. Otro aspecto era el intento de mejorar las condiciones de vida de las campesinas, aunque en este terreno su actuación fue más limitada que en la ciudad.

LA IRRESISTIBLE EXTENSION DE «MUJERES LIBRES»

Sorprende el desarrollo de la organización en plena situación de guerra. La región con más agrupaciones de «Mujeres Libres» fue Cataluña, donde, aparte de las agrupaciones de los barrios de Barcelona, se alcanzó el número de 40 agrupaciones en diversos pueblos y ciudades de la región. En Madrid, existían en 13 barriadas y, en la región del Centro, unas 15 agrupaciones, principalmente en Guadalajara. También surgieron en la región de Levante, donde se crearon unas 28 agrupaciones. En Aragón, 14 agrupaciones formaban la «Federación Provincial de 'Mujeres Libres' ». El total de las agrupaciones de «Mujeres Libres» parece haber sido de 147, con unas 20.000 afiliadas, en su mayoría de la clase obrera. El primer Congreso Nacional de «Mujeres Libres» tuvo lugar en Valencia en el verano del 37 y en él se establecieron las bases federativas de la organización.

Con la formación de «Mujeres Libres» se abrió una nueva etapa en la historia de la mujer en el movimiento anarquista español, en un intento de llevar a la práctica los principios anarquistas en todo aquello que hace referencia a la mujer. Quizá por esto mismo, «Mujeres Libres» se encontró con la falta de ayuda e incluso la hostilidad de los demás organismos, FAI, CNT y Juventudes Libertarias, en particular cuando insistió en ser considerada como organización autónoma al mismo nivel que las demás, pues ello hubiera significado participar en los puestos de responsabilidad y dirección ocupados por hombres hasta entonces.

La originalidad de «Mujeres Libres» reside en su feminismo, tan en contraste con la actitud más bien secundaria de las organizaciones de mujeres de otros partidos políticos. Diversas mujeres anarquistas —Teresa Claramunt, Lola Iturbi, M.ª Luisa Cobos...— fueron las primeras en plantear una problemática específicamente feminista y fue también, al fin, una organización libertaria la que asumía llevar la lucha adelante en este sentido.

Cantaban:

Que el pasado se hunda en la nada.
¡Qué nos importa del ayer!
Queremos escribir de nuevo
la palabra mujer.

■ **M. P.**

Entrevista con Mary Nash

Una gran conciencia feminista

«Mujeres Libres» preconizaba que «la unidad de los trabajadores es la victoria». Y que el conflicto español no era una guerra civil, sino una guerra social que había que ganar para alcanzar el objetivo último de la revolución, no para fortalecer una democracia burguesa.

—¿Cuál fue la postura del Gobierno republicano respecto al movimiento de «Mujeres Libres»?

—«Mujeres Libres» era un movimiento anarquista y, como tal, no aceptaba la idea misma de Gobierno. Hablar de movimientos femeninos en relación con el Gobierno sería cuestión de hablar de movimientos que no fueran libertarios; por ejemplo, Mujeres Antifascistas. En Cataluña, formaban parte de este grupo militantes de la Esquerra, Estat Catalá y PSUC, mientras en el resto de España lo hacían mujeres de tendencia republicana, aunque se puede decir que el partido dominante era el comunista y en Cataluña el PSUC. Hubo relación entre «Mujeres Libres» y Mujeres Antifascistas, pero las primeras rechazaron siempre fusionarse por considerar que hubiera supuesto ser absorbidas por el partido comunista. Dolores Ibarruri hizo un llamamiento a «Mujeres Libres» en una carta abierta a la prensa para que se integraran en la organización de Mujeres Antifascistas, pero la secretaría nacional de «Mujeres Libres» no aceptó.

El apoyo oficial del Gobierno respecto a las organizaciones femeninas se otorgó siempre a Mujeres Antifascistas. Por lo

tanto, «Mujeres Libres» tuvieron que enfrentarse no sólo a la falta de apoyo de sus propias organizaciones libertarias, sino también a la de los organismos oficiales del Estado.

—¿Llegaron las «Mujeres Libres» a formar una federación nacional y a tener relación con los movimientos anarquistas, aunque éstos no acabaran de aceptarlas?

—Si bien existió alguna colaboración con la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias, lo cierto es que las mujeres se vieron siempre obligadas a insistir para ser invitadas o apoyadas. Por ejemplo, es bastante significativo que cuando en octubre del 38 «Mujeres Libres» entregó un informe al Pleno Regional del movimiento libertario pidiendo ser reconocida como organización autónoma dentro del movimiento anarquista y como rama integral del mismo, sólo pudiera asistir al final del congreso y ni siquiera en calidad de miembro. La petición no fue aceptada.

—¿Llegaron a tener conexión con otros países?

—Sí, tenían contactos con algunos países de Europa, Sudamérica y EE.UU. y habían propuesto, en un congreso propio, formar una «Confederación Internacional de «Mujeres Libres». Naturalmente, el proyecto se quedó sobre el papel. Más bien lo que se mantenía eran contactos a través de cartas, solidaridad y envío de ayuda para la guerra.

EL TRAGICO MES DE MAYO DEL 37

—¿Contribuyeron a los esfuerzos de la guerra desde su postura ideológica? ¿Cuál fue ésta en los sucesos de mayo del 37?

—Respecto a la primera parte de la pregunta, «Mujeres Libres» se revelaba en sus escritos consciente de que lo que ocurría no era una guerra civil sino una guerra social. Guerra que en modo alguno había que ganar para luego fortalecer una democracia burguesa, sino para alcanzar el objetivo último de la revolución. En

Si bien «Mujeres Libres» mantuvo una cierta colaboracion con otros organismos anarquistas (como CNT, FAI y Juventudes Libertarias), la realidad es que siempre se vio obligada a insistir para ser apoyada por ellos e incluso invitada a sus congresos. (La foto muestra un aspecto de la concentración de CNT y UGT en Barcelona el 25 de octubre de 1936.)

este sentido criticó «Mujeres Libres» la postura colaboracionista de los anarquistas que aceptaron entrar como ministros en el gobierno de Largo Caballero. En noviembre del 36, cuatro militantes ocupan las carteras de Industria, Comercio, Justicia y Salud Pública (Federica Montseny). Pero los sucesos de mayo del 37 —que enfrentaron a comunistas y anarquistas con un saldo de doscientos muertos y mil heridos— significaron para «Mujeres Libres» la pérdida de las libertades conquistadas, ya que el gobierno de Largo Caballero tuvo que dimitir y los anarquistas abandonaron el gobierno, comenzando su declive.

En los sucesos barceloneses de mayo de 1937 (que recoge la imagen), «Mujeres Libres» intentó —sin éxito— llegar a un acuerdo con militantes femeninos de otras tendencias políticas para hacer un llamamiento por radio desde la Generalitat a todas las mujeres, en busca de la concordia entre anarquistas y comunistas.

«Mujeres Libres» intentó arreglar la situación de los sucesos de mayo desde su posición de mujeres. Concretamente intentaron llegar a un acuerdo con mujeres de otras tendencias políticas para hacer un llamamiento por la radio desde la Generalitat a todas las mujeres. Esta iniciativa fracasó porque las representantes de otras tendencias políticas simplemente no respondieron. Otro de los objetivos importantes de este grupo —ya que como mujeres se encontraban en la retaguardia— era el de fortalecer las conquistas revolucionarias y ayudar a conseguir nuevas conquistas.

SIEMPRE EN LA RETAGUARDIA

—En tanto que feministas, ¿llegaron a ser conscientes del hecho de que ellas estaban en la retaguardia y los hombres iban al frente?

–YNo, realmente no. Lo que sí puede decirse es que en Madrid, por ejemplo en el frente de Guadalajara, llegaron a participar muchas, pero no como organización sino a título individual y en contacto después con «Mujeres Libres». La mayoría de ellas tenían tareas tales como planchar y lavar la ropa y todo aquello que podía considerarse como «cargas específicas femeninas». Estaban también las milicianas, igualmente a título individual, pero este es otro tema. «Mujeres Libres» emprendió diversas campañas de solidaridad con los frentes republicanos, visitando y ayudando a los hombres, pero no llegó a considerar la idea de quedarse allí. No hay que olvidar que ésta era la actitud general del movimiento libertario, que en sus mensajes escritos a las mujeres no duda en hacer un llamamiento a todas las milicianas para que vuelvan a casa.

—Y ¿participó «Mujeres Libres» en las comunas de mujeres?

—Este hecho no ha podido estudiarse suficientemente, pero se sabe que participaron en colectividades agrícolas en las que había mujeres, e incluso llegaron a integrarse en ellas algunos miembros del movimiento.

—¿Existía algún movimiento feminista paralelo de tipo burgués?

—En esos años, no. El movimiento feminista burgués es típico de principios de siglo. Hay que hacer una distinción importante respecto al movimiento feminista proletario de «Mujeres Libres» que, a la vez que reivindicaba la emancipación de las mujeres, también luchaba por unas reivindicaciones generales dentro de todo el sistema económico y social existente, mientras que las mujeres del feminismo burgués nunca pusieron en cuestión no ya solamente las estructuras económicas y sociales, sino tampoco el papel mismo de la mujer. Para ellas el lugar de la mujer era el llar y la familia. Lo que sí querían era mejorar la situación de la mujer, ya que muchas esposas de pequeños burgueses se habían visto obligadas a trabajar por necesidad económica. La Biblioteca Popular de la Dona de Cataluña recogía sobre todo este tipo de problemas. Por otra parte, y este

El caracter proletario de «Mujeres Libres» le hacía luchar —al mismo tiempo que por la emancipación femenina— por unas reivindicaciones generales dentro de todo el sistema económico y social, que tenían su formulación concreta para el campesinado.

tema habría que profundizarlo más, no parece que las secciones femeninas de los demás partidos políticos tuvieran un nivel de conciencia feminista similar al que habían llegado ciertas militantes de «Mujeres Libres». En este período, todo esfuerzo y trabajo se dedicaba a la guerra. No había tiempo para ocuparse del problema de la mujer.

FAMILIA Y RELIGION

—¿Cuál fue la postura de «Mujeres Libres» respecto a la familia?

—Las mujeres anarquistas no se plantearon a fondo los problemas de la familia tradicional, aunque estuvieron en contra de cualquier forma de matrimonio institucional. Las mismas «M. L.» rebatieron una campaña de educación sexual que se había llevado a cabo porque llegaron a la conclusión de que había servido para reforzar la idea dominante de libertinaje y, en consecuencia, había resultado perjudicial para la mujer, ya que muchos hombres, sobre todo jóvenes, acudían a las reuniones del partido en busca de relaciones amorosas fáciles. Pese a su crítica, «Mujeres Libres» no ofreció una alternativa válida.

Las feministas anarquistas no rechazaban la familia por considerarla un elemento susceptible de recoger la ideología anarquista. Apreciaban la unión monogámica y no prosperaron las alternativas comunales. Respecto al papel de los padres en la educación de los hijos, los anarquistas en general no superaron el núcleo familiar. Federica Montseny consideraba muy importante la relación madre-hijo y rechazaba el cuidado comu-

Pese a su ideología anarquista, Federica Montseny —a quien contemplamos durante un mitin— se situaba lejos de las posiciones de «Mujeres Libres», cuyas militantes le acusaban de individualismo y de desprecio hacia la masa femenina de su tiempo.

nal de los hijos. Sustentaba el concepto del hijo como «obra de arte», aunque ella en particular creía estar dotada para cuidar hijos y trabajar al mismo tiempo, cosa que no esperaba de las demás mujeres. Despreciaba la masa femenina de su tiempo y hablaba de un prototipo ideal de mujer futura. La Montseny se situaba, pues, en una posición individualista, mientras «Mujeres Libres» quería ser una organización de masas y era más realista respecto al nivel cultural de las mujeres obreras de la época, el cual se esforzaron en elevar por todos los medios a su alcance.

—¿Y la cuestión de la religión, tan determinante en el país?

—Aunque «Mujeres Libres» no habló apenas de ella ni se hizo un planteamiento específico de la cuestión, sí levó a cabo una crítica de la influencia de la religión en las obreras y pretendió darles una cultura laica.

—¿Queda algo de este movimiento en la actualidad?

—«Mujeres Libres» todavía funciona, pero no en España, como puede suponerse, ya que sus miembros emigraron a Inglaterra y Francia al terminar la guerra junto con otros exiliados políticos. Son las mismas militantes de entonces y siguen sacando su revista.

—¿Puedes dar nombres?

—Prefiero no hacerlo.

—La no superación en el seno del movimiento anarquista de las contradicciones entre teoría y práctica respecto a la mujer, cosa que ocurre también en los partidos socialistas, ¿justificaría la existencia de movimientos autónomos femeninos aún en la actualidad, en contra de las posturas políticas que niegan la legitimidad de tales movimientos alegando que se trata de un problema de liberación común?

—Sí. Creo que tanto los organismos anarquistas como los de tendencia marxista no se han planteado el problema de las mujeres y no han logrado integrar a la mujer en la lucha social. Este es un problema que hay que tener en cuenta si realmente se quiere llegar a algún resultado práctico dentro de la lucha feminista.

«Mujeres Libres» puede volver a cobrar actualidad porque un grupo de mujeres anarquistas quieren poner en práctica en 1976 aquel programa feminista todavía pendiente... ● **(Entrevista realizada por Marina Pino. Las reproducciones de la revista «Mujeres Libres» proceden del Instituto Municipal de Historia, de Barcelona).**

LAS MUJERES EN LOS PRIMEROS DIAS DE LUCHA

Las maestras pelaban patatas, las enfermeras fregaban los suelos, las chicas del servicio doméstico acudían en avalancha a las clases preparatorias que se iban improvisando, las feministas cien por cien cuidaban niños y atendían hospitales, las modistas cogían el fusil; muchas corrían a ofrecerse, con máquina y todo, para coser monos; otras hacían acopio de bocadillos y refrescos y establecían *el puesto* en las barriadas para obsequiar a los pelotones de milicianos que salían en camiones a reconquistar pueblos.

Total: un revoltijo de generosidades simpático y magnífico.

Esta fiebre de actividades tenía su honda explicación. Había sonado una palabra: ¡Revolución! ¡Revolución! ¡Revolución! Y la chica del servicio doméstico corría a liberarse de su ignorancia, y la modista dejaba la tiranía de la aguja para realizar sus sueños de aventuras... Pero todas fueron útiles. Todas aportaron trabajo y entusiasmo. Y este primer desbordamiento se fué canalizando luego en una fructífera aplicación de actitudes y de vocaciones que há de transformar integrálmente, en un sentido de superación, la vida de las mujeres españolas.

No solamente el hombre sintió latir en lo más profundo de su personalidad de obrero, las ansias de vengar, con las armas, los largos años de esclavitud moral y material en que el capital y el clero, las dos grandes plagas de la Humanidad, lo tenían sumido. También la mujer, dejando a un lado la ancestral apatía que las luchas de clase y fenómenos sociales, le habían causado siempre, sintió el aleteo de la ilusión revolucionaria, en su alma eterna de «relegada», de ser cubierto por el eterno polvo del olvido.

No vaciló, y decidida se lanzó a la calle, a luchar al lado del obrero, compañero o no. Y ofrendo su vida joven, plenísima de ilusiones juveniles, en las primeras jornadas de la lucha heróica, en que cada hombre era un héroe y cada mujer equivalía a un hombre.

Pero no todo consiste en el valor, en esta lucha larga y continua de dos clases que se odian a muerte. La mujer, comprendiéndolo así, comprendió que las cazamozas callejeros distan mucho de parecerse a la lucha metódica, regular y desesperante de la guerra de trincheras. Comprendiéndolo así y reconociendo su propio valor, como mujer, prefirió cambiar el fusil por la máquina industrial y la carrera guerrera por la dulzura de su alma de MUJER. No deshonró el frente, la verdadera mujer. Por el contrario, ella ha sabido imprimir al grosero ambiente de guerra, la delicada suavidad de su psicología femenina. Tiene cuidado enfermeras con que legaban de las jornadas de lucha regresan al cuartel, se hallan alegóricas, y procuran mantener vivo el fuego de nuestro entusiasmo. Y es que el ánimo, inconsciente impresionado, conjura a decaer, reservadamente en los trances difíciles en que el ánimo, relajar otras por los que combates. Es la rebeldía, rebeldía, incesantemente e incrementada en cuanto de que hasta ahora carecía el movimiento libertario. La mujer se está retostando ella misma.

«Mujeres Libres» emprendió diversas campañas de solidaridad con los frentes republicanos, visitando y ayudando a los hombres, pero no llegó a considerar la idea de quedarse luchando en ellos. Postura que era consecuente con la actitud general del movimiento libertario hacia el papel de la mujer en la guerra.

Recordatorio de una infamia

La matanza de My Lai

Félix Grande

EL 16 de marzo de 1976 se cumplió el octavo aniversario de la masacre de My Lai. El presente texto quiere recordar aquella matanza, pero sin caer en la trampa de considerarla una brutalidad aislada, sino lo que realmente fue: una de tantas vilezas que hicieron que a la agresión norteamericana al Viet-Nam se le pudiese llamar, con justicia y para siempre, «la guerra sucia».

Ese campo es sudvietnamita. Esa mujer es sudvietnamita. Su hijo, muerto, era sudvietnamita. El imperialismo yanki trataba de justificar su genocidio en el Vietnam, asegurando que pretendía «liberar» Vietnam del Sur. La palabra «liberación» es muy hermosa. Los agresores le masacraron su sentido.

Esa macabra figura abrasada por el napalm, antes fue un hombre. El napalm estaba siendo utilizado en el Vietnam desde 1964, incluso contra los niños de las escuelas. En 1968 el Tribunal Russell presentó pruebas de esta infamia. El entonces vicepresidente de los Estados Unidos Spiro Agnew diría famosamente: «El napalm es una invención de la fantasía colectiva de los maricas izquierdistas, hippies y comunistoides.»

«MI NOMBRE ES PHAN THI PHONG»

«Mi nombre es Phan Thi Phong, tengo 29 años y soy del pueblo de Binh Duong, en la aldea de Kuan Nam. Soy superviviente de una matanza de las tropas extranjeras que invadieron mi aldea, pero en otras aldeas hay también gentes como yo a quienes ha pasado lo mismo. En 1969 en mi pueblo se llevaron a cabo tres acciones de exterminio. Era por la mañana (...) De pronto llegaron los aviones norteamericanos y empezaron a bombardear y ametrallar (...). Los refugios son túneles que tienen dos salidas. Atacaron entonces por las dos bocas: hicieron explotar granadas. Unos morían dentro por las bombas y otros, al salir, eran ametrallados (...). Varias familias murieron completas. Yo perdí a tres familiares. Entre las víctimas había un niño de cuatro meses (...). Los norteamericanos hicieron pasar los tanques por encima de los cadáveres (...). Cerca de este refugio había otro en el que hicieron lo mismo: en él murieron 35 personas, 25 adultos y 10 niños. Quemaron todas las casas y todo el ganado (...). Vi cómo querían obligar a un hombre de 52 años a violar a dos jovencitas vietnamitas, y como este hombre no quiso y decía que eran sus nietas, lo fusilaron; después, cuatro soldados norteamericanos las violaron y las mataron con las bayonetas (...). Las aguas del río se volvieron rojas de tanta sangre (...). En este lugar, 21 mujeres fueron violadas. A una que estaba encinta la quisieron violar y como se resistió la golpearon y con la bayoneta le sacaron el feto (...). El 13 de abril mi pueblo fue atacado de nuevo. Tomaron parte en esta operación más de cien aviones (...). Obligaron a las gentes a que se colocaran en los cráteres abiertos por las bombas y disparaban contra ellas y después de muertos les lanzaban granadas y así sus cuerpos volaban hechos pedazos (...). En mi refugio lanzaron gases tóxicos y cuando nos veíamos obligados a salir éramos ametrallados. En este refugio había otro más profundo y una niña pequeñita y yo nos escondimos en esta galería y así fue como nos salvamos; los demás murieron todos, pero yo quedé afectada de la vista y empecé a vomitar sangre. Tardé en perder el conocimiento (...). Mi ojo derecho está ciego y el izquierdo tiene un cincuenta por ciento de visibilidad a causa de los gases tóxicos.»

HUE: LA «CIUDAD ASESINADA»

¿Recordáis? A aquella se la llamó «la guerra sucia». Cuando nos asomamos a los abundantísimos informes como el que más arriba he transcrito, la expresión «guerra sucia», no obstante su fuerza expresiva, parece un eufemismo. ¿Pero cómo llamarla? ¿Repugnante? ¿Nauseabunda? Ante el tamaño de determinados horrores perpetrados por lo que llamamos, con pomposa pereza, seres humanos, el lenguaje puede disminuir hasta ser muy pequeño, menesteroso, residual. A no ser que resolvamos conferir a las cifras y a las imágenes esa fuerza poética que alcanza a mencionar siquiera a la mitad de la dimensión del horror. Cuenta Noam Chomsky que el fotógrafo David Douglas Duncan, especialista en fotografías de temas bélicos y con una larga experiencia profesional adquirida en la segunda Guerra Mundial, en Corea y en Argelia, confesó haber quedado «horrorizado ante los métodos empleados por los norteamericanos en sus ataques a Hué». En **Le Monde** del 13 de abril de 1968 Marc Rivoud contabiliza las víctimas de Hué: cuatro mil cien civiles muertos, cuatro mil quinientos con heridas graves, dieciocho mil casas seriamente dañadas o totalmente destruidas de las veinte mil que configuraban una ciudad a la que después se llamaría «ciudad asesinada»; el poeta argentino Enrique Molina nombró a Hué como a un «plato en donde cae sangre en vez de arroz». Bombas, furia, napalm, desprecio, obuses, prepotencia. El 20 de febrero de 1968 el **New York Times** informaba de que estaban siendo empleadas en las áreas fuertemente pobladas de Vietnam «bombas pesadas, proyectiles de aviación, cañoneo naval, gases lacrimógenos, napalm y todas las armas terrestres habituales». El Tribunal Russell presentó irrefutables pruebas sobre el destrozo del napalm en los cuerpos de ancianos, de mujeres, de niños. Con inconmensurable cinismo, el entonces vicepresidente de los Estados Unidos, Spiro Agnew, se atrevió a segregar estas palabras: «El napalm es una invención de la fantasía colectiva de los maricas izquierdistas, hippies y comunistoides». Años después de esa viril hipocresía, a finales de 1972, el Instituto de Encuestas Gallup, tras entrevistar a millones de personas para confeccionar una lista de los diez hombres más admirados del año, Spiro Agnew alcanzó un glorioso número siete. Y sin embargo, el mundo entero sabía ya que Agnew, a sus restantes mesuradas virtudes unía la de ser embustero: el napalm norteamericano estaba siendo empleado en Vietnam desde 1964: en una sesión del Tribunal Russell, un muchacho llamado Ho Van Bot, con el cuerpo desfigurado por quemaduras de napalm, testificó que el 8 de julio del 64 la aviación norteamericana bombardeó el colegio donde se encontraba, que en ese bombardeo murieron varios alumnos y que cuando los sobrevivientes acertaron a huir por entre los escombros seis aviones lanzaron bombas de napalm que alcanzaron a muchos niños: entre ellos Ho Van Bot, doce años.

LAS CIFRAS DEL SADISMO

Es complejo escribir sobre estas cosas. Cualquier psicoanalista indecente opinaría que en este tipo de crónicas hay componentes sadomasoquistas. Es que el lenguaje no sólo puede ser desvalido: en ocasiones puede ser también delincuente. La memoria y la voluntad de recordar estos horrores no son actos de masoquismo sino de compromiso, y el sadismo no

«En 1967 los Estados Unidos utilizaron en Vietnam una cantidad de herbicidas suficiente como para defoliar cuatrocientas mil hectáreas de terreno. A Nixon corresponde el deshonor de haber intensificado esa forma de destrucción salvaje.»

está en nuestra **Lexicon-80** sino en aquel premeditado genocidio. El sadismo está, por ejemplo, en un lema que haría famoso el coronel George Patton: «Encontrar a esos bastardos y hacerlos pedazos». Sadismo era arrojar al vacío a los vietcongs desde los helicópteros, deporte que llegó a ser cotidiano en aquella guerra siniestra. Cuenta el doctor Eric Bullff, de la Alemania Federal, profesor de la Facultad de Medicina de Hué desde 1961 a 1967, que los oficiales norteamericanos solían invitar a las enfermeras alemanas de un buque–hospital a participar en la caza del vietcong desde los helicópteros, «como distracción dominical». Por esas fechas (enero de 1967) la Revista **Ramparts** calculaba en doscientos cincuenta mil muertos y setecientos cincuenta mil heridos los niños víctimas de las agresiones norteamericanas.

La Guerra de Vietnam está llena de cifras horrendas, chirriantes. Todavía en 1967, el senador Edward Kennedy afirmaba que el número de civiles heridos mensualmente en Vietnam del Sur no bajaba de ciento cincuenta mil. Vietnam del Sur era la zona que los norteamericanos aseguraban estar liberando. Tan curiosa liberación costó cara a Vietnam del Sur: en 1971, el número de cráteres producidos por bombas u obuses en los dos Vietnam se calculaba en veintiséis millones: cinco millones en el Norte, veintiún millones en el Sur. Cada cráter tiene 9 metros de diámetro. La superficie total dañada exclusivamente por este procedimiento es de ciento setenta mil hectáreas. Los explosivos empleados en esta cirugía geológica equivalen a cuatrocientas cincuenta bombas atómicas como la utilizada en Hirosshima. Hay cientos de miles de bombas en esos cráteres que pueden estallar en cualquier instante. Pero aún sin ellas, como escribe Pablo Berbén, «los trozos metálicos que hay en el suelo hieren a los bueyes y otros animales de trabajo y les producen enfermedades frecuentemente mortales, y también infecciosas, que pueden contagiar al resto del ganado». Y en las zonas craterizadas nunca será posible el cultivo de arroz. Sadismo es eso. Y recordarlo se llama obligación. De 1965 a 1969 cayeron sobre Indochina cuatro millones y medio de toneladas de bombas, únicamente en bombardeos aéreos: cantidad nueve veces superior a todas las bombas lanzadas en las operaciones del Pacífico durante la segunda Guerra Mundial, incluyendo las de Hirosshima y Nagasaki. Edward Herman, en su libro **Atrocities in Vietnam: Myths and Realities** (publicado en 1970) estimaba las bajas de civiles, sólo en Vietnam del Sur, en un millón de muertos y más de dos millones de heridos. Recordadlo de nuevo: Vietnam del Sur estaba siendo «liberada». Y recordad también a Dostoiewski: «Decididamente, no comprendo por qué es más glorioso bombardear con proyectiles una ciudad sitiada que asesinar a alguien a hachazos». Es que no es más glorioso. Por el contrario, es notablemente más vil. Tanto, que algunos traumatizados y decentes soldados norteamericanos tuvieron que escribir su desconsuelo, su perplejidad y su asco en lugares sumamente adecuados: las paredes de los retretes. Las autoridades blanqueaban constantemente esas paredes, pero las opiniones anónimas reaparecían una y otra vez, sin fin. Muchos de esos cronistas anónimos no encontrarían para su confusión y su repugnancia otra solución honorable que la de desertar de esa guerra asquerosa.

COPULA DE LA TECNICA Y EL ODIO

Porque no se trató sólo de bombas: el terror, el desprecio y la locura de los agresores no menospreciaron una lóbrega alianza con las fórmulas más asesinas de la técnica. Fueron utilizadas inmensas cantidades de defoliantes que, en busca de vietcongs escondidos en la vegetación, arrasaron más de dos millones de

Bertrand Russell. Cuando Dean Rusk, el «mediocre funcionario americano» (son palabras de Sartre), fue requerido por el Tribunal fundado por Russell, Rusk respondió que no pensaba «jugar con un viejo inglés de 94 años». Sartre propuso a Rusk que acudiese a jugar con otros intelectuales más jóvenes: por ejemplo, con él mismo. Rusk tampoco quiso jugar.

hectáreas de bosques (¿cuántos cadáveres se pudrieron en esos dos millones de hectáreas?). Sobre tales productos químicos escribe Pablo Berbén: «Los mismos aviadores encargados de lanzarlos y quienes los manejaban en los almacenes, estaban obligados a hacerse análisis de orina frecuentes, para observar si el arsénico contenido en el producto les había alcanzado». Cálculos serenos informan que el número de defoliantes lanzados sobre el Vietnam fue de sesenta y cuatro millones de litros. Sólo en 1967 los Estados Unidos utilizaron en Vietnam una cantidad de herbicidas suficiente como para defoliar cuatrocientas mil hectáreas de terreno. A Nixon corresponde el deshonor de haber intensificado esta forma de destrucción salvaje a la que se llamó la «guerra química» *. Durante la noche del 25 de octubre de 1969 los B-52 efectuaron nueve ataques en las provincias de Quang Tri y Quang Nam, vomitando más de mil toneladas de bombas. Informa Chomsky que esa noche los bombardeos «mataron a 300 personas, hirieron a 236, incendiaron 564 casas y dañaron cientos de hectáreas de campos y huertos». Por esas mismas fechas la aviación norteamericana lanzó varias decenas de miles de latas de CS, los helicópteros escupieron miles de bombas tóxicas sobre las aldeas y los cañones dispararon más de cinco mil proyectiles a gas sobre una población de sólo mil personas. Bombas «convencionales», gases tóxicos, defoliantes, violaciones, bayonetas y todo lujo de furia paranoica.

Pero no basta. La **Lexicon-80** se obstina en mencionar otra alianza del sadismo y la tecnología norteamericanos: de pronto empezaron a ser empleadas las llamadas bombas de bolas. Son artefactos de envoltura metálica dentro de la cual van encajadas unas trescientas bolas de acero de unos seis milímetros de diámetro. Pueden llevar también una carga de agujas en número de varios centenares. Su poder destructivo es prácticamente nulo en objetivos de guerra, pero su poder mortífero contra seres humanos es excepcional. Cuando el Tribunal Russell pidió a Dean Rusk que asistiese a una de las sesiones para conversar sobre ese ingenio exclusivamente inventado para destrozar seres, el Sr. Rusk respondió con una frase memorable: dijo que no pensaba «jugar con unviejo inglés de 94 años». No menos memorablemente, pero con distinta moral, Jean Paul Sartre escribió: «Cuando ese viejo inglés es Lord Russell, el más famoso de los pensadores británicos, y cuando el hombre serio que se niega a perder el tiempo con él es un mediocre funcionario americano, la respuesta que acabo de referir adquiere especial sabor. No sé si Mr. Dean Rusk, una vez en presencia de Lord Russell, 'jugaría' con él, o si, más bien, no sería Russell quien se burlase de los miserables argumentos con los que Mr. Rusk acostumbra divertir a la Prensa. Por lo

(*) *Entre los productos que el Pentágono tiene almacenados a la espectativa de una guerra biológica hay una toxina llamada botúlica. «Se dice que la toxina botúlica produce la muerte de un individuo con una dosis de 0,12 millonésima de gramo; quinientos gramos acabarían con la humanidad entera, bien administrados. En el arsenal de Pine Bluff, Arkansas, hay almacenados doscientos mil proyectiles cargados con toxina botúlica, y otros con otras toxinas igualmente venenosas.»* («Triunfo», *núm. 398. Enero, 1970.)*

demás, si sólo se trata de una cuestión de edad, somos aquí muchos los que, sin querer rivalizar con Lord Russell, no hemos pasado los límites fijados por Mr. Rusk y nos sería muy grato discutir públicamente con él». Mr. Rusk no condescendió a discutir sobre las famosas bombas de bolas. Podemos pensar que sabía mucho más sobre ese tema que el Tribunal Russell. Y mucho menos que las víctimas de ese minucioso artefacto de muerte.

NIXON: EL MAS ADMIRADO

Otra ingeniosa arma destinada al genocidio fue un compuesto de cristales de yoduro de plata o de sal gorda. Toneladas de esas «brillantes lentejuelas», lanzadas por los B-52 desde 15.500 metros de altura, al entrar en contacto con las nubes desencadenaban enormes lluvias que provocaron vesánicas riadas. Mediante esta guerra climatológica fueron borradas del Vietnam abundantes aldeas: con todos sus habitantes. En su origen, a esa forma de genocidio se le llamó Operación «Popeye», y más tarde, utilizada de manera más vasta, llevaría el delicado nombre de «Nilo Azul». Se trataba de provocar desbordamientos de ríos y torrentes de modo que los diques, previamente minados por los bombardeos, se vinieran abajo. El objetivo era inundar la llanura de Tonkin, donde más de un millón de vietnamitas podían morir ahogados. Cuando el Secretario General de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim, manifestó su preocupación sobre los bombardeos norteamericanos a los diques de Vietnam del Norte, Nixón acusó a Waldheim de haber sido manipulado por la propaganda comunista y, tranquilamente, añadió: «Si quisiéramos podríamos aniquilar a los vietnamitas, o por lo menos a una parte significativa de ellos, en una semana». Se refería a que, llevando hasta el final la serie de bombardeos de los diques de Vietnam del Norte, quince de los veintidós

Operación de urgencia a un herido por una bomba de fragmentación. Este ingenio, prácticamente inofensivo en cuanto a objetivos bélicos, fue especialmente inventado contra la carne humana.

millones de habitantes de ese país desaparecerían ahogados en pocos días. El secretario de Defensa, Melvin Laird, acusó a los nordvietnamitas de que las inundaciones se producían no como consecuencia de los «infundados e inexistentes» bombardeos norteamericanos, sino debido a que las autoridades de Hanoi no prestaban suficiente atención a la reparación del sistema hidráulico. De donde se deduce que una de las armas utilizadas en aquella guerra se llamaba cinismo. En cuanto al cinismo particular de Nixon, anotemos que en la encuesta citada más arriba, el primero de los diez hombres más admirados en Norteamérica durante el año 1972 fue precisamente ese presidente que poco después sería expulsado de su cargo por delincuente.

MY LAI

He querido ilustrar con estos datos generales de aquella guerra miserable un suceso letal, del que hace poco se cumplió su octavo aniversario. En la mañana del 16 de marzo de 1968 el teniente William Calley ordenó colocar una ametralladora frente a las cabañas que formaban el poblado de My Lai. Los cronistas dudan entre la cifra de cuatrocientos a seiscientos muertos. Un reportaje fotográfico de aquella masacre (recordadlo: sólo una de tantas) dio la vuelta al mundo. Cuando **Life** publicó aquellas fotografías recibió escandalizadas y pudorosas cartas de protesta debido a que cierta cantidad de cadáveres estaban desnudos. Imposible imaginar una más depravada pudicia. Parte de la conciencia norteamericana era insensible a la masacre, pero no carecía de una ruín moral sexual. Aquella mañana de marzo del 68 la Compañía «Charlie», sin encontrar ninguna resistencia, torturó ancianos, violó mujeres, arrojó niños agonizantes a una zanja de desagüe e hizo ejercicios de tiro con los habitantes de My Lai y con el ganado. Algunos de aquellos bizarros soldados reían a carcajadas. Otros no. El soldado

«A finales de 1972, segun el Instituto de Encuestas «Gallup», tras entrevistar a millones de personas para confeccionar una lista de los diez hombres más admirados del año, Spiro Agnew alcanzó un glorioso numero siete». Huelga decirlo: el número uno en esa lista de norteamericanos admirables fue Richard Nixon. (En la fotografía, ambos políticos en 1968.)

Teniente William Calley, el mayor responsable de la masacre de My Lai. Cuando Calley fue juzgado, un veterano de guerra norteamericano se dolió de que por primera vez en la historia de su país un militar hubiera sido condenado «por cumplir con su deber». (Imposible imaginar un mayor insulto contra los militares.) Calley fue puesto en libertad el 27 de febrero de 1974.

Roy Wood se apartó a vomitar. El soldado Paul Meadice se honró al no poder reprimir los sollozos. El soldado Herb Carter se disparó un tiro en un pie, enloquecido de horror y de impotencia. Pero muchos otros reían y discutían vociferantes sobre cuál de ellos había matado más aldeanos. El parte oficial aseguró que en la operación habían muerto 128 guerrilleros vietcongs (lo cual era mentira). El general Westmoreland felicitó a la Compañía «Charlie» por esta heroica acción.

CALLEY, EL HEROE

El teniente Calley fue acusado de asesinar a sangre fría a veintidós mujeres, ancianos y niños de My Lai. En 1971, después de cuatro meses de indecisión, un tribunal lo consideró culpable de asesinato premeditado. Una encuesta de la organización Gallup sobre este veredicto mostró que el 79 por ciento de los encuestados desaprobaban la decisión del juez. En la Casa Blanca se recibieron cien mil telegramas protestando por la condena. El gobernador de Indiana ordenó que las banderas ondeasen a media asta. Spiro Agnew emitió una reflexión asombrosamente profunda: dijo que las decisiones tomadas durante el fragor del combate no deberían ser enjuiciadas del mismo modo que las decisiones alejadas de los escenarios de guerra —lo que no precisó es cómo habría que juzgar ciertas decisiones bélicas tomadas sobre una mesa de despacho*. Nueve legislaturas estatales pre-

(*) Los periodistas Judith Coburn y Geoffrey Cowan, en un reportaje publicado en 1970, escribieron: «Si Tojo puede ser sentenciado a la pena capital por un tribunal norteamericano de crímenes de guerra por llevar al Japón a una 'guerra de agresión', ¿por qué el único castigo para un presidente de los EE. UU. es que sea excluido por elección de su cargo mientras que su secretario de Defensa cumple un seguro plazo como presidente del Banco Mundial?» A su vez, Chomsky se extraña del hecho de que los responsables de las matanzas de vietnamitas y de la destrucción del país no sean encarcelados «ni que se apliquen a la población norteamericana métodos de 'desnazificación' del estilo de aquellos aplicados contra trece millones de alemanes de la zona de ocupación estadounidense».

«...un volumen tan inmenso de odio como el de los Calley de este mundo...» (En la fotografía, el sargento Gannon, exhibiendo orgullosamente dos cabezas de vietcongs. Gannon ocupa hoy en Mississipi un cargo de consultor de la Guardia Nacional.)

sentaron resoluciones pidiendo la inmediata liberación del teniente Calley. Un primer teniente de Fort Carson (Colorado) protestó contra la condena diciendo que si esa era la manera de honrar a los soldados en el campo de batalla nunca más apretaría un gatillo: curiosa amenaza. La noche siguiente a la declaración de culpabilidad de Calley, cien norteamericanos, soldados en su mayoría, se reunieron en Columbus (Georgia) y se manifestaron ante la prisión militar exigiendo la libertad para el detenido. Una encuesta sobre la condena de cadena perpetua contra Calley mostró que el 81 por ciento de los encuestados encontraban a la justicia «demasiado severa». Un veterano de guerra aseguró que había habido sucesos como el de My Lai en todas las contiendas y agregó que por primera vez en la historia norteamericana había sido juzgado un militar por cumplir con su deber. (¿Cabe mayor insulto a los militares?). Audie Murphie que había matado doscientos cuarenta alemanes en la segunda Guerra Mundial, mostró su misericordia (y su ira) diciendo que se encontraba «afligido y escandalizado». El gobernador de Georgia proclamó el «Día del Combatiente Norteamericano» y pidió a los ciudadanos de su Estado que se manifestasen en sus automóviles con las luces encendidas. Nació un conjunto vocal en Alabama con el nombre de «Compañía Charlie»: ese curioso orfeón compuso el «Himno de guerra del teniente Calley». El capitán Ernesto Medina, acusado de dos muertes concretas en My Lai y de ser responsable, por lo menos, de otras cien muertes en ese mismo matadero, opinó que el veredicto había sido muy duro, muy severo. Cuando el presidente Nixon decidió poner en libertad al teniente Calley durante los trámites de apelación, una nueva encuesta mostraba que el 83 por ciento de los encuestados aprobaban la decisión de Nixon. Un miembro de una junta de reclutamiento de Georgia se ofreció a cumplir un simbólico día de trabajo Forzado en nombre de Calley. Esa filantropía resultó innecesaria: el 27 de febrero de 1974 el teniente William Calley fue puesto en libertad bajo fianza.

HUERTO DE LOCOS

Más miedo que el delirio homicida del teniente Calley nos debe producir el clamor de adhesión de sus compatriotas. Nunca he sido partidario de la pena de muerte. Espero no enloquecer jamás, para poder continuar siendo partidario de la abolición de la pena de muerte. Ni siquiera soy partidario de la pena de privación de libertad. Pienso que sobran la silla eléctrica, la guillotina, el garrote vil, el fusilamiento, las cárceles: las venganzas. Pienso que un volumen tan inmenso de odio como el de los Calley de este mundo, norteamericanos o no, no puede ser neutralizado con la violencia y el castigo, sino con el asombro, la serenidad y hasta la compasión. Esa clase de loco, además de un asesino es, sin duda, un enfermo. Es obvio: no es posible curar a tantos Calley uno por uno: hay que curar la cultura que los produce. El terror, el sadismo, la ignominia de muchos individuos no son sino la proyección del terror, el sadismo, la ignominia de una civilización putrefacta y maltrecha. La tarea no consiste en cargar de cadenas a unos enfermos, hinchar de píldoras sedantes a otros y acumular leyes más o menos temibles. Desgraciadamente, la tarea es más lenta y más voluminosa. ¿Pero cómo cumplirla? No lo sé. Juro que no lo sé. Encarcelar a Calley fue relativamente sencillo —aunque menos sencillo que restituirle la libertad—. Arrasar el huerto donde crecen los Calley es algo mucho más complejo. Encerrar a los locos es un acto insuficiente (aparte de que se suele encerrar a los locos más inofensivos). Transformar a este inmenso manicomio en que está convirtiéndose nuestra agresiva y crispada cultura en un lugar siquiera moderadamente habitable es tal vez una cuestión de siglos.

Me consta que estas últimas frases tienen un sonido demasiado melódico. La razón, en

principio, es muy simple: yo no soy vietnamita. Probablemente, cualquier vietnamita tiene derecho a odiar a Calley y a despreciar estas últimas frases. Pero quiero agregar que esas últimas frases tampoco me definen por entero. Soy hijo de una cultura enferma, estoy enfermo: y no soy incapaz de odiar. Sueño con un mundo sereno lleno de seres con los ojos limpios, pero entre tanto, no desconozco mi capacidad de terror y de cólera. A mi corazón le consta que la violencia no es buen procedimiento para marchar hacia un mundo razonablemente feliz, pero todo cuanto mi corazón contiene de ese agrio caldo de neurosis que es nuestra época me recuerda que el futuro está lejos y que el presente está delante de nosotros, mirándonos en forma de tremenda interrogación. Con odio a nuestro odio, con rencor por nuestro rencor, con irritación contra nuestro miedo, sé muy bien que, además de sueños, en nuestro corazón hay habitantes igualmente legítimos: y se llaman obligaciones. Que cada cual las cumpla como pueda. Por mi parte no he ignorado ni un solo momento que una de mis obligaciones era ordenar algunos párrafos sobre aquella guerra inmunda, sobre aquel genocidio bárbaro y, más módicamente, sobre aquella mañana inverosímil del 16 de marzo de 1968. Sentí la necesidad de cumplir con este deber cuando leí *(Gaceta Ilustrada*, 15 de febrero de 1976) una noticia pavorosa: el espantoso enfermo William Calley ha hecho un negocio prodigioso con aquella masacre: ha efectuado una gira de conferencias por media Norteamérica. Presumiblemente, con éxito. Por cada conferencia cobró la suma de ciento cincuenta mil pesetas. O dicho de otro modo: aquella guerra sucia continúa resultando asquerosa. Una vez más: no creo en la escalada del rencor y de la venganza. Pero me niego a desobedecer a la moral de la memoria. Desde la enfermedad de nuestro siglo, Calley es un enfermo. Desde el silencio de My Lai, Calley es un asesino. Quienes le aplauden en sus conferencias, ¿qué son?, ¿a qué especie pertenecen? Si no pensamos que son, sencillamente, homicidas en potencia, ¿a qué cochina especie perteneceríamos nosotros? La meditación final es muy sencilla: ante la brutalidad, la violencia, la barbarie, la peste de los prepotentes, más y antes que terror debemos sentir cólera. Una cólera larga, reflexionada, rigurosa. ¿No debemos siquiera eso a aquellos pobrecitos asesinados en My Lai? ■ **F. G.**

Una pequeña parte de los asesinados en My Lai el 16 de marzo de 1968. El general Westmoreland felicitó a la Compañía «Charlie» por su heroísmo en esta matanza de campesinos indefensos.

En el apacible «status» de la sociedad industrial avanzada, la revuelta estudiantil constituyó el primer anuncio de profundas crisis. París, Berlín, México o Tokyo —sobre todo, la capital francesa— fueron escenario de estallidos revolucionarios en toda la regla.

Mayo del 68: La revolución perdida

Teófilo Ruiz Fernández

LAS jornadas del mayo parisino de 1968 marcaron el punto máximo de las actividades revolucionarias llevadas a cabo por los estudiantes de las facultades de Nanterre y La Sorbona. Estos hechos, que en un principio parecían llovidos del cielo, vinieron a poner en tela de juicio una ideología y unas formas de entender la revolución que, hasta ese momento, habían sido consideradas como la encarnación de la «ortodoxia».

En el apacible «status» de la sociedad industrial avanzada constituyeron el primer anuncio de profundas crisis. Desde París, Berlín, México o Tokyo, la situación de caos se hizo tan evidente, que en algunos casos como París, se transformó en un estallido revolucionario en toda regla.

Es cierto que en anteriores procesos revolucionarios la participación de los estudiantes había sido considerable, pero en mayo del 68 adquirió papel de protagonista principal.

Teniendo en cuenta que la mayor parte de los disturbios se produjeron en países de avanzado nivel industrial, es fácil suponer que a los estudiantes no les impulsaban las exigencias de una situación de proletariado —no al menos en el sentido clásico de la palabra—, por la sencilla razón de que formaban parte de grupos sociales con amplio nivel económico. Por consiguiente, y en principio, la revolución estudiantil se presentaba como una contradicción. Sin embargo, la idea anterior sólo respondía a una observación superficial.

ANTECEDENTES

Los disturbios empezaron en la universidad californiana de Berkeley, en 1964. ¿Qué había pasado? Sencillamente, que un sector de la sociedad, en esos momentos el más sensibilizado, tomaba conciencia de la situación y se revelaba contra ella. Los estudiantes norteamericanos no podían protestar contra su «nivel de vida» —se encontraban en el país más opulento de la Tierra—; por lo tanto, la lucha en Berkeley se inicia para reivindicar el derecho de los estudiantes a exponer sus ideas en las aulas.

Las autoridades académicas se oponen al intento de crítica a la actuación del Gobierno en diversos puntos y, de forma especial, en Vietnam. Al poco tiempo, las posturas de los revoltosos se radicalizan, con la inclusión de las cuestiones sociales y los problemas étnicos. Se crea el «Free Speech Movement News Letters», que sirve de portavoz a las inquietudes de los estudiantes.

Berkeley es, a nuestro juicio, el mejor exponente de la crisis que los Estados Unidos están padeciendo. Una crisis que deja ya su marco meramente económico para profundizar en lo más hondo de la conciencia humana. Es el primer anuncio de la rebelión del hombre contra la sociedad industrial.

El estudiante americano comprendía, mejor que ningún otro miembro de la sociedad de su país, el estado mental al que el sistema de la opulencia estaba conduciendo al hombre occidental: una sociedad y unos individuos lanzados al reto del consumo que los medios de producción crean, sin más. Este despilfarro, ante la miseria y el hambre que la mayor parte del mundo padece, no podía por menos que ser rechazado con toda energía.

Los problemas de la guerra en Vietnam, la situación de gran parte de la población de color y de otras minorías étnicas, eran otros factores que ayudaban a tomar conciencia de la crisis.

Es en estos momentos cuando se define la posición del individuo en la sociedad industrial avanzada, sometido a un proceso de deterioro continuo de la personalidad: obedeciendo a los dictados de los medios de producción, de forma casi automática. La creación de necesidades superfluas, que poco a poco lo masifican, es otro factor fundamental en este proceso degradante. Llegados a este punto, los conceptos de «nivel de vida» y «calidad de vida» se hacen contrapuestos.

Mediante el «nivel de vida», la sociedad industrial ha desarrollado una serie de necesidades y apetencias de tipo represivo que atentan contra la personalidad del individuo y su salud mental. Es cierto que las necesidades vitales han sido cubiertas plenamente; pero junto a las necesidades ineludibles, la nueva sociedad ha creado una serie de apetencias que tienen un efecto claramente negativo sobre el hombre y ejercen un mal disimulado control de su comportamiento. En esta nueva situación, el nivel de vida se eleva en detrimento de la «calidad». En los Estados Unidos, el desarraigo, la violencia de todo tipo y el crimen (en aumento diario), la pérdida de los valores religiosos y las drogas, testifican el deterioro constante de esa «calidad de vida».

Fue contra esta sociedad —que para mantener sus niveles de producción y de consumo, no le importa provocar guerras y someter a otras sociedades a un estado de colonialismo económico— contra la que se sublevaron los estudiantes de Berkeley. Pero a pesar de sus propósitos e intenciones, sucumbieron. Pertenecientes, en su mayoría, a una clase social con amplio poder adquisitivo, salieron de las aulas y se encontraron indefensos ante las posturas adoptadas contra ellos. Sin embargo, sus aportaciones no fueron estériles: el virus del descontento y del análisis estaba sembrado. Pero hemos de hacer notar que las manifestaciones de estudiantes no volvieron a producirse o tuvieron escasa importancia.

A pesar de todos los inconvenientes, la sociedad americana adoptó una postura de abierta crítica a la guerra de Vietnam, gracias al impulso recibido de los sectores universitarios radicalizados. Pero las consecuencias no rebasaron este límite. La revuelta estudiantil fue un acontecimiento que sorprendió a propios y extraños y en modo alguno podía prosperar en una sociedad donde las organizaciones revolucionarias carecían de una entidad mínima y los conflictos sociales, hasta ahora, se debaten en el plano del color de la piel (1).

I. BERLIN

Los disturbios promovidos por los estudiantes empezaron a tener un carácter decididamente revolucionario cuando se trasladaron a Berlín.

---

(1) *El problema en realidad no es tan simple. Está claro que la gran masa de población que constituye la mayoría blanca tiene en sus manos el control económico del país, y que el resto de las etnias (negros, chinos o chicanos) carecen de ese poder, especialmente los negros. Pero no quiere decir que exista la identificación negro = proletario. Objetivamente, hasta ahora, lo que se pretende es una integración en la sociedad blanca. No se la considera injusta por sus formas y actuaciones, sino por su rechazo visceral hacia los hombres de color.*

La S. D. S. —organización de los estudiantes socialistas alemanes— era la rama juvenil de la Social Democracia Alemana (S. P. D.), pero desde hacía varios años mostraba su disconformidad a la línea política del Partido. El deseo de integrarse en el Gobierno, al mismo tiempo que el intento de presentar una cara mucho más «electoral» que en el pasado, fueron considerados por los jóvenes de la S. D. S. como una traición, no parando en sus críticas. El extremismo de unos y la moderación de otros hicieron imposible la dependencia: en 1961 la rama juvenil era excluida del Partido Socialista.

La ideología de la organización estudiantil, en principio marxista ortodoxa, se va transformando con el paso del tiempo y la llegada de nuevos dirigentes que aportan concepciones revolucionarias distintas.

COMIENZA LA LUCHA

Las luchas estudiantiles empiezan a tomar importancia a partir de 1966. Se desarrollan en la mayor parte de los centros universitarios de Alemania Federal, pero es la Universidad Libre de Berlín la que destaca rápidamente, por la virulencia de sus manifestaciones y por el alto nivel ideológico alcanzado en sus debates, con la intervención de Marcuse, Taubes, Löwenthal, etc. (2).

El no reconocimiento de Alemania Oriental y la guerra de Vietnam habrían de servir para que una numerosa vanguardia de estudiantes penetrase en la problemática de la sociedad en que se encontraban y naciese una dura crítica contra el orden establecido.

La agitación cobra gran importancia, cuando se producen las visitas de Tshombé y Humphrey, obligando a intervenir a la Policía y poniendo a

(2) *Especial importancia tienen las intervenciones de Herbert Marcuse durante los días 10, 11, 12 y 13 de julio de 1967 en la Universidad Libre de Berlín, con la intervención en los debates de Dutschke, Wolfgang Lefèvre, Jacob Taubes y Peter Furth sobre los temas «Moral y política en la sociedad opulenta» y la discusión sobre «El problema de la violencia en la oposición». Estas intervenciones fueron recogidas y publicadas en España en 1968 bajo el título de «El final de la utopía».*

Los comienzos del movimiento estudiantil se situan en la Universidad californiana de Berkeley, dentro del ano 1964. La lucha se inicia alli para reivindicar el derecho de los estudiantes a exponer sus ideas en las aulas. (La foto muestra a un grupo de alumnos de Berkeley protestando contra la presencia de militares en el «campus» universitario.)

Los disturbios estudiantiles comienzan a tener un carácter decididamente revolucionario cuando se trasladan a Berlín a partir de 1966. En su Universidad Libre, la intervención de intelectuales como Marcuse —en la imagen— da al movimiento un alto nivel ideológico.

prueba su capacidad de presión, en una sociedad que se vanagloriaba de su sistema democrático y su respeto a la libertad individual.

La protesta logra alcanzar caracteres dramáticos, en junio de 1967, con la visita del Sha de Persia: varios miles de estudiantes se lanzan a la calle para mostrar su repulsa hacia el «sucesor» de Ciro el Grande. Las fuerzas de policía intervienen de forma violenta. El balance arroja un saldo de cincuenta heridos. Asimismo, el estudiante Benn Ohnesorg es muerto por disparos de la policía.

En febrero de 1968 unos 15.000 estudiantes se manifiestan contra la guerra en Vietnam. Desde ese momento ya han sido «tomados en serio», como pretendía el líder de la S. D. S., Rudi Dutschke. Pero la reacción a estos actos no tarda en producirse: los periódicos del grupo Springer se encargan de animar el ambiente para una contramanifestación.

En abril se produce el atentado que está a punto de costarle la vida a Rudi Dutschke: el pintor José Bachmann dispara contra el dirigente de los estudiantes socialistas, hiriéndole en la cabeza.

La respuesta al atentado de la extrema derecha es inmediata: a lo largo de todo el país se desencadena una ola de manifestaciones que, desde Berlín, llegan a Frankfurt y Hamburgo, entre otras ciudades.

IDEOLOGIA

La ruptura con la Social Democracia —incubada a partir de 1959, al inclinarse la S. P. D. hacia posturas más moderadas— coloca al «Studentenbund» en oposición a la izquierda tradicional. En estos momentos se produce una repesca de la ideología espartaquista con Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, en primer término. También se incorporarán concepciones revolucionarias de Guevara, Mao, Bakunin y Trotsky. De esta amalgama ha de salir un pensamiento revolucionario diferente a la «ortodoxia» de los partidos de izquierda tradicionales.

La contraposición de conceptos es evidente: Dutschke y sus amigos proponen la creación de un hombre nuevo, que rompa con los fetiches del consumismo y emerja del estado de narcotización con que la sociedad industrial le envuelve, para poder llevar a cabo la Revolución. Por el contrario, la ideología marxista «ortodoxa» propone la toma del poder y después la transformación.

Frente a las concepciones de los partidos comunistas y socialistas, no se podía ser más radical: esta vez la acción revolucionaria no debe limitarse a derrocar un sistema para colocar otro en su lugar. Ahora se propone un cambio profundo, empezando por el propio individuo.

Es en estos instantes cuando las condiciones «subjetivas» para llevar a cabo la Revolución, toman gran importancia. Es en este punto donde las ideas de Dutschke se aproxi-

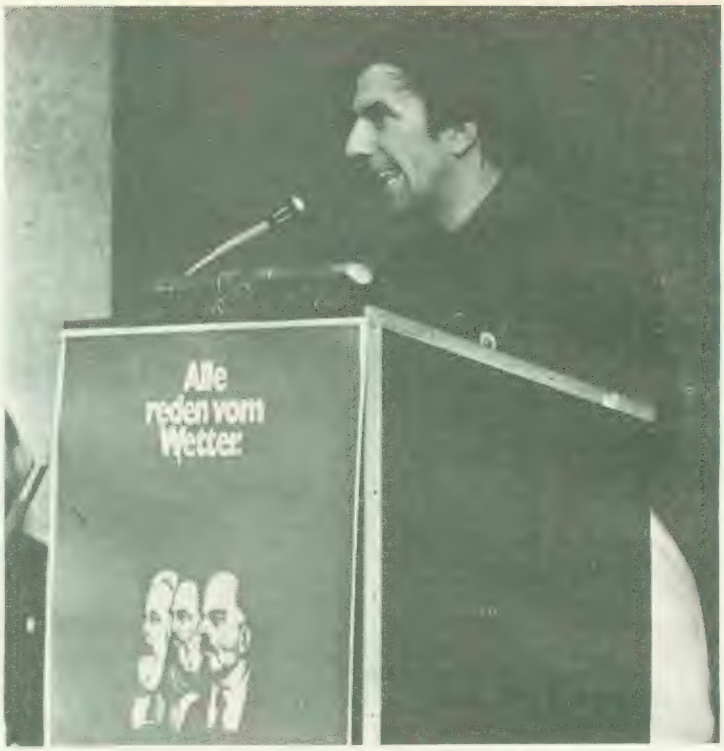
man a las de Che Guevara cuando éste señalaba que «no es necesario esperar a que todas las condiciones objetivas para llevar a cabo la Revolución, se den: el desarrollo de la lucha puede crearlas».

Sin embargo, en el interior de la S. D. S. no existe una perfecta unidad ideológica: la corriente principal, encabezada por Dutschke, es antiautoritaria; la minoría se inclina hacia concepciones más «clásicas». El pensamiento político de los antiautoritarios se aproxima al anarquismo de Bakunin: se desea la desaparición del Estado —en su versión actual—, oposición al centralismo, al burocratismo y al aparato del Partido.

El papel que los estudiantes deben desempeñar en la actual sociedad industrial —Alemania Federal es uno de los mejores ejemplos— es fundamental: servir de revulsivo para que la clase obrera despierte de la alienación consumista. Era esta una gran misión, desprovista de todo sentido de «élite», y a ella se entregaron los jóvenes de la S. D. S., a partir de 1967.

Los objetivos de principio son modestos: tratar de «llamar la atención» y obtener una penetración razonable entre los obreros. Por consiguiente, la idea de la toma del poder estaba descartada, por ser contraria a la idea del «hombre nuevo».

Pero ahora hay que tener muy presente algo importante: los nuevos revolucionarios ya no se formarán en la lucha de clases, por ser un estadio superado en la sociedad industrial avanzada. En definitiva, el proceso revolucionario, que esta vez se desarrollará a nivel personal, vendrá definido por el grado cultural que cada individuo haya logrado. Por su misma esencia, este proceso es contrario a la lucha de clases. Muestra su originalidad en haber dejado valientemente las posturas clásicas, para lanzarse a la búsqueda de nuevos caminos por los que el hombre pueda transitar, en la marcha hacia su liberación.



El pensamiento de Rudi Dutschke (principal líder estudiantil berlinés, al que vemos) se aproxima al del «Che» Guevara, cuando éste señalaba que el propio desarrollo de la lucha puede crear las condiciones objetivas para hacer la revolución.

EL FRACASO Y SUS MOTIVOS

A pesar de haber identificado sus objetivos y clarificado su ideología, los estudiantes alemanes no obtuvieron resultados prácticos.

La coherencia ideológica se disolvía al ser enfrentada con la realidad de la sociedad alemana, demostrando que los revolucionarios se encontraban totalmente aislados y predicaban en un desierto.

Pero el fracaso no puede cargarse en la cuenta de las fuerzas contrarrevolucionarias. La reacción de la burguesía fue importante, pero también lo fue la indiferencia de la clase social con la que se pretendía conectar.

Las condiciones creadas por el neocapitalismo son muy difíciles de romper: el productor está fuertemente atado al proceso consumista. Los fetiches de la sociedad de consumo se revelan altamente eficaces para mantener al individuo en un estado de narcotización mental que le impide ver hacia dónde es conducido y de qué forma es explotado.

Las dificultades empezaron cuando la clase social a la que dirigían los esfuerzos no comprendió lo que se le intentaba decir desde una izquierda ideológica mucho más radicalizada de lo que su pasado y condiciones económicas hacían suponer. No todos habían olvidado que durante el Imperio y la República de Weimar, la mayoría de los estudiantes centraban sus preocupaciones en temas tan poco revolucionarios como las borracheras o los duelos.

Por otra parte, la Social Democracia, y los sindicatos que controla, es la organización que puede —de hecho lo hace— expresar los intereses de unos trabajadores con alto standard de vida y para los que la lucha de clases es algo que pertenece a la noche de los tiempos.

Pero el deterioro de la izquierda alemana no se había producido en un momento. El reformismo fue introducido por Bernstein y seguido, posteriormente, por la mayoría de la S. P. D. La «traición» a la Internacional se llevó a cabo al apoyar los socialistas alemanes los créditos de la Primera Guerra Mundial. El grupo marxista más importante del mundo, en esos momentos, se olvida de la solidaridad hacia otros partidos hermanos y se lanza por la senda del nacionalismo. Sólo Karl Liebknecht rompió la disciplina de partido, al votar en contra.

El progreso de la guerra dividió a la S. P. D. en dos tendencias: belicistas y antibelicistas. De esta última rama salió el Partido Social Demócrata Independiente (USPED), en cuyo seno se generó el «Spartakusbund», francamente revolucionario y dispuesto a la lucha. Este grupo será el que dé origen, en 1918, al Partido Comunista Alemán (KPD).

El 4 de noviembre de 1918 se produce la sublevación de los marinos de Kiel, que son secundados por la mayoría de las agrupaciones de la Armada. Cinco días después se proclama la República. Todo parece indicar, en esos momentos, que la tan anunciada Revolución será posible. Sin embargo, la S. P. D., partido político mayoritario, es la encargada de retrasar, primero, y abortar, después, el proceso revolucionario. Tanto es así que el Consejo de Comisarios del Pueblo, elegido por los soviets de obreros y soldados (10 de noviembre), es controlado por la S. P. D. y fija, en su Congreso de 16 de diciembre, la elección de una Asamblea Constituyente para el 9 de enero de 1919. Era el frenazo definitivo al proceso revolucionario.

La Social Democracia, con Ebert al frente, se marca como meta principal, juntamente con el Ejército, el aislamiento de los espartaquistas, que representan la tendencia más revolucionaria de la izquierda. La represión se pone en marcha y entre el 5 y el 12 de enero (la Semana Sangrienta), el «Spartakusbund» es aniquilado. Para rematar la acción, el 15 de enero, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht son asesinados, con la complicidad de la Social Democracia. Las posibilidades revolucionarias de Alemania se agotan con estas muertes.

Durante la vida de la República de Weimar, la Social Democracia se fue hundiendo cada vez más en las profundidades de la corriente reformista. Al mismo tiempo, el K. P. D. perdía importancia y contenido revolucionario. El fracaso del levantamiento de marzo de 1921 y el Tratado de Rapallo fueron los golpes definitivos contra los comunistas alemanes (3).

A pesar de su ideología reformista, la S. P. D. ha gozado siempre del favor de la mayoría de la clase obrera alemana. Su tradición, su disciplina y su voluntad de mejorar el nivel de la clase obrera, le han permitido mantenerse siempre en primera línea. Por otra parte, su rechazo a la vía armada le ha proporcionado el

---

(3) *Al levantamiento minero de la zona central de Alemania, le siguió el intento revolucionario preparado por los comunistas, en diversos centros industriales. Mal organizado y peor dirigido, el intento fue un rotundo fracaso.*

De esta lucha, al parecer instigada por Zinóviev y la Komintern, el KPD salió desmantelado y dividido: la izquierda, encabezada por Ruth Fischer y Maslow; el ala derecha, por Heinrich Brandler. El 17 de abril se firma el Tratado de Rapallo entre la URSS y Alemania. Se establece la colaboración entre el Ejército Rojo y el Reichswehr, lo que supone que el KPD debe dejar a un lado sus aventuras revolucionarias. En la propia Rusia, con la implantación de la Nueva Política Económica (NEP), ya se había dejado la idea de la Revolución internacional.

En Francia, la revuelta estudiantil empieza en las Facultades de Sociología y Psicología de la Universidad de Nanterre. Daniel Cohn-Bendit —en la foto— es su protagonista principal y quien polariza la inspiración del movimiento.

respeto de la mayor parte de la burguesía, que considera a la Social Democracia como un interlocutor válido y «razonable».
Agrupados bajo el mando de un partido decididamente reformista, las salidas de los obreros alemanes son muy pocas, hasta ahora.
Ante este panorama, poco favorable a la Revolución, es claro que el movimiento estudiantil tenía escasas posibilidades de lograr sus metas, máxime si tenemos en cuenta que la ideología propuesta se desconectaba profundamente de la realidad social en que se quería desarrollar; aparte el rechazo instintivo de cualquier sociedad estable al «desorden» que todo experimento revolucionario puede suponer.

II. NANTERRE

La lucha de los estudiantes adquiere caracteres mucho más radicales en Francia.
En medio de la beatífica paz gaullista, las jornadas de 1968 aparecen como un estallido inesperado, como un suceso impensable. Sin embargo, las huelgas de estudiantes no eran nada nuevo. Ya se venían produciendo desde hacía dos años. No obstante, nadie pudo sospechar que alcanzaran tanta fuerza, dado que la situación, más que un disturbio universitario, parecía un estallido revolucionario a gran escala.
El caos económico y social que envolvió a Francia, no era la expresión de descontento de la clase obrera. Tampoco una campaña de agitación organizada por los partidos de inspiración marxista. Fue una manifestación de repulsa hacia unas formas y unas concepciones sociales que, bajo la apariencia de libertad, someten al hombre a un nuevo tipo de explotación.
Francia, sensibilizada al máximo hacia todos los procesos revolucionarios, se incorporó de manera gradual a las manifestaciones de protesta de los estudiantes; pero los partidos obreros —mejor, la dirección— no dieron importancia al movimiento revolucionario. De esta forma, los partidos Comunista y Socialista fueron rebasados ampliamente; pero no se les puede culpar de no haberse incorporado a un movimiento revolucionario cuyas concepciones eran contrarias a sus ideologías.

LA AGITACION

La revuelta empieza en Nanterre, la universidad «modelo», en las Facultades de Sociología y Psicología. Como protagonista principal se sitúa Daniel Cohn-Bendit, que rápidamente polariza la ins-

La lucha de los estudiantes salta de Nanterre y no se para en La Sorbona, llegando muy pronto a las principales calles parisinas. Ni el más optimista de los revolucionarios podía haber imaginado una extensión tan rápida del conflicto.

piración de los movimientos estudiantiles.
En 1967 se desarrollan los primeros enfrentamientos con las autoridades académicas, para pedir mayor participación en la dirección de los estudios.
La primera muestra de desacato, de forma grave, se lleva a cabo con la ocupación de los edificios reservados a las jóvenes. El escándalo alcanza grandes proporciones y las amenazas de expulsión se suceden.
Clermont-Ferrand y Nantes se unen a las protestas de Nanterre. El 14 de febrero de 1968 se produce la primera gran manifestación ante el rectorado de la universidad «modelo». La respuesta es inmediata: la Policía interviene de forma violenta para dispersar a los contestatarios. Como contrapartida, los estudiantes de Psicología redactan un manifiesto en el que se pide el abandono de las aulas.
Es en el campus de Nanterre donde se van formando las actitudes más radicales frente a las instituciones universitarias y a la sociedad en su conjunto. Los problemas sociológicos que en ese momento preocupan al mundo —guerra de Vietnam, principalmente— son incorporados a las discusiones del «ghetto» de Nanterre.
Poco a poco, las ideas neoanarquistas van alcanzando mayor influencia. La amenaza de expulsión que recae sobre Daniel Cohn - Bendit sirve para que se produzcan nuevos enfrentamientos entre policías y estudiantes.
En la Facultad de Sociología se critica la masificación universitaria y las estructuras académicas. Esta crítica se extiende hasta los planes de estudios que, en buena parte, son una copia de los que se imparten en las universidades de U. S. A.
El día 2 de abril se produce el contacto entre los estudiantes de Nanterre y los de la S. D. S. de Rudi Dutschke. La toma de aulas, para la celebración de asambleas, es un hecho que las autoridades académicas tienen que «legalizar».
Ya no son, únicamente, las Facultades de Psicología y Sociología las que se preocupan por los problemas sociales y universitarios. A partir del mes de abril, todos los estudiantes se encuentran politizados, aunque no siempre adopten las mismas tendencias. Por su parte, los jóvenes pertenecientes al PC y a la extrema derecha se oponen a la corriente neoanarquista de la mayoría.
Con la reanudación del curso, tras el período de vacaciones de Semana Santa, se produce un hecho fundamental: el atentado contra Rudi Dutschke. En una actitud de solidaridad con sus compañeros alemanes, los universitarios franceses se reagrupan para mostrar su protesta.
Se inician nuevamente las discusiones sobre la situación académica y las posturas a tomar frente a los próximos exámenes. Los puntos de vista son centrados por Cohn-Bendit, al señalar que «el examen, arma suprema de la selección, es la forma más característica de la represión universitaria» (4).
Ante las amenazas de la extrema derecha, se decide la creación de comités de autodefensa. Sin embargo, la división se hace patente, al aparecer diversos grupos de inspiración trotskista y la influencia de La Sorbona, mucho más conservadora que Nanterre.
Pero el movimiento revolucionario ha saltado de Nanterre y no se para en La Sorbona. Amenaza con alcanzar las calles de París y llegar hasta las fábricas y oficinas. En unos pocos días se genera un caos de tal magnitud que ni el más optimista de los revolucionarios podía haber imaginado.
El 7 de mayo, el general De Gaulle manifiesta su desaprobación a la violencia universitaria y al deseo de extenderla a la calle. Pero ya es inútil: los CRS deben ser empleados con toda urgencia para tratar de poner orden. Las barricadas hacen su aparición y los comités de defensa, creados por los estudiantes, se enfrentan con la Policía que se emplea con mayor brutalidad de lo acostumbrado.

LA ACTITUD DE LA C. G. T.

Ante la magnitud de las manifestaciones que se estaban

(4) *«Le Gauchisme, remède à la maladie sénile du comunisme», por Daniel y Gabriel Cohn-Bendit.*

A pesar de todas las prevenciones, la espontaneidad de la lucha estudiantil había penetrado en gran parte del cuerpo social. El carácter, día a día más masivo, de las manifestaciones indicaba que las fuerzas populares iban uniéndose a los universitarios. La imagen que figura junto a estas líneas da cumplida muestra de ello.

produciendo, la Confederación Nacional del Trabajo y el Partido Comunista, así como las demás agrupaciones sindicales, decidieron tomar parte en los acontecimientos.

Los postulados ideológicos de los revolucionarios de Nanterre no podían ser bien vistos por los partidarios del centralismo democrático. Desconfiaban, por sistema, de los estudiantes universitarios. Sabían el escaso porcentaje de hijos de obreros que llegaban a las Facultades. Temían, sobre todo, a los provocadores trotskistas y maoístas.

A pesar de todas las prevenciones, la espontaneidad del movimiento estudiantil había penetrado en gran parte del cuerpo social. A las organizaciones sindicales únicamente les quedaba la posibilidad de unirse a las protestas contra el poder personalista de De Gaulle y la brutalidad sistemática de los CRS.

El 13 de mayo, las organizaciones sindicales C. G. T., C. F. D. T., U. N. E. F., F. E. N. y Fuerza Obrera, decretan una huelga general. El éxito es impresionante y sobrepasa los cálculos más optimistas.

A la espontaneidad de los estudiantes sigue la de los obreros: el 14 de mayo, los obreros de Sud-Aviation, en Nantes, ocupan la fábrica y se declaran en autogestión, rompiendo claramente con las directrices sindicales.

El ejemplo de Sud-Aviation es imitado rápidamente y, a partir del 18 de mayo, la huelga afecta a todos los sectores industriales del país. Las cifras se disparan hacia los 5 ó 6 millones de huelguistas, llegándose a doblar estos números en la semana siguiente.

Las organizaciones obreras, con la C. G. T. a la cabeza, y los partidos políticos de izquierda, en especial el PC, se encontraban ante una situación que no llegaban a comprender: ya no se trataba de posturas reivindicativas (tan bien defendidas por las organizaciones sindicales). Ahora se persiguen objetivos como autogestión obrera, la democratización de base, el rechazo a las ordenanzas laborales del Gobierno, etc.

Para evitar el contacto entre los estudiantes revolucionarios y los obreros, la C. G. T. suspende, el 17 de mayo, el Festival de la Juventud. Con anterioridad había criticado las manifestaciones conducidas por los estudiantes en Billancourt y ante la sede de la ORTF. Pero cada vez es más evidente que el Comité Confederal Nacional está perdiendo el control del movimiento obrero que los estudiantes han desencadenado. La desorientación del PC no es menor que la de la Central obrera.

En estos instantes, en los que se ve con qué brutalidad son empleados los medios represivos, los dirigentes sindicales y los de los partidos de izquierda deciden encauzar la huelga revolucionaria hacia posturas netamente reivindicativas, dejando pasar una oportunidad de oro para lograr una profunda modifica-

ción del Sistema contra el que estudiantes, obreros y campesinos se manifestaban.

La clarificación de la actitud de la C. G. T. se traduce en un acortamiento de sus peticiones: no se exige la salida de De Gaulle y Pompidou, que ya es un clamor nacional. Las posturas se centran en los aumentos salariales y en la reducción de la jornada de trabajo. La derogación de las ordenanzas laborales del Gobierno se mantenía, pero de forma simbólica, cuando no hacía mucho que se había propuesto como tema principal de la lucha obrera.

El 20 de mayo, Georges Séguy, Secretario General de la C. G. T., afirmaba, ante los obreros de las factorías Rénault, el carácter reivindicativo de la huelga y el peligro que suponía hacer el juego a los provocadores.

El 21 de mayo se empiezan los primeros contactos entre las organizaciones obreras y la C. N. P. F., sindicato patronal, para llegar a un acuerdo y terminar con el paro que asfixiaba a Francia.

A pesar de contar con el apoyo del mayor movimiento obrero desencadenado en toda la historia de Francia, la actitud de los dirigentes sindicales es muy comedida y no incluye ninguna exigencia política. Era evidente que Séguy y sus colaboradores no querían o no veían más que las realidades económicas de los salarios. Su rechazo a los estudiantes y a sus formulaciones revolucionarias no podía ser más enérgico. Sin embargo, el movimiento que había partido de Nanterre se extendía a todo el país, amenazando con derribar al Gobierno, casi de forma espontánea.

El 24 de mayo, De Gaulle se dirige al país para poner de manifiesto el peligro de una guerra civil y la posibilidad de una dictadura comunista donde la carencia de libertad sería la nota dominante. La respuesta no puede ser más clara: 200.000 campesinos se manifiestan en toda Francia, bloqueando las carreteras y organizando manifestaciones de protesta contra el Gobierno.

La C. G. T., por medio de sus dirigentes, ha logrado controlar a buena parte de los obreros: las dos grandes manifestaciones que organiza en París van perfectamente encuadradas y no sufren el asalto de las fuerzas de seguridad.

El 25 de mayo se inician las conversaciones entre los obreros, los patronos y el Gobierno, para llegar a un acuerdo y restablecer el orden. Las delegaciones están presididas por Séguy y Pompidou.

Las discusiones se centran sobre la anulación de las ordenanzas laborales del Gobierno y el pago de los salarios correspondientes a los días de huelga (C. G. T.). El reconocimiento del derecho sindical en la empresa es preconizado por el Secretario General de la C. F. D. T., Eugène Deschamps. El 26 de mayo se incluye el tema de la escala móvil de salarios. El 27 quedaba concluido un acuerdo que se refería, principalmente, al Salario Mínimo Interprofesional Garantizado (SMIG), que experimentaba un aumento considerable, reducción de las horas de trabajo, jubilación y subsidios familiares (5).

---

(5) *André Barjonet: «La C. G. T. Ún análisis crítico del sindicalismo francés».*

17 de mayo: Los trabajadores de la factoría Renault, en Boulogne-Billancourt, ocupan dicha fábrica e izan en su mástil una bandera roja. Al día siguiente, la huelga afecta ya a todos sectores industriales de Francia.

LA RESPUESTA DE LOS REVOLUCIONARIOS

Frente a la actitud moderada y pactista de las organizaciones sindicales, los grupos extremistas de estudiantes, encabezados por Cohn-Bendit, publican un manifiesto en el que «rechazan las soluciones parlamentarias» y «las negociaciones de alto nivel que prolongan la vida del capitalismo». Se propone la cont nuación de la huelga general y el mantenim ento de las fábricas bajo control obrero. Finalmente, se pide la unión y coordinación de la lucha entre los estudiantes, los obreros y los campesinos, para lograr la abolición del patronato y el poder de los trabajadores.

Los obreros reaccionan de forma rápida contra sus representantes sindicales. El propio Séguy, a pesar de su prestigio, es insultado en la empresa Rénault. Las consignas de volver al trabajo no son obedecidas y se organiza una

Desde un principio, el Gobierno De Gaulle siguió una postura represiva cara al movimiento

Hechos como el que recoge esta foto fueron continuos en el mayo francés, siempre protagonizados por las durísimas fuerzas especiales de las C. R. S.

concentración en el estadio Charléty, donde 50.000 personas abarrotan los graderíos para escuchar las palabras de los diferentes oradores. Sin embargo, y a pesar de los acontecimientos posteriores, la recesión revolucionaria empieza a tener lugar, por la sencilla razón de que nadie ha expuesto los objetivos claramente y ninguna organización, política o sindical, se ha puesto al frente del movimiento revolucionario. Cuando lo han hecho, ha sido para frenar el impulso de la masa de obreros y campesinos que protestaban contra el Gobierno.

La C. G. T. presiona para que las entidades gubernativas y patronales se decidan a dar vía libre a sus peticiones. El 29 de mayo, la central obrera decreta una manifestación que, desde la Bastilla, llega a la estación de Saint-Lazare, agrupando a miles de manifestantes. De forma imprevista se lanza el grito de «Gobierno Popular», que desborda las intenciones de la propia C. G. T. El 30 de mayo se produce la primera contraofensiva gubernamental, al disolver la Asamblea Nacional. El día anterior, el Presidente De Gaulle realiza un viaje para recabar la posible ayuda de los militares. El argumento de los tanques del general Massu va a ser esgrimido.

La convocatoria de elecciones es acogida favorablemente por los dirigentes sindicales. El 1 de junion «L'Humanité» publica unas declaraciones de Séguy en las que se puntualiza que «la C. G. T. declara que no piensa entorpecer el desarrollo de la consulta electoral. Interesa a los trabajadores poder expresar, en el marco de las elecciones, su voluntad de cambio». (6).

La última batalla por la Revolución la van a jugar los estudiantes en Flins-Rénault: el 7 de junio, la fábrica de Flins es tomada por la Policía, con un gran despliegue de fuerzasm La situación parece contro-

(6) *André Barjonet, obra citada.*

Ante la violencia de la represión policiaca, los universitarios crearon unos Comités de Defensa. Surgen entonces las barricadas por las calles del Barrio Latino como medio para detener las acciones de las C. R. S.

lada pero, cuando se va a dar comienzo a la jornada, unos mil doscientos estudiantes cortan los accesos a las fábricas y piden a los obreros que continúen en huelga. En principio no son escuchados, pero los jóvenes obreros piden la presencia de los estudiantes en las deliberaciones que se celebran el Flins. Inmediatamente entra en acción la CRS y la lucha se generaliza. La tan temida contaminación, que la C. G. T. había tratado de evitar por todos los medios, se producem El movimiento insurreccional vuelve a recrudecerse en Rénault-Billancourt y en Citroën.

La lucha de Flins cobra caracteres de guerrilla urbana y son precisos tres días para que las fuerzas del Cuerpo Republicano de Seguridad pongan orden.

El día 10 se produce otra manifestación de estudiantes para conseguir que la huelga continúe. Muchos de los revolucionarios son atrapados en los locales de la C. F. D. T. El balance del día se cierra con la muerte de Gilles Tautin. La respuesta, espontánea y violenta, a esta muerte se traduce en el asalto de la comisaría del quinto distrito, en el Barrio Latino.

El día 11 es en Sochaux, cerca de la fábrica Peugeot, donde se produce un nuevo enfrentamiento de los obreros y estudiantes contra las fuerzas de Seguridad. El balance es de dos muertos. No obstante, todo puede darse por concluido: la C. G. T. vuelve a controlar a sus afiliados y la calma se restablece a los pocos días.

¿TRAICION?

Daniel y Gabriel Cohn-Bendit, inspiradores de la juventud revolucionaria de Nanterre, expresan bien a las claras el sentimiento que en la mayoría de los revolucionarios de mayo produjo la actitud de la C. G. T. y el PCF. En el libro «Le Gauchisme, remède à la maladie sénile du comunisme», escrito por los hermanos Cohn - Bendit, se hace una clara acusación de traición a las diversas organizaciones obreras y al Partido Comunista (7).

Indudablemente ésta es una palabra muy dura y no creemos que corresponda a la realidad. Tanto la C. G. T. como el PCF tienen en su haber las suficientes garantías como para demostrar que siempre han estado de parte del proletariado, al que representan. Pero hay que señalar que en esta ocasión no estuvieron a la altura de las circunstancias.

Las posibilidades de una revolución socialista pueden ser discutidas. Pero en este caso particular no se puede argumentar la falta de organizaciones preparadas. El movimiento obrero en Francia es impresionante y la fuerza de los partidos políticos de izquierda de una magnitud que nadie pone en duda. Sin embargo, la revuelta de mayo les sorprendió totalmente. Por otra parte, el PCF advertía la clara inspiración neoanarquista de los estudiantes. Sus acervadas críticas al cen-

Reunion extraordinaria del Comité Central de la C. G. T. —presidida por su secretario general. Georges Seguy. hablando desde el centro de la mesa— para decidir su postura definitiva ante los hechos. La C. G. T. influyó para que un movimiento semirrevolucionario se fuera transformando en un cúmulo de reivindicaciones obreras.

(7) *El ataque y denuncia de los hermanos Cohn-Bendit, en «Le Gauchisme...», contra la burocratización y anquilosamiento de las organizaciones obreras y del PCF, es constante (especialmente en el capítulo III, «Le bureaucratie stalinièmne»). En el capitulo IV («Stratégie et nature du bolchevisme»), las críticas son especialmente duras contra el sistema en general y contra Lenin, Stalin y Trotsky en particular. Por el contrario, los movimientos anarquistas de Cronstadt y de los Makhnovitsi son expuestos con simpatía. Es más, se afirma que la derrota del ucraniano Makhno y sus seguidores «significa la derrota misma del movimiento revolucionario. El triunfo de Trotsky es el de la contrarrevolución burocrática».*

Concentración de obreros y estudiantes en el Estadio Charlety, de París, el 27 de mayo. Cincuenta mil personas abarrotaron los graderíos para escuchar a diversos oradores, casi todos partidarios de la vuelta al trabajo. Comienza la recesión revolucionaria del mayo francés.

tralismo y al burocratismo, la idea de la autogestión y los comités de base eran cosas que no podía digerir con facilidad Waldeck-Rochet, Secretario General del Partido Comunista, ni sus seguidores.

En cuanto a la C. G. T. —muy influenciada por el PCF—, se preocupó en todo momento de evitar el contacto entre los estudiantes y los obreros. Desconfiaba demasiado de los burgueses revolucionarios, como para exponer a la juventud obrera a una contaminación radicalista. Dado el rumbo que tomaban los acontecimientos, el peligro de una guerra civil, con la consiguiente masacre, había penetrado profundamente en la conciencia de los jefes sindicales. Para evitar lo que ellos entendían como un enfrentamiento totalmente desfavorable en aquellas circunstancias, trataron de canalizar la lucha hacia posiciones reivindicativas. La opinión de la mayor parte de los dirigentes sindicales era expuesta por Séguy el 13 de junio, ante el Comité Confederal Nacional: «En las circunstancias agudas de la lucha de clases, ciertos elementos dudosos, renegados en su mayoría, nos han acusado en términos insultantes de haber dejado pasar la oportunidad de la toma del poder por la clase obrera. Es decir, de no haber intentado llevar a cabo aquello de lo que De Gaulle nos acusaba, no sin abrigar la esperanza de ahogarlo todo en sangre después de haber tomado en el plano militar todas las medidas oportunas; ¡en todo caso, teníamos buenas razones para creerlo! A decir verdad, la cuestión de saber si la hora de una insurrección armada había sonado o no nunca se ha planteado ni en la O. C. ni en la C.A., integrados como es sabido por militantes responsables (...). Que los «pseudorevolucionarios», renegados del movimiento obrero, nos perdonen por haberles privado del placer de asistir a nuestro entierro» (8).

(8) *André Barjonet, obra citada.*

Con una *estrategia claramente* reivindicativa, inspirada por un partido político cuya acción se basa en lograr la unidad sindical y la agrupación de las fuerzas de izquierda, la C. G. T. no traicionó al movimiento revolucionario obrero, por la sencilla razón de que estaba desprovista de verdadero sentido revolucionario.

Si, objetivamente, se dejó pasar una gran oportunidad para lograr unos cambios sociales y políticos profundos, no fue culpa de la C. G. T. y su terror a la guerra civil. En buena parte, las organizaciones políticas de izquierda fueron las culpables de que el movimiento iniciado en Nanterre no tuviera un resultado práctico mucho más positivo. Sus acciones se encaminaron, en todo momento, a paralizar la lucha que los estudiantes preconizaban. Pero en realidad eran consecuentes con ellos mismos y con la línea política que representaban: el «ghetto» proponía soluciones que eran contrarias a las ideologías de los partidos políticos de izquierda, claramente «integristas».

ALGUNAS CONSIDERACIONES

Los movimientos revolucionarios de Berlín y París, aun teniendo en cuenta sus imperfecciones, ponían de manifiesto que la ideología revolucionaria clásica estaba pidiendo a gritos una nueva reorientación, un aporte de formulaciones más acorde con los tiempos.

La clase obrera alemana, dominada por la S.P.D., permaneció prácticamente insensible a las ideas de Dutschke y sus amigos, perdiéndose todos los esfuerzos. En Francia, con un menor nivel de vida y un aparato sindical mucho más potente, hubiera podido tener más exito la lucha, pero los partidos políticos y las organizaciones obreras no dieron su apoyo y se preocuparon de frenar el proceso revolucionario, prestando, indirectamente, un gran favor a la burguesía, que salió reforzada de esta prueba.

Es indudable que el concepto revolucionario de «clase obrera» debe ser revisado, pues si esta idea tiene significado en otros lugares, en la sociedad industrial avanzada carece del peso específico necesario para interpretar el papel que la teoría marxista le atribuye. Está claro que este concepto necesita una nueva orientación para ponerlo de acuerdo con las circunstancias actuales.

Por otra parte, es necesario señalar que los revolucionarios de 1968, si bien interpretaban el sentido de repulsa hacia la sociedad industrial y sus métodos represivos, ideológicamente, proponían fórmulas que hasta ahora se han mostrado inservibles. A nuestro entender, fue una nueva interpretación —con originales aportaciones— del anarquismo que, como en anteriores ocasiones, demostró su inviabilidad.

En cualquier caso, fue una experiencia interesante que puso de relieve que las contradicciones internas del capitalismo, si bien no han desaparecido, se mueven en otras direcciones que hacen necesaria una reorientación de la estrategia a seguir por los partidos de izquierda y las organizaciones obreras afines. Muy recientemente, en este mismo año, el Congreso del Partido Comunista francés retiraba el postulado de «dictadura del proletariado», por considerarlo inactual. ■ **T. R. F.**

Pese a las reservas que tanto el P. C. F. como la C. G. T. tenian hacia el movimiento estudiantil, es indudable que su apoyo hacia él llegó hasta donde su linea politica y sindical se lo permitian. Las manifestaciones unitarias así lo demostraron en los momentos álgidos.

Como consecuencia de la decisión tomada por el XXII Congreso del Partido Comunista de Francia —un aspecto del cual vemos—, la temática de la dictadura del proletariado se ha extendido desde el habitual interés de estudiosos y políticos hasta amplios sectores de la población.

Marx, Engels y la dictadura del proletariado

Mauricio Pérez

EN los últimos tiempos, como consecuencia de la decisión tomada por el XXII Congreso del Partido Comunista de Francia, la temática de la dictadura del proletariado ha desbordado el habitual interés de estudiosos y políticos para entrar en los órganos de opinión, alcanzando a extensos sectores de público. Partidarios y detractores emiten juicios en apoyo de sus respectivas posiciones (1) y aparecen, hasta en la Prensa y radio, los más heterogéneos, y a veces peregrinos, argumentos. Todo esto, actualidad y arbitrariedad, nos impulsa a aportar un grano de arena a la necesaria «puesta en orden», previa a toda discusión fructuosa, de tan importante problemática y nos hace abordar un pequeño estudio, sistemática y cronológicamente, del contenido de la noción en la obra de Marx y Engels. Confiamos en que las necesarias simplificaciones que nos veremos obligados a realizar, en razón del carácter y brevedad del trabajo, no afectarán a la inteligibilidad y al rigor metodológico que subyace a la exposición.

(1) El mismo día en que Georges Marchais, secretario general del Partido Comunista de Francia, presentaba su informe al XXII Congreso proponiendo la supresión de la noción de dictadura del proletariado, «Neues Deutschland» (4-II-1976), órgano del comité central del Partido Socialista Unificado de Alemania, insertaba un editorial («Die Kommunisten und der Staat»), donde se apoyaba la clásica interpretación marxista-leninista, finalizando con la siguiente declaración: «La clase obrera, con sus aliados, no puede construir el orden socialista si no tiene el poder para ello. Nuestro partido ha podido recorrer el camino del socialismo y tiene éxito porque en el problema del Estado ha seguido también los principios del marxismo-leninismo. Por ello lo mantendremos en nuestro nuevo programa».

Como es sabido, la noción marxista de dictadura del proletariado ha alcanzado gran relevancia histórica por lo que se hace preciso que nos acerquemos a su estudio con la más exquisita prudencia, procediendo a establecer, con todo rigor, una serie de «hechos» teórico-prácticos que habitualmente han sido menospreciados, desvirtuados, por el calor polémico y/o los intereses de grupo.

Existe una tendencia, fuertemente representada dentro del movimiento obrero internacional, que considera la noción de dictadura del proletariado como una tesis fundamental de la teoría de Marx y que afirma que ésta se encontraba ya latente en la obra de Marx cuando éste comienza a definirse como comunista. Así se sostiene que cuando Marx aborda en la «Judenfrage» (1843) la problemática de la «necesaria liquidación del estado explotador», para que la emancipación del hombre pudiera ser una realidad, sentaba el fundamento teórico de la lucha de clases y del papel revolucionario de la teoría que, vía «Crítica de la filosofía del derecho de Hegel» (1843), acabaría plasmándose en la formulación de la dictadura del proletariado del «Manifiesto del Partido Comunista» (1848) (2). Este planteamiento, que se reclama de «ortodoxia», dista bastante de interpretar fiel y rigurosamente la noción de Marx y Engels, sin que por ello se le pueda negar cierta tradición «marxista» y esto, más que por las continuas y directas referencias que hacen a los creadores del marxismo, por su relación estrecha con la teoría y praxis de organizaciones obreras e instituciones estatales que se definen como tales.

Lejos de la idea de abordar la problemática de la dictadura del proletariado en términos de «ortodoxia» y sin poder realizar, por razones de espacio, un análisis extensivo a toda la vicisitud histórica de la noción, nos limitaremos a exponer el cómo y cuándo ha surgido y la evolución que ha experimentado en Marx y Engels. De esta forma pensamos contribuir a delimitar el contenido del concepto, tal como aparece en Marx y Engels, y de su relación con la teoría y praxis actual sentando, quizás, las bases para un futuro discurso en el que pueda mostrarse el nexo, filológico-orgánico, de su actual explicitación. Esto es, como teoría de la revolución, del estado de transición y del socialismo con un tipo de «lectura» marxista «legítima» pero no reconducible, «in totum», ni mucho menos, a sus creadores.

No se puede estudiar la noción de dictadura del proletariado en Marx y Engels (3) sin abordar su teoría de la revolución proletaria, en cuyo seno nace y se resuelve, sin abordar la concepción del período de transición y su relación, dialéctica, con la formación económico-social del comunismo (4). Por ello, vamos a seguir la génesis de algunos elementos fundamentales de la concepción marxista de la lucha de clases y de la historia y a relacionarlos directamente con la problemática de la dictadura del proletariado.

La evolución teórica de Marx, y con ligerísimas variantes de Engels, en relación con la problemática de la revolución social (5), puede sintetizarse en

---

(2) P. Gindev: «Die Diktatur des Proletariats und ihre Kritiker». Berlin, 1973. Pág. 36.

(3) En una carta a Becker (15-X-1884), Engels reconoce la paternidad teórica de Marx mostrándose muy modesto al negar sus propias cualidades teóricas. Sería ridículo pretender negar toda diferencia entre Marx y Engels, diferencias que se dan en el propio transcurso de la vida de una persona, pero tampoco es posible ignorar que la teoría marxista de la revolución, y por lo tanto la noción de dictadura del proletariado, es inseparable de la aportación teórica de Engels. En este caso creo que puede hablarse con todo convencimiento de la coherencia de dos voces en un mismo discurso. «Marx-Engels-Werke». Edición alemana. Berlin, 1961 y siguientes («MEW» en lo sucesivo). Band (Bd) 36, pág. 218.

(4) Estos nexos serían expuestos minuciosamente por Marx en 1875 y los trataremos extensamente cuando lleguemos a ese estadio del desarrollo de la noción de dictadura del proletariado. Utilizamos las expresiones comunismo-socialismo indistintamente, como lo hace Marx. A partir de «La Crítica del programa de Gotha» usaremos el término comunismo referido explícitamente a la formación económico-social o a la fase superior, y el de socialismo referido a la primera fase de la sociedad comunista o, si así se explicita, al período de transición.

(5) En las obras de Marx y Engels encontramos no menos de una veintena de revoluciones tipo y/o calificadas especialmente (económica, científica, radical, verdadera, por arriba, etc.). El epigonato ha procedido por lo general de tres formas: a) tipologizando los ciclos revolucionarios; b) estableciendo una diferencia entre revolución en sentido amplio (social) y en sentido estricto (política); y c) homologando la concepción a través de una lectura leninista. Ver al respecto: F. Claudin: «La crisis del movimiento comunista. I. De la Komintern al Kominform». Paris, 1970. Pág. 25 y siguientes y pág. 570, nota 4. M. Kossok y W. Markov: «Zur Methodologie der vergleichenden Revolutionsgeschichte der Neuezeit», en «Studien zur vergleichenden Revolutionsgeschichte 1500-1917». Berlin, 1974. Págs. 1-28. H. Beyer: «Lenins Auffassungen über die Dialektik von Revolution und Gewalt und das Verhältnis von friedlicher und nichtfriedlicher Machtergreifung», en «Lenin und die Wissenschaft». Bd. I. Berlin, 1970. Pág. 78 y siguientes.

Pensamos que Marx y Engels han demostrado con sus exposiciones que concebían toda revolución concreta como global y que su carácter y cualificación provenía del factor determinante, por ejemplo social o político. En este sentido se había expresado ya Marx en 1844 al afirmar que cada revolución disuelve la vieja sociedad y por lo tanto es social, y derrumba el viejo poder y por lo tanto es política («MEW». Bd. 1, pág. 409). El carácter de la revolución se determinaría por relación: a) al factor hegemónico (clases, fuerzas, funciones, etc.); b) por la colocación interna, «nacional», del proceso (lugar en la historia del pueblo, etc.); y c) por la colocación internacional (en el ciclo de las revoluciones internacionales, época histórica a la que pertenece, etc.). El corolario de este esquema incluiría el estadio de la revolución (grado de desarrollo de las fuerzas productivas, relaciones de los grupos sociales, luchas,

tres puntos o nudos principales: a) una comprensión de que la filosofía no puede convertirse en una fuerza revolucionaria si no se une con la lucha política («Deutsche-Französischer Jahrbuch», 1843); b) el convencimiento de que la praxis político-cultural no es suficiente, dado que la emancipación humana tiene que superar la contradicción privado-público y con ella la propiedad privada, deviniendo recomposición de las «fuerzas sociales» («Judenfrage»); y c) la afirmación de que estas fuerzas sociales, desarrollando el proceso de emancipación, de libertad (sufragio universal), culminarían en el socialismo («Crítica de la filosofía del derecho de Hegel»). Dentro de esta perspectiva, coordenadas permanentes de su pensamiento, Marx llega a concebir y definir el «poder político» como el poder organizado de una clase para la opresión de otra y en contraste con ello (dialéctica burguesía-proletariado) la actividad emancipadora de la clase obrera, de su «política», como liberación de **«todas las clases»**. Este planteamiento «general», de base, era sintetizado por Engels afirmando que «el comunismo es la doctrina de las condiciones de la liberación del proletariado» (6). En este contexto el proceso de socialización de la producción era presentado «como cosa de todos» y la democracia social como una «necesidad» (7). La revolución, entendida en el cuadro general de unas condiciones de maduración y homogeneización, era concebida como «mundial» o relacionada directamente con un grupo de países desarrollados (8).

etc.) y la zona histórico-cultural (región, tipo de civilización, grado de desarrollo, etc.).

(6) F. Engels utiliza esta expresión en «Grundsätze des Kommunismus», «MEW». Bd. 4. Berlin, 1959. Pág. 363.
(7) «MEW». Bd. 4, pág. 370.
(8) Idem, pág. 374.

El problema fundamental de la estrategia revolucionaria de la clase obrera se lo había planteado Engels en «Die Grundsätze...» al preguntar si era posible eliminar de golpe la propiedad privada e instaurar la sociedad comunista. La respuesta que él mismo daba no deja lugar a dudas. Las actuales fuerzas productivas, dice, las relaciones de propiedad (y por lo tanto las relaciones de producción), no pueden ser eliminadas inmediatamente ni aunque la revolución proletaria triunfe. En correspondencia con este planteamiento Engels establece dos posibilidades de desarrollo de la revolución proletaria: a) en los países industrialmente desarrollados, donde el proletariado supone la mayoría de la población, será posible establecer el dominio político «directo» del proletariado; y b) allí donde el proletariado no es la mayoría deberá aliarse con otras clases y capas sociales hasta poder ser, como coa-

No se puede estudiar la noción de dictadura del proletariado en Marx y Engels sin abordar su teoría de la revolución proletaria, sin abordar la concepción del período de transición y su relación dialéctica con la formación económico-social del comunismo.

lición, mayoría. En este caso el dominio «político» del proletariado sería «indirecto», esto es, a través de una mediación al interior del bloque socio-político dirigente. Como puede apreciarse, el planteamiento se realiza siempre dentro de una perspectiva de relación mayoría - minoría, de mediación y de «democracia». La lucha de clases, por la construcción de una nueva sociedad, era entendida, pues, como nexo economicopolítico y praxis liberadora, como auténtico «oficio histórico del proletariado moderno» (9).

La perspectiva de «Die Grundsätze...» era recogida y ampliada en el «Manifiesto del Partido Comunista» (10). La utilización en éste del término «dominación política del proletariado» («politische Herrschaft des Proletariats»),

(9) Engels, en «Die Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft», utiliza esta expresión, reafirmando así el planteamiento de la lucha de clases como emancipación y relacionándola con la teoría del comunismo. «MEW». Bd. 16, pág. 228.

(10) El programa de la Liga Comunista, o «Manifiesto Comunista», había sido elaborado en tres etapas: a) (junio de 1847) Engels escribe un proyecto («Entwurf eines Kommunistischen Glaubensbekenntnisses»); b) Engels escribe (octubre de 1847) los «Grundsätze des Kommunismus» («MEW». Bd. 4, págs. 363-383); y c) sobre esa base, Marx y Engels escriben el «Manifest der Kommunistischen Partei» («MEW», Bd. 4, págs. 461-493). El Manifiesto, escrito entre diciembre de 1847 y enero de 1848, en su primera edición (Londres, 1848) constaba de 23 páginas. En una segunda edición, del mismo lugar y año, aumentó a 30 páginas, pasando este texto a ser el clásico.

Para Marx, «sólo en nombre de los derechos generales de la sociedad puede una clase particular vindicar para sí el dominio general» Planteamiento que no es un mero juicio coyuntural, sino un nudo teórico del discurso marxista, una constante fundamental de su teoría de la revolución proletaria.

a menudo confundido con dictadura del proletariado, se perfila como una coherente referencia a una «política de clase» orientada a acabar con la dictadura de la burguesía porque, como el propio Marx había subrayado, «sólo en nombre de los derechos generales de la sociedad puede una clase particular vindicar para sí el dominio general.» (11). Este planteamiento de Marx no es un mero juicio coyuntural, es un nudo teórico de su discurso, constante fundamental de su teoría de la revolución proletaria, claramente mostrado en su posterior reafirmación al constatar que la clase obrera no sería largo tiempo una clase «sino que abarcará toda la sociedad» (12). Esta política emancipadora del proletariado, formulada en términos de dominio político, estaba referida directamente a la clase obrera «enterradora de la burguesía», del capitalismo. Se trataba de una necesidad de esta clase de acceder al dominio político y al aparato del Estado para, a través de una estrategia tendente a conquistar y desarrollar la democracia, eliminar la dictadura burguesa y hacer posible y «real» la superación de las clases y de los propios fundamentos del dominio político.

El Manifiesto (13) señala que la revolución no consiste en que la clase obrera **sólo** modifique el «modo de vida material» **dentro** del sistema de relaciones de producción burguesas. De lo que trata la revolución, su objeto, y lo que la caracteriza como tal es el planteamiento y **superación** de estas relaciones. Esto es, que sólo es revolucionario eliminar estas relaciones y que esta supresión sólo es factible de «modo revolucionario» (14). A simple vista, puede parecer que lo que se postula en el planteamiento bipolar del Manifiesto es la eliminación «urgente» de las relaciones de producción burguesas, que lo revolucionario es actuar por «vía expeditiva», con métodos radicales, pero de lo que en realidad se trata, lo que se presenta como una necesidad de clase es el hecho de «eliminar», de **superar** las relaciones capitalistas. Esto, sólo esto, es en sí revolucionario, es el modo revolucionario de proceder, independientemente de la «forma» del procedimiento. Lo que cualifica como revolucionario, más exactamente, lo que es calificado de revolucionario en el Manifiesto, es la supresión de las relaciones de producción burguesas, relaciones que ya sabemos («Die Grundsätze») **no pueden ser eliminadas de golpe** (15).

Neue
Rheinische Zeitung
Organ der Demokratie.
№ 301. 1849.

Portada del número 301 de la «Neue Rheinische Zeitung» (mayo de 1849), periódico en el que Marx y Engels colaboraron con asiduidad a través de artículos y comentarios que forman una zona importante de su «corpus» teórico.

El esquema estratégico del Manifiesto integra la problemática del dominio político (directo-indirecto) y del «objetivo final» en una teoría «revolucionaria» de la lucha de clases (16) que es, al mismo tiempo, «radicalmente democrática» (17) y que, más allá de su esquematismo formal, plantea la lucha de clases en la perspectiva de un proceso histórico que contiene en sí la dialéctica evolución-revolución. Efectivamente, el Manifiesto lleva «in nuce» un planteamiento coherente de la relación evolución-revolución. Ahora bien, esta relación (18) se coloca al **interior** del «modo revolucionario» (cambio cualitativo) de

(11) K. Marx: «Zur kritik der hegelschen Rechtphilosophie. Einleitung». «MEW». Bd. I, pág. 388.

(12) «MEW». Bd. 19. Berlin, 1962. Pág. 287.

(13) Ver nota número 10.

(14) «MEW». Bd. 4, pág. 489.

(15) Es conveniente subrayar este aspecto porque el proceder de «modo revolucionario» del Manifiesto se entiende, a menudo, de una manera equivocada, en relación con los «modos de actuar» jacobinos. A este respecto, ver un ejemplo «clásico» en H. Bartel, A. Laschitza y W. Schmidt: «Reformen und Revolution im Ringen um die Konstituirung des Arbeiterklasse», en «Zeitschrift für Geschichtswissenschaft». Berlin, 1975. Pág. 663 y siguientes.

(16) Marx expresaba este carácter en una carta a J. B. Schweitzer (12-II-1865), afirmando contundentemente que «la clase obrera es revolucionaria o no es». «MEW». Bd. 31, pág. 446.

(17) En el mismo Manifiesto se expresa la profundidad de este carácter democrático, al afirmarse: «En lugar de la vieja sociedad burguesa con sus clases y contradicciones surge una asociación en la que el desarrollo libre de cada uno es la condición del libre desarrollo de todos». «MEW». Bd. 4, pág. 482.

(18) Y, por consiguiente, su proyección en la praxis política con la problemática de si se transforma o se «rompe».

proceder. Unica forma correcta de actuar de la clase obrera si quiere ser coherente con sus intereses y con su «razón de ser» como clase.

Resumiendo: la elaboración teórica de Marx y Engels, Manifiesto incluido, de la revolución social del proletariado ha esclarecido tareas, objetivos y nexos pero no ha delimitado las «formas» en que el dominio político de clase debía expresarse. Sólo sabemos que concebía diversas posibilidades y que se distinguía entre una relación «técnica» (mayoría-minoría) democrática y una dimensión «valorativa» de la libertad, como expresión de la emancipación de clase y general. De ninguna manera puede hablarse de una teoría de la dictadura del proletariado, cuya expresión, por otra parte, todavía no había aparecido en sus trabajos.

1848 fue un año importante en el proceso revolucionario europeo y en la vida y obra de Marx y Engels. El año comienza con los levantamientos de Palermo y Mesina (enero) a los que siguen levantamientos en Francia, Alemania (febrero) e Inglaterra (marzo), extendiéndose después a Polonia, Bohemia, Hungría, Bélgica y Austria. Europa arde y la Santa Alianza, bombero de turno, está dividida, indicando todo que había llegado el momento de poner a prueba el esquema teórico de las dos posibilidades de la revolución. Marx y Engels están convencidos d que ha llegado el momento de las revoluciones democrático-burguesas y de la revolución proletaria (19).

El fracaso del ciclo revolucionario de 1848-49 no resulta vano. A nivel teórico, la generalización de las experiencias revolucionarias enriquece sensiblemente la elaboración de la teoría de la lucha de clases y de la revolución de Marx y Engels. Los nuevos elementos se pueden sintetizar en: a) formulación de la teoría de la revolución permanente; b) desarrollo de la estrategia de alianzas, especialmente con los campesinos; c) reconocimiento de la necesidad de destruír el aparato de estado burgués; y d) formulación de la importante categoría «socialización de los medios de producción».

Los trabajos de Marx y Engels, su correspondencia, y las declaraciones de Peter Gerhard Rôser (20) han permitido reconstruir, tal como Marx lo imaginaba en 1850, el esquema de la revolución permanente. Esta era presentada como un proceso revolucionario en cinco etapas perfectamente diferenciadas:

1.ª *Revolución democrática, de carácter pequeño-burgués.*
2.ª *Revolución democrática, de carácter proletario.*
3.ª *Revolución social.*
4.ª *Revolución social - comunista.*
5.ª *Revolución comunista pura.* (21).

En este contexto estratégico hace su aparición la noción de dictadura del proletariado, expresión que Marx utiliza por primera vez en «La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850» (1850) y en polémica con doctrinarios socialistas pequeño-burgueses, a la luz de la experiencia de la revolución francesa. Para diferenciarse de estos, Marx sostiene un socialismo «diferente», un socialismo que es «la revolución permanente», «la dictadura de clase del proletariado», orientada a la superación de todas las clases (22).

Como puede apreciarse, Marx vuelve a su tema preferido de la superación de las clases en la perspectiva de un período revolucionario que presenta dos innovaciones: la revolución permanente y la dictadura del proletariado. Ambas nociones no son tratadas en profundidad sino explicitadas en relación con su discurso estratégico habitual. La revolución permanente es la praxis de clase tendente a eliminar primero la dictadura burguesa, en todos sus aspectos, y después a socializar la producción y la política. La dictadura del proletariado es la denominación genérica de ese período revolucionario donde se acaba una legalidad y todavía no ha nacido la legalidad nueva. Un período en cuyo curso la dialéctica de clases se centra en transformaciones cualitativas de la sociedad, relacionadas directamente con las «relaciones de producción capitalistas». Se trata, pues, de superar las relaciones económico-sociales y político-culturales de la sociedad burguesa (23) porque, como Marx ha indicado ya en «La ideología alemana» (1846), las relaciones intersubjetivas y de éstas con lo «material» instrumento y producto del trabajo, reposan en el carácter de las relaciones de propiedad (24).

En todo este planteamiento de Marx la problemática de la revolución proletaria (transformación cualitativa necesaria) permanece idéntica a las

(19) «Forderungen der Kommunistischen Partei Deutschland». «MEW». Bd. 5, págs. 3-5.

(20) Peter Gerhard Röser (1814-1865), obrero cigarrero dirigente de la Liga Comunista. Condenado a seis años de cárcel durante el proceso de Colonia (1852) contra la Liga, hizo importantes declaraciones que han servido para reconstruir puntos de la estrategia de Marx en aquel período. En los años sesenta militó en las filas de la Unión General de Trabajadores Alemanes.

(21) G. Bagaturija: «Die Entstehung und Entwicklung der marxistischen Lehre von den Hauptstadiens der Kommunistischen Ungestaltung der Gesellschaft», en «Revolutionäres Parteprogramm - Revolutionäre Arbeitereinheit». Berlin, 1975. Pág. 323.

(22) «MEW». Bd. 7. Berlin, 1960. Pág. 89.

(23) Idem, pág. 90.

(24) «MEW». Bd. 3, pág. 22.

La elaboración teórica de Marx y Engels —en el grabado— sobre la revolución social del proletariado ha esclarecido tareas, objetivos y nexos, pero no ha delimitado las «formas» en que el dominio político de clase debía expresarse, aceptando diversas posibilidades.

formulaciones anteriores, y el propio proceso histórico, visto ahora en clave de revolución permanente, se delimita teóricamente pero permanece fluído en la dialéctica política. La destrucción del aparato coercitivo del Estado es lo único que adquiere una nueva dimensión, al relacionarse lógicamente con la nueva noción de dictadura del proletariado. Por lo que respecta a esta última, no pasa de ser un mero enunciado semántico que se explicita especialmente por relación a la nueva categoría de socialización de los medios de producción. Precisamente en esta nueva categoría se concentra el nudo teórico y metodológico del marxismo inmediatamente posterior al fracaso revolucionario de 1848. Efectivamente, en «La ideología alemana» Marx y Engels colocaban la socialización de las fuerzas productivas, en el marco del desarrollo histórico, relacionadas con la apropiación colectiva; ahora se precisaba el nexo de esta problemática con la más general de la revolución y la muy particular de la centralización de la gran industria, etc., en manos del Estado proletario. La conciencia y la voluntad revolucionaria encontraban así un complemento y equilibrio, que apuntaba en la dirección de lo que había de ser el terreno de investigación de Marx en el período 1857-71: la problemática de la extensión y organización de la economía cooperativa.

Queda claro que la problemática de la revolución no ha variado sustancialmente para Marx y Engels después de 1848. Sólamente la conciencia de una necesaria profundización de la política de alianzas, que lleva a Marx a desear una suerte de «guerra de los campesinos», para apoyar a la re-

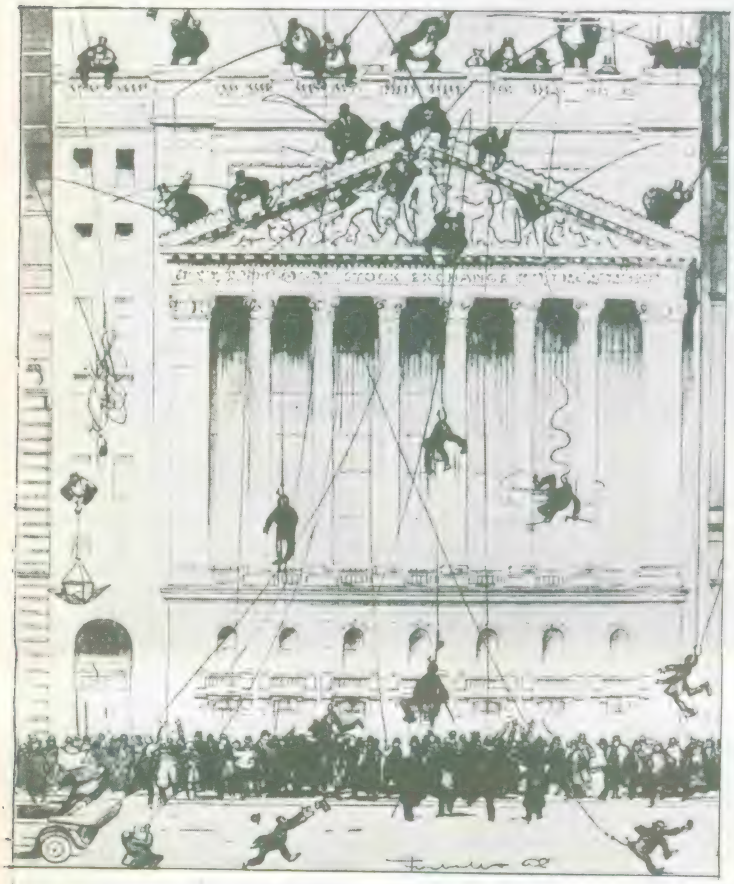
volución proletaria, y las alianzas significan mediación. Resulta, pues, improcedente leer la teoría marxista de la lucha de clases, de la transición al socialismo, a la luz de la noción de dictadura del proletariado, que hasta ese momento carece de contenido específico; precisamente lo que tiene que hacerse es lo contrario, para poder acercarse a ese «contenido».

La segunda aparición en escena de la noción dictadura del proletariado tiene lugar en una carta de Marx a J. Weydemeyer (3-V-1852). En ésta, señala Marx a su amigo (25) que su aportación a la problemática de las clases consiste en: 1.º Haber consignado que la existencia de las clases está ligada a una determinada fase histórica del desarrollo de la producción. 2.º Que la lucha de clases conduce a la dictadura del proletariado. Y 3.º Que la dictadura del proletariado es sólo una transición a la superación de todas las clases, a la formación de una sociedad sin clases (26).

Al margen de la simplificación necesaria que el marco de una carta impone, las líneas de Marx encierran un desarrollo indudable de la noción de dictadura del proletariado. La concisión no llega a impedir que se perfilen «nuevos elementos» que ligan la noción a la teoría marxista de la lucha de clases. La necesidad de esta lucha, en un determinado proceso y grado de desarrollo de la producción, se conecta ahora directamente con el «tránsito» a través de la dictadura del proletariado. El dominio político, reconocido anteriormente como dimensión del poder de clase, ha pasado, «more» dictadura del proletariado, de ser un hecho «superestructural» a reposar firmemente sobre un fundamento económico, perfilándose así la futura dialéctica base-superestructura, y a formar una «totalidad» histórica. Sin duda, la concepción histórica de Marx ha ganado consistencia con esta «globalización», que ahora posee la fuerte apoyatura metodológica de la categoría socialización de los medios de producción, y que condiciona directa y necesariamente al contenido concreto de la noción de dictadura. La revolución es ahora permanente y el dominio político, en cuanto dictadura del proletariado, es transitorio, si bien ambos se justifican, diferenciándose, por relación a la socialización de los medios de producción. El proceso de socialización de la producción dinamiza y, al mismo tiempo, consolida las transformaciones cualitativas y, en la medida en que «realiza» la transición, supera fundamentos y razón de ser de la dictadura del proletariado. Con otras palabras, la socialización en

(25) J. Weydemeyer (1818-1866), teniente de artillería del ejército prusiano que abandonó el uniforme por convicciones socialistas. Miembro del comité de correspondencia comunista de Bruselas, dirigido por Marx, y de la Liga Comunista. Redactor de diferentes periódicos y militante activo, emigraría a Estados Unidos (1851), publicando en New York la primera revista marxista de América («Die Revolution»).

(26) «MEW». Bd. 28. Berlin, 1963. Pág. 507.



Lo que en el «Manifiesto Comunista» se presenta como una necesidad de clase es el hecho de superar las relaciones capitalistas. Este es el modo revolucionario de proceder, independientemente de la «forma» del procedimiento. (La imagen muestra un dibujo norteamericano de 1921 que satiriza el poder capitalista).

cuanto es democracia (directa representativa) significa la eliminación de los restos de autoritarismo que puedan contenerse en la noción de dictadura del proletariado. Con ello, el carácter transitorio de la dictadura queda aún más limitado, más relativizado. En la óptica de Marx la socialización de los medios de producción «debe» acabar con la dictadura del proletariado. Marx había fijado su atención preferente en las tareas y objetivos de carácter general de la revolución, la problemática del tránsito había quedado un tanto desdibujada, pero después del fracaso revolucionario de 1848-49 su preocupación se centra en las formas, en las «técnicas», para poder realizar con éxito la revolución.

La generalización de las experiencias revolucionarias en los años 1848-49 (vemos un aspecto de la de Berlín) enriquece sensiblemente la elaboración de la teoría marxista sobre la lucha de clases y la propia revolución.

Entre diciembre de 1851 y septiembre de 1852 escribe Marx «El 18 Brumario de Luis Bonaparte», donde aborda las relaciones entre la clase obrera y el Estado burgués en el curso de la revolución. La experiencia de la revolución francesa le ha mostrado que el aparato coercitivo de Estado ha defendido tenazmente los privilegios del orden burgués y que el proletariado ha sido incapaz de realizar las necesarias transformaciónes para eliminar la explotación de clase. La conclusión a la que llega Marx es que no basta con la introducción de elementos de democracia en el Estado burgués; que de lo que en realidad se trata es de «romper» todo el aparato represivo estatal, «conditio sine qua non» para que la democracia se extienda y la república social se haga posible (27). En su exposición señala las diferencias entre la 1.ª República francesa, Napoleón, la Restauración y la República parlamentaria de Luis Felipe, subrayando que bajo el segundo Bonaparte el Estado parece haberse independizado («verselbständigt») completamente, divorciándose de la sociedad civil (bürgerliche Gesellschaft»). Marx remacha este análisis añadiendo que, a pesar de todo, el aparato represivo del Estado («staatsgewalt») no flota en el vacío y que Bonaparte representa «una clase» (28). Todo este discurso de Marx está planteado a nivel de contradicción entre sociedad civil y revolución, entre República social y República burguesa (parlamentaria). En toda esta obra no aparece una referencia directa a la noción de dictadura del proletariado. Tampoco en el prólogo que Marx escribió para la segunda edición (1869), ni en el de Engels a la tercera (1885), aparece ninguna referencia, a pesar de que se trata del nudo teórico y político de la problemática de la revolución y transición. El interregno revolucionario, denominado en 1850 dictadura del proletariado, era tratado en perpectiva de «revolución social» y, junto a las tareas y objetivos anteriormente apuntados, se subrayaba ahora la destrucción del aparato coercitivo del Estado.

No cabe duda de que a esta altura del discurso de Marx numerosas preguntas aparecen sin una respuesta adecuada. ¿Puede hablarse de que en esos momentos había dos planteamientos distintos? ¿Se trataba de dos niveles diferentes de un mismo proceso? ¿Había identidad entre la vieja denominación revolución social y la nueva noción? Lo único que actualmente se puede afirmar con certeza es que la problemática revolución social-dictadura del proletariado era presentada en los textos en una perspectiva predominante de República Social, y que la noción de dictadura del proletariado ni se había convertido en una teoría ni había pasado a ser elemento central de la teoría de la lucha de clases y de la transición al socialismo. Esta afirmación queda además corroborada por el hecho de que en todo el período 1852-71 Marx no volvió a utilizar la expresión.

En «La guerra civil en Francia» (1871) Marx analiza la experiencia de la Comuna francesa y, entrando de lleno en la problemática de la revolución y de la transición, llega a la conclusión de que, en este caso, se trata de una forma de «gobierno de la clase obrera» (29). Según se deduce del planteamiento que hace, este nuevo tipo de gobierno se caracteriza: a) por haber for-

(27) «MEW». Bd. 8. Berlin, 1960. Págs. 194 y 207.
(28) Idem, pág. 198.
(29) «MEW». Bd. 17. Berlin, 1962. Pág. 342.

mado un nuevo aparato de Estado, fundado en la electibilidad, revocabilidad y responsabilidad de los representantes ante el pueblo; b) por haber desmontado el aparato represivo general burgués; y c) por haber iniciado transformaciones revolucionarias, defendido y mejorado la situación de los trabajadores. Como puede apreciarse, estos elementos se apoyaban directamente, y proyectaban, en un planteamiento estratégico de clase, pero indudablemente democrático. El poder de la clase obrera, de «nuevo tipo», había realizado elecciones en plena guerra y no podía relacionarse con un gobierno autoritario, ni identificarse con procedimientos antidemocráticos. La dictadura del proletariado no era mencionada y cualquier teoría o praxis limitativa de la libertad no encuentra en el planteamiento un lugar coherente. Conviene pues subrayar, por su evidente significado, que tratándose en esta obra la problemática específica de la lucha de clases, revolución y estado de transición, Marx silencia precisamente la noción de dictadura del proletariado. La relación que Engels establece, en su prólogo de 1891 a esta obra, entre la Comuna y la dictadura del proletariado es una consideración retroactiva que debe ser considerada a la luz del contexto determinado en que fue formulada; esto es, en conexión con su concreta peripecia histórica, por lo que será tratada más adelante.

La tercera utilización hecha por Marx de noción de la dictadura del proletariado tiene lugar en el cuadro de las tensiones entre marxistas y lasallanos. En 1873 se agudizaba la tensión entre ellos como consecuencia de la aparición de un libro de W. Bracke (30) sobre la propuesta lasallana de unificación del movimiento obrero alemán. Las conversaciones iniciadas (2-II-1874) entre la Unión General de Obreros Alemanes (lasallanos) y el Partido Obrero Socialdemócrata (31) se convertían en un largo pulso entre las dos tendencias que se disputaban, a nivel programático y orgánico, la hegemonía del nuevo movimiento. El compromiso se iba gestando dolorosamente y amenazaba con envolver a la clase obrera en un espíritu reformista, debilitando algunos puntos importantes de su estrategia. Ante el peligro, ya evidente, de que la posición de clase se desdibujara decisivamente (especialmente ante la posición frente al Estado de Bismarck, al que se quería convertir, a través de algunas reformas, en «neutral») los socialdemócratas, que habían publicado ya su proyecto de programa («Der Volkstaat», 30-XII-1874), recababan la ayuda de Marx y Engels, y éstos enviaban a W. Bracke (5-V-1875) y a A. Bebel (18-III-1875), respectivamente, su aportación (32).

«La Crítica del programa de Gotha» adquiere significación especial en el estudio de la problemática marxista de la dictadura del proletariado por tres razones: a) en ella Marx utiliza por tercera y última vez la noción de dictadura del proletariado; b) se ofrece un examen de conjunto de los principales elementos de las problemáticas de la revolución, período de transición y Estado, y de la dialéctica relación de éstas con la formación económico-social comunista; y c) porque precisamente en ella se basaría el discurso de Lenin para elaborar su teoría del Estado y de la dictadura del proletariado.

Vamos, pues a dedicar especial atención a los planteamientos de Marx en «La Crítica...». No siendo posible entrar en el detalle de todos los puntos tratados por él, vamos a señalar, simplemente, algunos esenciales, establecer una relación entre ellos y centrar la atención en la problemática del poder, que es lo que aquí y ahora nos interesa.

La problemática general del discurso marxista puede sintetizarse en cuatro grandes temáticas, en sus correspondientes subdivisiones orgánicas y dialécticas y sus referencias a nivel metodológico:

Unidad economía-política, con referencia a: a) el intercambio mercantíl, que determina la relación trabajo-salario; b) las relaciones de producción, que determinan las relaciones intersubjetivas reales (incluidas las jurídicas); c) las desigualdades reales, que transcienden las jurídicas y subsisten durante toda

(30) W. Bracke (1842-1880). Antiguo miembro de la Unión General de Trabajadores Alemanes y miembro de la Internacional (1867). Dirigente socialdemócrata (1869), diputado (1877) y activo propagandista del marxismo.

(31) Fundado en 1869. Era un partido revolucionario, marxista, y estaba adherido a la Internacional. Sus líderes más representativos, A. Bebel y W. Liebknecht, estaban en contacto directo con Marx y Engels.

(32) K. Marx: «Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiterpartei» («MEW». Bd. 19. Berlin, 1962. Págs. 13-32). La famosa «Crítica al proyecto del programa de Gotha» tuvo carácter privado (fue enviada a W. Bracke con la indicación que se diera a conocer a I. Aure, A. Bebel, A. Geib y W. Liebknecht) y sólo muchos años más tarde salió a la luz pública.

La posición de Engels arrancaba de la necesidad de diferenciar un programa obrero de un programa pequeñoburgués. La crítica al Estado de Bismarck trascendía al Estado de clase, en general. La función del Estado era vista esencialmente como relación de fuerzas de clase e instrumento coercitivo. Este carácter quedaba «redimensionado» en la nueva sociedad proletaria al subrayarse que «tan pronto como se habla de libertad, el Estado cesa de existir como tal. Por ello nosotros propondríamos que en todos los sitios en vez de Estado se coloque comunidad («gemeinwessen»), una buena y vieja palabra alemana que puede muy bien representar la francesa Commune». «MEW». Bd. 19. Berlin, 1962. Págs. 3-9.

la fase socialista; y d) la persistencia de un horizonte jurídico burgués, que sólo será totalmente superado cuando el pleno desarrollo de las fuerzas productivas permita suprimir las relaciones mercantiles y establecer nuevas relaciones de producción y de cambio.

Estrategia de la lucha de clases, con referencia a: a) la potencia revolucionaria de las clases (capas) medias, en proceso de proletarización; b) la utilización de esta potencia y los nuevos elementos que esto origina para la acción revolucionaria; c) la alianza con otras fuerzas potencialmente revolucionarias, especialmente campesinas; y d) el carácter nacional - internacionalista de la lucha de clases, basado en el grado de desarrollo del proceso productivo e histórico (33).

(33) Este doble carácter ha sido subrayado por Marx con especial fuerza frente al planteamiento «nacionalista» de Lassalle. La problemática nacional no fue satisfactoriamente tratada por el movimiento socialista y el propio Engels, desaparecido ya Marx, se veía obligado a subrayar que el problema de la «independencia nacional» no era cosa secundaria. «MEW». Bd. 35, pág. 270.

Problemática del Estado, con referencia a: a) los costes administrativos generales, no relacionados directamente con la producción; b) la satisfacción de necesidades comunitarias; c) la necesidad de habilitar y administrar fondos para las fuerzas improductivas (vejez, incapacidades laborales, etc); y d) la necesidad de planificar el desarrollo y orientar diversos elementos económicos a nivel central.

Problemática de la formación económico-social comunista, con referencia a: a) la transición revolucionaria, o dictadura del proletariado; b) la primera fase de la sociedad comunista, o socialismo; c) la fase superior del comunismo; d) la eliminación de la propiedad privada sobre los medios de producción; e) la superación de la producción mercantil; f) la superación de las clases; y g) la extinción del Estado.

La utilización de la metodología materialista lleva a Marx a plantear el problema del desarrollo de la sociedad a nivel de dialéctica **base-superestructura** («Oberbau») teniendo como centro la categoría de socialización. Esta no es para él sólo una especie de tecnologización de la producción, o de la política, sino también el **eje** de una propuesta (opción) política de clase. La reorganización económica significa también una reorganización política (cultural, etc); esto es, un proceso de reproducción social «cualitativamente nuevo». En este contexto la problemática del trabajo social, de la división (superación) del trabajo, adquiere una relevancia que, posteriormente, no ha sido tenida en cuenta por los marxistas (34) al tratar del dominio político. No se puede comprender la problemática marxista de la revolución, del periodo de transición, del Estado y de la sociedad comunista, tal como se nos ofrece en «La Crítica...», si no se profundiza en la relación estrecha que Marx establece entre la eliminación de las relaciones de producción capitalistas, el desarrollo de las fuerzas productivas y el trabajo social, incluída la superación de la división del trabajo.

En «La Crítica...», Marx desarrolla su teoría del trabajo social, ya anteriormente tratada en «La ideología alemana», el «Manifiesto...», los «Grundrissen...», «El Capital» y «La guerra civil en Francia», presentándola como una categoría histórica directamente relacionada con la problemática de la transición del capitalismo al comunismo. Marx utiliza el mismo esquema analítico-orgánico para tratar la teoría del trabajo social y la revolución proletaria, pro-

En «El 18 Brumario...», Marx subraya que bajo Luis Felipe el Estado parece haberse independizado completamente, divorciándose de la sociedad civil. Aunque, pese a ello, Bonaparte sigue representando a «una clase».

(34) Recientemente, A. Marzal ha señalado la importancia de la problemática. Si bien al reducirla al tercer libro de «El Capital» ha «redimensionado» el tema, soslayando la inmensa aportación, anterior y posterior, a la relación trabajo-poder-emancipación. A. Marzal: «Estructura laboral de la sociedad industrial: Un ensayo de análisis histórico», en «Sistema», número 12.

yectándose a la propia transición y a la primera fase o socialismo. La teoría de Marx arranca de la concepción de la socialización progresiva del trabajo y la producción (fuerzas productivas) y del creciente aumento del poder humano sobre el proceso de producción (relaciones de producción). En este contexto se coloca el periodo de transición a la sociedad comunista que presenta tres momentos cualitativamente esenciales: 1.º La superación de la vieja división (capitalista) del trabajo. 2.º La separación del trabajo vivo del proceso directo de producción material (problemática de la automación, etc.). Y 3.º La recomposición armónica, a un nuevo nivel histórico, del trabajo manual e intelectual. Este proceso culminaría en la creación de un nuevo tipo de trabajo y de trabajador (problemática del hombre nuevo). Marx había señalado que la aplicación creciente de la ciencia a la producción transformaba el carácter del trabajo. La nueva relación ciencia-producción, fuerza productiva directa y cada vez más determinante, estimularía la socialización del trabajo y, a través del intelecto colectivo que regularía la producción y distribución de la nueva sociedad, terminaría por cambiar las mismas proporciones de la relación trabajo manual-trabajo intelectual. Así pues, dependía de la esfera de la producción (y no sólo de la moral) que el hombre actuase en el proceso productivo y distributivo de tal forma que embistiera en sus fundamentos toda la vida social; esto es, el modo de producción y las formas de vida. La creciente intelectualización del trabajo se transformaba, en las condiciones del periodo de transición y de la sociedad socialista, en creciente socialización del trabajo, y a la inversa, afectando este proceso tanto al productor como al producto (incluída la relación entre los productores).

Está claro que una transformación (tendencial) de tal envergadura, al modificar las relaciones hombre-trabajo, modifica también todas las relaciones y la vida social en su conjunto. La tendencia a la socialización del trabajo y de la vida social entraba en contradicción con la propiedad privada de los medios de producción, con la creación y atribución de plusvalía y con las «relaciones desiguales» de la división del trabajo (35).

(35) Parece necesario señalar que las experiencias sociales que se reclaman de interpretar correctamente la noción de dictadura del proletariado han puesto especial énfasis en subrayar la aportación teórica de Marx a la expropiación de la propiedad privada de los medios de producción y a la ordenación de las fuerzas productivas (plan estatal de la economía) restando importancia, cuando no eludiendo, a la problemática marxista del trabajo social y de la división del trabajo, elementos fundamentales de la so-

La experiencia de la Comuna fue analizada por Marx en «La guerra civil en Francia», llegando a la conclusión de que se trataba de una forma de «gobierno de la clase obrera». El grabado muestra el derribo de la columna de la Place Vendôme —símbolo del Estado burgués y represivo— por parte de los revolucionarios.

Por esta vía, la superación progresiva de la división del trabajo (en política también) y la socialización incidían directamente en la problemática del poder, condicionándola decisivamente.

Dentro de estas coordenadas colocaba Marx su noción de la dictadura del proletariado, como momento de la transición dialécticamente relacionado con la primera fase de la sociedad comunista, definida como «periodo de transformación revolucionaria del uno otro» (capitalismo - comunismo), añadiendo su célebre frase: «A éste corresponde también un periodo político de transición cuyo estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado». Se trataba, pues, de un proceso «global», histórico, donde la dictadura del proletariado, política (ideología y praxis) e institucionalmente (Estado) considerada, era comprendida en relación con las dimensiones pasado-presente-futuro. Esto es, como a) relación con la estrategia de la conquista del poder; b) ejercicio del poder; y c) disolución del dominio político y extinción del Estado.

cialización y de la emancipación de las clases y de los hombres.

La relación de la dictadura del proletariado con la conquista del poder quedaba establecida de la forma siguiente: la toma del poder por la clase obrera se inserta en la perspectiva de una lucha de clases que se determina por su contexto concreto y utiliza conscientemente (estrategia política) todos los elementos adecuados a la realización de sus fines (transformaciones revolucionarias) (36).

La relación de la dictadura del proletariado con el poder mismo y, por lo tanto, el carácter y formas del estado de transición se colocaba en el interior de la concepción tradicionalmente marxista del poder. Para Marx, el poder era una «relación desigual» que se manifestaba en los más diversos niveles. El marco de cristalización y realización de este tipo de relaciones desiguales, o esferas del poder (económico, social, ideológico, etc.), abarcaba la totalidad social, pero era precisamente en la esfera estatal donde el poder adquiría su carácter «político» (por eso cuando sintetizaba la problemática del poder empleaba la categoría «dominio político»). En «La Crítica del programa de Gotha», Marx sigue el mismo trazado y se refiere al dominio político, a su dimensión estatal colocando el ejercicio del mismo por la clase proletaria correlativamente al proceso de transformaciones revolucionarias de base, orientadas a la eliminación del dominio político de la burguesía y del

(36) La lectura del planteamiento marxista en clave leninista y un tipo determinado de praxis revolucionaria (bolchevique) han conducido a que expresiones como «esgrimir» («fechten») fueran traducidas como conquista «con las armas», generalizándose así una deformación del planteamiento de Marx y colocándose la problemática de la toma del poder en la perspectiva de conquista «violenta». Este aspecto de las deformaciones ha sido tratado recientemente por G. Manacorda: «Revoluzione borghese e socialismo». Roma, 1975.

Marx establece una estrecha relación entre la eliminación de las relaciones de producción capitalistas, el desarrollo de las fuerzas productivas y el trabajo social, incluida la superación de la división del trabajo. Sin profundizar en ello, no se puede comprender la problemática marxista de la revolución.

dominio en general. Se trata de un proceso dialéctico concebido dentro del cuadro de socialización progresiva, de la revolución social y en la perspectiva de la propia «extinción del Estado». Un proceso global de la sociedad donde lo específicamente «político» y su encarnación, el Estado, es presentado y definido (en el caso concreto de «La Crítica...»), por oposición al «Estado libre» propugnado por el lasallismo. La dictadura del proletariado es concebida aquí como el «reflejo político» de las transformaciones revolucionarias, que se legitima (37) pero no se legaliza (38) y por lo mismo puede ser perfectamente definida (en su irresponsabilidad jurídica) como dictadura. Lo específico de la dictadura del proletariado, como política e institución (estado de transición), se concreta en: a) la transformación revolucionaria de la maquinaria estatal de dominación; y b) en el paso de la administración de las personas a la administración de las cosas. Por ello es necesario subrayar que el desmontaje de la dominación política del Estado burgués no es concebida como la simple sustitución del dominio de clase en el Estado proletario. Este se orienta hacia funciones estatales que, cada vez más, correspondan a los intereses generales pero, a diferencia de la teoría cristiana del bien común y otras similares, se trata de los intereses generales de una sociedad que «se socializa».

La crítica de Marx fue parcialmente incorporada al programa de Gotha, pero la expresión dictadura del proletariado no fue incluida. Cosa lógica dado el carácter de compromiso del programa y el hecho de que la expresión, como hemos podido apreciar era relativamente «rara» en el «corpus» teórico marxiano. Con «La Crítica...», acaba la aportación de Marx a la problemática de la dictadura del proletariado.

La utilización por Engels de la expresión dictadura del proletariado no tiene lugar hasta 1891. Efectivamente, de cara

(37) En el carácter progresista del proceso económico-social (superación de las clases, de la división del trabajo, etc.).

(38) La legalidad burguesa se hunde y la socialista (sistema jurídico, garantías constitucionales, etc.), en la medida en que esto es necesario dado el horizonte mental burgués que perdura, todavía no se ha articulado. Esta falta de «legalización» no quiere decir, de ninguna manera, que en este período de transición el consenso no pueda (y deba) ser articulado democráticamente.

al Congreso de Erfurt (39) la socialdemocracia alemana se presentaba dividida entre un ala radical («Die Jungen») y otra reformista (especialmente parlamentarios). La mayoría, en torno a la presidencia del partido y de su líder A. Bebel, intentaba articular un programa revolucionario que correspondiese a las nuevas exigencias y, al mismo tiempo, evitar la ruptura del partido Engels se lanzó de lleno en esta pugna interviniendo activamente en la elaboración de tesis de los diversos proyectos y realizando una intensa actividad política y publicista. Con éste motivo preparó la nueva edición de «La guerra civil en Francia» (1891) y en su prólogo utilizó por primera vez la expresión dictadura del proletariado. Esta era identificada con una forma política concreta, la Comuna (40), lo que resulta sumamente interesante dado que Engels se mostraba extraordinariamente cauto a la hora de emitir opiniones sobre las formas y caminos concretos de transición o paso al socialismo (41). En su Crítica al proyecto de programa socialdemócrata de Erfurt» (42), en aguda polémica con reformistas y filisteos, vuelve a utilizar la expresión por segunda y última vez, señalando al mismo tiempo que «la clase obrera solo puede conquistar el poder bajo la forma de **República Democratica**». Esta identificación, casi simultánea, primero con la Comuna y después con la República Democrática, indica que Engels, además de considerar ambas equivalentes, se colocaba en la más estricta observancia de los planteamientos que Marx había hecho sobre la revolución social. La influencia ejercida por Engels, a través de Kautsky, Bernstein, Bebel y Liebknecht, fue muy importante y las posiciones revolucionarias encontraron eco en el programa sin necesidad de incorporar las estridencias propuestas por «Die Jungen». Aunque el programa no incluyó la expresión dictadura del proletariado (43), Engels quedaba muy satisfecho de su contenido marxista, como él mismo constata en su carta a Sorge (21-X-1891) (44).

(39) Después de superado el período de las leyes antisocialistas (21-X-1878 - 30-IX-1890), los socialistas alemanes se plantearon el problema de darse un nuevo programa, adaptado a la nueva situación histórica. Este programa sería aprobado en el congreso de Erfurt (14-20-X-1891).

(40) «MEW». Bd. 22, págs. 188 y 199.

(41) «MEW». Bd. 35, pág. 358.

(42) «MEW». Bd. 22, págs. 225-240.

La influencia ejercida por Engels durante el Congreso de Erfurt —a través de Kautsky, Bernstein (en la foto), Bebel y Liebknecht— fue muy importante, y las posiciones revolucionarias encontraron eco en su «Crítica al proyecto de programa socialdemócrata de Erfurt».

CONCLUSIONES

Resumiendo: Marx ha tratado «expressis verbis», salvo error u omisión por mi parte, la dic-

(43) «Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands. Abgehalten zu Erfurt von 14 bis 20. Oktober 1891». Berlin, 1891. Págs. 3-6.

(44) Hay que señalar que ningún partido obrero y socialista de tendencia marxista incluyó en su programa la expresión dictadura del proletariado, aunque esta noción era admitida como punto de referencia teórico, e incluso ardientemente defendida de cara al reformismo, por numerosos marxistas eminentes (R. Luxemburg, F. Mehring, etc.). La primera inclusión en un programa, dentro de la II Internacional, fue practicada, a iniciativa de Lenin, en el Partido Socialdemócrata Ruso (1903). La organización centralizada del partido, su disciplina de acero y la estrategia violenta de la conquista del poder, adecuada a las específicas condiciones de Rusia, facilitaron un tipo de lectura «sui generis» de la noción de dictadura del proletariado, que se plasmaba como signo de ortodoxia marxista (1918). Este planteamiento, «encarnado» en la Revolución de Octubre, terminaría por hacerse obligatorio (1919) para todos los partidos de la III Internacional. Pero esto forma ya parte de otro discurso...

tadura del proletariado en tres ocasiones:

1.º *En «La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850» (1850).*

2.º *En su carta a Weydemeyer (1852).*

3.º *En su «Crítica al programa de Gotha» (1875).*

En 1850 utiliza la expresión dictadura del proletariado para designar el **poder de la clase obrera.** En 1852 precisaba su **necesidad**, como momento de **transición.** Finalmente, en 1875 desarrolla la noción, dentro de su teoría general de la revolución social, como **estado de transición** entre el capitalismo y el comunismo.

Engels trata «expressis verbis» la dictadura del proletariado en dos ocasiones:

1.º *En el prólogo de 1891 a «La guerra civil en Francia de 1848 a 1850».*

2.º *En la «Crítica al proyecto de programa socialdemócrata de Erfurt» (1891).*

En el prólogo de 1891 establece la ecuación **dictadura del proletario =Comuna** y en «La Crítica ...» la de **dictadura del proletariado = República Democrática.** Habiendo sido realizados ambos escritos al mismo tiempo, es evidente que para Engels, Comuna y República Democrática son sinónimos.

Marx se pasa 23 años (de 1852 a 1875) sin utilizar la expresión dictadura del proletariado, indicando así —con la fuerza contundente de los hechos— que no consideraba, al menos hasta 1875, esta noción como un elemento fundamental de su teoría de la revolución proletaria. Los 16 años transcurridos (de 1876 a 1891) desde la formulación de la dictadura del proletariado como **estado de transición necesario** hasta la publicación de sus «Randglossen» por Engels, apoyan firmemente la hipótesis de que Marx tampoco después de 1875 consideraba la noción como esencial para su teoría de la revolución y que se podía operar perfectamente (metodológica y políticamente) con nociones como poder obrero o poder proletario.

Sintetizando toda la aportación de Marx y Engels, puede afirmarse que su noción de dictadura del proleteriado (política y estructuralmente) se caracteriza por:

A) *Ser un régimen de excepción, transitorio.*

B) *Ser un estado legítimo, de mayorías y progreso.*

C) *Ser un estado dependiente de determinadas relaciones y objetivos.*

D) *Ser un estado independiente de legalidades exteriores.*

E) *Ser un estado de clase «nuevo».*

Los objetivos de esta política y las tareas asignadas a esta estructura se orientan a:

A) *Superar la propiedad privada de los medios de producción.*

B) *Superar la producción mercantil.*

C) *Superar la división del trabajo.*

D) *Superar las clases sociales.*

E) *Superar la reproducción social capitalista.*

F) *Desarrollar la reproducción social comunista.*

G) *Superar el dominio político, asegurando las condiciones para la propia extinción del Estado.*

Por la forma en que ha ido tomando cuerpo la noción de dictadura del proletariado, se puede apreciar que Marx y Engels no han elaborado un catálogo de lo que esta noción eso no es. Sencillamente, nunca fue elaborada por ellos como una teoría. No obstante, lo mismo que se pueden sintetizar sus ideas sobre el particular, sus afirmaciones, se pueden recoger también algunas incompatibilidades «de fondo» y señalar, en términos generales, lo que la noción marxista, de acuerdo con sus creadores, «no puede ser». En este sentido, se puede afirmar que la noción de dictadura del proletariado de Marx y Engels es **incompatible** con cualquier reducción de las libertades

Ningún partido obrero y socialista de tendencia marxista incluyó en su programa (hasta entrado el siglo XX) la expresión dictadura del proletariado, aunque esta noción fuese ardientemente defendida por marxistas eminentes como Rosa Luxemburg, cuyo retrato contemplamos.

La idea de dictadura del proletariado de Marx y Engels es incompatible con cualquier reducción de las libertades concretas y con toda medida que impida o dificulte la emancipación de las clases y el pleno desarrollo de los hombres. (Reproducimos la lápida que cubre, en Londres, los restos de Marx y su familia).

concretas y con toda medida que impida o dificulte la emancipación de las clases y el pleno desarrollo de los hombres. Así pues, **cualquier interpretación de la dictadura del proletariado que admita:** a) el carácter autoritario del Estado en la fase socialista de la sociedad comunista; b) cualquier clase de monopolio (económico, político, ideológico, etc.) por parte del Estado, partidos o personas; y c) la existencia y persistencia de estructuras de poder que impidan o dificulten el proceso de socialización y de emancipación general, **se autoexcluye.**

Elaboraciones teóricas y prácticas políticas de la dictadura del proletariado que no tengan en cuenta lo que acabamos de señalar pueden reclamarse de cualquier tipo de paternidad ideológica menos de la de Marx y Engels, de interpretar correctamente la noción de dictadura del proletariado que elaboraron y utilizaron Marx y Engels. ■ **M. P.**

El Coto Nacional de Gredos

Macho de la «Capra Pyrenaica Victoriae», con su típica cuerna en forma de lira, en las cumbres de Gredos. A esta variedad de la «Capra Pyrenaica» se le puso este nombre en honor de la Reina Victoria. (Foto J. L. González Grande.)

Historia de una incautación

Pedro Vaquero Sánchez

En soledad e incomunicación, la vida de los cabreros se desarrolla a espaldas de la civilización y la cultura. En las duras condiciones de la sierra todavía se ven obligados a vivir en chozas rudimentarias. (Foto J. L. González Grande.)

HACE unos meses la Prensa se ha hecho eco de un escrito que, firmado por más de un centenar de profesores y alumnos universitarios, se ha dirigido al ministro de Agricultura (vía ICONA) para pedir la creación de un Parque Nacional en la Sierra de Gredos. «Los abajo firmantes —dice el escrito— preocupados por la degradación que se observa en los ámbitos naturales del país, estiman que este proceso puede llegar a producir en el centro de la Península perturbaciones realmente graves, a muy corto plazo.» Basando en este hecho su petición.

Nada se puede aducir, en principio, en contra de cualquier iniciativa que tienda a paliar el desequilibrio ecológico que se está produciendo en nuestro entorno. Sin embargo, los habitantes de la Sierra de Gredos no han acogido con entusiasmo la posibilidad de que se lleve a cabo el mencionado proyecto. Su escepticismo es consecuencia de que, hasta ahora, las actuaciones de la Administración en la zona para nada les ha tenido en cuenta, no habiendo servido más que para agravar sus exiguos medios de vida. Es el caso, concretamente, de Candeleda, municipio de unos siete mil habitantes, situado en la vertiente meridional de Gredos, cuyo Ayuntamiento es propietario de una dehesa de unas diez mil hectáreas, totalmente enclavada dentro de los límites del posible Parque Nacional. Los pastos de esta finca, denominada «Dehesa Mayor» y «Monte núm. 5», han venido siendo utilizados desde siempre —como se dice en el pueblo— por más de un centenar de pequeños ganaderos, en su mayoría cabreros, que, mediante el pago de

Mapa del Coto Nacional de Gredos, según levantamiento topográfico del Instituto Geográfico y Catastral. En la parte inferior izquierda está el «Monte Dehesa Mayor», de diez mil hectáreas, propiedad del Ayuntamiento de Candeleda, cuya caza de cabra montés fue donada, a título personal y por el tiempo de su reinado, a S. M. Alfonso XIII.

A partir de la proclamación de la II República, el Ayuntamiento de Candeleda empieza a exigir el reconocimiento de unos derechos que, como propietario de gran parte del Coto, le corresponden. En la foto, fachada principal del Ayuntamiento.

una pequeña cuota al Ayuntamiento, aprovechan los pastos, constituyendo, a la vez, la principal fuente de ingresos del erario municipal. Pero tanto los intereses de los cabreros como del Ayuntamiento se han visto seriamente perjudicados desde la creación del Coto Nacional de Gredos —principal reserva de la «capra pyrenaica victoriae», con cuatro mil cabezas aproximadamente en la actualidad— y por la repoblación forestal emprendida por el Patrimonio Forestal del Estado y continuada por ICONA. Dejando a un lado el problema suscitado por la repoblación forestal, no menos determinante e igualmente con resultados negativos, pero que excede los límites de este trabajo, la historia del Coto Nacional de Gredos, desde su creación en 1905, es por sí sola ilustrativa de esta situación, y justifica plenamente las reservas que suscita la más mínima posibilidad de nuevas actuaciones en la zona. Tampoco es suficiente que en el escrito de petición del mencionado Parque Nacional se especifique que «no se trata de atacar las prácticas tradicionales de la Sierra (por ejemplo, la ganadería)», ya que la larga experiencia demuestra que no existe ninguna garantía de que los cabreros dejen de ser los secularmente olvidados y perjudicados.

CESION A S. M. DON ALFONSO XIII POR EL TIEMPO DE SU REINADO

El Coto Real de Gredos se creó en 1905, al aceptar S. M. don Alfonso XIII que los propietarios de las fincas del Alto Gredos le cedieran la exclusiva de caza de la «capra pyrenaica victoriae», que en este momento estaba en trance de desaparición. Los propietarios de estas fincas eran, además de algunos particulares, los Ayuntamientos de varios municipios, siendo el de Candeleda el que hizo la mayor aportación con su «Dehesa Mayor», que significa aproximadamente la tercera parte de la totalidad del Coto. Las condiciones en que se realizó la cesión, al menos en la parte que toca a Candeleda (1), fueron establecidas en la sesión ordinaria y pública celebrada por la Corporación el día 24 de abril de 1904, en cuyo acta, según certificación de la secretaría municipal, consta el acuerdo que literalmente dice lo siguiente:

«Por el señor Alcalde-Presidente se dio cuenta a la Corporación de las gestiones que, particularmente y desde algún tiempo a esta parte, viene haciendo con el mayor interés el señor Marqués de Santa María de Silvela, Diputado a Cortes por este distrito de Arenas de San Pedro, para ver de conseguir de este Ayuntamiento que, haciendo uso de la facultad que al efecto le conceden vigentes disposiciones, se sirviera acordar, como gracia especial, la concesión absoluta a S. M. el Rey Alfonso XIII, **por todo el tiempo de su reinado** (2), del derecho a utilizar como propia, en la forma que juzgue más oportuna y conveniente, la especie de Capra Hispánica, vulgo montés que existe actualmente y pueda aumentarse en lo sucesivo en la Sierra Carpeto-Betónica y renombrado sitio de los picos de Gredos, en la parte que

(1) A pesar de las gestiones hechas ante ICONA, no me ha sido posible conocer la situación jurídica en la que se encuentran los demás Municipios y particulares propietarios de terrenos en el Coto. No obstante, es fácil suponer que la situación no será distinta a la de Candeleda.

(2) El subrayado es mío.

como de Propios pertenece a este término; lo cual hace presente en este acto para la resolución que proceda. Bien enterada la Municipalidad de la proposición que antecede y después de breve discusión, por unanimidad se acuerda acceder a la petición interesada por el Diputado don Francisco Agustín Silvela, en la forma propuesta por el Presidente, teniendo el alto honor de ofrecer a S. M. el Rey, por virtud de esta resolución, de la cual se remitirá copia certificada al señor Gobernador Civil de esta provincia, para su aprobación, en cumplimiento de lo prevenido por el artículo 114 de la vigente ley municipal, el beneficio al disfrute, como propio, de las cabras monteses que vivan en el citado sitio de Gredos; quedando a su cargo, por considerarlo así necesario, disponer la más eficaz custodia y conservación de una raza, tan extraña raza, que de no vigilar sobre su reproducción, es seguro que no está lejano el día en que tenga lugar su completa extinción.»

En base a este acuerdo, a partir de la proclamación de la II República, el Ayuntamiento de Candeleda empieza a exigir el reconocimiento de unos derechos que, como propietario de gran parte del Coto, le corresponden. Esta reivindicación se concreta en diversos escritos, el primero de los cuales es dirigido al gobierno de la República cuando, por decreto de 10 de abril de 1932, se modifica el «status» jurídico del Coto.

EL COTO REAL DE GREDOS SE CONVIERTE EN COTO NACIONAL

Por este decreto, la reserva se designará en adelante Coto Nacional en lugar de Coto Real. Pero, excesivamente preocupado por borrar todo lo que suena a monarquía, no afronta el problema fundamental planteado por el hecho de que, al estimarse finalizado el reinado de Alfonso XIII, los propietarios de los terrenos consideran concluido el compromiso contraído. Y como las posteriores normas jurídicas que regulan la existencia del Coto se apoyan en ésta, el problema sigue sin resolverse.

Los machos monteses que se pueden capturar se sortean cada año entre los muchos solicitantes. Obtenido el permiso, la única modalidad de caza permitida es el acecho, y siempre en presencia de los guardas. Según la puntuación de la pieza, ésta le puede costar al cazador hasta cincuenta mil pesetas.

Dicho decreto de la Presidencia del Consejo de Ministros, firmado por Alcalá Zamora y por Manuel Azaña, presidentes de la República y del Consejo, respectivamente, dispone:

«Diversos Ayuntamientos y particulares de la provincia de Avila habían concedido al exmonarca el derecho exclusivo de caza de cabras monteses en determinadas zonas de la Sierra de Gredos; así como otros Municipios de las provincias de Oviedo, Santander y León, de modo semejante le cedieron el de caza de rebecos, lo que había dado por resultado la existencia de dos buenos cotos de caza, que constituyen una riqueza que no puede quedar en modo alguno abandonada.

Si el Estado no se preocupara de tales cotos, la acción aislada, discontinua, y falta de medios de los pueblos respectivos resultaría impotente para evitar, en plazo breve, la desaparición de especies zoológicas tan interesantes, y los pueblos y particulares no obtendrían el menor beneficio de esta riqueza, que ha sido creada por la vigilancia ejercida por los guardas que el Patrimonio sostenía.

Por el contrario, si el Estado toma a su cargo el mantenimiento de estos cotos reforzando su guardería, podrá organizar una explotación metódica, sin que resulten gravosos para la Nación, ya que, por el contrario, habrían de constituir una pequeña fuente de ingresos, que podría emplearse en el fomento del turismo en Gredos y Picos de Europa, principalmente en la propaganda de sus cazadores y en la mejora de las vías de acceso, con la consiguiente afluencia de turistas a dichas regiones y el beneficio inmediato de los pueblos en ellas enclavados.

En virtud de lo expuesto, de acuerdo con el Gobierno de la República y a propuesta de su Presidente, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Las zonas que en la Sierra de Gredos y en los Picos de Europa estaban acotadas como cotos reales de caza, se designarán en lo sucesivo con el nombre de Cotos nacionales de Caza de Gredos y de los Picos de Europa, respectivamente.»

Completado por un total de ocho artículos más, que establecen el modo de organización y explotación de los Cotos, el decreto no toca la cuestión de la cesión, no dándose por enterado, al referirse

a ella en el preámbulo, que fue temporal y condicionada a la duración del reinado de Alfonso XIII.

Sin embargo, por parte del Ayuntamiento de Candeleda la respuesta al decreto no se hizo esperar, dirigiendo al Presidente del Consejo de Ministros, Manuel Azaña, el siguiente recurso:

«El que suscribe, Alcalde-Presidente del Ayuntamiento de esta villa de Candeleda (Avila), ostentando la representación legal que le compete, con el mayor respeto y consideración a V. E. acude y atentamente tiene el honor de exponer: Que siendo esta villa, representada por su Municipio, propietaria de las dos terceras partes del llamado «COTO NACIONAL DE CAZA DE GREDOS», por estar enclavado dicho coto en su «Dehesa Mayor», monte núm. 5 del catálogo, de los propios del mismo, y estimando de consideración los enormes perjuicios que a esta villa se irrogarían de llevarse a la práctica el Decreto de esa Presidencia que lleva fecha diez de abril próximo pasado, **sobre incautación del mencionado coto por el Estado,** no puede menos de acudir a V. E. por considerar un deber ineludible la defensa de los augustos y sagrados derechos del pueblo que represento, para significarle que esta villa acepta respetuosamente las órdenes superiores emanadas de la Soberanía Nacional como buenos creyentes en la fe que profesamos a la República, a la cual ayudaremos siempre con todo el cariño y entusiasmo que merece por la excelente actuación que preside a todos sus actos, **pero que no es posible hacer dejación de intereses que afectan al pueblo en general, sin expresar, con todo respeto, que dicha incautación, si se lleva a la práctica, redundará en menoscabo de este Municipio, verdadero propietario del Coto de referencia, según se demuestra mediante el acuerdo adoptado por este Ayuntamiento el 24 de abril de 1904, en el cual se especifica bien claramente que la cesión que del mismo se hizo, a don Alfonso de Borbón, fue solamente por los días de su reinado,** según se acredita con la certificación que se adjunta y de la cual ya tiene conocimiento V. E.

Para la cría de la «Capra Pyrenaica Victoriae» o cabra montés de Gredos, y posterior traslado a otras sierras, ICONA ha acondicionado un recinto en Candeleda. Los cabritos se capturan recién nacidos y se crían con biberón. El índice medio de mortalidad en cautividad es superior al sesenta por ciento.

No pretende esta Alcaldía discutir las razones que hayan movido a las Cortes Constituyentes para adoptar el acuerdo de incautación del mencionado Coto; pero sí quiere, respetuosamente, advertir a V. E. que los perjuicios que se causarán a esta villa con dicha disposición serán de tal consideración que el pueblo entero se verá privado de un ingreso que legítimamente le correspondería caso de administrar los productos de la caza de cabras monteses que se pretende. Está demostrado que las dimensiones de dicho Coto son excesivamente desproporcionadas, pues llega en la actualidad hasta cerca del pueblo, dándose el caso de que las reses salvajes que se crían en la sierra no bajan nunca al poblado, lo cual determina que hayándose prohibida la caza de mencionadas reses, abundan en proporciones que no se pueden imaginar, por lo que los pastos del monte merman cada año más y se dará el triste caso de que cuando termine el arriendo de esos pastos, no habrá seguramente rematante que quiera explotar la finca, pues los mejores pastos son consumidos por las cabras monteses, traduciéndose todo ello en perjuicio de este Municipio, que tiene en esa dehesa la principal y casi única fuente de ingresos para su presupuesto. En vista de ello, y ateniéndome a la excelente impresión sentida por la Comisión que tuvo el honor de visitar a V. E. en su visita a la Presidencia del Consejo de Ministros, interpretando los deseos del pueblo, nuevamente,

SUPLICO a V. E. que, teniendo por presentado este escrito, juntamente con la certificación que le acompaña, se digne admitirle en el sentido de recompensar a esta villa los enormes perjuicios que se le irrogarían caso de entrar en vigencia el Decreto de 10 de abril de este

año, a cuyo efecto sería necesario: 1.º—Que se reconociera de una manera escrita la propiedad del llamado Coto Nacional de Caza de Gredos. 2.º—Que en compensación de la cesión que haga este Municipio del derecho de caza en dicho Coto, se debe conceder a esta villa una carretera que una esta villa con algún pueblo de la parte norte de la sierra, a fin de dar impulso al turismo, y al mismo tiempo, conceder a Candeleda, como propietario de las dos terceras partes del Coto, una participación en el producto de cada cacería que se efectúe. Gracia que no duda esta villa alcanzar de la rectitud de V. E., cuya vida se conserve muchos años para bien de esta República que merece todos nuestros respetos y cariño.—Candeleda, 2 de julio de 1932.»

No habiendo encontrado en el Ayuntamiento de Candeleda ningún documento posterior referente a este recurso, es fácil suponer que no tuvo demasiado efecto, máxime si tenemos en cuenta que el reconocimiento de esos derechos y la compensación por los perjuicios ocasionados, en primer término, como se verá más adelante, a los cabreros, están aún hoy casi totalmente pendientes.

LEY DE 1950 SOBRE CONFIRMACION DEL CARACTER NACIONAL DEL COTO

El siguiente documento decisivo que he podido consultar está relacionado con la Ley de 13 de julio de 1950, sobre confirmación del carácter nacional del Coto de Caza de la Sierra de Gredos. Dice textualmente:

«Por Decreto de 9 de abril de 1932 fue declarado nacional el Coto de Caza de la Sierra de Gredos, ya existente desde 1905, y que con dicho título ha venido siendo administrado por el Estado desde la fecha de aquella disposición hasta el día, a través, sucesivamente, del Patronato Nacional del Turismo y de la Dirección General del mismo nombre.

Dada la insuficiencia en el orden jurídico del mencionado Decreto como disposición declaratoria del carácter nacional del Coto, se hace preciso asignarle esta condición por medio de una ley que al mismo tiempo autoriza al régimen especial a que el coto debe ser sometido, en atención al cumplimiento de sus fines cinegéticos y turísticos.

En su virtud, y de conformidad con la propuesta elaborada por las Cortes Españolas, DISPONGO:

Artículo primero.—Se confirma el carácter nacional, asignado por Decreto de nueve de abril de 1932, al Coto de Caza de la Sierra de Gredos, que continuará en lo sucesivo dependiendo del Ministerio de la Gobernación a través de la Dirección General del Turismo.

El Guarda Mayor de la vertiente sur del Coto desde hace treinta y cinco años, don Domingo Blázquez, con la piel y la cabeza de una pieza recién cobrada. Su padre ocupó este mismo puesto desde 1905 hasta 1940.

Artículo segundo.—La finalidad del Coto Nacional de la Sierra de Gredos es la conservación y ordenada explotación, con sujeción a las normas y épocas de caza que a tales efectos se determinen por la Dirección General del Turismo, de la especie de cabra salvaje denominada «Ibex», en la subespecie «Capra Pirenaica Victoriae».

Artículo tercero.—Los límites del Coto son los establecidos en acta de deslinde y señalamiento levantada en Hoyos del Espino el ocho de octubre de mil novecientos diecisiete, rati-

ficada por levantamiento topográfico a escala 1:25.000 por el Instituto Geográfico y Catastral en fecha diez de diciembre de mil novecientos cuarenta y ocho. (...).

Artículo cuarto.—A los efectos indicados en el artículo enterior, y dentro de la superficie del Coto, se establecerán áreas mínimas de refugio, de invierno una y de verano otra, que, con exclusión del ganado doméstico, lanar y cabrío, aseguren los pastos de la especie cinegética básica del Coto, teniendo en cuenta los intereses de la ganadería de los términos municipales afectados.

Artículo quinto.—La delimitación de la superficie comprendida por el Coto, así como la de su ampliación y la de las áreas mínimas de refugio de la especie protegida, tanto en verano como en invierno, serán especificadas con el necesario detalle por medio de Decreto aprobado en Consejo de Ministros, a propuesta conjunta de los Ministerios de la Gobernación y Agricultura.

Artículo sexto.—Los propietarios, distintos del Estado, de terrenos comprendidos en el Coto, tendrán derecho a percibir de la Dirección General del Turismo una indemnización por las limitaciones que se les impongan en los aprovechamientos de caza y pastos de sus fincas respectivas. La cuantía de dicha indemnización, que será revisada a instancia de parte por períodos de tres años, la fijará en cada caso la Dirección General de Montes, Caza y Pesca Fluvial, con audiencia de los interesados, teniendo en cuenta, con relación al aprovechamiento de caza, el importe de los productos del mismo, y con respecto al aprovechamiento de pastos, la situación, extensión y calidad de las porciones de dichas fincas que quedan incluidas en las áreas de refugio, la cantidad de ganado lanar y cabrío que normalmente fuera susceptible de mantener y los precios medios de arrendamiento de pastos o de acogimiento por cabeza en otros predios semejantes.

Las resoluciones de la Dirección General de Montes fijando la cuantía de la indemnización causarán estado y agotarán la vía administrativa.

Artículo séptimo.—En los presupuestos generales del Estado correspondientes a la Dirección General del Turismo en el Ministerio de la Gobernación figurarán las consignaciones necesarias para el cumplimiento de esta Ley».—**FRANCISCO FRANCO.**

Previamente, unos meses antes de la aprobación de esta ley, la Corporación Municipal de Candeleda, enterada del proyecto, había celebrado sesión extraordinaria el 14 de mayo de 1950, quedando definida su postura en el siguiente acuerdo que consta en el acta de la sesión:

«Dada cuenta de carta dirigida a la Alcaldía por el Iltmo. Sr. Presidente de la Excma. Diputación Provincial (...), manifestando que en el «B. O. de las Cortes» núm. 330 (...), se publica un proyecto de Ley relativo al Coto Nacional de Caza de la Sierra de Gredos, enviando copia del citado proyecto, y examinado detenidamente el mismo, se observan dos extremos importantísimos que afectan de una manera muy grave y directa a la vida económica y ganadera del vecindario, y que se refieren a la creación de Zonas de refugio de invierno y verano, en las cuales se prohibe la presencia del ganado doméstico, por lo que el Ayuntamiento acuerda por unanimidad elevar al Ilustrísimo Sr. Presidente de la Excma. Diputación Provincial, como Procurador en Cortes, la más respetuosa, pero enérgica protesta, para que a su vez la haga prevalecer ante la Comisión que ha de dictaminar el mencionado Proyecto de Ley, apoyando esta lógica y natural protesta en los siguientes fundamentos:

1.º **De orden jurídico:** El Ayuntamiento de Candelada sólo tiene hecha cesión, dentro de los límites del término, del aprovechamiento de la cabra salvaje moradora de la sierra de Gredos (...), cesión que otorgó en su día, como gracia especial, a S. M. el Rey D. Alfonso XIII (q.s.g.h.) por acta de veinticuatro de abril de mil novecientos cuatro y por todo el tiempo de su Reinado. Conforme a cuyos extremos se ha venido ejerciendo el derecho de caza ininterrumpidamente, no solo por el finado Rey, sino por los sucesivos Jefes de Estado, quienes automáticamente han venido haciendo uso de la misma voluntad especial de este Municipio (...).

Al acta de señalamiento de límites del coto de caza levantada en Hoyos del Espino el día ocho de octubre de mil novecientos diecisiete, no asistió ningún miembro de este Ayuntamiento, ni fue delegada expresa ni tácitamente ninguna persona para que en su nombre aceptara líneas o demarcaciones del mismo, siendo, por lo tanto, dejada sin oír la opinión de este Ayuntamiento, ni prestar éste la conformidad que a dicho acto debió preceder.

2.º **De orden económico y ganadero:** Dentro de las Zonas de refugio que se pretenden crear de una superficie, en la que afecta a este término, de mil novecientas hectáreas, según examen de la línea divisoria, practicado por este Ayuntamiento a la vista del plano correspondiente, agostan en verano de cinco a seis mil cabezas de ganado cabrío doméstico, tres mil ovejas, doscientas vacas y setenta yeguas, cuyos ganaderos, de llevarse a efecto la proyectada creación de las Zonas de refugio con exclusión de sus ganados domésticos, han de

verse precisados a emigrar, con la secuela de los gravísimos inconvenientes que ello traería aparejado para sus vidas, al tener que abandonar sus moradas, buscando la expansión y difícil orientación de sus modestas economías en Zonas o terrenos desconocidos, produciéndose, a no dudarlo, la ruina material y moral de tantas y tantas familias ganaderas acogidas desde tiempo inmemorial, y apegadas a la tierra que vio nacer a sus antepasados y de la que no saben separarse, ni tienen aptitud para reorganizar o imprimir al rumbo de su existencia nuevas formas de vida, al menos en lo que a la actual generación se refiere. Esto, sin perjuicio de los serios trastornos que se originarían al resto del ganado que pasta en la misma sierra, al quedar limitadas sus posibilidades de mayor abundamiento en los pastos y normal desenvolvimiento del referido ganado a través de la Dehesa Mayor, propiedad de este Municipio.

El Ayuntamiento de Candeleda vería también mermados sus ingresos naturales en más de la mitad, seguramente, de su volumen actual, sin posibilidad de retorno, creándole una situación angustiosa que le impediría atender con la más elemental holgura necesaria a los problemas que engendra una Municipalidad con más de siete mil habitantes de derecho, en progresión creciente.

Asimismo, la economía local sufriría un rudo y gravísimo quebranto ante la desaparición de las familias ganaderas que surten los mercados semanales con sus productos de carnes, pieles y quesos, con lo que dan vida activísima y extraordinario impulso al comercio y la industria, como asiduos consumidores de sus manufacturas.

3.º **De índole social:** Es indudable que este problema se plantearía con caracteres graves por los obligados desplazamientos que llegarían a adquirir la proporción de emigraciones en masa, y por el abandono de lugares y medios de vida inalterables, que constituyen la luz y único guía de inteligencias y medios de adaptación aferrados, digámoslo así, a una modalidad de vida heredada a través de centurias y una tradición ganadera sencilla y honrada que ha llegado a constituir sustancia propia en las vertientes meridionales de la sierra de Gredos.

4.º **De índole moral y humana:** Nada aconseja, en el modesto apreciar y posible alcance del Ayuntamiento de Candeleda, en lo que a este problema se refiere, se imponga el desplazamiento violento a tan importante número de familias ganaderas (más de doscientas), en las que habría de producirse una natural y lógica depresión en sus valores morales, como fruto natural del desgarramiento de sus vidas pacíficas y sencillas, adaptadas a un ambiente propicio, de siglos, sin alteraciones violentas y sin enojosas y graves complicaciones, que en su rudeza habrían de sentir herida la fibra más íntima de su sensibilidad.

En virtud de las anteriores consideraciones, el Ayuntamiento acuerda hacer patente la reiteración de su respetuosa y enérgica protesta, contra el propósito de creación de las Zonas de refugio repetidas, con exclusión del gánado doméstico, sentado como antecedente claro y preciso el de que, para la procreación, conser-

Las cabras monteses del Coto han ido restando progresivamente pastos al ganado doméstico, una de las principales riquezas de la zona. En la foto, cabras domésticas cruzando una garganta.

Los ingresos del erario municipal de Candeleda se han visto mermados por la existencia del Coto Nacional de Gredos. En la foto, rincón típico del casco antiguo de la población. (Foto Luis de Pablos.)

vación y caza de la cabra montés, nunca han sido necesarias referidas Zonas, sino única y exclusivamente, la adopción de enérgicas y eficaces medidas tendentes a la evitación de la caza furtiva, como se ha venido haciendo en los últimos años, con lo que se ha logrado una progresión altamente satisfactoria en la procreación y aumento de la cabra montés.»

A pesar de estas razones del Ayuntamiento, el artículo 4.º de la Ley dispuso la creación de áreas mínimas de refugio, pero éstas no se llevaron a la práctica hasta 1968, año en que un Decreto de 31 de octubre desarrolló esas disposiciones. No obstante, en este intervalo de 18 años, el aumento del número de cabras monteses iba restando progresivamente posibilidades al ganado doméstico, por lo que el problema económico, social y humano aumentaba lentamente, sin tomarse ninguna medida para evitarlo.

Las indemnizaciones que establecía la ley para los propietarios afectados, tampoco fueron efectivas hasta que este decreto de 1968 lo dispuso. Hay que tener en cuenta que estas indemnizaciones son en concepto de los pastos de la reserva, en las que no puede entrar el ganado doméstico, pero nunca se ha contemplado la posibilidad de indemnizar por los pastos que, estando fuera de las reservas de verano o invierno, pero dentro del Coto, son consumidos tanto por las cabras monteses como por el ganado doméstico. También se han olvidado sistemáticamente las pérdidas ocasionadas por el hecho de que el Ayuntamiento no puede explotar los recursos de caza, y no solamente de caza mayor, sino también la caza menor, como la perdiz roja.

Este tema de las indemnizaciones es el que trata el recurso de veintiuno de mayo de mil novecientos sesenta y nueve, mientras se negociaba para establecer su cuantía, dirigido al Director General de Montes, Caza y Pesca Fluvial:

«El que suscribe, en concepto de Alcalde-Presidente del Ayuntamiento de Candeleda, Avila, ante V. I. expone:

Que en atención a cuanto se consigna en escrito del Distrito Forestal de Avila, relacionado con el estudio previo para fijar la cuantía de las indemnizaciones por el Coto Nacional de la Sierra de Gredos, desea hacer constar los siguientes extremos»:

En primer lugar, se refiere a la cesión temporal que se hizo a S. M. D. Alfonso XIII por todo el tiempo de su reinado, y a la forma en que en 1932 se declaró Coto Nacional. Así llega al problema planteado por las reservas o refugios, sobre los que dice textualmente:

«La zona de refugio que marca el Decreto 2.754/68, de 31 de octubre, agudizará la situación anteriormente comentada, afectando de una manera importante los intereses de la ganadería de este término municipal, al quedar prohibida en ella el pastoreo de las especies ovina y caprina, preponderantes, por no decir las únicas, en la finca «Dehesa Mayor» propiedad de este Ayuntamiento, ya que el número mínimo de cabezas que, propiedad de los ganaderos del término, tiene que desaparecer del monte «Dehesa Mayor», de una manera inmediata a la puesta en vigor de la zona de refugio, se eleva a unas cinco mil quinientas o seis mil, produciendo además del perjuicio económico consiguiente, un trastorno social,

ya que afecta a más de treinta familias ganaderas, cuyo único sostenimiento y posible dedicación es la explotación de su ganado y que, por pastar éste, parte del año, en la zona de refugio proyectado, no puede subsistir.»

A continuación da una serie de datos comprobables, llegando a la siguiente conclusión:

«De los cálculos anteriores se deduce que la cuantía mínima a establecer de indemnización de pastos a este Ayuntamiento debería ser la de un millón cincuenta mil pesetas anuales.

En cuanto a indemnización por caza, en el repetido estudio previo, sólo se tiene en cuenta para su fijación la participación en la producción de la Capra Hispánica, y estimamos que puesto que se trata de indemnizar perjuicios o mermas de ingresos ocasionados, procede también tener en cuenta que en la zona de coto y fuera de la proyectada zona de refugio (que es donde prácticamente pace la Capra Hispánica) se produce caza menor, como es la perdiz roja, cuya explotación se cotizaría espléndidamente si el coto que nos ocupa no impidiera practicarla y que parece sólo la aprovechan los laceros furtivos, pero que de otra forma reportaría considerables ingresos a este Municipio.

Como medida que aliviaría el problema de orden social y económico de las familias ganaderas a que antes nos referimos, sería concederles un plazo lo más amplio posible, anterior al establecimiento definitivo de la zona de refugio, para que, previo aviso, pudieran liquidar con la menor devaluación sus ganaderías e intentaran orientar su dedicación a otras actividades.»

CONCLUSION

Estas puntualizaciones no sirvieron para que la indemnización se fijara en más de seiscientas mil pesetas, que es lo que el Ayuntamiento recibe actualmente.

Los cabreros, por su parte, basándose en que ellos eran los primeros arrendatarios de la totalidad de los pastos de la «Dehesa Mayor», se negaron a respetar las reservas, así como afirmar los nuevos contratos que, con exclusión de los pastos de ellas, les ofrecía el Ayuntamiento. Consecuentemente, en el verano de 1969 se pusieron más de cincuenta multas por pastoreo indebido, lo que levantó serios temores entre los cabreros, aceptando la propuesta de firmar los nuevos contratos, con las restricciones introducidas, cuando a cambio se les propuso la anulación de todas las sanciones. De esta forma perdían unos derechos que les daban los antiguos contratos desde antes de la creación del Coto.

Muchos abandonaron la única ocupación que conocían y si los demás pueden subsistir es porque de hecho, y hasta el momento, se les está permitiendo el pastoreo en las reservas destinadas a las Cabras Monteses. Hasta cuándo durará esta situación fáctica, a la que según los nuevos contratos no tienen derecho, es una incógnita que pone a muchas familias ante un futuro incierto. De ahí su preocupación ante el escrito enviado a ICONA en el que se pide la creación de un Parque Nacional en Gredos. Sobre todo porque las medidas de «arriba» nunca les han tenido en cuenta, como ellos dicen al referirse a las Autoridades Provinciales. ■

P. V. S.

Los cabreros, cuya única posible dedicación es la explotación de su ganado, están perdiendo unos derechos que tenían desde antes de la creación del Coto Nacional de Gredos.

Franco, acogido con emoción entrañable por los huertanos de Murcia y Orihuela

El Generalísimo Franco rodeado del pueblo a la salida de la Catedral

El Caudillo correspondo desde el balcón del Ayuntamiento de Murcia, a los entusiastas del público que no deja de vitorearlo

Aspecto de la Plaza del Cardenal Belluga, durante el discurso de S. E. —.—

S. E. viendo los planos del Canal de Reguerón, que los ingenieros le muestran durante su recorrido. —.—

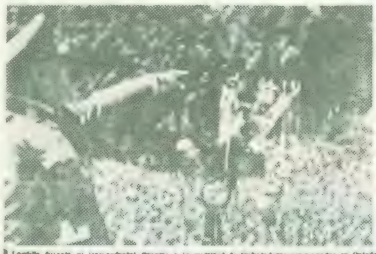
Un aspecto de Orihuela a la llegada del Jefe del Estado —.—

(Fotos. Ortiz y Cibra)

(«La Vanguardia Española», 2-V-1946).

ESPAÑA 1946

Más de setenta mil mineros aclaman al Caudillo en Oviedo



El Caudillo durante su trascendental discurso a la multitud de trabajadores congregados en Oviedo. (Foto Santos Yubero.)

YO RESPONDO DE QUE LOS OBREROS ESPAÑOLES TENDRAN LA AYUDA DEL ESTADO

Los bienes de la nación están para atender a las necesidades de todos los españoles, que si tienen derechos, también tienen obligaciones

Para que la justicia social se lleve a cabo hace falta un sentido espiritual presidiendo la vida

No nos alzamos por una clase determinada, sino por España entera, dijo Su Excelencia en su trascendental discurso

Todo el pueblo ovetense rindió al Jefe del Estado el homenaje entusiasta de su adhesión inquebrantable

El Caudillo, acompañado de los ministros de Trabajo y Obras Públicas, recorrió la cuenca minera entre delirantes aclamaciones y testimonios de encendida adhesión

(«Ya», 21-V-1946.)

"NUESTRA CRUZADA NO FUE UN CAPRICHO, FUE UNA NECESIDAD, PORQUE LLEVABAMOS UN SIGLO DESHACIENDO A ESPAÑA"

"No nos alzamos por una clase determinada, sino por la Patria entera"

"Yo respondo a los mineros asturianos, a los obreros de toda España, de que tendrán la ayuda del Estado"

DISCURSO DE FRANCO ANTE LOS MINEROS CONCENTRADOS EN OVIEDO

(«Arriba», 21-V-1946.)

SIMBOLISMO DE UN VIAJE

Franco ha cruzado España de Norte a Sur en una apoteosis de vítores y de manifestaciones de adhesión. Pocos gobernantes, tras la liquidación de una guerra civil, han presenciado, como en esta ocasión el Caudillo, traducida en intensa corriente de uno a otro extremos de la Península, tanta unanimidad ni tanta confianza en el común destino entregado a la habilidad de sus manos conductoras.

Por eso le han recibido en Sevilla, abarrotando las calles de la ciudad, más de cincuenta mil personas, escoltándole en su recorrido; por eso, y porque, llegado para honrar con su presencia, en su personalidad y significación de cabeza del Estado, los actos conmemorativos del quinto centenario del nacimiento de nuestro idioma, en su fase moderna, viene de lejos, de escuchar las enronquecidas aclamaciones y de conocer los problemas de los trabajadores curtidos en el más duro de los oficios: el que se realiza en las entrañas de la tierra.

«Los hombres que han de vivir en su tierra, de su jornal y de su trabajo, no pueden ser internacionales; han de ser españoles de arriba abajo.»

«Antes existía una ley que otorgaba a los obreros el derecho a la huelga, pero cuando llegaba el paro se echaba mano de la Guardia civil y de las tropas para perseguirles como a alimañas.»

(«La Vanguardia Española», 21-V-1946.)

Gijón, vibrante de fervor, reafirma la adhesión de Asturias al Caudillo

Que nadie pretenda de nuevo enfrentarnos, porque España tiene ya unidad y cuenta con la solidaridad de todos

Para nosotros el centro y fin de la Patria son los hombres, los que en ella viven en hermandad social, dijo Su Excelencia en su importante discurso

Más de 75.000 personas, entre repiques de campanas y toques de sirenas, le aclaman en las calles engalanadas

En la fábrica de armas de La Vega recibió un álbum con 2.000 firmas de los obreros y en Avilés visitó el pósito de pescadores

El ministro de Educación inaugura los actos de la semana dedicada a Nebrija

"Nuestro Movimiento representa la paz, el orden, la cultura y el mayor servicio a la Iglesia católica", dijo el señor Ibáñez Martín en su

(«Ya», 22-V-1946.)

Así, es simbólico este viaje que cruza España: ascensión en una trayectoria certera para llegar a los ámbitos de lo que conmemora el supremo don espiritual: la palabra; pero que antes se ha complacido en los más ásperos contactos y con los problemas arduos de la extracción de la riqueza.

Materia y espíritu forman de este modo el valor simbólico, altamente simbólico, del viaje, pero son elementos también integrantes de la realidad nacional, palpable, y están necesitados por ello de ese recuento y de ese estímulo que supone y lleva consigo la atención del gobernante.

El Caudillo fue a la zona minera de Asturias para patentizar una intención progresiva, y su comprensión de la ruda tarea del trabajador; a Sevilla le ha llevado un noble afán por mantener viva la encendida llama de nuestra cultura. Porque en este quinto centenario de Nebrija, patrocinado con celo por el ministro de Educación Nacional, están implícitos los más altos valores espirituales de la nación, los que marcan la continuidad de la Historia y abren sin cesar horizontes luminosos para el futuro.

(«ABC», 26-V-1946)

(«La Vanguardia Española», 28-V-1946.)

Estancia del Caudillo de España en Andalucía

El domingo clausuró solemnemente en Lebrija la "Semana de Nebrija", en cuya población se le tributó un inenarrable recibimiento

«En el progreso de las ciencias utilitarias, la Química y la Física han pospuesto a las que constituían la base de las viejas formaciones. Nosotros restablecemos en nuestras Universidades las otras dos ciencias olvidadas: la Filosofía y la Metafísica»

Los jerezanos y los gaditanos acogieron férvidamente la presencia del Jefe del Estado

(«La Vanguardia Española», 28-V-1946.)

EL DISCURSO DEL CAUDILLO EN LAS CORTES

En el acto inaugural de la segunda legislatura de las Cortes Españolas, el Jefe del Estado pronunció ayer un discurso encumbrado y terso, a cuya superficie afloraban la vibración dialéctica y un denodado impulso de perseverar en la obra de reconstrucción, rehabilitación y afirmación de España. Más que el cuerpo coherente de abundantes y fructíferas doctrinas políticas y sociales; más que la perspicacia en la contemplación del mundo que nos rodea; más que el examen de nuestra situación interior y exterior y la confianza en un futuro próspero, aquella voluntad indomable y celo perseverante en el empeño, parecían entallar, entonar y robustecer todo el discurso.

A los españoles no nos coarta ni compunge la presión extranjera, ni nos conturba el ánimo ese aleccionamiento de «dómines», que pugnan por manifestarse, en materia de doctrina política, con respecto a España. Ese es uno de los puntos más claros del discurso de Franco: España tiene un régimen propio, cargado de esencias vernaculares, y no puede admitir, ni a modo de contagio, normas extrañas.

En segundo término, resaltemos el esfuerzo tenaz con que en España se están realizando las sabias, humanas, inextinguibles doctrinas de la encíclica «Rerum Novarum», de León XIII, citada ayer pertinentemente por el Caudillo. El régimen español no es tiránico, porque los españoles no han aceptado nunca la tiranía; ni cruel, porque la crueldad no es característica española. Se mueve dentro de las leyes y con sujeción a normas preestablecidas de derecho. Su sistema judicial es autónomo y austero. Las libertades del individuo están garantizadas por leyes efectivas y fundamentales. Y, si los moldes democráticos que privan en algunas naciones no se acomodan al individualismo español, no pueden tampoco prevalecer aquí otros linajes de democracias extranjeras. Nuestra democracia es cristiana, orgánica y coadyuvante al desenvolvimiento libre y normal de la personalidad del hombre dentro de un régimen de convivencia y de equidad. Más nos preocupa la justicia social y el bienestar del pueblo que el sometimiento a normas inflexibles de política igualitaria.

Y, finalmente, y como contrapartida, Franco aludió a las pandillas que supo un día humillar y reducir con las armas en la mano: los comunistas. El comunismo es la reacción, el vasallaje, el terror, el menosprecio de las más indeclinables libertades del hombre, el servilismo vilipendioso al Estado. Es, en fin, una forma, una de tantas formas, de la democracia inorgánica que rechaza la mentalidad sana de nuestro país.

Esos tres puntos primordiales son, a nuestro juicio, incitaciones al razonamiento, que ningún español desatenderá al leer hoy el discurso completo del Jefe del Estado.

(«ABC», 15-V-1946)

El Caudillo pronuncia un trascendental discurso en la apertura de las Cortes

El Estado perfecto para nosotros es el Estado católico

Propugnamos la justicia social más amplia y generosa que haya reivindicado jamás ningún movimiento acaudillado por las izquierdas

En España el Gobierno de la nación discurre dentro de las leyes y conforme a un derecho preestablecido

Las campañas y maquinaciones del exterior han puesto a descubierto la unidad y fortaleza del régimen español

Durante la guerra, España ha practicado su política de buena amistad hacia todos los países con quienes tenía relaciones

EN LA CONCIENCIA DE TODOS LOS PUEBLOS SE SABE QUIEN AMENAZA AL MUNDO Y, SIN EMBARGO, NADIE SE ATREVE A PRONUNCIAR SU NOMBRE

EL CAUDILLO, DESPUES DE RECIBIR LA ENTUSIASTA ADHESION DE LAS CORTES, FUE OBJETO DE UN APOTEOSICO Y ESPONTANEO HOMENAJE POPULAR, QUE CULMINO ANTE EL PALACIO DE ORIENTE

(«Ya», 15-V-1946.)

EL ATENEO DE MADRID INAUGURA SU NUEVA ETAPA

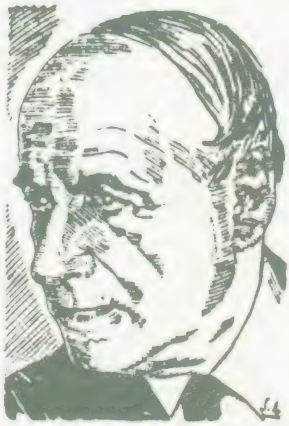
Don José Ortega y Gasset pronuncia su primera conferencia en España, después de la gloriosa Cruzada

«Entre una gran multitud de países enfermos —afirma el egregio pensador— España goza de una salud magnífica, casi podríamos decir que de una salud indecente»

Madrid, 4. 12 noche. (Crónica telefónica de nuestra Redacción.).— Al recobrar el Ateneo de Madrid su vieja y noble fisonomía, ninguna figura española hubiera podido ocupar la primera su tribuna con mayores títulos que don José Ortega y Gasset. El tema de la conferencia era lo de menos. La multitud que invadía los salones y los pasillos todos de la «docta casa» no se sentía atraída por otra cosa que por el alto interés que ofrecía la persona del conferenciante. Entre ellos había amigos de toda la vida del ilustre pensador, y adversarios, en el campo de las letras y en el de la filosofía.

Don José ha cambiado muy poco. Los años trazaron algunas arrugas nuevas en la amplia serenidad de su frente y aun ahondaron otras como si pretendieran penetrar en la profundidad del pensamiento. Su aparición en el estrado fue saludada con una ovación indescriptible, como en el Ateneo de Madrid no se recuerda.

El orador hizo su presentación serio, grave, ligeramente emocionado. Era tal vez, el momento más crítico de su vida. El público, selecto y distinguido que le aplaudía, tenía en sus miradas una inquietante curiosidad que no podía dejar de percibirse por un hombre de la inteligencia superior del señor Ortega y Gasset. Y don José lo captó rápidamente. Todo aquello que se estremecía ante su presencia no era la curiosidad de escuchar sabias y atinadas disquisiciones sobre el teatro. Aquello, era algo más. ¿Podía él soslayar aquella pretensión que iluminaba las miradas de todas aquellas gentes? Sin duda alguna. Talento le sobra



para hacerlo, pero no quiso hacerlo, y el público se lo agradeció fervorosamente.

Recogiendo de su conferencia un proverbio indio, que él lo jugó con la magia de su inteligencia y de su retórica —*cada vez que el hombre*, dice el proverbio, *sienta su pie sobre la tierra, pisa un centenar de caminos*— se podría asegurar que en los primeros momentos de la conferencia de don José Ortega y Gasset se abrían ante él, si no un centenar de perspectivas, por lo menos varias coyunturas y en cada una de ellas surgía un instante solemne y delicado. El orador les hizo frente con toda arrogancia y absoluta claridad. La nitidez de sus frases fue cayendo sobre el público, que adelantaba el busto en espera de las palabras que iban surgiendo y con el deseo de no perder ni una sola sílaba. Un saludo a las damas y a los caballeros. Inmediatamente un noble gesto para la juventud. «Muchos de vosotros no me conocéis, ni yo os conozco. Ignoráis mi pensamiento, así como yo desconozco el vuestro. Cuando tenía vuestros años, en esta misma tribuna se debatían temas variados, y entre ellos el tema de la política. Si no en esta ocasión, en otra nos encontraremos y hablaremos de la política buena y de la mala. No renuncio a entenderos ni a que me comprendáis. Nos veremos las caras». Seguidamente, después de un paréntesis provocado por el clamor de las ovaciones que estremecía los salones y el Ateneo entero, habló de la fiebre que estremece al mundo y de la crisis de Occidente.

Afirmó que en la limitación del horizonte, la posición de España era firme, aun contando con las pequeñas trabas que trataban de ensombrecerla. Y atregó: «Tenemos el deber de defender nuestra posición, ya que es una estricta verdad que entre una gran multitud de países enfermos, España goza de una salud magnífica, casi podríamos decir, que de una salud indecente». La sala se conmovió en su totalidad. Las gentes, puestas en pie, aplaudían con frenético ímpetu en una ovación que duró cinco minutos. No había mencionado el orador quién había impuesto al país el sabio y prudente tratamiento que determinó aquel estado que él acababa de calificar de una manera tan expresiva. No hacía, absolutamente, falta, por otra parte. Lo que no dijo él estaba en el ánimo de todos. La cordialidad de su gesto y la nobleza de su ademán completaban la frase.

Todo el resto de la conferencia fue una bellísima exposición mati-

zada con las más geniales imágenes y parábolas.

Los que habían escuchado a don José Ortega y Gasset en otros tiempos, salvaron, al oírle, el lapso de años que nos separan de aquellas fechas y se lo encuentran de nuevo entre nosotros en la plenitud de su inteligencia poderosa, en permanente floración y con la deslumbrante rapidez de su palabra maravillosa. Le contemplamos varias veces, pero en ningún instante como en aquéllos en que se dirigió a la juventud anunciándole que dialogarían en el futuro, o en aquel otro en que aludió a la salud de España. Cuando terminó la conferencia y cesaron los aplausos todavía eran un tema de comentario en los pasillos estas dos nobles y altivas afirmaciones. Ellas constituían, el más claro éxito de la conferencia de Ortega y Gasset. Todo lo demás, siguiendo la genial disciplina de su pensamiento, tuvo al público preso en la magia de su palabra durante cerca de hora y media, que pareció a la escogida concurrencia unos cuantos minutos. Los que hayan conocido al orador y le escucharan esta noche en su discurso del Ateneo, habrán sentido la alegría de escuchar a un Ortega y Gasset recobrado íntegramente para la perdurable grandeza del pensamiento español.

(«La Vanguardia Española», 5-V-1946)

LA CONVIVENCIA CON ORTEGA Y GASSET

Hemos leído en un diario una carta abierta dirigida a don José Ortega y Gasset, y, más celosos en este momento del aspecto nacional que del sesgo personal y directo que la epístola entraña, queremos, por una sola vez, intervenir, y, al amparo de un principio sentido de convivencia de todos los españoles dentro del recinto de nuestro país, impugnar el sentido y alcance de esa crítica. Compartimos nosotros fervorosamente el culto a la memoria de quienes fueron amigos inolvidables y siguen siendo guía de pundonor esforzado en la defensa de nuestros propios ideales inextinguibles. Hablamos, naturalmente, de los hermanos Miralles, y con la emoción, a diario renovada, que su heroicidad provoca siempre en nuestro recuerdo.

Pero cuando don Jaime Miralles suscribe invectivas tan acres y directas contra don José Ortega y Gasset como las que acabamos de leer, nosotros, que no nos hemos distinguido precisamente por la moderación en el ataque oportuno a las actividades políticas del ilustre catedrático, no tenemos más remedio que salir al paso, y precisamente esgrimiendo, en nuestro favor, la colección de ABC.

¿Cómo podremos olvidar nosotros que el señor Ortega y Gasset es el autor de aquel pernicioso Delenda est Monarchia, *que formó en la etapa postrera del reinado de Alfonso XIII, el núcleo de donde irradió la propaganda viciada que, en las aulas, en los bufetes, en las clínicas, en las redacciones, contribuyó a ofuscar a una muchedumbre de intelectuales? No lo hemos olvidado y seguimos deplorando y censurando el trascendental error. Pero ellos —los tres famosos intelectuales de* Al servicio de la República*—, ellos y muchos de sus amigos y secuaces, fueron los primeros que, en la opción que un día se nos planteó a todos los españoles, de anarquía republicana o liberación nacional, optaron, libre, leal y patrióticamente, por unos ideales sagrados que había que defender, en apretado haz, aventurando la vida, con la sangre y con la pluma. Los hijos de los tres firmantes del manifiesto a la República, Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Pérez de Ayala, acudieron a nuestras primeras filas como combatientes, y el mismo entusiasmo juvenil que ellos entonces derrocharon, encendió, al servicio de España, la pluma de sus padres, que, desde el año 1936, emplearon su cultura, su autoridad en el mundo y su talento indiscutible en la difusión de nuestra causa: la causa de toda España frente a un desbordamiento enajenado de la barbarie, la inmoralidad y la criminalidad, que anegaba —como era inevitable, y eso es lo que ellos no previeron— a la jocunda República de trabajadores de todas clases.*

Refiriéndonos concretamente a don José Ortega y Gasset, ¿no fue este

escritor el primer faccioso *público de la República que él mismo había contribuido un día a instaurar? ¿No proclamó su elocuente voz la primera, radical, irreducible disidencia en el confuso conglomerado de intelectuales servidores de la República? Ortega y Gasset no quiso entonces alejarse a las cimas señeras de la metafísica, sino que, desabridamente, repudió, en la Prensa y en la tribuna, las esencias y las formas de un régimen oprobioso para los españoles. Don José Ortega y Gasset, don Gregorio Marañón y don Ramón Pérez de Ayala propagaron nuestra causa por el mundo en el momento mismo en que a ella inmolaban los hermanos Miralles su vida, y por ella arriesgaban la suya los hijos de estos tres españoles esclarecidos. Posteriormente, y en tierras de América, fueron blanco de las injurias más virulentas, expresadas a veces en manifestaciones públicas organizadas por los rojos exilados, que los calificaban de traidores porque se negaban a amparar con su prestigio un pasado republicano de crímenes y una campaña turbia de mentiras en torno a la sangrienta revolución roja, la guerra civil y sus orígenes. ¿No cree el señor Miralles que nuestros enemigos derrotados en los campos de España hubieran preferido poder contar para sus envenenadas maniobras con el apoyo del señor Ortega y Gasset en lugar de verlo libre y activamente conviviendo con nosotros?*

Son hechos que no pueden olvidarse tampoco cuando se piensa hacer una revisión de cuentas viejas, y que no olvidaron las autoridades nacionales al requerir un día el concurso de Ortega y Gasset para el Consejo de la Hispanidad. Más motivos tenemos de regocijo y congratulación cuando podemos vernos «cara a cara» con éste y con otros españoles de su nivel intelectual que cuando percibimos el extravío de los que, en tierras extrañas, nos difaman. Desgraciadamente, no son pocos los españoles que desde el extranjero desalojan la vesícula biliar de su encono sobre la Prensa, la radio, *la cátedra y la tribuna. ¿No hubiéramos preferido tenerlos a nuestro lado desde el primer momento dramático? Y ya que no fue así, ya que en los momentos capitales del actual proceso del mundo tuvimos que afrontar hasta con orgullo su desvío, ¿no nos halagaría hoy, cuando las heridas empiezan a restañar y la convivencia de todos los españoles aparece como la premisa y el requisito ineludibles de un futuro de fructuosa normalidad, poder ensanchar las colaboraciones leales y patrióticas?*

Porque es hoy cuando las voluntades de España se han de hacinar febrilmente en la tarea que ha de poner un remate definitivo y digno a la obra que iniciamos en el mes de julio de 1936.

(«ABC», 10-V-1946.)

Benavente y Ortega Gasset

Como tantas veces antes, como es de desear que aún en muchas ocasiones en lo sucesivo, don Jacinto Benavente se encuentra de nuevo en Barcelona. Regresa ahora de la América española de aquella ingente vida de resonancia hispana, donde ha sido, por la sola fuerza de su personalidad indiscutible, embajador español de la inteligencia. Menudo, punzante, nervioso, despierto, don Jacinto ha llevado allá consigo, en una postura elegante e inequívoca, los más brillantes retazos de esta realidad española, de esta paz española, de este resurgir equilibrado español que algunos aún se obstinan en desconocer. Y casi coincidiendo también en el regreso, avanzándosele tan sólo en unos días, he aquí que otro ilustre representante del quehacer inteligente español, otro campeón del pensamiento, se ha reintegrado a su patria: don José Ortega y Gasset, que, macizo, profundo, abstraído, sereno, ha sido durante muchos años embajador de la mejor inteligencia de España en el otro país peninsular hermano.

Dos hombres que, desmintiendo con el acto de su regreso toda posible especulación malévola, vienen a España, de cuya sangre y de cuya médula se han nutrido, para continuar aquí el regalo maravilloso de su maestría. Vienen de nuevo porque, como decía Ortega, «sólo se ven bien los paisajes cuando han sido fondo y escenario para el dramatismo de nuestro corazón». Para estos dos españoles insignes, sinceros y puntuales, no hay más fondo ni escenario posibles, no hay más paisaje visible para la acción de sus vidas, que esta vieja España recobrada, a la que aman con amor auténtico porque la han sabido elegir. Don Jacinto recordaba en Lisboa, con esa nostalgia aguda de lo que está próximo a lograrse, su casita del Guadarrama, enquistada en el áspero paisaje de la sierra. Tal vez, a su turno, don José Ortega y Gasset se encele con aquellos dos paisajes entre los que ha querido desenvolver el patetismo incansable de su pensamiento: la dorada y agreste Castilla, donde la llanada semeja un alto pecho robusto de varón, y la dulce Asturias, de verdes valles minúsculos y vida recoleta. Para los dos no ha

BENAVENTE LLEGO AYER A LISBOA Y HACE PARA "ARRIBA" SUS PRIMERAS DECLARACIONES

"DESDE QUE DESEMBARQUE EN AMERICA NO HE CESADO DE PREDICAR LA VERDAD DE ESPAÑA"

"Allí muchos no se han enterado todavía de que el Movimiento del 18 de Julio puso fin a un período de total anarquía"

"En España hay más libertad y menos Policía que durante la República", ha dicho don Jacinto en sus conferencias

Perón, que visitó personalmente al ilustre dramaturgo, dedicó los más calurosos elogios a nuestra Patria

(«Arriba», 7-V-1946.)

habido incitación mayor que la del terruño, sabedores de que en él han de lograr una paz, una estabilidad que es cada vez menos asequible por esos mundos de Dios.

Mas no hay en este volver a los lares patrios sólo el esquema de un regreso de viajero, cargado de recuerdos olorosos, sino la realidad de una decisión vocacional en la que España se pone por encima de todo y, además, el resultado de un discernir inteligente, en virtud del cual el hombre, en busca de su destino, regresa a los escenarios vitales donde su voz tiene mayor resonancia y su pensamiento halla los sostenes desde donde, como desde las andaduras de una alta torre gótica, puede elevarse hasta conquistar los cielos. Los dos vienen a España porque es el suelo de España, su tierra nutricia, que pueden gozar en paz, la que les da la fuerza y el renuevo. Y uno deja la amable Lisboa, que recibe cada día el mensaje ensoñador del Tajo, y otro abandona la ancha Argentina para vivir, para fundirse en la tierra natal, sumiéndose, al propio tiempo, en la inquietud y en la esencia del alma colectiva de España.

Cada uno de ellos señorea un cuadrante del pensamiento español, y mientras Benavente universaliza sobre las tablas escénicas del mundo, a la luz de las candilejas de todos los continentes, la costumbre, la fantasía, el ritmo dicharachero o aristocrático del ánimo popular español, Ortega y Gasset españoliza la quintaesencia del Occidente, alquitarando lo alto y lo noble de Europa y vertiéndolo luego en el molde genial de una interpretación de espectador español inteligente. Benavente lleva al mundo la gracia alada, picaresca y sutil del galopín en «Los intereses creados»; la recia, sincera y viril figura del hombre en «La propia estimación»; el chachareo provinciano y mordaz de «Alfilerazos» o la sólida contextura del campesino en «Señora Ama», creando una tipología española insuperable, estilizando lo castizo y haciéndolo universal, al tiempo que Ortega, al revés, hace castizo lo extraño después de tamizado y naturalizado por el toque genial de su pensamiento de síntesis. Así, Ortega se plantea desde una vigorosa españolidad el problema europeo del significado de la existencia en «El tema de nuestro tiempo», resume u organiza la perfección de la novela universal a través de las españolísimas «Meditaciones del Quijote» o sabe asumir una postura inequívoca de español también, al que nada humano le es ajeno, y para el que todo adquiere un matiz racial visto con ojos españoles, en «El espectador».

Benavente analiza, sutil o irónico, fantástico o realista, cuanto el contorno español le ofrece para lanzar a su vez al mundo el esquema de su tiempo hispánico, haciendo eterno lo deleznable, y universal lo local. Ortega sintetiza lo universal, destila el Occidente y lo españoliza, tiñéndolo de un profundo sentido humano, ansioso de postrimerías y anhelante de versiones últimas, en lo que viene a parar siempre la actividad mental española. Y entre uno y otro, entre el universalizador de lo español y el españolizador de lo universal, España logra un rango espiritual de primer orden. Ninguno de los dos ilustres españoles, ni don José Ortega y Gasset ni don Jacinto Benavente, son ajenos a la realidad española ni pueden engañarse acerca de su significado, ellos que han sabido extraer, para lo universal o para lo local, la esencia íntegra de nuestro suelo. Por eso, porque son incapaces de engañarse, saben valorar como nadie cuánto significa y cuánto pesa esta hora de la realidad española, que les ofrece una paz y un equilibrio incomparables.

Luis FONTES DE ALBORNOZ
(«La Vanguardia Española», 11-V-1946)

CINCUENTA PESETAS POR CORTAR EL PELO A GROMYKO

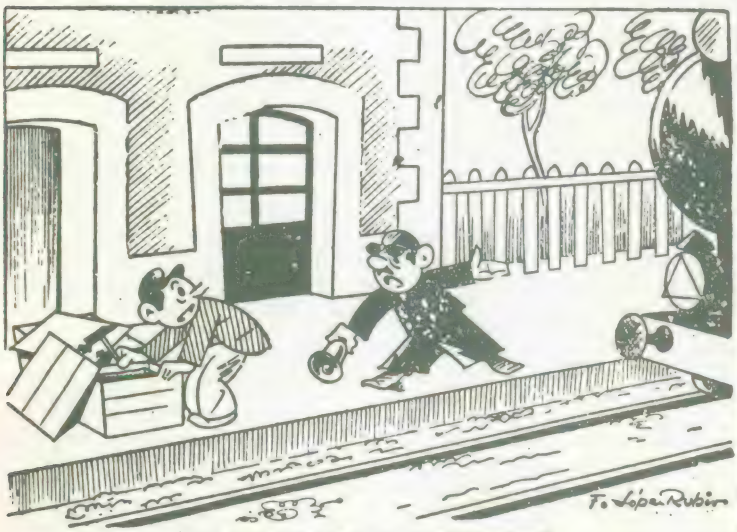
El ruso, que vive como un gran duque zarista, exige un peluquero previamente "investigado"

A su puerta llama constantemente Fernando de los Ríos, con aire de hombre mínimo dispuesto a todas las claudicaciones

NUEVA YORK 11. *(Crónica radiotelegráfica del enviado especial de la agencia Efe.)* — La cuestión española en el Consejo de Seguridad discurre de momento discretamente a través de tres grandes hoteles neoyorquinos: El Pierre, el Savoy-Plaza y el Plaza. Los fabricantes de revoluciones dan o pretenden dar mala vida a los no iniciados en su círculo, pero ellos se la disfrutan magnífica. En el hotel Pierre viven los franceses de la O. N. U.; en el Savoy-Plaza los polacos y en el Plaza los soviéticos. Estos tres grandes hoteles se alzan majestuosamente sobre uno de los sitios urbanos más bellos de la ciudad: el trozo de la Quinta Avenida que se conoce con el nombre de plaza del Gran Ejército. Ahí rompe su recta la suntuosa Quinta Avenida y se ensancha y se remansa, dejando en el centro un extensísimo cuadrilátero que cierra por su parte Norte la muralla generalmente verde del Central Park. Esta plaza constituye el supremo lujo neoyorquino, espacio libre saliendo de la alta edificación de la zona media de la ciudad, espacio libre dedicado a las viejas glorias militares yanquis.

El Pierre y el Savoy están sobre una misma acera de la Quinta Avenida y el Plaza en la otra de enfrente, marcando tres de los cuatro puntos cardinales de la actual conjura diplomática antiespañola. El otro punto, el cuarto, se encuentra en la calle 61, al flanco del hotel Pierre y del Consulado soviético. Difícilmente se podrá encontrar un escenario más aparatosa para una farsa tan ruin. En esta farsa hay un primer actor, el ruso Gromyko; dos segundos, el francés Bonnet y el polaconorteamericano Lange, y un comparsa, nuestro maleante universitario Fernando de los Ríos, acompañados todos de un acompañamiento de hombres y mujeres que internacionalmente son albañiles de la torre de Babel roja: hablan en todas las lenguas. Del Plaza al Pierre y del Savoy al Consulado soviético se teje continuamente una red conspiradora.

Gromyko vive en espléndido aislamiento, y ocupa en el hotel Plaza un piso entero, costumbre de los grandes duques zaristas. Allí se guisa la comida de Gromyko, violando el reglamento del Plaza, que nunca permitió tamaña fantasía a ninguno de sus habituales y aristocráticos moradores. Gromyko está protegido



HAY QUE CONTAR CON LOS IMPREVISTOS

—¡Pero, pedazo de...! ¡Ya está aquí el tren y todavía tienes las cajas sin preparar!
—¡Recontra! ¡Si es que hoy ha "llegao" a su hora!

(«ABC», 19-V-1946.)

por una red de policías soviéticos y yanquis. La desconfianza soviética hacia el orbe capitalista es tanta que Gromyko, cuando necesita un corte de pelo exige que vaya un peluquero previamente investigado a su cuarto. Precaución sobre precaución: tres detectives bolcheviques, con la mano metida en el bolsillo de la pistola, rodean a Gromyko y a su fígaro mientras dura la tarea de éste... Uno sabe esto porque los peluqueros en ninguna parte son mudos y porque en las barberías elegantes de la Quinta Avenida no se habla de otra cosa... Gromyko, magnánimo y probablemente porque está en Nueva York y no en Moscú, permite a su fígaro que salga vivo de la habitación y le abona por el servicio cinco dólares. Un modo como otro cualquiera de hacer propaganda soviética, ya que en el mundo capitalista yanqui la tarifa máxima por un corte de pelo es ahora de un dólar.

Entre los individuos que más llaman hoy a la puerta de Gromyko, sin que esto quiera decir que Gromyko los reciba siempre, figuran algunos rojos exilados de España. Nuestro maleante universitario va de la puerta rusa a la puerta polaca y de la puerta polaca a la puerta francesa, del Plaza al Pierre y del Pierre al Savoy, siempre con un aire de hombre mínimo, dispuesto a toda claudicación en beneficio de su vanidad senil. Compinches y secuaces recién venidos de París le acompañan en su peregrinación melancólica hacia el muro de las lamentaciones soviético-polaco-francés, y como muchos españoles tienen la manía de hablar a gritos, creyendo que nadie entiende su idioma, adonde van entran chillando y, desde luego, diciendo disparates, incluso de sus propios protectores. El otro día, en el Pierre, sede francesa, algunos de esos celtíberos rojos se quejaban de lo mal que se vive en Francia, de lo pésimamente que se come, de lo poco que vale el franco, críticas que arrancaron a una dama allí presente este comentario en voz alta: «Razón tienen... El franco francés vale muy poco o nada; el único franco que hoy posee un valor enorme es el Franco español...»

Pasan las mañanas, las tardes, los días nuestros rojos trotando de hotel en hotel, y calman su impaciencia comprando las últimas ediciones de todos los periódicos. «¿Qué dice ese periódico?», se preguntan los unos a los otros, siempre a gritos. «Pues, no dice nada de España», se responden defraudados. A la hora de fajina se oye gritar en esos grandes hoteles a los españoles rojos recién venidos de París y quejosos de la mala alimentación francesa: «¿A dónde vamos a comer hoy?», inquiere uno de ellos, que está en la realidad de la hora. «Adonde den carne», responden a coro los otros. Y lo dicen no con feroz y simbólico acento de matanza revolucionaria, sino con hambre vieja que busca desquite culinario.

(«Arriba», 12-V-1946)

Madrid prometió ayer la defensa de los dogmas de la Asunción y Mediación de la Virgen María

EL VOTO SOLEMNE FUE FORMULADO POR EL ALCALDE ANTE LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE LA ALMUDENA Y EN PRESENCIA DE 15.000 FIELES

EL OBISPO DE LA DIOCESIS CELEBRO UNA MISA DE PONTIFICAL Y PRONUNCIO UNA SOLEMNE ALOCUCION

El acto fué organizado por la Asociación Católica Nacional de Propagandistas

reno Torres, en nombre del pueblo madrileño, se expresó en los siguientes términos:

"El mundo católico invoca el nombre de María, Madre de Dios, con inquebrantable fe y con plenitud de amor humano en todos los lugares del universo cantos de gloriosas; se levantan y erigen bajo su advocación los más grandiosos templos y santuarios, y se dedican a sus altares a rendirnos las piedras y metales más preciados, y las más preclaras flores. En esta incesante tributo de amor seguido a María Santísima a través de los siglos España ha venido siempre un lugar de preeminencia, poniendo consideraciones como a la nación mariana por excelencia por su amor fidelísimo a su Reina y Madre, que quiso honrar y santificar el suelo de nuestra Patria, posando en él sus virginales plantas y dejándonos en prenda su Pilar bendito, base firmísima de nuestra fe y soporte poderoso de nuestra unidad nacional y de nuestro patriotismo.

Dogmas de fe solemnemente definidos y declarados son los de misterios de la Maternidad divina de María y su Inmaculada Concepción, y verdad ampliamente profesada en la Iglesia universal, pero sin tener aún el rango de dogmas de nuestra fe, es el misterio de la Asunción glorioso de María, ahogada nuestra [illegible]

El alcalde de Madrid, conde de Santa María de Nieva, acompañado del secretario general [illegible] el acto de [illegible]

EL COMUNISMO ES LA VERDADERA AMENAZA

"Si Franco se marchase, entonces es cuando España constituiría un peligro para el mundo"

Declaraciones del padre Owen, S. J., en "The New York Times"

NUEVA YORK, 30.—El diario "The New York Times" publica hoy una carta que firma el padre Aloysio Owen, de la Compañía de Jesús donde este conocido escritor denuncia la maniobra roja internacional que hoy estaría contra España. El padre Owen dice que España no constituye ningún amenaza contra la paz del mundo, y que si Franco se marcha es cuando España constituirá una amenaza, pues los "girondinos", los "pintos", los "barrios", los "quinogas", etc., que aspiran a restaurar la República, ya demostraron en 1931 y 1936 que sólo sus espaces como políticos de traicionar a su país y entregarle al comunismo. Detrás triunfa el comunismo—véase el ejemplo presente de los países bálticos, Polonia y los Balcanes—, allí surge una estólica amenaza a la paz. España—añade el padre Owen—no sería ahora una excepción, como tampoco lo fué en 1936. *EFE.*

No existe un Gobierno español en exilio

NUEVA YORK, 30.—El rotativo norteamericano "Daily News", el de mayor circulación en Estados Unidos, ha publicado hoy en su sección de "Cartas de los lectores", una, que firma "Un patriota de Manhattan". "Yo pienso que nosotros debemos reconocer que Franco, Jefe de una España con la que tenemos amistosas relaciones es actualmente el único Gobierno que existe en España. No existe un Gobierno español en el exilio, es ficticio, desaparecido. La República española [illegible]

(«Ya», 31-V-1946.)

Además de forajidos, grotescos

Publicamos en otro lugar de este número, a título pintoresco, un telegrama relativo a los fantoches que se apodan gobernantes exilados de España. En esa información se recoge un telegrama del Giral al Fernando de los Ríos en que aquél denuncia las torturas y tormentos aplicados a varios centenares de presos en la cárcel de Barcelona y, el otro, a iguales excesos sangrientos cometidos contra otros penados en Andalucía.

Invitamos al lector, no al asombro, porque no incurriremos en la ingenuidad de suponer a nadie capaz de asombrarse de nada, en cuanto a mentiras y calumnias antiespañolas, pero sí a la carcajada. Algo bueno tenemos que agradecer a esos danzantes de la República fantasma y nómada, cuando nos atribuyen una tan espléndida cosecha de garbanzos que permite a los feroces carceleros de Barcelona dilapidarlos con prodigalidad para servir

de lecho a los atormentados por la flagelación implacable del Régimen. La idea del martirio sobre semejante leguminosa es de una originalidad perfectamente republicana. Mucho es que no han dicho sobre montones de lentejas que son el último artículo alimenticio de que tiene noticia el doctor Negrín y sus compañeros de expolio y de criminalidad. El último artículo alimenticio... para el pueblo, que no para ellos, bien nutridos hasta su huida de España empujados por las bayonetas de Franco.

Toda esta paparrucha colma las medidas más vastas del ridículo y nos avergüenza, no por lo que tiene de calumnia, sino por lo que acusa de indigencia mental plebeya en gentes que se llaman profesores y que no dan sino la talla de unos maleantes lugareños. «El Chato de Cuqueta», aquel criminal nato, que hace muchos años espantó a España con sus crímenes en un pueblo de Valencia, podría dar lección de finura intelectual a este amerengado y cursi Fernando de los Ríos, uno de los tipos más grotescos que nos ofreció la República, tan fecunda en semejantes esperpentos. Y otro tanto a Giral.

No vale la pena de desmentir ni de rectificar la torpe especie calumniosa. Todos los extranjeros que con ánimo más o menos fisgón, y aun con intención sana de informarse lo han querido hacer, han podido comprobar «de visu» en nuestras cárceles el régimen penitenciario actual en España. Y no hay español ni extranjero que no sepa que la política que en materia penal ha seguido el Caudillo, mejora con incomensurable ventaja todas las gracias y todas las generosidades que jamás haya podido dispensar Gobierno alguno a los enemigos políticos y aun a los delincuentes, que no lo sean por delito común. Pero no vale la pena repetir argumentos, perdidos como las clásicas margaritas cuando se les brindan a estos españoles inmundos que andan por ahí, arrastrando con el sonsonete de sus cadenas, ¡y éstas sí que son de presidiarios y forajidos!, la vileza de su negra alma de traidores a la Patria.

(«La Vanguardia Española», 2-V-1946)

MADRID. — La esposa de Su Excelencia el Jefe del Estado, doña Carmen Polo de Franco, y su hija la señorita Carmen Franco, visitaron ayer la Exposición del Libro Misional Español, que se celebra en el Retiro. (Foto V. Muro.)

MADRID. — Ayer regresaron a esta capital algunos de los niños de los suburbios que fueron enviados hace varios meses al Preventorio de la Salbiona, de Tarragona. Como se ve en nuestras fotografías, el estado de los pequeñuelos no puede ser más satisfactorio. (Fotos V. Muro.)

SANTIAGO DE COMPOSTELA. — Los profesores portugueses que visitan esta ciudad han sido obsequiados con una recepción

(«ABC», 10-V-1946).

El habla de la eficacia española

Si pervive, y puede hablarse de él en serio, sin ditirambo hueco, el imperio espiritual de España sobre veinte naciones del mundo, es por obra y gracia del habla castellana. Pero aún para quienes tengan la desgracia de no sentirse propicios a las sugestiones de la espiritualidad, aún para quienes con inteligencia miope y con vuelo pequeño se muestren únicamente dóciles a los subalternos instintos de la materialidad; también para ésos será saludable recordar que si se puede andar por el mundo de las cosas fungibles, de las economías, de las finanzas, y de los negocios, bien asistido de un instrumento práctico de relación es gracias precisamente a esa habla que en el Continente nuevo y joven, abierto a todas las promesas de la fecundidad, es lenguaje vivo, corriente e inteligible.

No constituyen, pues, unas brillantes justas literarias ni unos galanos torneos en que se conjugan el culto a la Historia y el culto al memoración del V Centenario del fundador de la lengua castellana, como instrumento sistematizado de nuestra unidad léxica. Mucho más que eso, lo que ahora se conmemora y se festeja en Sevilla, y desde ayer con la presencia, que lo unge de especial solemnidad, del Jefe del Estado, es la fundación de aquel Imperio de España sobre el mundo de su lengua. Porque, como ha dicho con certero juicio el ministro de Educación Nacional, el castellano no se impuso a las demás hablas peninsulares diversas, acotadas y reducidas por su propio ser, al fuero íntimo del hogar y, a lo sumo, al ámbito estrictamente literario, sino que surgió lengua común sobrepuesta a todas ellas, en un sentido ecuménico porque era religioso y evangélico, para ser vehículo, primero de la Cruzada contra el Islam y después, de la ex-

DOS DE MAYO DE 1808

Estos prados de a egres merendolas
--¡oh puros héroes de Austerlitz y Jena!--
volvéis, en criminal marimorena,
matadero de majos y manolas.

Verbena es de la Muerte, con farolas,
y la salida al baile, última pena.
(A vuestro Napoleón, mi enhorabuena
por esta "suite" de danzas españolas).

Pero el rojo verano, al sur espera:
Cerros de Ubeda y soles de Antequera
prolongarán, en serio, la chacota.

Y allí, bajo garrochas de vaqueros,
aprenderéis, intrépidos guerreros,
a bailar, en Bailén, nuestra gavota.

Rafael Sánchez Mazas
(De la Real Academia Española)

Los Madriles, Los de Mayo de 1946

(«Arriba», 2-V-1946.)

pansión civilizadora, apostólica y misionera sobre América. No fue elegido al azar, ni por privilegio ni privanza afectiva, el castellano como verbo de la unidad de España entre aquellas diversidades filológicas particularísimas de determinadas regiones y comarcas que se unían. Por el contrario, si Castilla hizo a España y la proyectaba al otro lado de los mares con la maravilla del descubrimiento y de la civilización ¿qué mucho que fuera el verbo de Castilla el que atrae, garantizándola, aquella unidad operante y fecunda?

Eje de la política espiritual de la actual España renacida, es la hermandad militante y eficaz con los pueblos de Hispano-américa que hablan como España el castellano. No guían a nuestra Patria en los momentos presentes apetitos ni ambiciones megalómanas de hegemonías políticas sobre ningún país del mundo. Pero tampoco España puede renunciar al destino histórico que le han legado cinco siglos de sincronización idiomática —como diríamos en terminología moderna— con los pueblos de Hispano-américa. Nos obliga mucho el blasón de haber sido los progenitores de los países que en esta hora desangrada y casi inerte del Universo, constituyen el oasis en que se han refugiado las fuentes de la vida y las palpitaciones de la actividad. Pero hay algo que nos obliga más todavía, si queremos mantener con dignidad la línea inconfundible y genuina de nuestro abolengo: el haber dado a aquellos pueblos lo más humano que tienen los hombres, lo más humano que tienen las naciones, lo más humano y perdurable e importal que tiene la Castilla genésica: el habla.

(«La Vanguardia Española», 25-V-1946)

ALFOMBRAS persas auténticas, vendo. Arañas. Varios. -- 48029.

PIES PRECIOSOS
PEQUEÑOS SUIZOS

"LA OFENSIVA INTERNACIONAL DEL ODIO CONTRA ESPAÑA ALCANZA AHORA EL PAROXISMO"

"España lucha bravamente contra un mundo que le echa en cara las taras que a él le enlodan"

Por ello, el diario argentino "Tribuna" considera un "deber de sangre" el préstamo a España

(Crónica de Iñigo de Santiago desde Buenos Aires)

BUENOS AIRES 3.—Transcribimos a continuación los principales párrafos del editorial titulado «Deber de sangre» que el diario comunes son sometidos en España a un proceso judicial. Y ahora, como última ironía, el «caso español» es sometido a un Tribunal in- de sangre común, al sentir de los argentinos.

Entretanto, una de las más altas jerarquías de nuestra Iglesia

(«Arriba», 4-V-1946.)

Respuesta a la difamacion

Quisiera hablar hoy a todos aquellos cuya conciencia nacional está viva y despierta: a los españoles que, fuese cual fuese su color político de fronteras adentro, han sentido ira en su alma cuando leyeron la famosa «nota tripartita», y la siguen sintiendo cuando leen lo que la mala fe de algunos y la ignorancia culposa de muchos van propalando acerca de España por esos mundos que no quieren ser de Dios. La respuesta personal a las amenazas de intervención —quiero decir: la respuesta de cada uno de esos españoles— no debe quedar en un puro arrebato de cólera, más o menos contundente o ingeniosamente vertido en palabras. Para que esa respuesta comience a ser eficaz, ha de ostentar, cuando menos, estas dos notas: la firmeza y la inteligencia. No será nuestra respuesta inteligente si no es firme; no podrá ser verdaderamente firme si no es inteligente, si no acierta con aquello que José Antonio echó de menos en la política de su padre y llamó «elegancia dialéctica».

Para nuestra fortuna; esta vez parecen ir aliadas en el ánimo y en la conducta de casi todos los españoles, la firmeza y la buena dialéctica. Pero nuestra respuesta no acabará de ser eficaz —con otras palabras: no acabará de ser firme e inteligente— si no está duraderamente apoyada en dos hábitos psicológicos: uno, tocante a lo más propio e individual de nuestra existencia; otro, a lo que de social hay en ella.

No será plenamente eficaz nuestra actitud polémica si no nos preguntamos con frecuencia por la calidad de nuestro quehacer individual. ¿Somos cada uno de nosotros el médico, el profesor, el industrial, el poeta, el jurista que debemos ser? ¿Son tan buenos como debieran, supuesta la capacidad de que, naturalmente, estemos dotados, nuestros diagnósticos, nuestras lecciones, nuestros productos mecánicos o químicos, nuestras metáforas y nuestras leyes? ¿Hasta qué punto nos es enteramente lícito invocar la peculiaridad del destino de España mientras cada español responsable no conteste afirmativa o, cuando menos, satisfactoriamente, a lo que de las anteriores interrogaciones le toque?

El segundo de los hábitos necesarios atañe, como dije, a nuestra vida social o colectiva. Consiste en proponerse a menudo esta sencilla pregunta: ¿en qué medida contribuye mi vida individual y familiar a

MADRID.—En la Real Academia Nacional de Medicina ha tomado posesión de plaza de número el académico electo don Pedro Lain Entralgo, cuyo discurso versó acerca de «La anatomía humana en la obra de Fray Luis de Granada». En nombre de la Corporación, contestó el académico D. Enrique Fernández Sanz. (Foto Sanz Bermejo.)

(«ABC», 16-V-1946.)

que sean equitativamente compartidas por los españoles la abundancia y la escasez? El método de la pesquisa es bien accesible a todos. No requiere estadísticas complejas ni investigaciones aparatosas. Bastan dos diligencias: preguntar a quien lo sepa —al propio interesado, en último extremo— cuánto ganan diariamente el tranviario, el albañil, el empleado de Banca, el funcionario de Administración pública, la costurera que va de casa en casa; y luego, a modo de complemento, informarse en el propio domicilio acerca de lo que real y efectivamente cuesta en el mercado un kilogramo de carne, de pescado, de legumbres, de azúcar, de aceite. Todo quedará entonces reducido a un facilísimo problema de aritmética y a otro problema, menos fácil, de corazón.

Decidme, amigos: ¿será suficientemente firme e inteligente nuestra respuesta de españoles a la calumnia exterior mientras no hayamos incorporado a nuestra existencia estos dos sencillísimos hábitos?

(«ABC», 2-V-1946)

LA VANGUARDIA en la frontera francesa

Otra vez el cerrojazo

San Sebastián, 30, 11 noche. *(Crónica telefónica.)* — De nuevo se ha cerrado la frontera francoespañola. Ha caducado el plazo de treinta días estipulado entre los Ministerios de Asuntos Exteriores de España y Francia y a las diez de la noche del martes, hoy, 30 de abril, se dió el cerrojazo a la línea fronteriza en el puente internacional del Bidasoa, por el cual durante este mes se ha consentido que cruzaran todos aquellos españoles y franceses que tuvieran su documentación en regla y su visado válido. En realidad el acuerdo tenía una amplitud de tira y afloja, que consintió muchas cosas sin que se atuvieran las autoridades fronterizas a la intransigencia de los primeros momentos. Ahora se asegura en los medios oficiosos de Irún que puede ser todo muy distinto, porque así lo reclaman determinados aspectos de la vida internacional. En Francia están en pleno período electoral y nadie quiere dar al contrario un arma que le sirva de propaganda. De aquí los temores de los «leaders» de los distintos partidos franceses ante la suspicacia que pudiera originarse en lo que ellos estiman una benevolencia con el régimen de Franco. Consentir en la frontera cualquier solución que diera motivo a una sospecha de tibieza supondría mermar algunos votos en las urnas. «Ya la lucha va a ser tan cerrada —dice uno de los últimos españoles que ha cruzado el puente internacional—, que nadie se atreverá a arriesgar el menor recurso para su ansiado triunfo, aun cuando particularmente en el sudoeste francés se teme que un triunfo amplio de la izquierda francesa, logrado por comunistas y socialistas, representaría la tirantez de relaciones entre España y Francia, con la consiguiente prolongación del cierre de frontera, que tantos perjuicios ha ocasionado ya a los vascos de las dos márgenes del Bidasoa.»

El último día del acuerdo entre España y Francia ha transcurrido en completa calma, sin que nada hiciera recordar la fecha.

Durante las últimas veinticuatro horas salieron de España treinta viajeros de distintas nacionalidades, en tanto cruzaron la frontera procedentes de Francia otras veinte personas.

Minutos antes del cierre de la frontera, a las diez de la noche, salía de España madame Marthy, de nacionalidad francesa, que pocos minutos antes había logrado completar su documentación. Y la última persona que entró en Irún procedente de Francia fue madame Bomaquil, con pasaporte belga, en tránsito para Portugal. Han sido, por tanto, dos mujeres las que han aprovechado en última instancia el acuerdo que ha caducado al entrar la noche.

Para mañana, 1 de mayo, fecha un poco intranquila para los del otro lado del Bidasoa, no hay nada establecido en concreto, o al menos nada se ha anunciado oficialmente, aun cuando se sabe que monsieur Merel, comisario de la Policía francesa en Hendaya, acompañado de monsieur Tissier, también autoridad en el puesto fronterizo, estuvo en la Comandancia de Irún para entrevistarse con el comandante del puesto fronterizo. Sin embargo, el rumor dice que el hermetismo del cierre será relativo. Se confirma la impresión de que a partir de este momento no podrá pasar ningún español o francés civil; pero también se asegura que circularán sin trabas cuantos lleven pasaporte diplomático e incluso es muy probable que se consienta el paso a viajeros en tránsito cuando no sean franceses o españoles. De un momento a otro se dará a conocer el comunicado oficial que aclare todas las dudas y que seguramente no variará lo que dejamos consignado en estas líneas, la última palabra la dirán los Ministerios de Asuntos Exteriores de Madrid y París, de los que no se espera ni en Irún ni en Hendaya una mejora sensible en las relaciones fronterizas.

—Angel EZTERECOCHA.

(«La Vanguardia Española», 1-V-1946)

PUES, VERA USTED...

El padre Venancio Marcos recibe más cartas cada día

Desde que hace seis meses comenzó sus famosas emisiones de radio

Todos los domingos, a las ocho y media de la noche, el locutor de Radio Madrid anuncia que va a comenzar la emisión de divulgación religiosa, a cargo del padre Venancio Marcos. Hasta esa hora se han estado radiando discos «solicitados por los señores abonados a la Unión de Radioyentes», o sea musiquillas alegres y populares, canciones de la Piquer, fadanguillos de Gracia de Triana, «blues» y «swings», «la Cumparsita» y otras melodías por el estilo. El contraste es tremendo, ¿verdad? Pues bien: he aquí el milagro. Los oyentes que escuchaban complacidos la música que ellos mismos solicitaron, antes de que el reloj llegue a señalar las ocho y media, empiezan a impacientarse: «Ya falta poco». «A ver qué nos dice esta noche el padre Marcos». «¿No es la hora aún?» Estas frases y preguntas son corrientes en miles de hogares. Y eso que la horilla se las trae. Las ocho y media de la noche del domingo sería, probablemente, hasta hace seis meses, una de las más desoladas horas radiofónicas; pero desde que el padre Marcos comenzó sus emisiones es una de las más codiciadas por los oyentes. Por primera vez un sacerdote ha logrado tal éxito con un bagaje dialéctico tan serio como los temas teológicos. El secreto está en el arte que ha sabido insuflar a sus intervenciones este religioso. Ha cogido la radio con todas sus inmensas posibilidades y ha dorado la aridez de un sermón con el adorno de los fondos musicales, los diálogos, las escenas vivas, y, en fin, su propia fonética pausada y alegre, polémica y convincente. La emisión de orientación religiosa es hoy una de las más escuchadas de la radio española y vamos a dialogar un momento con el autor de este prodigio.

—¿Cuándo empezó usted estas emisiones, padre?

—El 15 de septiembre.

—O sea, hace seis meses. ¿Quiere decirme el desarrollo, o el eco, que han tenido en este tiempo?

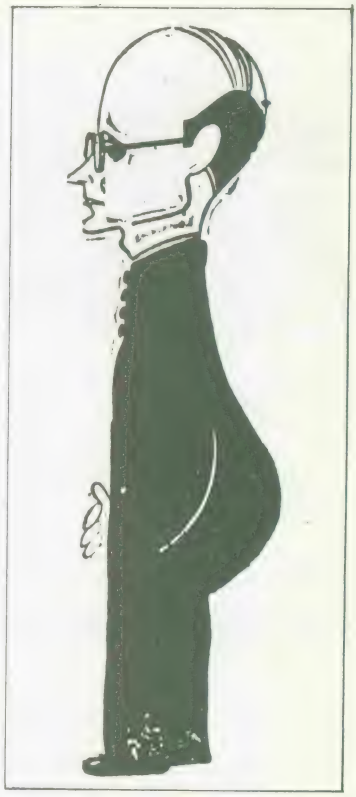
—La primera semana me escribieron seis cartas; aumentó el número de comunicantes en la segunda, y, siempre en ritmo progresivo, recibo ya setenta cartas semanales.

—¿Y todas cordiales?

—No, aunque sí la mayoría; pero esto ya lo di por descontado cuando comencé mi labor. Cuando se habla en el templo, ya se sabe que el auditorio es la feligresía, que comulga con el predicador; pero la radio la escuchan todos, los amigos y los enemigos, los creyentes y los descreídos, los católicos ardorosos y los incrédulos apasionados. A todos me dirijo; ese es mi deber, como ministro del Señor. Mis palabras son para todos; suaves en la forma, exigentes en el fondo. Tengo que señalar su error o su pecado a los equivocados y a los pecadores.

—¿Y cómo reaccionan?

—En general, bien. Me guardan casi todos el respeto con que yo a todos hablo. Mi correo epistolar me ha revelado que el sector de los descreídos me escucha cada día en mayor número y con más interés. Tengo cartas muy interesantes que revelan la eficacia de mi labor, y creo que en muchos casos he conseguido llegar al alma de los que se creían firmes en su falsa posición fuera del mundo de la fe. Si en alguna ocasión me llega una palabra injusta o malsonante, ¡qué le vamos a hacer! ¡Que Dios perdone a su equivocado autor!



—¿Qué hace usted con tanta correspondencia?

—Las preguntas de carácter general las contesto por el micrófono. Las particulares, directamente al interesado.

—¿Le hacen muchas preguntas de cuestiones particulares?

—Unas cincuenta cartas semanales. Me refieren sus graves problemas espirituales y morales, me

piden consejo, y yo se lo doy en cuanto concierne a mi ministerio. Es un trabajo, como comprenderá, agotador; pero es mi deber corresponderles a la prueba de confianza y fe que ponen en mi humilde autoridad eclesiástica.

—¿Cuestiones graves?

—Sí. No puedo referirme a ellas. Mi alegría consiste en ver que quienes durante largo tiempo soportaron la pesadumbre de un problema de conciencia pendiente han experimentado con sólo oírme por la radio la sensación de confianza para confiarme su mayor secreto. Doy gracias a Dios, que me permite encauzar tantas cuestiones por el buen camino.

El padre Venancio Marcos, según me refieren los amigos de Radio Madrid, es doctor en Filosofía y en Teología, y un musicólogo tan entusiasta que a los diecisiete años dirigía los coros y la orquesta en el Colegio de Roma, donde cursaba sus estudios eclesiásticos. Es escritor, organista, asesor cinematográfico... «Nos recuerda —me dicen— al joven sacerdote de «Siguiendo mi camino». «¡Hombre! ¡Es verdad! —contesto—. Se lo voy a decir. Pero no sé si atreverme...» «Atrévete —me dicen—, es muy campechano y todo lo encuentra bien». Y me atrevo. El padre Marcos me replica:

—Conozco la película. ¡Bella película! Pero no me compare usted. Yo encuentro admirable la actividad del clero católico norteamericano, reflejada en esa obra cinematográfica. Ahora, esto es otra cosa.

—Usted es también —permítame que se lo diga— un cura a la moderna, que emplea sistemas nuevos de propaganda y difusión...

—¡Ah, claro que sí! ¿La ciencia descubre medios maravillosos? ¿El arte emplea originales formas? Pues yo me agarro a esos progresos científicos y a esas novedades artísticas para ponerme en contacto con los hombres y cumplir por todos los medios la sagrada misión que desempeño.

—¿Se inspiró en algún precedente para realizar estas curiosas y ya populares emisiones?

—No. Se me ocurrió a mí. Seguiré haciéndolas mientras continúen teniendo el interés que demuestra el correo que me llega.

—¿Y después, padre?

—Después haré otra cosa.

—¿La ha pensado ya?

—Sí. Hay que estar preparado siempre para servir a Dios y a la Humanidad con todas las armas lícitas y nobles.

Cuando doy por terminado el interrogatorio, el padre Venancio Marcos, sólo tiene que hacerme una advertencia:

—Confío en usted. Por favor, sea discreto. Hable de las emisiones todo lo que quiera, pero de mí poco, que no parezca vanidad. ¿Me hará ese favor?

COMILLA

(«Arriba», 28-III-1946.)

(«ABC», 18-V-1946.)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: DIEGO GALAN Y FERNANDO LARA

«Pantocrator», icono del siglo XVI de la Escuela de Moscú.

Ultimas investigaciones sobre el fenómeno religioso

Enrique Miret Magdalena

EL profesor *E. O. James*, de la Universidad de Londres, es uno de los más conocidos especialistas en esa ciencia nueva que se llama «*Historia de las religiones*». Y ha publicado recientemente un pequeño libro donde reúne todo lo que hoy se sabe sobre ella (1).

¿Cuál es el cometido, según el autor, de la Historia de las religiones?: «Estudiar las religiones del mundo comparativa, histórica y objetivamente». Así se pueden «establecer relaciones..., clasificar..., trazar el desarrollo cronológico..., distinguiendo los elementos que han demostrado tener un valor permanente de aquellos otros... transitorios y efímeros».

Por eso es de gran importancia el estudio «fenomenológico» de los hechos religiosos; del «hecho religioso tal como se aparece al creyente, y cómo éste reacciona ante aquél». Esta «fenomenología no es teísta, en el sentido filosófico o teológico». Intenta «la pura descripción, sin tratar de emitir juicio alguno sobre lo que *aparece*». Después vendrá la filosofía a valorar lo que haya o no de objetivo en ello.

En estos últimos años ha surgido esta «escuela de pensamiento», que ha dado un gran paso en

(1) *E. O. James: «Historia de las religiones»*. Alianza Editorial. Madrid, 1975.

sentar las bases para un análisis crítico profundo y convincente acerca del fenómeno religioso. Las ingenuidades de los críticos del siglo XIX han quedado superadas; y las teorías de los precursores que, en este siglo, se lanzaron demasiado apresuradamente a pontificar, han quedado entre los recuerdos *arqueológicos* de la ciencia de las religiones.

El primero que fue más cauto en el análisis crítico de los datos aportados por exploradores y misioneros, que no ahondaron bien en los datos ni los interpretaron acertadamente, resultó ser el profesor E. B. Tylor (1832-1917). Pero cayó en el afán de simplificar los datos criticados, e inventó para explicarlos la teoría del «animismo». Todas las cosas de la realidad mundana habían sido —según él— «animadas» por el hombre religioso primitivo, estaban «investidas de un alma o espíritu». Esa era la «definición mínima de religión», según él. Estos «seres espirituales» que todo lo poblaban, eran la base de toda religión. Sin ello, sin la creencia en ellos, opinaba Tylor que no se daba el fenómeno religioso.

Pero éste fue un grave error que tardó en ser superado, y retrasó mucho el análisis imparcial de lo religioso en los pueblos llamados primitivos.

Su discípulo, Sir James Frazer, recopiló también un arsenal imponente de datos en su monumental obra «*La rama dorada*», pero cayó en los dos defectos antes señalados: la ausencia de crítica suficiente de los datos aportados, y el ingenuo sistema teórico escogido para explicarlos.

Nadie como el filósofo Herbert Spencer (1820-1903) contribuyó, con su amena superficialidad, a entronizar popularmente esta teoría «animista». En sus tiempos el esquema evolutivo de la religión se planteó así: primero ocurrió una fase animista, después se desarrolló el politeísmo, y para terminar se llegó a la aceptación del monoteísmo, o «creencia en un solo Señor soberano del cielo y de la tierra», como dice E. O. James. Se aceptaba a pies juntillas que esto había ocurrido así.

Sin embargo, a fines del pasado siglo, un escritor inglés, Andrew Lang, «demostró que lejos de ser cierto que las deidades hubiesen ido ganando en dignidad y supremacía con el avance de la civilización, existían Dioses Superiores entre las razas inferiores». En su obra *The Making of Religion* (1898), llamó la atención hacia una serie de «*Seres Supremos* cuya existencia era reconocida entre pueblos tan primitivos como, por ejemplo, los aborígenes australianos». Y había siempre, en aquellas culturas religiosas primitivas, una figura única y superior: un Padre Común de todas las tribus.

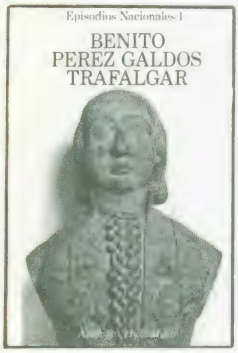
Hoy esto ha sido demostrado como un hecho, y fue averiguado por pacientes investigadores que han dedicado años a estudiar culturas particulares, como por ejemplo, el profesor

El análisis del fenómeno religioso en los pueblos llamados primitivos ha tardado mucho tiempo en hacerse de manera imparcial y objetiva. Dichos pueblos poseen como algo común una mezcla de respeto y admiración hacia una Providencia que cuida de las primeras necesidades. (En la foto, danza religiosa de los indios carajas en la isla brasileña de Bananal).

ALIANZA EDITORIAL

BENITO PEREZ GALDOS
EPISODIOS NACIONALES

Acaban de aparecer



- Alianza Editorial en coedición con Editorial Hernando
- Dos títulos mensuales
- 120 ptas. ejemplar

Evans-Pritchard. Aunque no podemos por ello caer en las ingenuidades monoteístas que tuvo hace unos años el Padre W. Schmidt que, en la primera mitad de este siglo, hizo aproximaciones exageradas entre monoteísmo primitivo y monoteísmo histórico. Hemos de reconocer, a pesar de todo, con E. O. James que «semejante concepción de la deidad —de ese *Ser Supremo* de los primitivos— no se puede distinguir del monoteísmo auténtico».

El segundo aspecto que ha aclarado la Historia de las religiones contemporáneas es que este Ser Supremo era un ser Providente para esos pueblos primitivos. De ahí que el sentimiento religioso era —como dijo Otto— un sentimiento de lo «numinoso», una mezcla de respeto y admiración por esta providencia que cuida de nuestras primeras necesidades: de «vivir y hacer vivir».

Y aquí estamos —ante este hecho de la cultura religiosa de esas tribus— en el núcleo crítico del fenómeno religioso que, en este excelente libro por otros conceptos, no se enfoca del todo bien. Dos preguntas debemos hacernos, a las que indudablemente han contribuido la crítica marxiana de la religión:

¿Existe siempre un personaje, más o menos antropomórfico, en la realidad religiosa que se encuentra tras los aspectos y sentimientos del creyente? ¿Sólo se pueden concentrar los creyentes en una figura construida mentalmente al estilo de nuestro pensamiento humano? En una palabra, ¿han existido religiones ateas, en el sentido de desechar como centro de sus vivencias a un personaje al estilo del hombre, construido según el modelo de los pensamientos humanos?

Hoy podemos contestar con claridad a estas preguntas, diciendo que hay religiones que no centran en un personaje antropomórfico, o en varios, su sentimiento religioso. Un ejemplo es el del *jainismo* hindú, que resulta ser una religión sin figura de dios alguno. En su tiempo el jainismo se desarrolló en numerosos monasterios de religiosos, que no celebraban culto ninguno (H. Desroche: *El hombre y sus religiones*. Ed. V. Divino. 1974). Además esta religión fue la que más luchó contra las castas en la India, tal como las estableció la religión tradicional allí: fue una religión contestataria de las religiones al uso.

Parecido es el caso del budismo y del confucionismo. «En el sistema de Confucio no había lugar a la religión, en el sentido de una relación personal entre el hombre y el orden sagrado», dice E. O. James.

Ante este problema debemos replantear el

tema de en qué consiste la religión. ¿Es una «religación», como piensa nuestro Zubiri, siguendo una antigua corriente de pensamiento occidental? Ciertamente yo creo que no lo es, porque —según eso— no se podrían englobar dentro de esa definición tradicional estas grandes realidades orientales que suponen el yoga o el budismo, y tienen el marchamo de ser religiosas en algún modo. Hay que recuperar un nuevo sentido para la religión, como el señalado por el profesor R. Pannikkar en sus estudios sobre religiones orientales: el de la religión como liberación; y no como atadura, por elevada que a ésta se la suponga. La raíz, la entraña de la religión, no sería la «religación» a un personaje superior, sino la «liberación» del hombre desde lo íntimo de él mismo.

Y no sólo en Oriente se descubre esta actitud de los mejores movimientos religiosos, sino también en Occidente, cuando superamos el planteamiento popular de lo religioso, para investigar este fenómeno en los grandes hombres religiosos, como fueron algunos místicos. Místico no es el que tiene revelaciones sensibles ni realiza actos espectaculares a los ojos de los hombres: es el que vive con profundidad inusitada lo religioso, y se expresa en obras y realizaciones exteriores. Un ejemplo bien palmario es el del Maestro medieval Eckart, el hombre religioso que unió en su vida tres cosas: la máxima profundidad interior, la mayor actividad exterior y la ausencia de demostraciones sensibles espectaculares. Nuestro San Juan de la Cruz fue también el mayor crítico de estas sensiblerías de ciertos místicos; para él todo eso debía ser «nada»; y si ocurría alguno de estos fenómenos maravillosistas, debían ser desechados siempre sin piedad ni apelación, porque le bastaba al creyente profundo la fe desnuda, sin apoyaturas sensibles espectaculares.

También se observa una religión con un planteamiento crítico de los poderes humanos —una religión de liberación— en el libro del *Apocalipsis*, a diferencia del complaciente S. Pablo tan sumiso a la autoridad romana. Es la religión del Apocalipsis una religión mística de liberación, y no de ataduras a ningún poder; como lo fue, siglos antes, la de los profetas Isaías, Amós y Oseas.

Y hoy debemos añadir a estos ejemplos el de los cristianos que quieren ayudar —movidos por lo más profundo de su sentimiento religioso— a la máxima transformación de la sociedad; y a lo cual colaboran con su palabra y con sus acciones. Ese fue el caso extremo del cura guerrillero Camilo Torres, o el del pacífico pastor Martin Lutero King.

Diversas religiones orientales no se centran en un personaje antropomórfico, como es el caso del jainismo hindú. En ellas —simbolizadas aquí por esta pagoda de Bangkok—, la entraña de la religión no es la «religación» a un ser superior, sino la «liberación» del hombre desde lo más íntimo de sí mismo.

La religión se plantea así en otros términos porque se entiende como «liberación», y no como una «religación». Y así queda indemne este tipo de religión de las aceradas y realistas críticas de Marx sobre la religión como «opio del pueblo», o de Lenin como «opio para el pueblo». Ya no es alienadora en este caso la religión bajo ningún aspecto, sino liberadora.

Lo que ocurre es que muchos entienden y viven la religión falsamente como religión «religadora», y no como religión «liberadora». Y por eso no como algo «autónomo», que procede como fuerza que brota de nuestro interior; sino como algo «heterónomo», que procede de arriba. Porque si la religión es, como decía el investigador Malinowski, «primera fuerza motora de la cultura humana», entonces este tipo de religión debe resultar un acicate y no un freno o dependencia alienadora; si «la religión impulsa a las mayores empresas de que es capaz... y le da paz y felicidad, armonía, y un sentido para su vida», ya no resulta una «religación», sino una «liberación».

Pero hace falta que los creyentes lo realicen así, y no se queden en vagas ilusiones bienintencionadas. Porque, de este último modo, tendrán los no-creyentes que decir que todo

son palabras y buenos propósitos; pero, como dice nuestro refrán, «el infierno está empedrado de buenos propósitos».

Otro elemento que olvida un poco este libro es desarrollar más la conexión que él encuentra con razón que hay entre «economías nuevas, bajo cuya influencia empezaron a surgir estructuras sociales, y organizaciones religiosas adaptadas» a ellas. El autor reconoce, por ejemplo, que algunas de las primeras manifestaciones religiosas de la «inmortalidad» estaban reservadas «a las clases dominantes», señal de la influencia de la base económico-social en la superestructura religiosa. No ocurrió esto mismo en el mundo religioso hebreo, ni tampoco en el griego y romano clásicos. Y mucho menos en el cristianismo, donde los que se salvarán (o liberarán) serán los «pobres», los oprimidos. No se ofrecía un premio de inmortalidad por los sufrimientos de esta vida, en el mundo cultural del Antiguo Testamento; y en el Nuevo sólo se prometía a los que trabajasen por transformar este mundo.

Un punto de gran interés del libro es la aportación que hace a la distinción entre *Libros Sagrados* de Oriente, y los del Oriente Medio y de Occidente. Estamos acostumbrados a creer que los *Libros Sagrados* son «revelaciones» directas de un poder superior. Pero en Confucio, Buda y en los Vedas no se concibe así su virtualidad religiosa. Son «tradiciones» de sabiduría de la vida. Tienen un «poder» para transformar al hombre, pero no vienen inmediatamente de un poder superior que se revele por escrito directamente, y por lo cual tendríamos que aceptarlas ciegamente. Son obra del tiempo y de la experiencia «divina» de los hombres, no algo caído porque sí del cielo.

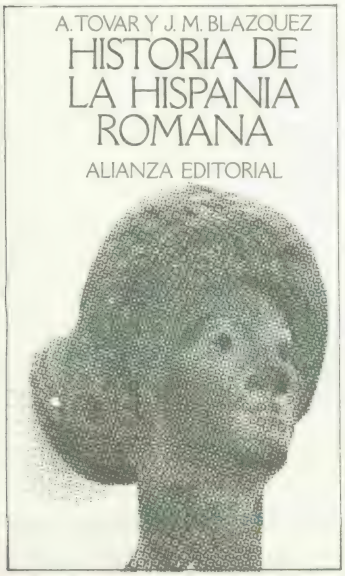
En una palabra, es éste un pequeño libro digno de leerse, a pesar de no insistir suficientemente en algunos aspectos que hoy resultan decisivos a la hora de aceptar la religión o de desecharla.

La religión ha de ser juzgada no sólo teóricamente, sino por sus frutos humanos. Ellos decidirán de su «realidad». ■ **E. M. M.**

En los últimos años ha surgido una escuela de pensamiento que —con bases fenomenológicas— ha dado un gran paso en sentar las bases para un análisis crítico del hecho religioso. Al mismo tiempo, los miembros de diversas creencias se han esforzado por encontrar sus puntos en común, como demuestra la existencia del Consejo Ecuménico de las Iglesias, una de cuyas reuniones vemos.

HISPANIA, BAJO LA DOMINACION DE ROMA

En los apretados capítulos de un manual de historia general, la **romanización de Hispania** se produce como un cúmulo de datos: nombres, batallas, ciudades, influencias, deidades, ruinas, etc., se suceden a un ritmo vertiginoso y pueden hacer pensar que la romanización fue hazaña si no de un día, sí, al menos, de un período de tiempo más o menos breve. Según este razonamiento, los numerosos vestigios que testimonian el paso de Roma en nuestra Península serían atribuibles, más que a una estancia prolongada a esa conocida «eficacia» colonizadora de los romanos que resumiría la frase «llegó, vio y venció», y en este caso, también, «hizo». La realidad, sin embargo, es otra. En el largo curso de tiempo que se desliza entre el año 218 a. C. hasta el siglo V, las provincias conquistadas de Hispania reflejan fielmente todas las vicisitudes por las que va a atravesar Roma, desde su expansión incipiente y posterior consolidación como cabeza de un vasto Imperio, hasta su decadencia y definitivo aniquilamiento.



En el año 218 a. C. —fecha en que se inicia la colonización— dos dificultades se oponían a la rápida conquista y pacificación de Hispania. De un lado, la inexperiencia colonizadora de Roma, y de otro, las peculiaridades que el lejano país ofrecía en cuanto a sus características, pues a una zona costera de vida urbana y comercial, integrada ya en la encrucijada de las civilizaciones mediterráneas, se unía un vasto territorio interior, habitado por tribus bárbaras dedicadas al pastoreo y, ocasionalmente, al saqueo de las ciudades en busca de sus riquezas. Así, pues, al mismo tiempo que Roma ensaya en Hispania modos de administración colonizadora y adquiere la experiencia que tan bien le iba a servir luego en su papel de gran metrópoli del Imperio, la península recién colonizada se introduce en la corriente universal de la Historia, asimilando en sus costumbres los usos y maneras que los conquistadores imponían a su paso.

Junto a los hechos sangrientos que jalonan este período histórico, tiene lugar una vida subyacente donde el cultivo, el comercio, la caza o las conmemoraciones festivas forman un todo que la historia también debe reseñar. Así, **Antonio Tovar** y **José María Blázquez** han concebido su libro [1] según esta doble perspectiva de enfoque histórico: de una parte, la historia bélica con sus campañas militares, sus generales y sus fechas (Sagunto, la expulsión de los cartagineses, Indíbil y Mandonio, Numancia, Viriato, etc.); y de otra, la intrahistoria, la historia cotidiana que da lugar a la imbricación en las costumbres de los pobladores originarios de los modos de otra civilización mucho más desarrollada y a todo un rico y complejo intercambio de relaciones entre colonizadores-colonizados.

Las razones últimas que movieron a Roma, para lanzarse a esta aventura lejos de sus fronteras, eran de índole económica y estratégica. Roma necesitaba la importación de materiales mineros y de otros productos, como los agrícolas, para asegurar su propio abastecimiento interno. También la posesión de enclaves marítimos en el extremo occidental del Mediterráneo proporcionaba un poder creciente a una Roma con deseos expansivos.

Toda una serie de noticias, que aquí se apuntan brevemente, son estudiadas en los sucesivos capítulos de la **«Historia de la Hispania Romana»** con detalles pormenorizados, ofreciendo al lector una vasta información sobre los diferentes aspectos de la romanización. La minería, la industria metalúrgica y textil, la agricultura, vías de comunicación, problemas sociales, urbanismo, etc., son expuestos por los profesores Tovar y Blázquez en una clara contribución a la cultura, pues dan a conocer aspectos que determinarán decisivamente toda la historia posterior de nuestra península. ■ **JOSEFINA PASCUAL.**

[1] *«Historia de la Hispania Romana»*. Alianza Editorial. Madrid, 1975, 383 págs.

LOS CONFLICTOS DE LA CASTILLA MEDIEVAL

¿Por qué apasiona la lectura de este libro [1] al no especialista tratándose de un tema tan alejado como son los **conflictos medievales en Castilla en los siglos XIV y XV?** Precisamente, porque no es un tema tan **alejado,** porque de algún modo uno intuye, al iniciarse en él, que está tocando algunas de las claves de nuestra historia y, por tanto, de nuestro presente. Apasiona, también, el hecho de estar pisando un terreno casi virgen para el investigador, un terreno tan decisivo como son los conflictos sociales, cuyo estudio, como bien hace **Julio Valdeón** en recordar, constituye, según Tuñón de Lara, la parte central e indispensable de la ciencia histórica. Y, ¿por qué no decirlo?, este libro tiene la virtud de la escritura eficaz y brillan-

[1] *Julio Valdeón Baruque: «Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV»*. Siglo XXI de España Editores. Madrid, 1975.

te, lo cual hace que el lector termine por «engolfarse» en la lectura y echarla de menos una vez terminada.

El estudio del profesor Valdeón viene a colmar el vacío que existe en el tema, traza las grandes líneas para la investigación y establece unas hipótesis, entretanto «el desarrollo de nuevos estudios monográficos permitirá, en su día confirmar o rectificar» tales hipótesis. Echa por tierra la idea, según la cual en las tierras hispánicas no se dieron rebeliones populares al igual que en otros países europeos. Y esto es importante, por cuanto la existencia de una oleada de conflictos sociales en los siglos XIV y XV viene a iluminar el movimiento de las Comunidades que ahora aparece no como un hecho sin raíces, sino como la culminación de una serie de luchas populares. No sería, en definitiva, la primera revolución moderna, sino la última revuelta medieval.

Así pues, el ámbito elegido para la investigación es el reino de Castilla que abarca a todas las regiones que lo constituían por diferentes fisonomías que tuvieran las distintas regiones, desde los reinos de Galicia o Murcia, al señorío de Vizcaya. El período analizado es el que corresponde a la crisis general de la sociedad feudal: los siglos XIV y XV. Y el objeto de investigación es el conflicto básico entre señores y campesinos: «En el mundo medieval, basado en las actividades agrarias, el principal antagonismo es el que se plantea entre el grupo dominante, que posee grandes propiedades territoriales y tiene fuerza militar y política, y las amplias capas de cultivadores del suelo, sometidas bajo muy diversas formas.»

Aunque fundamentalmente rurales, los conflictos alcanzaron también a las ciudades (entre los trabajadores de los oficios y las oligarquías urbanas), si bien las ciudades tenían un fuerte componente campesino. Por fin, los conflictos entre grupos de inspiración religiosa distinta (movimientos antijudaicos, anticonversos) no tenían sino la misma motivación de fondo: la social.

En la Castilla de los siglos XIV y XV, eminentemente agraria, los campesinos fueron el soporte fundamental de la sociedad: de la Iglesia a través de los diezmos; de los señores con las cargas señoriales, los vasalláticos y jurisdiccionales; y de la Corona en gran parte. Son importantes estas

páginas que dedica el profesor Valdeón a la descripción de las condiciones de vida campesina, de mera subsistencia cuando no de penuria al más mínimo pedrisco, guerra, mala cosecha o peste. En este período la nobleza, consciente de los peligros que le amenazan como a tal clase a causa de una serie de factores, tales como la caída de las rentas, los conflictos entre ellos y el poder regio y el deterioro de los linajes familiares, libra una batalla de la que consigue salir triunfante. La oportunidad histórica para la nobleza iba a ser la rebelión de Enrique de Trastamara contra Pedro I. La victoria de la nobleza se hizo a costa del mundo campesino, buena parte del cual pasaría del ámbito real al señorial, mucho más arbitrario y abusivo. Este hecho provoca conflictos importantes. El profesor Valdeón, al tratar este punto, advierte que no hay que deducir de las revueltas la existencia de un sentido de clase coherente y homogéneo, ni de un contenido revolucionario, ya que en muchas ocasiones, en buena parte de las revueltas, la reacción contra los señores se hacía en función de viejas tradiciones, del prestigio de tiempos pasados. La institución a través de la cual se organizaron los campesinos fue el concejo; junto a los campesinos actuaban miembros de la pequeña nobleza, artesanos y pequeños comerciantes, clero rural... Así, en las revueltas antiseñoriales de Agreda, Sepúlveda, Benavente, Trujillo. Hubo movimientos antiseñoriales urbanos como el de Palencia en 1371 o el de Santiago en 1371. ¿Cómo integrar en este proceso las luchas entre los nobles y el poder real? El profesor Valdeón no comparte la tesis según la cual esta lucha constituye el eje de la historia de Castilla, aunque tampoco pueda minimizarse. En definitiva, el conflicto se resolvió en favor de ambos poderes en la doble dirección de fortalecimiento de la institución monárquica y engrandecimiento sin precedentes de la nobleza feudal. Pero hay un factor más: la población judía, nunca asimilada, aunque tolerada durante grandes períodos. El antijudaísmo, basado en una motivación ideológica, se acrecienta en épocas de crisis económica y social hasta convertirse en un auténtico conflicto social. El mecanismo desencadenado hasta culminar en los progroms se explica a partir de una desviación del odio de los campesinos. El antisemitismo es aprovechado y dirigido por otras clases para conseguir otros objetivos.

Tales temas no le permiten al lector una lectura distanciada, sino que constantemente le reconducen al tema central, agónico, de nuestra historia, a la configuración ya inicial de las dos Españas. Hemos traspasado ya el umbral del enigma. ■ **C. ALONSO DE LOS RIOS.**

LA «POLITICA HIDRAULICA» DE COSTA

El Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos ha iniciado la publicación de una colección de libros titulada «Ciencias, Humanidades e Ingeniería». El número uno aborda un tema clásico en nuestra historia contemporánea: la **política hidráulica.** Se recogen aquí una serie de trabajos de **Joaquín Costa,** editados en libro en 1911, año de su muerte, y reeditados ahora de nuevo, con un apéndice que lleva treintaiún documentos de Costa (en su mayoría cartas a su amigo don Mariano Molina) y notas de Fernando Sáenz Ridruejo.

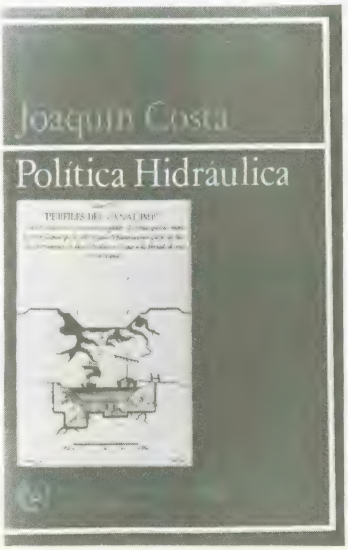
El tema de la política hidráulica estaba en el ambiente, pero más en las palabras y en los papeles que en los hechos. Mucho se hablaba de canales y de riegos, mas poco se regaba. Los canales, los riegos, los panta-

nos, existían en las palabras y estaban ausentes de las tierras. Eran, como Costa señalaba entonces, «canales parlamentarios, pantanos electorales»... Y lo hacía en una entrevista que le hiciera **El Globo,** el 15 de febrero de 1903, que reconocía en la entradilla editorial la paternidad del tema de la política hidráulica a Joaquín Costa («primero y principal mantenedor de esa aspiración de vida que, por antonomasia, se ha denominado política hidráulica»). El diario madrileño, del que por entonces era redactor jefe Pío Baroja, dedicaba cierta atención al tema. «De política hidráulica», precisamente, se titularon varias crónicas sin firma que Baroja publicó allí como enviado especial a Jerez de la Frontera, cuando el pueblo recibió la visita de Rafael Gasset con motivo de la creación del pantano de Guadalcacín [1]. Y en un artículo publicado poco antes hablará de diversas clases de políticos «nuevos, viejos, hidráulicos, hidrófobos»... [2]. Gasset, ministro de Agricultura, con Silvela a principios de siglo, fue émulo de Costa en su política hidráulica y fue, también, hombre de rasgos «regeneracionistas», al menos en el sentido del manifiesto del general Polavieja, del que fue lector en el Congreso. Más exigente era el regeneracionismo de Costa, que pedía cambios de mayor profundidad, pero que también acabó siendo anulado por el sistema.

Esta entrevista que hemos citado (capítulo X de la presente edición) es de gran interés para conocer el pensamiento de Costa y su desencanto a la altura de 1903, cuando fracasaba su intento de hacer una política de clases medias frente a la todopoderosa oligarquía, por él denunciada. Al final de la entrevista dirá sobre los políticos «nos los sabemos todos de memoria» (y en defensa de esta opinión iba el artículo de Baroja), dirá que ha fracasado el poder moderador de la dinastía y dirá, finalmente, con énfasis: «¡También las clases neutras han fracasado!» Por lo que concluye: «se ha hecho precisa, desgraciadamente, una revolución desde abajo: lo primero para que abra camino a la revolución de arriba, desbrozándoselo de obstáculos, y luego para que renueve el personal gobernante de los últimos veintinueve años» (es decir, de la Restauración).

En los catorce capítulos del libro es constante la presencia de Aragón. Constante y lógica, puesto que Costa nació en Monzón y vivió al principio y al final de su vida en Graus. Por otra parte, pocas tierras como las aragonesas para servir de ejemplo vivo (o muerto) a la política hidráulica. Cuando habla de la misión social de los riegos en España y defiende la trascendencia socioeconómica del desarrollo de los alumbramientos y depósitos de agua, escribe: «comparad el plano de Violada o el desierto de Calanda con las campiñas de Híjar o de Zaragoza, en la estepa aragonesa». El estilo de Costa es a veces erudito, a veces de visionario, que parece calentado por ese sol sin esperanza que en agosto quema la estepa, a veces sarcástico, irónico, desesperanzado también... En un acto de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, de la que era presidente, dirá: «Hace ocho años se cumplió el primer centenario del proyecto del canal de la Litera. El cielo festejó la solemnidad, de una manera espléndida, inaugurando un período de sequía, que sólo ha durado siete años: ¿entiende la Litera lo que con esto ha querido enseñarle el cielo? El Gobierno celebró también el centenario otorgando una nueva concesión subvencionada con el 40 por 100 del presupuesto de las obras, la cual ha vivido lo mismo que su hermana la sequía, siete años, y ha concluido sin construir ni un solo metro de canal.»

■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**



[1] Recogido por Manuel Longares en *«Pío Baroja. Escritos de juventud»*. Edicusa. 1972.

[2] Recogido en *«Hojas sueltas»*. Caro Raggio Editor. Madrid. 1973.

LA REFLEXION COMO VIA REVOLUCIONARIA

Cuba fue el detonador. Contra todo pronóstico, la Revolución, allí, había triunfado. Después, las explosiones zigzaguean vertiginosamente hasta llegar al sur: es la historia reciente de Colombia, Guatemala, Venezuela, Brasil, Uruguay, Argentina, Perú, Bolivia, Chile. Todo un Continente vibra, pero el éxito no se repite y, tras las explosiones en cadena, la muerte va sembrando de mártires un camino que se ofrecía difícil, pero esperanzado.

Con una prosa vehemente, **Régis Debray,** partícipe en el protagonismo de esta lucha, asume en **«La crítica de las armas»**[1] una triple tarea: como revolucionario, esta vez con la pluma como arma, cree que ha llegado el momento de la reflexión, al hilo de la cual va tejiendo una crítica lúcida de aquellos acontecimientos —de la que él no está excluido— en busca de una teoría general válida para el Continente. Teoría que ofrece, tanto a los militantes latinoamericanos, con la esperanza de que un análisis sobre los hechos ocurridos sea útil para una estrategia futura que la ley de la historia propone como necesaria, como al amplio auditorio que siguió aquellos acontecimientos y que, desde una perspectiva distanciada, juzga como una aventura de locos unos hechos que, en su contexto, tienen un sentido, aunque su fracaso parezca desmentirlo.

Labor ingrata sí las hay, pero necesaria, la asumida por Régis Debray en este libro, pues con obras de este tipo se corre el riesgo de disgustar a muchos y de ser objeto de la crítica por parte de todos. Realidad, sin embargo, que él no ignora, pero que no le impide seguir adelante.

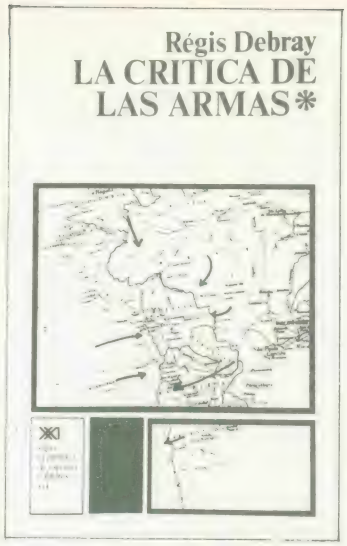
Para explicar la realidad actual, Debray se remonta a los antecedentes históricos por los que la América Latina ha atravesado en la génesis y desarrollo del pensamiento revolucionario que, siguiendo pautas inter-

[1] Siglo XXI de España Editores. Madrid, 1975. 291 págs. La segunda parte de este libro será publicada en fecha muy próxima por la misma editorial, bajo el título *«Las pruebas de fuego»*.

nacionalistas de origen europeo, a nada conducían aplicadas a la realidad peculiar, bien diferenciada, de estos países. El desfase entre las tácticas ajenas al operar sobre situaciones concretas y una formación teórica escasa crearon una situación precaria desde sus comienzos.

Si el singular concurso de circunstancias, del que hablaba Lenin, se dio en Cuba, no ocurrió lo mismo en el resto de los países, donde una vanguardia sin apoyo firme en la base se lanzó a una lucha desasistida y sin mañana, agravada por la intervención de los EE. UU., no dispuestos esta vez a dejarse sorprender como lo habían hecho antes con relación a la lucha cubana. De Giap y Ho-Chi-Min a Mao, de Clausewitz al «Che», de Lenin a Fidel, son analizados por Debray los problemas de estrategia y táctica que parecen marcar el camino del éxito en la lucha revolucionaria, ya sea ésta por la vía política o por la de las armas. Señalando los errores, las deficiencias, las simplificaciones, los voluntarismos sin futuro, Régis Debray trata de recoger, de no dejar que se pierda en el vacío una experiencia dolorosa, con el fin de que sirva de base a los planes de un presente-futuro.

Si la crítica alcanza en muchos casos la dureza, nunca llega a ser despiadada ni mucho menos sarcástica, pues late siempre, bajo el señalamiento de los errores, una cálida admiración fraternal por todos aquellos que sacrificaron su vida, o la siguen exponiendo actualmente, en una lucha apasionada, aun por unos caminos equivocados que no conducen al éxito. Lejos, pues, su actitud de aquella otra que él denuncia en los siguientes términos: «Los es-



pectadores de revoluciones son tanto más inmisericordes con las faltas de los 'actores' como lejos se encuentran de la escena en donde se esté representando. Felizmente para 'él', la platea parisiense no ve jamás sino el primer acto de todas las piezas que se representan en el mundo, no tiene ni siquiera tiempo de bostezar, las luces vertiginosas de la actualidad iluminan por turno Venezuela, Grecia, Bolivia, Biafra, Palestina, Irlanda, Indochina; una vez apagadas sobre una revolución, las encienden en el inicio de otra, en el otro rincón de la escena planetaria, de tal manera que jamás se preguntan: ¿Pero qué se han hecho de los que aplaudíamos ayer? ¿Estarán vivos o muertos? Maravillosa intermitencia que permite estar en los acontecimientos todos sin captar el todo de los acontecimientos.» ■ **J. P.**

OTROS LIBROS RECIBIDOS

ALVAREZ JUNCO, José: LA IDEOLOGIA POLITICA DEL ANARQUISMO ESPAÑOL (1868 - 1910). Siglo XXI de España Editores. Colección Historia. Primera edición. Madrid, 1976.

ALVES, Rubem A.: HIJOS DEL MAÑANA. IMAGINACION, CREATIVIDAD Y RENACIMIENTO CULTURAL. Ediciones Sígueme. Colección Estudios Sígueme, número 15. Primera edición. Salamanca, 1975.

BERNSTEIN, Samuel: BLANQUI Y EL BLANQUISMO. Siglo XXI de España Editores. Colección Biblioteca del Pensamiento Socialista. Primera edición. Madrid, 1975.

BIANCO, Lucien (compilador): ASIA CONTEMPORANEA. Volumen 33 de la HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI. Siglo XXI de España Editores. Primera edición. Madrid, 1976.

CHAMORRO, Eduardo, y FONTES, Ignacio: LAS BASES NORTEAMERICANAS EN ESPAÑA. Editorial Euros. Colección España: Punto y Aparte. Primera edición. Barcelona, 1976.

COHEN, Stephen F.: BUJARIN Y LA REVOLUCION BOLCHEVIQUE. BIOGRAFIA POLITICA 1888 - 1938. Siglo XXI de España Editores. Colección Biblioteca del Pensamiento Socialista. Primera edición. Madrid, 1976.

GONZALEZ MUÑIZ, Miguel Angel: APROXIMACION A LA HISTORIA SOCIAL DEL TRABAJO EN EUROPA. Ediciones Júcar. Colección La Vela Latina, número 36. Sección Historia. Primera edición. Gijón, 1975.

GUERRERO, José Ramón: EL OTRO JESUS. PARA UN ANUNCIO DE JESUS DE NAZARET, HOY. Ediciones Sígueme. Colección Materiales, número 15. Primera edición. Salamanca, 1976.

MACCIOCCHI, María - Antonietta: GRAMSCI Y LA REVOLUCION DE OCCIDENTE. Siglo XXI de España Editores. Colección Teoría. Primera edición. Madrid, 1976.

PARKER, Geoffrey: EL EJERCITO DE FLANDES Y EL CAMINO ESPAÑOL 1567 - 1659. LA LOGISTICA DE LA VICTORIA Y DERROTA DE ESPAÑA EN LAS GUERRAS DE LOS PAISES BAJOS. Editorial Biblioteca de la Revista de Occidente, número 13. Sección de Ciencias Históricas. Primera edición. Madrid, 1976.

SCANNONE, Juan Carlos: TEOLOGIA DE LA LIBERACION Y PRAXIS POPULAR. APORTES CRITICOS PARA UNA TEOLOGIA DE LA LIBERACION. Ediciones Sígueme. Colección Agora. Primera edición. Salamanca, 1976.

VALL, Héctor: IGLESIA E IDEOLOGIA NAZI. EL SINODO DE BARMEN (1934). Ediciones Sígueme. Colección Materiales, número 12. Primera edición. Salamanca, 1976.

ZIMMER, Christian: CINE Y POLITICA. Ediciones Sígueme. Colección Zoom, número 4. Primera edición. Salamanca, 1975.

ZOTTA, Donatella: EXPERIENCIAS PEDAGOGICAS EN CUBA. Editorial Sociedad de Educación Atenas. Colección Conocer al Hombre. Primera edición, 1976.

Tras efectuar sesenta y tres vuelos comerciales, el zeppelin «Hindenburg» estalló sobre la pista del aeródromo de Lakehurst el 6 de mayo de 1937. Aunque los informes oficiales hablaron de accidente, prevaleció sobre ellos la idea de que el dirigible había sufrido un sabotaje.

"Hindenburg"

Una incógnita sin despejar

«¿La verdad? ¿Qué pasó realmente? ¿Accidente? ¿Sabotaje?». Muchas interrogaciones acompañan publicitariamente a la película «Hindenburg». A éstas habría que añadir la pregunta del espectador: ¿Podrán realmente despejar tanta incógnita?

Existe el cine de la gran historia y el cine de la pequeña historia. En ambos casos los enfoques pueden ser múltiples: el de la reconstrucción de una realidad lo más fielmente posible, el de servirse de unos hechos para llegar a una reflexión más general, el que aporta nuevas investigaciones para proponer otra versión del acontecimiento, el que sirve de pretexto a una creación personal, el abiertamente politizado y, en fin, el que ofrece una versión fabulada. ¿Dónde inscribir «Hindenburg»? Por la publicidad, por el equipo de producción, por el director —Robert Wise («West side story», «Sonrisas y lágrimas»)—, por los actores —George C. Scott y Anne Bancroft, rodeados de una serie de secundarios familiares—, todo parece indicar un film espectáculo en la línea de las últimas producciones norteamericanas del cine-catástrofe: terremotos, hundimientos de barcos y, en este caso, gran conmoción final con el «Hindenburg», catedral volante, coloso de los aires, víctima de las llamas. Sin embargo, podría haber más y, en ese sentido, este más se pierde en la banalización.

El «Hindenburg» era uno entre los muchos montajes del aparato de propaganda nazi; el gran símbolo de la supremacía alemana en la aeronavegación, por

El «Hindenburg», portando en su cola la insignia nazi, vuela sobre Nueva York en el que habría de ser su último viaje. Mantenido por hidrógeno, su mayor peligro era la fácil combustibilidad de éste.

entonces a la cabeza de la carrera por el dominio del espacio en cuanto al transporte masivo de pasajeros y al establecimiento de líneas regulares. El incendio del gigantesco zeppelín ocurrió en mayo de 1937 en territorio norteamericano. El informe USA lo calificó de accidente, sin descartar la posibilidad de un sabotaje. Alemania dudó: Hitler, en un principio, no quería admitir la idea de un accidente, pues llevaba implícita la aceptación de un fracaso por parte de la ciencia y de la industria alemana. Pero ante la alternativa de un sabotaje, que podía mostrar la existencia de un movimiento de oposición contra el nazismo, prefirió optar también por la primera tesis.

Informes aparte, la duda quedó. La versión de esta película cuenta la pretendida historia de un sabotaje, llevado a cabo por un exmilitante de las Juventudes Hitlerianas, cuya novia ha sido antes la amante de un combatiente alemán muerto en España en las filas de las fuerzas «izquierdistas». Sin embargo, ninguna profundización sobre las motivaciones de esta acción, que aparece como un acto demasiado individualista. También se deja entrever a lo largo de la película una crítica por parte de algunos personajes contra el nazismo, pero siempre en un grado ambiguo y anecdótico. Finalmente, tampoco se analiza la tensión existente entre norteamericanos y alemanes a causa del helio —gas ininflamable, favorable al desarrollo de los zeppelines—, cuyo monopolio defendían los primeros.

En resumen, el incidente del «Hindenburg» se toma aquí como pretexto para poner en pie una película en la línea de las grandes superproducciones, donde los personajes aparecen estereotipados y donde todo el conjunto se diría que responde al mecanismo de suministrar datos a un ordenador sobre las preferencias de los posibles espectadores, para que éste trace las pautas a seguir hasta lograr un resultado que colme los deseos de todos: productores y público.

La historia es lo anecdótico. Uniformes, cruces gamadas, coches oficiales, las SS, etc., parecen ofrecer en este momento un éxito asegurado. Es el aprovechamiento por parte de la gran industria del cine de aquellos hallazgos de calidad que otro cine menos espectacular ofrece de manera más coherente y comprometida. Es, en última instancia, la novedad sin vanguardia: digerida ya y servida a los espectadores para que disfruten del decorado sin tener que sufrir las reflexiones más incómodas.

«¿La verdad? ¿Qué pasó realmente? ¿Accidente? ¿Sabotaje?». Al final de la película el público tendría que repetirse las mismas preguntas que componen la publicidad. Es decir: un paseo circular donde la respuesta es la pregunta. ■ **JOSEFINA PASCUAL.**

Trece pasajeros resultaron muertos en la explosión del «Hindenburg», padeciendo heridas casi todos los demás. Así ha visto el trágico momento la publicidad del film que ahora se estrena en todo el mundo.

Claudín, protagonista de "las crisis del comunismo"

LA intención de confrontar mi opinión con lo manifestado en TIEMPO DE HISTORIA por Fernando Claudín está animada, en primer lugar, por la voluntad de incidir en un debate que, siendo central en la crisis del siglo XX, apenas si ha podido trascender el catacúmbico círculo de los iniciados. En segundo lugar, porque me permite ampliarlo hacia una reflexión sobre el significado de la obra de Claudín que, dicho sea previamente, considero como uno de los pocos intelectuales españoles conocedores del marxismo. A lo dicho en la revista como biográfico hay que añadir una radiación mayor: Claudín es significativo de llevar a cabo una ruptura con el stalinismo, no sobre una alternativa orgánica sino sobre una profunda reconsideración intelectual teórica, cuyas premisas «abiertas» le lleva a recorrer un periplo de simpatías que va desde la «vía italiana» de Togliatti —de la cual es pionero en España—, al intento de una «nueva vía» socialista de izquierda y abierta al comunismo como la del PSU francés —al que apoyó durante las jornadas de mayo del 68, jornadas que obligaron a Claudín a un nuevo «repensamiento»—, al intento de una «nueva izquierda» de tinte maoista como «Il Manifesto» —con la cual rompió honradamente ante el giro de la política oficial china— y, finalmente, sin que esto niegue lo anterior, como teórico inspirador de una nueva tendencia de izquierda dentro del stalinismo español. Todo ello, sin contar la influencia indirecta que su obra ha ejercido sobre grupos y tendencias nacionales desde 1967. Claudín, pues, no es sólo teórico sino protagonista de «las crisis del comunismo».

Según el firmante del escrito que publicamos, Fernando Claudín —en la foto— «es significativo de llevar a cabo una ruptura con el stalinismo, no sobre una alternativa orgánica, sino sobre una profunda reconsideración intelectual teórica».

Yendo por este terreno, entiendo que el título de la entrevista queda limitado por su contenido. Esta «crisis» en su sentido extensivo debería abarcar previamente a la crisis de la II.ª Internacional, la I.ª y, sobre todo, la crisis desarrollada en la III.ª Internacional. De hecho, la crisis del comunismo empieza con la construcción de esta Internacional, con el debate contra los «centristas» —socialdemócratas de izquierda que pretendían una conciliación de principios— y contra los «izquierdistas» —que extrapolaban la ruptura con la SD con la ruptura con los organismos democráticos y sindicales—. Esta crisis se centra sobre todo en la polémica que personalizan Stalin y Trotsky, de la que tanto éste como Deutscher han dejado un cumplido testimonio. El sentido último de esta crisis se sitúa en el seno del monolismo stalianiano: la extensión, a pesar de Stalin, del campo llamado socialista con las revoluciones yugoslava y china, la crisis de las «democracias populares»,

«Hay una constante del pensamiento claudinista que le sitúa más allá de Kautsky (al que remos sobre estas líneas), **pero más acá de Lenin. Es el tema de la «crisis social», de la famosa contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción.»**

el XX Congreso, las revoluciones en el «Tercer Mundo», son los aspectos determinantes de esta crisis. El transcurso de la experiencia staliniana no ha evitado que se hayan transformado todos los datos objetivos y subjetivos que le dieron su lugar en la Historia. La obra de Claudín, inmersa en este devenir, viene a ser un intento de superar esta crisis o estas crisis, intento que se manifiesta por ejemplo en su obra capital, cuando al tratar la guerra civil plantea lo positivo que hubiera sido una «síntesis» unitaria organizativa donde había habido una especie de guerra civil provocada por la política de Stalin; y se manifiesta al final de la entrevista, cuando confiesa su alternativa en la confianza de «la reunificación del movimiento obrero, con toda la riqueza de sus diferentes tendencias y variantes, con la inevitable lucha ideológica en su seno, etc». Alternativa un tanto ingenua, al menos que se refiera a un entendimiento en los organismos unitarios por la base, en los cuales hay que hacer sagrados los derechos de tendencias.

Pero es en el tema de la crisis del comunismo donde quiero entrar. La constatación de esta crisis y su bien intencionada superación —englobando incluso otras crisis más lejanas en la Historia, pero enraizadas en la clase— son insuficientes, es decir, inoperantes. La exacerbación de esta crisis empieza con la misma exacerbación de la crisis social, a saber, con la agravación de las contradicciones interburguesas e interimperialistas, como lo había entendido Kautsky analizando la revolución rusa de 1905, aunque luego perseveró en considerar su espacio histórico de «paz armada» —desde la Comuna de París hasta 1914— como vigente. En este aspecto, hay una constante del pensamiento claudinista que le sitúa más allá de Kautsky, pero más acá de Lenin. Es el tema de la «crisis social», de la famosa contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, que para los bolcheviques y los spartakistas se había iniciado con la guerra mundial y que Claudín niega, como lo niega antes el Marx de 1848. Esta constante, que se pronuncia por la existencia de un amplio margen de «iniciativa histórica por parte del sistema capitalista», sería la razón de los fracasos revolucionarios de los años 18 y 20, de la integración del proletariado occidental tal como se caracterizaba en la situación previa a mayo del 68. La crisis del movimiento obrero, pues, tendría como principio una falsa consideración de la coyuntura histórica: la excepcionalidad histórica de Octubre sería la razón de la confrontación gigastesca entre Stalin y Trotsky, entre un bolchevismo empírico que tendría que amoldarse-deformándose a una realidad superior y un bolchevismo subjetivista y honrado que reproduciría el modelo de Octubre como regla universal.

Esta cuestión es central para el marxismo, porque comprender el significado justo de la crisis es previo para poder ajustar la transformación. El razonamiento de Claudín es, a nuestro juicio, objetivista. Para Marx, la revolución de 1848 no podía ser analizada estrictamente desde el nivel de crisis de las fuerzas productivas bajo el capitalismo, sino desde el nievel del retroceso de la burguesía ante las tareas democráticas, retroceso motivado por la aparición de la lucha proletaria en un grado muy superior a la que iniciaron Babeuf y sus iguales. Tratando este período histórico, el diagnóstico del Engels era que, si bien la burguesía retrocedía, el proletariado aún no estaba preparado, y el ejemplo más concreto de esta ambivalencia era la experiencia comunera. Este diagnóstico se puede hacer extensivo a la primera revolución rusa (1905).

La excepcionalidad de Octubre no puede ser entendida objetivamente, sino por la coincidencia de una situación que ha sido común en la mayoría de países «civilizados» con la praxis bolchevique. Este aspecto es determinante en el leninismo y Claudín no lo considera. Mientras que la revolución burguesa cuenta con que su culminación está precedida por una hegemonía social y cultural, la revolución proletaria —inversamente— está precedida por una dominación social y cultural. El factor que blenin —con Trotsky desde 1917 y con matizaciones por parte de Rosa Lusemburg— incorpora al marxismo original es la acentuación de esta necesidad, acentuación esclarecida a la luz del pacto hecho por los «girondinos» del movimiento obrero —mencheviques en Rusia, socialdemócratas en Alemania— con una burguesía... que ya no era capaz de romper históricamente con

De acuerdo con una determinada línea de pensamiento, «la crisis del movimiento obrero tendría como principio una falsa consideración de la coyuntura histórica: la excepcionalidad de la *Revolución de Octubre* como razón de la confrontación entre Stalin y Trotsky».

los restos del «ancièn regime» por miedo a la lucha proletaria. 1789-1793, eran irrepetibles.

En el momento en que la socialdemocracia se ha pasado al orden burgués – como resultado de su adaptación a una coyuntura histórica superada, del predominio en su cuerpo dirigente de una aristocracia obrera, de una burocracia sindical y parlamentaria, y de las teorizaciones de un materialismo positivista y determinista—, como ha mostrado contundentemente la Historia, en el momento en que el stalinismo como estructura hegemónica del movimiento comunista ha deificado el Estado Obrero burocratizado como Estado Nacional y ha supeditado a la estrategia de éste a los partidos comunistas del mundo —situando como centro de su interés el mantenimiento del «statu quo» internacional y nacional, el partido «para sí» como hipotético representante de la salud del «pueblo» y ajustando como una goma los rasgos teóricos leninistas a estas premisas—, la crisis del movimiento obrero se sitúa en el mismo plano que la crisis del imperialismo —con el que se liga a través de sus direcciones—, o sea, con la crisis de la humanidad, cuyas perspectivas (según las mismas fuentes del Club de Roma) son las de una barbarie ya «standarizada»: declina-

«En el tiempo en que el marxismo era, como diría Lukacs, la simple ilustración de una cita de Stalin, se podía hablar no ya de una falta de correspondencia global sino de una auténtica contrarrevolución dentro de la revolución.»

En opinión de nuestro comunicante, «el intento de Claudín de enmendar la plana a los clásicos del marxismo, sobre todo a Trotsky, ha llegado a un callejón sin salida», aunque reconoce que el trabajo de Fernando Claudín «se inserta en una línea de honradez».

ción del desarrollo de las fuerzas productivas, bipolarización entre países ricos y pobres, dictaduras reaccionarias inspiradas desde el espíritu del Watergate, idiotización de la vida occidental..., complicidad de los países llamados socialistas, negación absoluta de las libertades en éstos, etc., etc.

El intento de Claudín de enmendar la plana a los clásicos del marxismo, sobre todo a Trotsky, ha llegado a un callejón sin salida. Estaremos de acuerdo con él en la crisis de las premisas teóricas (ya Rosa Luxemburg consideraba el empobrecimiento que tenía su época en relación a la originaria; con Trotsky la luz de esta segunda Edad de Oro se enriquece), pero no es menos cierto que, como decía Goethe, «el campo de la verdad es verde, mientras que el de la teoría es gris». Si en el período de los clásicos se podía hablar de una falta de correspondencia, en el tiempo en que el marxismo era, como diría Lukács, la simple ilustración de una cita de Stalin, no se puede hablar de una falta de correspondencia, sino de una auténtica contrarrevolución dentro de la revolución. La realidad desde la segunda postguerra hasta ahora ha sido más viva en hechos y contradicciones que la que ocupa un siglo anterior. Todo ello es indiscutible, pero una alternativa ecléctica que intente aunar lo mejor de cada flor es un paso hacia atrás. Es más, no entender que las premisas determinantes de este período de crisis conjunta, se centra en la falta de correspondencia entre la putrefacción de las condiciones con la capacidad revolucionaria de solucionarla..., es ser más víctima de la crisis que contrarrestador de ella.

Sin duda, el esfuerzo de Claudín se inserta en una línea de mayor honradez que la de los intelectuales servidores de los aparatos estatales, como puede ser el caso de un Bettelheim, siempre dispuesto a ajustar sus investigaciones a la «raison d'Etat» maoista. Pero esta constatación, insisto, es tan insuficiente como su buena fe expresada en los párrafos finales de la entrevista. ■ **JOSE GUTIERREZ ALVAREZ.**

UN TRISTE «HOMENAJE» A RICARDO MELLA

«El 7 de agosto de 1925 murió Ricardo Mella. Su pueblo entero, aquella ciudad de treintaitantas o mil almas, se movilizó de manera que parecía a un tiempo espontánea y emotiva (...). Aquella movilización viguesa en favor de Mella duró días. No hubo compartimentos: los tres diarios burgueses, el propio semanario socialista, animaban a participar en las cuestaciones públicas. El Ayuntamiento llamó «Avenida Ricardo Mella» a la actual de «La Florida». Son párrafos que a nuestros lectores les sonarán a familiares. Era la manera en que J. A. Durán reflejaba cómo Vigo recibió la muerte de Ricardo Mella («Ricardo Mella, nacimiento y muerte de un anarquista». TIEMPO DE HISTORIA, número 15, páginas 32-47).

Hoy, por el contrario, «la calle que llevaba el nombre de Ricardo Mella, desde hace tres meses el nuevo alcalde la suprimió». Nos lo comunican (junto a su agradecimiento hacia Durán) quienes lo sienten más que nadie: sus cuatro hijas —la mayor de 84 años y la menor de 70— que dedican al hecho este párrafo: «Para nosotras fue una decepción enorme, pero no queda más remedio que conformarse»... Esa es la manera en que se guarda oficialmente el recuerdo de un hombre cuya importancia histórica está fuera de discusión.

Aunque, por otra parte, quizá sea éste un homenaje nada despreciable hacia el que fue gran anarquista español. El «homenaje» de quienes desearon siempre su olvido.

NUMEROS ATRASADOS

Si usted desea recibir algún número atrasado de nuestra revista, basta con que nos lo solicite a TIEMPO DE HISTORIA, plaza del Conde del Valle de Suchil, número 20, Madrid-15, acompañando a su petición 60 pesetas en sellos de correos por cada ejemplar solicitado, o pagándolo mediante giro postal.

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A: «TIEMPO DE HISTORIA»
CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20.TEL. 447 27 00. MADRID-15

NOMBRE Y APELLIDOS .....

CALLE O PLAZA .....N.º.....

TELEF. ..... CIUDAD ..... D. POSTAL .....

PROVINCIA ..... PAIS .....

Firma,

SUSCRIBANME POR UN PERIODO DE UN AÑO (12 números)
a partir del próximo número del mes de ....

Envío GIRO POSTAL

Formas de pago ☐ Adjunto TALON BANCARIO nominativo a favor de «Tiempo de Historia». ☐ núm. .....

PRECIOS DE SUSCRIPCION ANUAL
(12 números): España: 600 pesetas.
Extranjero: 850 pesetas

Cuando el suscriptor solicite expresamente el envío de los ejemplares por avión, o certificados, a las tarifas anteriores se incrementarán las sobretasas postales vigentes.

Manuel Pérez Ledesma

El Primero de Mayo de 1890
LOS ORIGENES DE UNA CELEBRACION

Cartel soviético conmemorativo del Primero de Mayo (S. Ivanov, 1920)

(Sobre este tema véase artículo en el interior de este número)